

JULIO GARCÍA ROBLES

UMA SOONA

LA ESPADA DE ARES



UMA SOONA
LA ESPADA DE ARES

Primera edición 2013

Segunda edición 2026

Ilustración cubierta: Marisa López Moreno (Sarima)

Ilustración mapa: Tony Tirado

Fotografía: Mara Hernández



© Julio García Robles

© Bebuki Rock

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

UMA SOONA

La espada de Ares

JULIO GAR
·UMA S



ARTEMISA

LOS HIELOS

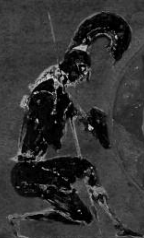
ATLANTIC



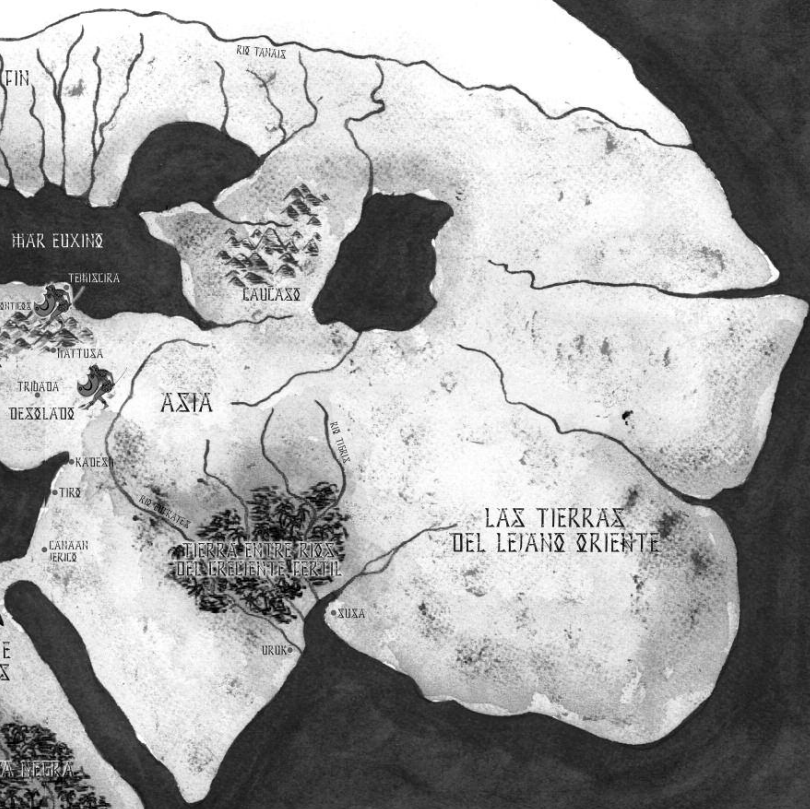
UMA SONA ISEO AC

ARCÍA ROBLES
SOONA.

DEL NORTE



AREX



TOMY TIRAKQ BASADO EN LOS MAPAS DE HERODOTO



LA PROFECÍA

«En la noche saciada de sangre, mi alma fue testigo de aquello que acontecerá y que tanto colma de tristeza mi débil corazón. Y es que, amparada por divinas impías, a la luz de la luna llena nacerá la más terrible de las arpías.

Será aquella a la que llamarán Hipólita, mujer salvaje, indómita, temida y venerada. No lo dudes, mi muy amado rey, desata tu ira. Pues la reina loba alzará atroz su puño, armado con la espada de Ares, y a los gloriosos ejércitos del sempiterno Zeus domará allá donde odiosa cabalgue.

Caídos los héroes y humillados los dioses, de mal y llanto se colmarán los reinos de Ática en toda tierra que pise la primogénita. Su brillante hoja, despiadada e inmisericorde, se cubrirá con la devota sangre de nuestros hijos. Así lo he visto; será pues y de congoja me llena... Solo con la muerte prematura, quizás, tan solo quizás, la tragedia se podría evitar».

*Pitia ante el rey Cécrope de Atenas.
La Profecía, Templo de Apolo, Delfos 1552 a.C.*

INTRODUCCIÓN

Cuando los bosques eran tan extensos como mares y el león rugía poderoso en las oscuras cavernas, hubo un tiempo donde hombres sabios y dioses soberbios se erigieron conquistando territorios desconocidos, despreciando los clanes salvajes que los habitaban y la piedra que tallaban. La civilización de los llamados nacidos de la tierra, los aqueos, se extendió gracias al poder de sus invencibles ejércitos bronceos, alzando jerarquizadas polis y templos sagrados, creando reinos y forjando imperio.

El afilado bronce se irguió como herramienta de honor, símbolo de vida o muerte. Era el orgullo del guerrero, siempre destinado a vencer en innumerables batallas para alcanzar la simpar gloria, los Campos Elíseos o, tal vez, la llave maestra que abriera las puertas del Olimpo a su grandeza y valor.

A lo ancho de toda tierra civilizada, respetados bronceos sudaban a golpe de maza, sellando y limando; desbarbando las poderosas armas que imponían voluntad, ley y orden. Entre ellos, Sethlans era dueño del fuego y el metal. Un hombre divino, de poderosos brazos, sudados cabellos y arte sin igual. En lo más profundo de las escarpadas cuevas de la sagrada montaña de Vulcano, rodeado de magma hirviente y vapores envenenados, trabajó con deleite y pasión dando forma a la más poderosa de las armas. Su tiempo y esmero solo era digno de valerosos reyes y grandes guerreros. Hasta su inalcanzable fragua únicamente se podía llegar a través del desafío, la locura y el valor.

Con cada golpe sobre el yunque, cientos de chispas invadían el aire que respiraba, que quemaba sus pulmones y aceleraba sus

emociones. Cegado el ojo izquierdo por un ascua rebelde, observó con el derecho aquella hoja al rojo vivo. La posó sobre la firme base y acarició sus bordes con leves golpes, igualando cada lado, eliminando las rebabas de aquella joya mortal a la que daba forma, a la que daba vida. Había dejado de lado la mezcla maestra de cobre y estaño del que nacía el bronce; para fundir con idea el hierro. Y templó el metal al calor del carbón incandescente, con decisión. Moldeó los últimos adornos, el espliego en su equilibrio justo, y hundió el metal en la artesa. Una nube de vapor se elevó conforme el hielo se fundía. El agua hirvió, siseando feroz hasta quedar en paz. Entonces, el brillo desconocido del acero relució con una fuerza sin igual.

Sethlans estudió aquella larga espada con paciencia y se esmeró en cada detalle, por pequeño que fuera. Trabajó el pomo y se sentó. Cubrió el mango con madera de roble y lo adornó con suave cuero, lentamente, con fuerza y seguridad, y limpió el sudor de su frente con trapos húmedos. Se levantó y dio sendos golpes al aire. Un mandoble a izquierda y derecha, seguido de ambos zumbidos, apenas audibles, dos ligeros silbidos. Acto seguido lanzó una estocada incierta, con el brazo recto, al frente, y un golpe tenaz contra la piedra que hizo temblar la hoja sin quebrarse. El metal templado era tan firme para combatir, como flexible para defender. Y sonrió extasiado ante su obra maestra. No era una cualquiera ni otra más, sino la hoja perfecta en corte y estoque, en firmeza y precisión.

Era la espada trabajada para el más grande de los guerreros, aquel que sería capaz de arrebatarla al mismísimo dios del fuego; para aquel que sería llamado Ares, azote de mortales...

Capítulo 1

ARES, AZOTE DE MORTALES

Bajo la lluvia que ocultaba el último aliento del día, un hombre de fuerte complexión y altivas grebas avanzó firme, pisando el barro y los sucios charcos de las callejuelas de aquella humilde aldea sin nombre ni saber. Envuelto en una enorme capa gris, deshilachada y de largos penachos al viento, cubría su rostro ante el frío que todo azotaba. Tan solo las pobladas cejas y unos ojos azules como el hielo marino, entrecerrados, quedaban al amparo de miradas indiscretas.

A su paso, mujeres de vestimentas rasgadas y pies descalzos salían corriendo; unas ocultando sus rostros, otras tirando de sus hijos de pelos alborotados. Los varones empuñaban hoces y estacas, tragando saliva, limpiando el cobarde sudor de sus manos en las pieles que vestían. Nadie se atrevió a cruzarse en su camino. Y todos se retiraron bajo cutres techados de madera, sin perder la vista de aquel personaje, el cual paró ante los portones de una tosca posada, frente a la prepotente guardia atlante que se distraía a golpes y risas con un joven de desaliñada compostura.

El capitán, un hombre de ancho pecho bronceado y adornado yelmo, se posó ante el extraño. Le observó con desprecio desmedido y ladeó su lanza de afilada pica.

—¡Alto! —espató el capitán, dirigiéndose hacia el recién llegado.

Tras él, anduvieron cuatro lanceros, tan altivos y expectantes como el oficial.

El joven desaliñado aprovechó el momento y salió huyendo, llorando.

—¿No oíste? ¡Muestra quién eres! —insistió el capitán.

Aquel desconocido alzó su rostro penetrante y escudriñó con una mirada curiosa las enormes nubes grises que todo lo cubrían, mientras las gotas de la incipiente lluvia salpicaban en su cara. Después, giró levemente la cabeza, con un gruñido disconforme. El tremendo golpe de la colosal maza que portaba bajo la capa saltó el yelmo y reventó la cabeza del capitán. Antes de que cayera al suelo, lo enganchó del cuello con la otra mano para observar aquella cara deformada, con un ojo fuera de la cuenca y el cerebro desbordado.

—¿Acaso importa? —respondió con una voz ronca, tenebrosa, y soltó a su víctima, como si nada fuera, ante el estupor del resto de la guardia.

—¡Maldito!

—¡Te arrancaremos las tripas!

—¡Y tu soberbia! —gritaron los lanceros, conforme se abalanzaban sobre él volcando las afiladas picas hacia delante.

Sin decir una palabra, el salvaje guerrero se volvió hacia la derecha para esquivar las dos lanzas que buscaban su vida. Y de un solo golpe, con su enorme maza, aplastó los dientes y el pecho de los lanceros que las portaban. El primero de ellos cayó sin mentón, con las muelas hundidas en la base superior del cráneo; el segundo quedó boca abajo, dando agónicos espasmos, con los pulmones reventados y escupiendo sangre sin parar.

Sin que los demás adversarios pudieran advertir los rápidos movimientos del desconocido, aquella terrible arma volvió a golpear duro, por dos veces, cabeza y lomo, manchando de espeso rojo y acabando de inmediato con aquel singular enfrentamiento.

De los hombres que observaban bajo los techados y entre los endeble postigos de las ventanas, ninguno dijo nada y todos corrieron a buen resguardo, con sus mujeres e hijos.

Aquel poderoso guerrero guardó su maza bajo la capa y continuó su camino, pisando los muertos como si bultos de tierra fueran. Se posó ante el sucio escalón de piedra que daba forma a la

entrada de la posada. Un tremendo trueno retumbó en el cielo y el rayo del todopoderoso Zeus se estrelló entre sus pies manchados de barro y sangre. Inamovible, permaneció firme, sin ofrecer un leve gesto ni desviar su atención.

La lluvia arreció con más fuerza, hecha tormenta.

—Hum... —gruñó de forma tosca.

Seguidamente, apretó los dientes y con una brutal patada arrancó los goznes e hizo astillas el carcomido portón.

Sobresaltados, los capitanes y soldados, que permanecían confiados al calor de la chimenea, dándose al placer de la carne caliente y el dulce vino, acompañados de gratas mujeres y refinados efebos, ladearon la pítanza para ponerse en guardia.

—¡Cómo osas!

—¡Maldito salvaje!

—¡Ha reventado el portón como si fuera de paja! —dijeron unos y otros.

—¿Qué pretendes tú, hombre salvaje, entre oficiales y hombres de rango? ¿Acaso limosna u ofrecerte a nuestro glorioso ejército? —preguntó un capitán, el más veterano.

—Ares, azote de mortales; ese es mi nombre y rango. Vengo a arrebatáros la vida, orgullosos atlantes que mi tierra humilláis —dijo el extraño, con voz poderosa, rasgada, mientras se liberaba de la capa, mostrando su hermoso cuerpo, esculpido como el de un dios de mármol y marcado por las cicatrices de cientos de batallas.

Y agitó la gran maza de lado a lado, ante aquellos que le miraban perplejo.

LOS HIJOS DE POSEIDÓN

Más de veinte mil soldados acampaban en los valles de Ática ante la gloriosa polis de Atenas. Las hogueras se avivaban hasta el cielo con la incesante leña y el fin de la lluvia. Los tonos vivos del amanecer anunciaban una hermosa mañana, la de una gran victoria sin igual. El ejército atlante había recorrido medio mundo desde que partiera de las lejanas costas de Occidente, atravesando la Camarga y las tierras de Tirrena, hasta alcanzar el corazón del imperio aqueo. En su tortuoso camino había conquistado y sometido pueblos y gentes, sin hallar rival digno para las picas de sus lanceros.

Argan, rey de reyes, señor de todos los reinos de Atlanta, avanzó altivo como un dios, con el rostro imperturbable, su cuidada barba y la resplandeciente corona que adornaba su melena negra. Vestía lujosas prendas, suaves y cómodas, cubiertas por la magna capa púrpura imperial. Alhajas y brazaletes de oricalco adornaban sus brazos. En su mano, asido con fuerza, el largo cetro de Poseidón: oro puro en su barra, cabeza del dios en argétea y ojos ámbar vivo como el fuego. A su lado le acompañaba Epolis, hombre cabal de larga barba, sumo sacerdote, consejero real y mejor amigo.

Tras ellos, una aguerrida guardia les escoltaba.

—La batalla será dura, los hijos de Atenea no son soldados cualesquiera —aseguró Epolis—. Deberíamos estudiar mejor su número, sus debilidades... Poco sabemos para guerrear así, confiando solo en nuestro orgullo y valor, mi señor.

—Los exploradores auguran una gran victoria. No temas, mi buen amigo, todo saldrá como debe —aseguró Argan.

Frente a ellos aparecieron el rey Azaes y el rey Amferes, ambos hermanos y de igual apariencia. A su lado, llegaron el rey Més-tor y la reina Treita, que se alzaban con orgullo desmedido. Él era un hombre corpulento, de redondeada cara y ojos pequeños. Ella, mucho más joven, se vestía de largos velos recogidos sobre su cintura y contorneaban con estilo una hermosa figura que le gustaba mostrar en demasía.

Los reyes Evemo, Mneseo y Diáprepes debatían al calor de la hoguera, a la entrada de la carpa de campaña erigida para la Corte. A la izquierda se situaba el rey Llanós, un hombre de rostro enjuto y mano dura, el cual les observaba con cierto desdén, acariciando el muslo imberbe de Ganímedes, su fiel erómeno de adolescente belleza.

Tras las formalidades y mostrado el debido respeto, los monarcas de los reinos de Atlanta avanzaron hasta el interior de la carpa, donde debatirían con ardor la empresa que les había unido y recordarían el destino de cada uno de ellos en la batalla final.

De pronto, un oficial de la guardia penetró en la carpa y recorrió su interior con urgencia. Le acompañaban dos lanceros de la compañía de exploradores.

—Mi rey, es importante —se presentó el oficial ante Argan.

El rey de reyes les observó un tanto extrañado. Les vio cansados, extenuados por la carrera; y ambos exploradores se lanzaron a sus pies ante la expectación de los presentes.

—¡Alzaos! ¿Qué nuevas son esas, tan importantes como para interrumpir esta Corte de Soberanos? Hablad —ordenó Argan.

—Mi rey, somos portadores de trágicas nuevas —afirmó uno de los exploradores, con ojos exaltados.

—En la pequeña aldea, allá donde los nuestros acamparon la avanzadilla... —dijo el otro, recuperando el resuello de su agitada respiración.

—Anoche fue, a todos nuestros valientes mataron —interrumpió su compañero.

—Decid, ¿qué ha ocurrido? —apremió Argan.

—La gente de la aldea se ha ido, no queda nadie. Los nuestros están todos muertos, dispersados y comidos por alimañas, como si carroña fueran —expuso el explorador, tratando de calmar su ánimo.

—Mi rey, bien sé que no puede ser. Pero así lo afirmó un oficial, en nuestros brazos, antes de ceder ante la Parca a causa de las horribles heridas que la vida le robaban: fue un solo guerrero —apuntó el explorador—. Me aseguró que en sus ojos azules habitaban infernales destellos, rojos como la espesa sangre. Vestía con un pequeño calzón de pieles, altas grebas y una gran capa de pieles deshilachada. A todos se enfrentó y a todos mató con una enorme maza.

—Eso no es posible —dijo Argan.

—No, mi rey, eso pensé yo... Pero, ¿por qué tendría que mentir a sus hermanos un hombre en su agonía? —expuso el explorador.

—¿Y dices que no queda nadie en ese poblado? —preguntó el rey Azaes.

—Solo muertos y alimañas —contestó el explorador.

—¿Un solo guerrero? —se preguntó Argan, posando su mano en la barba.

—Marcharemos a ese poblado, nada quedará en pie. Nuestros hombres recibirán digna sepultura y todo quemaremos —expuso el rey Llanós—. Les vengaremos. Ahora ordenemos este día, en el que Atenas temblará bajo el bronce de nuestro ejército.

—¡Mi rey! ¡Son nuevas urgentes de Atlas! —exclamó el oficial de la guardia, acercándose precipitadamente hasta Argan.

El rey Llanós levantó la mano, con una expresión de sorpresa ante la nueva interrupción. Pero nada dijo al haber escuchado que el mensaje procedía de Atlas y, con un gesto resignado, cedió la palabra al rey de reyes.

—Decidme, pues —ordenó Argan, dirigiendo su mirada hacia el capitán.

—¡Mi amado Argan! —exclamó Pyrene, soberana de Atlanta y del corazón de Argan, penetrando en la carpa como si la dueña del campamento fuera.

A todos sorprendió su presencia, pues en la lejana polis de Atlas debía de hallarse la reina, a salvo de todo.

Pyrene observó a los monarcas, dedicándoles a cada uno de ellos su tiempo, con una expresión muy triste que no apagaba su belleza divina. Su traje verde cubierto de nobles bordados se cubría con velos blancos, casi transparentes; su ondulada melena negra se meció al compás de sus pasos.

—¡Mi reina! —saltó Argan, preocupado, y la rodeó con sus brazos para besarla, y sintió su miedo—. ¿Pero qué haces aquí?

—¡Abandona esta guerra! —exclamó ella, preocupada.

—¿Qué dices, mi amada reina? —preguntó Argan, con el rostro enjuto.

—¡Debemos regresar! El mal acecha y es muy poderoso. Medio mundo recorrí para traerte este mensaje, pues sabía que solo a mí me escucharías.

—¿Cómo vamos a...?

—El gran Autóctono y su reina Ábyla han sido asesinados. Una traidora batalla frenó su destino glorioso en las tierras de Lybia. ¡El niño Autóctono es rey!

—¿Qué? ¿Cómo es posible tal aberración? —se preguntó Argan.

—Todo está perdido en Lybia. Los lanceros que han sobrevivido cruzan el estrecho buscando salvación, custodiando al niño rey. Temo que los hostiles les sigan y, alcanzado el Mar entre Tierras, puedan fijar sus ojos y ambiciones en Atlas, o en la singular Gadeira. Necesitamos refuerzos y favor con urgencia.

—¿Cómo podemos ayudar? Nos separa un mundo —expuso el rey Azaes.

—¿Cómo fue posible tal fatalidad? —insistió Argan.

No obtuvo respuesta.

Los soberanos atlantes se encontraban en silencio, atónitos ante la noticia. Las columnas de guerra de los reinos de Atlanta jamás habían conocido derrota alguna.

—En Gadeira quedó una valerosa compañía de lanceros, comandada por nuestro capitán Mimi. Si se diera el caso, ellos podrían ayudar al niño rey y frenar a los hostiles, y salvaguardar nuestro honor —aseguró el rey Llanós.

—Quizás deberíamos volver —se atrevió a comentar el sabio Epolis.

—¿Volver? ¡Hoy batallamos contra los hijos de Atenea! Mañana, pues, cargaremos sus riquezas y regresaremos con gloria y urgencia —aseguró el rey Méstor.

—Todo podríamos perderlo por un día si los hostiles logran cruzar el Mar entre Tierras. ¿De qué nos vale el oro y la gloria de Atenas si saquean nuestros reinos en Atlanta? —preguntó Epolis.

—Mandemos a Tarss, mi bravo capitán, con su columna de guerra. Que hagan saber al niño rey que mis lanceros protegerán su vida y la Corona hasta nuestro pronto regreso —aseguró Llanós.

—El pequeño Évenor nos espera en nuestro hogar, en Atlas. Regresemos ahora que podemos. Ya de glorias colmaron sus ambiciones tus reyes y súbditos —insistió Pyrene.

—Salgamos fuera, vayamos a nuestra tienda —le dijo Argan, tomándola con delicadeza del brazo y lanzando una escueta sonrisa al resto de soberanos.

—No es necesario que os la llevéis. Hija divina de Poseidón es, y su mirada va más allá de la vida y la muerte. Dicha siempre nos auguró; mas hoy no. Que diga lo que tenga que decir ante todos nosotros —expuso el rey Azaes.

—En Lybia los hostiles han vencido. Atlas y Gadeira pueden estar en peligro. Pyrene nos anuncia el mal... No olvidemos que un puñado de hombres salvajes han acabado aquí con nuestra avanzadilla. Es más que un presagio, es tiempo de regresar a nuestra amada Atlanta —insistió Epolis.

—No fue un puñado de hombres, sino un solo guerrero. Llegó con la lluvia, surgido de la oscuridad, con el trueno del prepotente Zeus —apuntó el explorador, que aún permanecía allí, relegado por los acontecimientos.

—¡Es él! ¡El mal encarnado en hombre! —exclamó Pyrene, sin ocultar su temor.

—No digamos más sandeces. Atenas está ahí, sus riquezas y la gloria de la victoria nos aguardan —expuso el rey Llanós, incrédulo ante lo que oía.

—Amado mío, esposo mí, rey mío, por favor, escúchame... Volvamos a casa —le suplicó Pyrene, hundiendo sus hermosos y tristes ojos en el interior del corazón de Argan a la par que apretaba sus manos con las de él.

Argan trató de asimilar las palabras de su reina, sus incomprensidos temores. Ella siempre le aconsejaba bien. Además, la amaba sobre todas las cosas, por lo que nunca la contrariaba. Algo que sabía le iba a ser muy difícil en esta ocasión, más si tenía que enfrentarse al pensar de la mayoría de reyes de su Corte de Soberanos.

—Nunca me gustó esta empresa. Pero te apoyé, pues significaba la unión en hermandad de nuestros reinos —expuso el rey Azaes, dirigiéndose a Argan—. Ahora temo que el precio será alto. La codicia nos vence. Lo veo a diario en nuestros hermanos, en sus victoriosos generales y en los gloriosos soldados. Roban, ultrajan y matan a las gentes nobles de estas tierras y de todas sobre las que marchamos.

—Son hombres salvajes, necesitamos el grano y la carne —se justificó Llanós.

—No hay excusa para la maldad —le recriminó Pyrene.

—Adoras la paz y tu bondad no tiene precio. Pero nuestra causa es guiada por los dioses. Atenas caerá hoy mismo, acabaremos con su ejército, nos cubriremos de oro y podremos regresar a Atlas, con nuestro pequeño Évenor —le dijo Argan, tratando de rebajar la tensión que se estaba formando.

—¡No, escúchame! —exclamó Pyrene—. Poseidón busca castigo para los hijos de Atenea, pero también para nuestra ciega ambición. La codicia ha sacudido la moral de reyes nobles que ahora corren, como alimañas rabiosas, tras las riquezas de otros pueblos. ¿No lo ves? Las sabias leyes que han regido la Corona se tambalean con esta empresa que solo busca oro y poder, gloria y placeres manchados de sangre inocente.

Argan escuchó las palabras de Pyrene y ladeó la cabeza.

Los demás miembros de la realeza esperaron con cierta expresión de malestar una reacción positiva por parte del rey de reyes, que no llegó.

—Poseidón desea que Atenas sea arrasada, es nuestra gloriosa empresa —expuso Méstor, saliendo de su silencio.

—Muy poco te preocupa la afrenta a Poseidón, sino el expolio de la orgullosa polis de Atenas —respondió Pyrene—. Pues escucha bien: tu amada gloria en la batalla no es más que sangre y tragedia para los pueblos, incluso para el nuestro. Así lo he visto, así será si continuáis la atroz senda de la guerra.

—Esta empresa ha unido a todos los soberanos de Atlanta —replicó Llanós—. No debemos abandonar el glorioso camino hacia Atenas que nos une, sería una desilusión que ahondaría en nuestras diferencias y que el propio Poseidón rechazaría.

—¡No me escucháis! —exclamó Pyrene, dirigiéndose a todos—. Debemos renunciar a esas riquezas que para nada necesitamos. Le he visto. El mal está aquí, entre los vivos, y a todos matará. Nacido de la ira de Zeus, es una bestia y como tal actúa. ¡Poseidón ha regresado a las profundidades de los océanos! Zeus, en cólera, ha liberado a su hijo maldito. ¡No lucharéis contra un ejército, sino contra la furia del mismísimo Ares, dios de guerras y males!

Argan quedó en silencio, dubitativo, al igual que toda la Corte.

—Poseidón no nos abandonaría de esta forma, a las puertas de Atenas —expuso Méstor.

—No lo ha hecho —aseguró Pyrene—. Te está avisando a través de mis palabras para que tomes el camino correcto: Atlanta. Mas tú te muestras sordo. ¡Todos os mostráis sordos!

—Los hombres están dispuestos, la empresa es enorme y sus costes necesitan de la sangre y el oro de los atenienses —contestó Llanós.

—No debéis ir tras las riquezas de Atenas. Ofende al prepotente Zeus. La polis está bajo la protección de su hija Atenea, la divina de ojos de lechuza. Esta guerra sin fin debe terminar, son muchos años batallando —añadió Pyrene, tratando con calmadas palabras hacerse escuchar.

—Exacto, mi amada reina, son muchos años. ¿Cómo decirles ahora a mis soberanos que regresamos sin la gloria ni el oro

de Atenas? ¿Cómo se lo dirán a sus generales, a sus capitanes, a sus soldados, a sus hombres... y a las familias de aquellos que murieron por la causa? —preguntó Argan, alzando la voz con cierto desdén.

—Nada más he de decirte, mi rey —contestó Pyrene, conmovida.

Argan nunca le había levantado la voz.

Ella salió rápidamente de la carpa, conteniendo amargas lágrimas.

—Pyrene... —murmuró Argan, ante la mirada cruzada de todos los presentes.

Argan anduvo remugando maldiciones hasta la gruesa tabla que hacía de mesa, se sirvió un gran vaso de vino y lo bebió de un golpe. Después, observó por un momento a cada uno de los diferentes reyes de la Corona de Atlanta y se postró en la entrada de la carpa.

Nadie hablaba, todos pensaban en el oro de Atenas y en las palabras de Pyrene.

—Yo te seguiré, mi rey. Ya sea en el ingrato camino de la guerra o en el esperado regreso a nuestro hogar —dijo Azaes, de pronto, rompiendo el silencio.

—¿Qué dices? Es más, ¿a qué esperamos? Las tropas están formadas, el plan de batalla se halla dispuesto, los capitanes al frente de sus columnas y los generales esperan las órdenes —expuso el rey Llanós, dejando clara su postura.

—¡Reyes de Atlanta! La suerte de esta empresa tan importante ha de recaer en vosotros. Mi amada Pyrene es mi razón y solo por ella vivo. Marcharé con las columnas de Atlas. Nada he de hacer en las tierras de Ática si ofendo a mi reina y a los dioses que nos acompañan —expuso Argan.

Con cierta perplejidad, sin querer comprender, la mayoría de los soberanos se quedaron boquiabiertos bajo la inexpresiva mirada de Argan.

—¿Te vas? ¿Qué quieres decir? ¿Que temes a los aqueos? —preguntó Méstor—. Nosotros nos quedamos.

—Mi muy querido rey Argan, bien sabes que no puedes llevarte las columnas de Atlas y pretender que continuemos con la empresa. Forman la fuerza principal de nuestro glorioso ejército —le susurró la reina Treita, que por primera vez habló en aquella Corte de Soberanos.

—Así es. Nos condenarías a la humillante derrota antes de producirse batalla alguna —apuntó el rey Méstor.

—No he llegado hasta aquí para volver a Gadeira con las manos vacías —indicó Llanós—. Marcha si es tu deseo, pero las columnas de Atlas han de quedarse. Si no puedes liderar nuestra causa, deberías renunciar a la corona que tan lustrosa permanece en tus sienes. Con el respeto que a mi señor debo, es algo que muchos pensamos llegado este momento.

—Pyrene no miente nunca, en su corazón solo hay espacio para la bondad y el amor. Si ella dice que el mal nos acecha, que debemos marchar, es lo que debemos hacer para no ofender a los dioses —se hizo escuchar el sabio Epolis.

—No sucumbas ante la cobardía, sacerdote. Atacaremos Atenas y nos haremos de gloria y oro. Y cuando alcancemos Atlas, a nuestro regreso, las Cortes de Poseidón decidirán un nuevo rey de reyes, digno de Atlanta y sus soberanos —insistió Llanós, cruzando desafiante su mirada con Argan.

—La precaución no es cobardía, sino sabiduría —contestó Epolis—. Pyrene es hija de Poseidón, su voz consuelo y...

—¡Todos nosotros somos hijos de Poseidón! —interrumpió Méstor—. Y a mí no me ha dicho que corra como un cobarde, con el rabo entre las piernas.

—Amanece soleado, los dioses nos sonríen. La gloria infinita para Atlanta espera. Nada de esto querrás recordar en nuestro regreso triunfal —aseguró Treita, hundiendo su penetrante mirada en el rey Argan.

—Sí, como en cada batalla, la victoria será nuestra —secundó Méstor.

—Ahora debes decidir si regresas a Atlas como valeroso rey de reyes, con gloria y dicha, o como cobarde lacayo de tu reina, sin trono ni fortuna —expuso Llanós, hiriente.

Argan ladeó la cabeza, pensativo. Sabía muy bien el alcance de aquellas palabras. Buscó una mirada cómplice y solo halló incerteza y dudas en el resto de la Corte.

—Nuestros lanceros esperan —apuntilló Méstor.

—¡Vayamos pues, la suerte está decidida! —ordenó Argan.

En la tienda de Argan, de lustrosos decoros y cintas coloridas al viento, el rey preparaba sus vestimentas y armas, ante la mirada triste y enfadada de Pyrene, que nada decía. Sentada sobre un ancho lecho de pieles y suaves telas, ella observaba disconforme cada movimiento.

—Perdóname, mi amada reina. Espero que por esta vez no estés en lo cierto y, si lo estás, si los dioses nos abandonan, que mi brazo y valor puedan brindarte una gran victoria.

—La gran victoria sería regresar, sin lucha ni batalla —respondió Pyrene.

—No puedo abandonar la empresa. Es abdicar a la Corona, perder todo cuanto tenemos... ¿Qué sería de nuestro hijo Évenor? ¿Lo has pensado? ¿Y de nosotros? —le dijo cruzando su mirada piadosa con la de ella.

—No vayas, los dioses proveerán —insistió Pyrene.

Con paso lento, Argan se acercó y la besó con dulzura en los labios. Luego, acarició el hermoso rostro de su amada deslizando sus grandes manos, y le meció la larga melena hacia atrás.

No dijo nada.

Ni ella.

Se alejó para ajustarse la coraza y sus defensas, donde destacaba la talla maestra de la testuz de un uro; se colgó su larga capa púrpura imperial, se calzó los protectores y anudó sus grebas. Acto seguido, se enfundó en la cabeza su yelmo de reluciente bronce.

—Tranquiliza tus mientes, mi amada reina. Regresaré cuanto antes y mañana iniciaremos el retorno a nuestra amada Atlas. Hoy es un gran día y esta será mi última batalla. Después, de favores y amores te colmaré. Sé cuánto te desagrada la guerra, no volveré a batallar nunca si no es en defensa de los nuestros. Tienes mi

palabra. Volveremos con nuestro hijo Évenor, ya debe haber crecido lo suyo y mucho le añoro.

—No habrá mañana para nosotros. No escuchas. Hoy es un gran día solo para la Parca —le dijo Pyrene, seria como nunca la había visto.

Argan trató de ignorar aquellas palabras y se volvió, ante la negativa de Pyrene de regalarle una sonrisa. Y se acercó a la estera de salida.

Pyrene se levantó y corrió a abrazarle, asiéndole por detrás, pegando su cuerpo al suyo en un cálido abrazo.

—No vayas —imploró.

Argan la tomó entre sus brazos, estrechándola con fuerza, respirando su aroma, su temor, mascando aquella amarga súplica. La separó de él, lentamente, colmando sus labios y mejillas de besos, y la miró a los ojos.

—Tengo que ir, mi amada, o nada seremos —aseguró, dándole un último beso.

Argan se volvió, con gran desazón, y tomó una larga lanza de fresno. Salió de la tienda, tentado, pero sin volver la cabeza.

Recorrió el camino, seguido por su guardia, y se acercó a su ejército, que en formación esperaba. Lo estudió todo por unos breves instantes y, lanzando un potente grito de guerra, se mostró altivo y poderoso ante los demás soberanos, sus generales y sus lanceros. Tal cual como se esperaba del rey de reyes de Atlanta.

Y todos los lanceros gritaron al aire, con las picas y escudos en alto.

LA AMBICIÓN DE UN IMPERIO

La tierra tembló ante el avance de miles de lanceros por aquel valle herbáceo rodeado de grandes bosques. Aplastándolo todo con gran estruendo, nada permanecía tras su paso. El entrechocar de los grandes escudos con las lanzas tronaba, encogiendo los corazones de los soldados aqueos, los cuales, situados frente a aquel poderoso ejército invasor, en el fondo del valle, se veían impotentes ocultándose tras los escudos. Y retrocedían temerosos, lentamente, mientras esperaban la furiosa carga de las columnas de guerra atlantes.

Finalmente, como un único rugido, un grito resonó en el cielo y en el alma de cada combatiente, en aquella mañana en que la Corona de Atlanta quiso ser más que imperio en el corazón de Ática. Mientras, la reina Pyrene, desconsolada, lloraba sin parar en el lecho, viéndose ignorada por primera vez en su vida por su amado rey Argan, temerosa de las desgracias que había visto en sus sueños y que daba por ciertas y próximas.

El tremendo choque sacudió el valle, tiñendo el verde de espeso rojo. Miles de astas saltaron en pedazos, arrancando entrañas y mutilando vidas. Gritos, sudor y heces colmaron cada espacio, como fieles aliados de aquella macabra orgía de sangre provocada por hachas, espadas y lanzas. El despiadado bronce que todo mata. Tras la feroz embestida, los defensores aqueos se deshicieron derrotados y comenzaron la penosa huida, entre brutales y discontinuos enfrentamientos que retrasaban la ansiada victoria.

Los atlantes, sabiéndose superiores, avanzaron soberbios. Al frente de ellos sus altivos reyes, generales y capitanes. Nadie quería quedarse atrás en la gloriosa carrera que les llevaba hasta el corazón de la mismísima Atenas. Un botín sin igual les esperaba. Nada podría impedir que, con el nuevo día, amanecieran como dueños de la más rica e influyente de las polis de Ática.

El ejército aqueo se desplomó totalmente en su centro y comenzó a retirarse velozmente hacia los lados. Los atlantes abrieron sus columnas conforme ahondaban entre las filas enemigas por un corredor que parecía hecho para ellos.

—¡Están huyendo! —gritó Llanós.

—¡Son nuestros! —apuntó Evemo, adentrándose junto a con Mneseo y Diáprepes.

—No están huyendo. Parece que quieren rodearnos por los flancos... Pero no son suficientes, ¿qué pretenden? —expuso Azaes.

—No me gusta. Impidamos su maniobra. Sea cual sea, seguro que no nos beneficia. ¡Que retroceda nuestro frente, rápido! ¡Asegurad los flancos! —ordenó Argan.

—¿Retroceder? ¡No! ¡Acabemos con ellos de una vez! ¡Victoria! —exclamó Llanós, desobedeciendo la orden.

Y avanzó rápido a través del valle junto a los demás soberanos y sus lanceros, acelerando la batalla y corriendo a ciegas tras la consabida victoria.

Una tremenda maza se estrelló en el rostro del rey Evemo, hundiéndole la nariz, las cuencas oculares y la frente, ahogando su vida en un pozo negro.

Ares se posó ante ellos, melena y capa al viento, con los ojos entrecerrados y liberando un gruñido tranquilo. Como a una señal, los aqueos cesaron en su huída fingida y se revolvieron en todo su recorrido, tomando posiciones.

Una gran algarabía de pájaros surgió del inmenso bosque que rodeaba el valle.

—No —murmuró Argan, alzando la vista ante la espantada.

Y se temió lo peor al ver salir entre los árboles algunos corzos y varios jabatos, corriendo y esquivando quebradas hasta desaparecer.

—Hemos caído en una emboscada —aseguró Azaes.

—¡Atrás! —ordenó Argan a sus hombres.

Los bosques que les bordeaban parecieron abrirse alrededor del campo de batalla. Miles de guerreros bien pertrechados comenzaron a surgir desde ellos, de ambas lomas, de todas partes. En la retaguardia atlante, cerrando la salida del valle, miles de hombres salvajes formaban un tremendo ejército que clamaba al cielo en busca de venganza. Frente a los lanceros del rey Argan, comenzaron a retumbar con fuerza los tambores y, en tres oleadas diferentes, pero continuadas, fueron formando ante ellos los soldados de Atenas, provistos de cuerpos bronceados, altas grebas y largas lanzas.

Las filas de lanceros aqueos se abrieron. En la cabeza del inesperado ejército, en un enorme carro de batalla tirado por seis hermosos caballos blancos cubiertos de resplandecientes mallas plateadas, junto a cuatro lanceros y su auriga, se mostró el rey Cécropo de Atenas. Un anciano tan antiguo como la vida, que según dichos y acólitos era el primer hombre autóctono, el nacido de la propia Tierra antes de que todo fuera, el cual estudió con tranquilidad el campo de batalla, desde el trono fijo que ensamblaba la carrocería. Vestía una corona de laurel encintada en argénteo y puro oro, y un hermoso visón blanco que cubría de largo sus pies ocultos por siempre, alimentando las leyendas que le consideraban un dios con cuerpo de serpiente desde el vientre a los pies, y más allá.

El ejército atlante se hallaba totalmente rodeado, sin salida alguna.

Argan bajó la cabeza, cerrando los ojos, y pensó en su amada reina.

Pyrene se alzó llorando y encogió su alma, con un grito de pánico. En su mente, una sola visión todo lo salpicaba de horror y, a su lado, paseaba la Parca buscando su mano.

Dos mujeres muy jóvenes, de encorvada y sombreada figura, cubiertas por largas capas y capuchas que ocultaban en gran medida sus rostros, alzaron la esterilla de la tienda y entraron con una sonrisa pérfida y una risa de hiena.

—¡Hécate! ¡Némesis! —exclamó Pyrene.

Sin argumentar palabra, las dos jóvenes se dirigieron hacia Pyrene rápidamente, sin darle tiempo a hablar ni a reaccionar ante sus visiones de muerte. Una puñalada bañó de rojo la hermosa túnica verde de la reina, que cayó al suelo, con el arma en el vientre y los ojos nublados.

Todos los hombres de Ática, jóvenes y ancianos, enfermos y sanos, soldados y campesinos, se habían congregado en aquellas colinas que circundaban el valle para detener el insultante avance atlante, apoyados por los clanes que habían huido de la Camarga y Tirrena. Miles y miles de lanceros de Argos, Ftia, Delfos, Miceinas y de tantas otras polis bajaban mostrando sus armas y ganas. El ejército atlante se encontró rodeado por una fuerza que les triplicaba en número y que rugía presta para el combate.

La victoria se hizo ruina y los hombres de Argan fueron retrocediendo ante una lucha terrible, donde solo la huida a través del punto más débil de la contraofensiva, localizada entre los hombres salvajes, parecía poder otorgarles alguna opción ante la muerte cierta.

—Hemos mordido un cebo. Ocultaron en el bosque la realidad de su ejército y nos han atraído hasta el interior del valle para rodearnos —aseguró Argan, sobre su carro de guerra—. Se mostraron débiles, mas no lo son. ¿Cómo hemos podido caer en semejante burla?

—Creímos haber vencido, presa de nuestra soberbia, y ni tan siquiera conocíamos al enemigo... Debemos regresar a nuestro campamento, recoger lo que bien podamos y huir —contestó Azaes, que a su lado marchaba.

Argan retrocedió, atónito ante el giro inesperado de la contienda. La tenaza se cerraba cada vez más sobre ellos, a pesar de la encarnizada resistencia que ofrecían sus columnas de guerra.

—Debí escuchar a mi reina, sus palabras anunciaban este horror —murmuró, cerrando los ojos con resignación.

—Lo hicimos. Pero pudo más la ambición y la codicia que la razón y la prudencia. Debemos salir de aquí antes de que todos nuestros hombres sean sacrificados para gloria del prepotente Zeus —asintió el sabio Epolis.

—Por todos los dioses, que se reagrupen mis lanceros. Debemos esquivar esta tumba que nos han preparado en este día. ¡Atrás, atrás! ¡A la retaguardia! ¡Las lanzas en guardia, arremetamos todos a una contra esos salvajes! ¡Es nuestra única salida! —ordenó Argan.

Su ejército obedeció de inmediato, replegándose sobre sí mismo e iniciando un retroceso ordenado, tratando de mantener una formación que les salvara de la furia desatada sobre ellos. La estrategia funcionó al centrar todo el poder de su ataque en un solo punto, el más débil. Lograron romper el cerco y hallar un camino de huida a pesar del terrible acoso recibido en los demás frentes.

—Mi señor, se ve fuego... ¡El campamento está siendo atacado! —gritó uno de sus capitanes, llegando herido hasta Argan.

—¡Pyrene! —exclamó el rey de reyes, con un tremendo nudo en la garganta.

Y corrió, olvidando la huida orquestada, olvidando todo.

Su ejército le siguió, de forma desordenada, víctima del brutal acoso, diezmado por el afilado bronce. Un grave error que permitió a los aqueos avanzar sin temer ofensiva alguna, acuchillar y acabar con todos los que se rezagaban, y lancear por la espalda a los que alcanzaban en plena huida.

Miles de soldados corrieron desperdigados por el valle, desprendiéndose de sus yelmos y de los pesados petos de bronce para acelerar sus pasos. Un estallido de voces eufóricas tras ellos les imprimía velocidad en su carrera, pánico en sus almas, y les recordaba la amarga derrota. Sus corazones desbocados buscaban las sendas del campamento, una tregua que les permitiera huir de aquella carnicería en que se había transformado la prometida victoria. Pero las enormes llamas que alcanzaban el cielo y el humo

negro que recorría las copas de los árboles les indicaba que la batalla no había terminado.

Argan y los suyos llegaron al campamento, con las armas presas para el combate. Cientos de hombres salvajes estaban desvalijándolo todo. Lancearon a los que pudieron. Los demás huyeron, no lejos, esperando la llegada del ejército aqueo. Los atlantes cargaron cuantos carros pudieron y partieron rápidamente dejando armas, enseres, heridos y víveres al desdén del enemigo.

—¡Pyrene! —gritó Argan, con voz desgarrada, entrando en su tienda.

Todo estaba saqueado, nada se hallaba en pie; y enmudeció al ver a su reina tendida sobre el suelo, gimiendo levemente con la mano sobre la herida.

—Argan, ¿eres tú, mi amor? —murmuró ella, con pena.

—¡Mi reina! ¡No!

Corrió a socorrerla cuando dos hombres armados entraron en la tienda tras él y se le echaron encima. Al primero lo mató de un cabezazo brutal, al segundo lo traspasó con la espada. Con un grito de rabia soltó el bronce y tomó en sus brazos a Pyrene. La besó sin parar, llorando, sin atreverse a tocar el arma que la mataba.

Argan ladeó de un manotazo la esterilla y salió con Pyrene en brazos, manchado de sangre todo su ser, toda su alma. El sol brillante reflejó en su cara, y se vio rodeado de docenas de soldados aqueos que llegaban hasta él. Los clanes salvajes habían regresado para seguir con el saqueo, asesinando a los heridos que quedaban gimiendo sin más opción que morir. Tragó saliva, cerró los ojos y apretó el cuerpo de su amada contra él.

—Piedad para mi reina —suplicó por varias veces, y esperó la muerte digna por largo tiempo, gallardo, sin soltar a su esposa. Nada pasó.

Un murmullo de voces le acompañó en su espera hasta que abrió los ojos. Los aqueos le ignoraban, como si allí no estuviera. Se dedicaban a revisar el campamento, a expulsar a los hombres salvajes, a recolectar las armas y el bronce. Frente a él, un poderoso guerrero, con una enorme maza en la mano.

Ares observaba serio, con los labios estirados. Guardó la maza en las trinchas que portaba en su espalda, sujetando donde nace el cuello, en el mango de roble de una argolla de tensos tendones, y se dirigió hacia el rey Argan.

—¿Vivirá? —preguntó.

—No creo —respondió Argan, tras unos momentos de indecisión, observando los ojos atormentados del guerrero.

—Es muy hermosa. Sin duda, no merecía esta suerte —aseguró Ares, y se acercó para acariciar suavemente las mejillas de Pyrene.

Argan retrocedió un poco, separándose de aquel guerrero de aspecto salvaje; perplejo ante su musculado cuerpo marcado por decenas de cicatrices y la sangre derramada, y por aquella caricia tan noble y delicada.

Pyrene abrió un poco los ojos y al verle, suspiró con un exiguuo llanto. Se apretó a Argan, temerosa, y de sus ojos volvieron a surgir lágrimas.

—Les advertí. No me escucharon. Ares, azote de mortales, escucha estas, mis palabras: yo, la reina Pyrene, hija del mismísimo Poseidón, a las puertas del Olimpo, te invoco piedad para mi noble rey Argan —alcanzó a suplicar.

Ares la observó detenidamente por un tiempo, estudiando cada rincón de su ser, sintiendo en su interior la desolación de la gran pena que embargaba a la mujer, y gruñó levemente.

—Márchate con tu reina —dijo con su voz ronca.

Argan comenzó a andar, con su esposa en brazos. Pasó ante Ares, sin que este dejara de estudiarles como si se tratara de un león hambriento que deja huir a una gacela herida.

—¿Eres en verdad el hijo de Zeus? —preguntó Argan.

Ares le ignoró y volvió la cabeza al fondo del valle.

A lo lejos se veía la figura del enorme carro que portaba el trono del rey Cécropo de Atenas y a su corte de generales, seguido del resto del ejército aqueo.

—Marcha ya con tu reina, que divina es y merece la gloria del Olimpo, antes de que lleguen reyes y generales y en carroña de perros se conviertan sus entrañas —le ordenó Ares.

Argan asintió y se apresuró en su paso, alejándose de los soldados que todo revisaban, entre miradas de odio y pena; viendo a los suyos muertos o agonizando ante una muerte que llegaba inminente, con el golpe seco del bronce.

En la distancia, volvió la cabeza. Con un melancólico gemido, observó los restos dispersos de lo que había sido el grandioso campamento de los soberanos de Atlanta. En su desmedida y sangrienta ambición de ser más que imperio, ahora ya nada eran.

* * *

Argan anduvo sin parar, sacando fuerzas de la desesperación, con su amada inerte en los brazos. Cruzó barrancos, valles y bosques. Siempre hacia el oeste, llorando entre dientes y siguiendo la caída del sol. Cayó varias veces de rodillas o de lado, agotado. Y cada vez, abrazaba a su reina y se levantaba para continuar huyendo sin dejar de mirar atrás, por si les seguían y alcanzaban. Temía ser presa de aquella furia que ellos mismos habían desatado y, con cada paso, no cesaba de rogar a los dioses por la vida de Pyrene.

Anocheció y una llama en la oscuridad le llevó hacia el sabio Epolis y varios de sus lanceros que, descansando de la huída, en cuanto le vieron llegar al pequeño campamento que habían improvisado, corrieron a socorrerle.

—Ocultad la llama de esa hoguera o nos localizarán. Debemos continuar, nos siguen de cerca —les ordenó Argan, apenas les vio llegar.

—Mi reina, ¡está herida! —exclamó Epolis.

—Grave es, mi buen amigo —sollozó Argan, acomodando a Pyrene entre gruesas pieles.

Epolis trató de sacar la daga.

—No puedo —levantó la cabeza hacia su rey, angustiado—. Es como si retuvieran la hoja desde dentro, si fuerza podría matarla.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Argan.

—Taponaremos la herida, al menos hemos de evitar que siga sangrando. Trataremos de inmovilizar la daga, hasta que lleguemos a un lugar donde podamos operar y extraérsela con precisión.

Con varios jirones de sus propias vestimentas taponó la herida alrededor de la daga y mandó hervir numerosas telas. A su vez, construyeron rápidamente una camilla con las astas de varias lanzas, usando pieles como base, en la cual trasladaron a Pyrene, abstraída en su agonía. Y se alejaron tan rápido como pudieron de aquel lugar, escuchando de fondo la algarabía lejana de los guerreros que les perseguían.

Siguiendo el rastro de los demás que huían hacia los pasos de Tirrena, fueron congregándose un buen número de lanceros atlantes y carros mal pertrechados. Los suficientes para repeler un ataque de hombres salvajes, aunque nada eran ante la columna del ejército aqueo que les perseguía.

Llegada la noche del segundo día, frenaron en su huida. A lo lejos se divisaban las hogueras de sus perseguidores; habían acampado.

Argan ordenó descansar a sus guerreros, atender a los cientos de heridos, revisar las provisiones y cargar los carros con agua de los manantiales. En su cara, la amarga expresión de la derrota; en su corazón, el terrible sufrimiento por su amor. Pyrene yacía recostada de lado, entre lamentos y sollozos, aguantando aquel dolor que la mataba poco a poco.

—Poseidón te mantiene con vida. Yo te sacaré el bronce, sanarás mi amada reina —le dijo Argan, y tiró suavemente.

Pero la daga no cedía. De pronto, un golpe de sangre salpicó su cara, y la mano de Pyrene paró su voluntad.

—Si lo haces, moriré en unos instantes. No es una daga cualquiera, no busca mi cuerpo. Las arpías la hundieron buscando mi alma y bien sabían lo que hacían. No hay remedio ni esperanza, en cuanto la hoja abandone mi cuerpo, robará mi vida —murmuró Pyrene, apretando los dientes ante el dolor que abrasaba su vientre.

—En Atlas disponemos de grandes médicos, ellos te salvarán. Los dioses dispusieron que así fuera al permitirnos vivir en estos horribles días —argumentó Argan, sin perder la esperanza.

—No aguantará, nos hallamos muy lejos —dijo el sabio Epolis, acongojado.

—¡Aguantará! —exclamó Argan.

—Tenemos que aprovisionarnos y salir cuanto antes, no podemos permanecer por mucho tiempo más aquí. Los aqueos han parado, debemos sacarles distancia. Solo así lograremos llegar a nuestros dominios —advirtió el rey Llanós, acercándose hasta ellos para alegría de Argan.

—Te veo a ti, Llanós, y al buen Azaes... Pero, ¿y los demás reyes?

—Creo que solo nosotros vivimos. Dimos por perdida la batalla y supimos huir antes de ser muertos —contestó con vergüenza Azaes.

—Han muerto —sentenció Llanós—. Evemo fue el primero en caer... Todos fueron domados por ese colosal guerrero de largos cabellos negros y una gran maza por arma.

Argan pensó de inmediato en el hombre que había permitido su huida.

—Ese guerrero es una insaciable bestia. Mataba todo, amigo o enemigo, en su camino hacia nuestros hermanos —continuó Llanós.

—Un dios es. Así lo exclaman los aqueos, así lo dicen nuestros lanceros. Hijo del prepotente Zeus, Ares le llamaban —afirmó Azaes.

—Pyrene no se equivocaba —apuntó el sabio Epolis.

—¡Aquí, hermanos atlantes! —se alzó la voz del rey Méstor que, acompañado de su reina Treita, se acercaba seguido por un pequeño grupo de lanceros.

—¡Méstor, Treita! ¡Por todos los dioses! ¡Celebro hallaros con vida! —exclamó Argan.

—¿Cómo lograsteis escapar al cerco de los aqueos? —preguntó Llanós, sorprendido.

—No fui a la batalla a causa de mis dolores de espalda, mi pierna apenas me dejaba andar. Mi reina y mi guardia me llevaron a las aguas del río para desentumecerlas. Tan solo por ello pudimos escapar. Pero, ¿cómo está nuestra divina reina? Me han dicho que sufre...

Argan le miró sin creer palabra alguna, sabía de su valentía de boca y su cobardía de hecho. Pero nadie les recriminó nada. En aquel triste momento, todos se alegraron de que con vida se hallaran.

—Mal está, mas tengo fe en que salve su vida —contestó Argan.

—¿Un dios? ¿Oí bien? —preguntó una Treita arruinada.

—Los dioses no interceden en causas humanas, no deberían —aseguró el sabio Epolis, retomando las palabras dichas.

—Los dioses no son sino quimeras del que no sabe, del que todo teme. ¿Dónde está Poseidón que en tan señalado día nos abandona? —replicó Argan.

—Yo vi a ese guerrero bien cerca, mientras destrozaba cuerpos y mentes a golpe de maza. La Parca le acompañaba excitada como una perra, pues era el que más almas le entregaba. Sin duda es un dios. ¿Cómo si no mató a cientos de los nuestros? ¿Quién lleva a la Parca por compañera? —expuso Llanós.

—Con nosotros han llegado algunos hombres rezagados de la batalla. Afirman que son muchos los aqueos que ya regresan a sus hogares. Solo nos persigue una columna de unos mil guerreros. Estamos mal, pero seguro que unos cuantos estamos preparados para combatir —expuso Méstor, tratando de ser valiente.

—Éramos miles... ¡Miles! —murmuró Azaes.

—¿Qué insinúas? —preguntó Argan.

—Podríamos regresar y envolverles. No nos esperan, les daríamos un buen golpe y podríamos recuperar víveres y armas, sus carros y caballos.

—¡No! —exclamó Pyrene, tumbada en su lecho, abriendo levemente los ojos.

—¡Pyrene! —se sorprendieron todos.

—Argan, mi amado rey, escúchame. Alza este campamento sin más demora y dirige tus pasos hacia las Sagradas Montañas, más allá de la Camarga, solo así podrás obtener paz para tus hombres. Si no, todos morirán. La vida huye de mí, la Parca ronda mis palabras; ya puedo notar el viento helado de las tierras del Norte. Hay que cruzar pronto los pasos antes de que caigan las nieves, de lo contrario quedaremos atrapados por el hielo y nadie sobrevivirá a

la ira de Ares. Y esta vez no tendrá piedad. Nunca la tuvo y si hoy vives, solo es por que a su amada y divina madre Hera le recordé —comentó Pyrene antes de volver a quedar inconsciente.

—Pyrene, mi amada, despierta —sollozó Argan.

—Déjala descansar, necesita de paz —solicitó el sabio Epolis, con tacto.

—Que todos los hombres revisen sus pertenencias y víveres. Esos carros los quiero en marcha, cargados de agua. Pyrene quiere que continuemos y así lo haremos. No hay más que discutir. Honrarla y escuchar sus palabras debimos hacer en su momento. Regresaríamos todos con vida, alegres y con honores. No como ahora, mermados, sin gloria y perseguidos como ladrones.

Nadie argumentó nada, ni se opuso.

La columna atlante comenzó de nuevo su penoso repliegue esa misma noche; y durante días recorrió las abruptas sendas que les llevaban a Occidente, dejando cada vez más distantes a sus perseguidores. En su avance, las temperaturas descendieron vertiginosamente, matando el calor del sol estival, y un frío desconocido se hizo notar conforme el viento se alzaba a ráfagas huracanadas. La escarcha crujía en el camino, donde muchos quedaron para siempre, y en numerosas zonas comenzó a aparecer la nieve, incluso ya atravesadas las altas montañas de los Alps, en las tierras bajas de la Camarga.

—¿Cómo es esto? —se preguntó el sabio Epolis, y extendió su mano para cerrarla con los copos helados entre sus dedos—. Estamos en tiempo de sol, de golondrinas y cigüeñas. No debería nevar.

—Mi amada Pyrene, flor de toda primavera, se muere. Es lo que ocurre —murmuró Argan desde el fondo de su corazón.

RATÓN

Entre los elevados pasos de las montañas de Alps, en las fronteras perdidas de Occidente, los soldados aqueos, los victoriosos en la gran batalla, descansaban a salvo de la nevada bajo grandes abetos, junto a las nutridas hogueras que calentaban sus cuerpos y hacían brillar sus ojos cansados pero satisfechos.

Marcial estudiaba detenidamente el valle que se abría ante ellos, en su descenso, y los extensos bosques de la vieja Europa; y más allá, un mundo desconocido. Se trataba de un general ateniense, implacable. Un hombre maduro de pelo cano y ojos colmados de sabiduría adquirida en batalla. De ancho torso cubierto de bronce de dioses, se movía cubierto por una larga capa púrpura rojiza. En su cabeza mostraba un yelmo de abundantes colmillos de jabalí, galardonado con crines de león que abundaban cubriendo su cuello. Comandante de aquel ejército, se preciaba de contar con la estima absoluta del rey Cécrope. Hábil militar, se colmaba de paciencia y, ahora, seguía los pasos de la precipitada huida del rey Argan y los lanceros atlantes.

No tenía prisa; su fin no era alcanzarles, ni vencerles. Eso ya lo había hecho.

—Apenas nos distancia de los humillados una jornada. Podríamos llegar hasta ellos con el crepúsculo. Nuestros hombres están cansados, merecen descansar. Quizás es hora de acabar con esta cacería y regresar —apuntó Prometeo, un joven capitán de largo cuerpo, barba rasa y grandes manos. Natural de Atenas, era

hermoso y soberbio por naturaleza y disponía de mala fama como soldado, pues se le suponían valores y rango solo por ser el hermano menor del rey Cécrope.

—No, mejor que huyan. Mi buen capitán, dejemos que corran... Su rastro de bronce y cadáveres nos llevará hasta su guarida —expuso Marcial, con una sonrisa sabia—. Conoceremos bien a los hijos de Poseidón. Sigamos apretando para que no hallen resuello. Pero hay que aligerar un poco la presión para que tengan esperanzas, no sea que sospechen y se tuerzan en su camino.

—Comprendo —asintió Prometeo, deseoso de aprender todo el saber en el arte de la guerra que Marcial acumulaba tras décadas de gloriosas batallas sin conocer derrota.

—Mi señor, un correo de Atenas —expuso el oficial de la guardia, acercándose con el debido respeto.

Marcial alzó una ceja y, acto seguido, como esperando las nuevas acontecidas, estiró el mentón estudiando al joven soldado que, atlético y cansado, portaba el correo.

—Nuestro señor, el muy amado rey Cécrope de Atenas, ordena el regreso inmediato de sus gloriosos lanceros, así como del ilustre general Marcial —aseguró el mensajero, recobrando el resuello.

—¿Sabes algo? —preguntó Marcial al mensajero, sorprendido por la premura.

—Solo que gran revuelo hay en la Corte Real tras la visita de la Pitia, amante de Apolo y dueña de la profecía. Creo que nuestro muy amado rey te espera para encomendarte una misión de gran trascendencia, sobre la cual no cabe duda ni demora.

—Perderemos el rastro de los hijos de Poseidón —aseguró Marcial, con una mueca un tanto disconforme.

—¿Algún mensaje que trasladar a nuestro muy amado rey? —preguntó el joven mensajero.

—No —contestó Marcial, malhumorado.

—Puedes regresar tranquilo a nuestra gloriosa Atenas, mi general. Yo seguiré a los atlantes hasta su cubil —expuso Prometeo, observando alejarse al mensajero.

—No, me acompañarás —respondió Marcial.

—Pero...

—No repliques mis órdenes. Tu hermano me arrancaría la cabeza si te dejara solo en estas tierras salvajes. Además, seguro que necesitaré de tus servicios en la nueva empresa. Muy intrigado me tiene tanta urgencia. Que una patrulla continúe la persecución del enemigo. ¡Pero que no actúen! Solo han de observar. Dicen que los atlantes habitan polis cubiertas de metales preciosos, al otro extremo del mundo, donde toda tierra acaba... Debemos saber dónde hallarles, si es verdad, y conocer sus fuerzas y gentes. Quizás un día Zeus disponga que sean nuestros territorios.

—Avisaré a los capitanes Eolo e Ícario. Son grandes aventureros, pero también precavidos, y les dictaré tus deseos. Les proporcionaré buenas armas, víveres y los mejores lanceros, para que a todo puedan enfrentarse y que regresen a Atenas con respuestas. Y carros, para que aceleren su paso.

—Nuestros capitanes no precisan armas ni otros lances. Será mejor si pasan desapercibidos como hombres salvajes, leñadores ellos, o mejor como cazadores de pieles. Y nada de carros, ni caballos; mejor que marchen con una vieja mula, que sean discretos. No quiero temidos soldados, sino cautos espías. No hay prisa, que dispongan del tiempo que precisen. Sin más apoyo, solo así podrán llegar hasta el corazón de Atlanta y regresar con vida.

—Así se hará —asintió Prometeo, convencido de las palabras de su general, asombrado de su audacia y saber.

De pronto, a veinte pies, pasó corriendo un muchacho de corta edad, el cual, atemorizado, gimiendo su miedo, descalzo y desnudo, cubría sus vergüenzas con apenas un trapo entre sus manos. Tras él un grupo de soldados le seguían, riendo sin escrúpulos, mientras otros le azotaban y zarandeaban a su paso con las astas de sus lanzas.

—¿Y eso? —preguntó Marcial, alzando el entrecejo.

—Siguen llegando atlantes rezagados buscando clemencia y comida; otros aparecen sin destino cierto, perdidos o heridos. Aún quedan muchos hombres desperdigados por los bosques. En su apresurada huida, muchos marchan sin saber.

—Asegúrate de que los prisioneros son tratados como se merecen.

—Así se hace, mi general. Tras ser interrogados son inmediatamente decapitados. Solo conservamos la vida de posibles esclavos de valía para el mercado o la milicia.

Marcial asintió levemente.

Tratando de dejar atrás el grupo de lanceros que le acosaba, el joven Gánímedes corría desnudo a través del campamento aqueo con grandes lágrimas en sus ojos, aturdidos cuerpo y mente por los numerosos abusos y golpes recibidos. En su loca carrera chocaba con soldados que le empujaban o violentaban entre risas y sudores. Finalmente, cayó extenuado y se rindió al cruel destino que le esperaba: carne para la soldadesca y, quizás, solo quizás, esclavo de por vida.

Al oír llegar a sus perseguidores levantó la vista y vio un pequeño cuchillo de cocina y un trozo de pan descuidado junto a una hoguera. Pensó en morir, pero no solo; y lo tomó con una mano. Trató de levantarse con las piernas temblando y dio un pequeño grito de rabia, salpicando el aire con la sangre que manaba de su nariz y manchaba sus labios. Logró dar cuatro pasos antes de caer hacia atrás presa del agotamiento, y rodó hasta chocar con unas musculosas piernas. Con los ojos entreabiertos, trató de guarecerse tras ellas instintivamente, inocentemente.

Los soldados pararon en su persecución y alzaron sus rostros, precavidos.

—¡Atrás! —gritó Gánímedes, esgrimiendo el pequeño cuchillo, asido entre aquellas fuertes piernas como si fueran robustos troncos donde ocultarse.

Ares bajó la cabeza para observar cómo aquel crío, desnudo y de cuclillas bajo sus muslos, amenazaba con la diminuta y ridícula hoja de bronce, apenas afilada, a los soldados. Y gruñó levemente.

—Mi señor, ese joven sarasa de placeres es un atlante. Debemos llevarle con los demás prisioneros, con los esclavos —aseguró uno de los soldados.

—Es un erómeno, rondaba el campamento; trató de robar en el almacén —aseguró otro.

Una mirada de Ares, seguida de otro gruñido, bastó para que los soldados se alejaran sin obtener más respuestas ni palabra alguna. Ganimedes alzó la cabeza, tragando saliva, y soltó el pequeño cuchillo al cruzar su mirada con los ojos atormentados de aquel enorme y hermoso guerrero, el cual le observó por un momento y continuó su camino, sin más.

El joven se irguió y se colocó tras él, apenas a un pie, ocultando sus vergüenzas con aquel trapo. Acercándosele más y más, hasta casi tropezar; y más cada vez que se cruzaban con alguien o con un grupo de lanceros. Comprendió muy rápido que si se hallaba lo bastante cerca de aquel salvaje guerrero, nadie le molestaría.

Guerrero y erómeno cruzaron el campamento hasta llegar a una tienda de campaña, que se encontraba un tanto descuidada y sucia. Estaba algo separada de las demás, bajo un árbol de ancha copa, y frente a ella permanecían los troncos de una hoguera sin prender.

Ares escudriñó su entorno y se fijó de nuevo en el muchacho, el cual, sin saber cómo reaccionar, le sonrió tímidamente.

—¿Eres hombre o ratón? —preguntó Ares.

—Hombre —contestó Ganimedes.

—Bajo mis piernas parecías un ratón.

—Muchas eran las alimañas que me acechaban.

El salvaje guerrero se deshizo de su capa, mostrando su ancho torso, sus cicatrices, ante la atónita cara del joven. Acto seguido se desprendió de la enorme maza que colgaba en la argolla de sus trinchas de cuero, en la espalda, y la apoyó contra el tronco del árbol.

—Las alimañas ya no están, debes marchar —le contestó, y dobló la capa.

Acto seguido, tomó su maza y penetró en la tienda de campaña. Tomó un cántaro de barro y bebió un trago bien largo del dulce vino que almacenaba. Eructó y, sin más, se dejó caer sobre un estrecho lecho montado con lana de oveja y pieles de uro.

Un pequeño chasquido despertó a Ares de su sueño, y el suave crepitar de las llamas avivó su curiosidad. Se levantó con un bostezo y alzó la esterilla de la tienda. Ganímedes se encontraba aún allí. Había encendido la hoguera y permanecía junto a ella, tiritando su frío, buscando calor.

El guerrero salió de la tienda y se le acercó.

—Yo nunca enciendo la hoguera en la noche —aseguró con su voz ronca.

—Lo sé, podrías convertirte en el blanco de un ataque. Tu tienda está demasiado alejada de las demás, sería propicio. Pero hoy sois victoriosos, no hay enemigo. Los míos, los que aún viven, huyen despavoridos. ¡Además yo vigilaré, no temas dormir! —exclamó Ganímedes.

Ares le observó, ciertamente sorprendido por aquella respuesta.

—¿Qué sabes tú de enemigos si apenas te crece pelo en la barbilla?

—Ya tengo catorce años, señor. Sabedor de batallas y guerras soy, mi rey Llanós me enseñó mucho. Él cuidaba de mí. Ahora ni tan siquiera sé si vive o no, ni qué fue de ninguno de los míos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ganímedes, señor. Podría ocuparme de sus armas, de la tienda, de su comida, del fuego... de vigilar. Y colmarle de placeres, mis masajes son reclamados por reyes y generales —le contestó, mordiéndose levemente el labio inferior.

—También te enseñó a ello ese rey.

—Sí.

—Apaga ese fuego y márchate —insistió Ares, y volvió a entrar a la tienda.

Bajó la esterilla, se sirvió otro a largo trago de vino, eructó potente y se tumbó.

* * *

La esterilla se alzó de pronto y la luz matinal del sol profundizó en la tienda de campaña de Ares, iluminando su rostro.

—¡Señor! ¡Despertad, es tarde y se avecina una gran tormenta! —le exclamó Ganimedes, sacándole de sus profundos sueños—. ¡Oh, cómo huele aquí! —exclamó el joven, venteándose la nariz con la mano.

El divino guerrero abrió un solo ojo y lo dirigió en busca de su enorme maza. Aquel molesto joven iba a morir ya mismo, pensó. Y estiró su mano hasta la terrible arma.

—El general Marcial y su ejército han marchado, nadie queda —aseguró el muchacho—. Pero antes de que marcharan logré robar algo de carne y unos huevos, y pan con pasas. Caliente espera el almuerzo que preparé para vencer vuestra hambre, que seguro bien voraz es.

Ares soltó su maza lentamente y, de un salto, salió de la tienda.

—¿Se han ido? ¿Huevos, carne, pan con pasas? —preguntó mientras estudiaba su entorno.

—Sí, se fueron muy temprano. El sol aún tardó lo suyo en salir —respondió Ganimedes—. ¿No le gusta la pitanza a mi señor?

Ares no dijo nada, solo observó un tanto incrédulo la perdiz que se cocinaba en un cazo, al calor de la brasa, y los huevos revueltos que permanecían en un pequeño cuenco. Hacía tiempo que solo se alimentaba de salvajina ahumada, sopa de legumbres y mendrugos duros. También pudo comprobar que todos sus pertrechos habían sido ordenados, limpiados y preparados para la marcha a lomos de un caballo y una mula. Solo faltaba desmontar la tienda de campaña.

—Regresan a Atenas, así lo dijo un capitán de larga figura —aseguró el joven—. El rey Cécrope lo exigía con premura, una gran empresa han de realizar.

—Tienes buen oído, cocinas bien y trabajas en silencio. ¿Cuál era tu nombre? —preguntó Ares, percatándose del buen estado del joven y de sus vestimentas, apropiadas para el frío y dignas del mejor efebo de una corte. Sin duda había sacado tiempo durante la noche para asearse, pensar y robar todo antes de preparar el desayuno.

—Ganimedes es, mi señor.

—Te llamaré Ratón, es un nombre más acorde con tus cualidades.

El joven sonrió alegre, viéndose aceptado, a la vez que servía aquel desayuno digno de reyes. Mientras Ares tragaba la pitanza, sacó el yelmo y demás artes de guerra de la tienda de campaña y comenzó a desmontarla. Después, terminó de cargarlo todo en la mula, incluso el escudo y la larga lanza.

—Me gusta esta carne, sabe diferente —dijo Ares.

—Cociné la perdiz con un buen chorro de vino, laurel y tomillo, mi señor —contestó Ganimedes, sintiéndose halagado por aquel hermoso guerrero.

Luego, se acercó y comenzó a acariciar la ancha espalda de Ares.

—¿Necesita mi señor relajarse antes de partir? Un buen masaje en la mañana desata los músculos y podrás vaciarte en mí.

Ares gruñó y se levantó. Con la palma abierta golpeó al muchacho en la cara, sin apenas fuerza; lo suficiente para que saliera despedido por varios pies, rodando por el suelo.

—No eres mi erómedo, ni mi efebo de placeres... ni mi esclavo. Mis cicatrices solo las acarician hermosas mujeres y el afilado bronce. Ahora, Ratón, márchate. Libre eres.

Sin más, el salvaje guerrero montó en el caballo y comenzó su trote, tirando de la mula y dejando atrás al joven Ganimedes, descompuesto y tartamudeando en el suelo con cinco dedos marcados en su cara perpleja.

Capítulo 5

LA NINFA DEL BOSQUE

El crepúsculo del tercer día de marcha se abatía sobre la montaña helada, cuando Ares observó ante sí, en la distancia, las tropas de Marcial. Permanecían acampadas y grandes hogueras iluminaban el trasiego ante la noche. Volvió la vista a su retaguardia; a lo lejos, una pequeña hoguera centelleaba en la oscuridad. Alzó la cabeza al cielo y lo vio totalmente nublado, el viento congelaba sus cabellos y la nieve caía cada vez más espesa.

Avanzó sin cuidado alguno, buscando un resguardo, dejando claras huellas al pisar nieve y barro y quebrar ramas y brotes a su paso. Llegó a una pequeña caverna, poco profunda, al pie de una rocosa pared. Anudó las caballerizas a un grueso abeto y se sentó sobre un tocón que parecía haber sido usado ya con frecuencia. Entonces se fijó en los restos de una hoguera y se acercó. No hacía mucho tiempo que había dado calor y vida, quizás tan solo un día. Junto a la pared del interior, habían restos de lo que había sido un cómodo lecho de ramas y hojas, y un agradable aroma a jazmín. Alzó su ceja y volvió la vista, estudiando su entorno. Se cubrió con la capa, tomó tan solo su larga lanza y comenzó a marchar hacia el campamento aqueo, dejando todo allí, a buen resguardo.

Una mirada atenta de ojos verdes le vio alejarse y alzó su hermoso rostro de mujer, cubierto con abundante piel de oso, tras las ramas del abeto donde permanecía oculto un caballo negro de tez manchada de blanco. Se mostró para asegurarse de que aquel hombre se alejaba en verdad. Y le observó detenidamente, acariciando

la quijada de la bestia con una mano, mientras con la otra relajaba el bronce de su espada.

Al día siguiente, helado de frío, sin apenas fuerzas y siguiendo los rastros de Ares, el joven Ganimedes, armado con un tosco venablo que se había trabajado, llegó hasta el resguardo. Allí, para su sorpresa, encontró las bestias y la carga, con las pieles, la tienda y los víveres; y abundante leña.

—¡Ares! ¡Mi señor! —gritó por tres veces, sin hallar respuesta, y se sentó, sonriendo, comprendiendo que no regresaría.

Un guerrero de taimada astucia como Ares, que no encendía fuego en la fría noche para no delatar su situación, nunca dejaría un rastro tan claro para que nadie pudiera seguirle, pensó.

—Sabía que le seguía. Lo ha dejado todo para mí... —murmuró feliz.

Con evidentes muestras de alegría, descargó de la mula la tienda y las pieles, así como algunos víveres. Y comió desesperadamente algo de salvajina. Tras cebarse y descansar unos momentos, prendió fuego, no con mucha llama, aunque en aquella oculta caverna del bosque apenas se apreciaba a ojos extraños. Pronto, Ganimedes había levantado un pequeño hogar, reconfortante y caliente, donde pasar la noche. Y, por primera vez, se fijó en el lecho que cubría el suelo en un rincón, dándole su importancia. Ese aroma le indicaba bien cierto que Ares no había dormido allí. Rápidamente se volvió y escudriñó los alrededores.

Y vio, de pronto, una sombra cruzar en el claroscuro del bosque.

—¿Quién anda ahí? —preguntó temeroso.

No obtuvo respuesta.

Tomó una gruesa rama hecha antorcha y salió, entre temblores, decidido a espantar lo que fuera. Una fuerte ventisca apagó la llama y le hizo retroceder hasta la hoguera. Escuchó una suave y delicada voz, como un susurro que recorría las copas heladas de los árboles, y corrió a ocultarse dentro de la tienda, en su oscuridad. Permaneció en ella acurrucado en un rincón, como si dentro se hallara seguro de todo cuanto aconteciera en el exterior.

Pronto notó la presencia de una persona que andaba en la caverna, trajinando en la hoguera, andando de un lado a otro como si nada le importara ni temiera. Tragó saliva y buscó con desespero un arma en el interior de la tienda, algo con que defenderse. Nada halló, su tosco venablo había quedado fuera.

—¿No sales? —escuchó con claridad.

Era una voz de mujer, sin duda.

Un embriagador aroma de carne asada empezó a sacudir su hambre y curiosidad. Si quien fuera no había actuado ya contra él, posiblemente no tendría nada que temer, quiso pensar. Ganimedes alzó la esterilla, decidido, y asomó la cabeza.

—Buenas noches —dijo una hermosísima joven de cabellos rubios como el oro, de una sonrisa especial y una dulce mirada llena de paz.

Pero sus vestimentas eran de guerrera: pieles de oso y peto de malla cruzado sobre trinchas de resplandecientes dagas; y una espada guardada en una funda sobre la espalda. Algo que intrigó mucho a Ganimedes. Nunca había visto a una mujer vestida con tales prendas. Eso era algo propio solo de hombres, de valerosos guerreros.

Ella le invitó para que se sentara a su lado con una amable mueca.

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho, precavido, sin salir de la tienda.

—Mi nombre es Armonía. ¿Y tú, quién eres?

—Soy Ganimedes, atlante.

—¿Atlante? Lejos andas de tu hogar, aquí serás presa del bronce aqueo. Me interesa mucho saber de ese reino de oricalco que oculta Occidente. Pero, ¿qué haces en tierras de la vieja Europa?

—Los míos llevan décadas de lucha en las fronteras con Ática. Mi rey Llanós decidió asistir junto a los demás soberanos a la caída y reparto de Atenas, y me llevó con él. ¡Todo fue una terrible derrota!

—La tragedia se cebó sobre ellos. Alentados por la codicia, no escucharon las palabras de salvación que su reina Pyrene les ofrecía y desafiaron a Zeus. La ambición les alimentó hasta que se colmaron, ahogándose en su propio ego —expuso Armonía—. No te preocupes, no voy a hacerte daño alguno.

Ganímedes la observó fascinado. Había entendido que no era una mujer normal. Ella sabía cosas que nadie le había dicho y hablaba como si pudiera leer en su propia conciencia. Y observó sus hermosos ojos verdes, que parecían profundizar en él como si nada pudiera ocultarle.

—¿No tienes hambre? —preguntó ella y le ofreció un cuenco lleno de carne guisada, caliente y de extraordinario aroma.

Ganímedes sonrió.

—Sí, gracias —contestó.

—Ese salvaje, el que te dejó las bestias y los víveres aquí... No es atlante, parece un hombre venido del sur. ¿Quién es? —preguntó Armonía.

—¡No es un salvaje! ¡Es Ares, azote de mortales! —exclamó el joven.

—¿Ares? —preguntó ella, sin inmutarse.

Tan solo una leve mueca de malestar cruzó la comisura de sus labios al notar el vuelo de un insecto cerca de su oído. Luego, alzó las cejas, expectante ante la emoción que mostraba aquel joven.

—Háblame de él —insistió la joven.

—Es el hijo de Zeus, el más grande de los guerreros, un dios de la guerra. Temido, idolatrado e inflexible, a todos mata —aseguró Ganímedes, con gestos exagerados.

—Me extraña que así sea. Vivo sigues y eres atlante —apuntó Armonía.

—Sí —murmuró Ganímedes, mostrando cierta confusión—. Me salvó la vida ante aquellos que pretendían mis carnes, se apiadó de mí y dejó un marcado rastro que me trajo hasta sus pertenencias en esta caverna... Le gustan el vino, las mujeres y la guerra. Tal vez solo sea un hombre. Pero me trató como a una persona y no como a un sometido, cuando nada me debía ni de mí sabía. Así pues, para mí es un dios. Ratón me llama.

—¿Ratón? —preguntó Armonía, con una sonrisa locuaz.

—Sí.

—Ratón, háblame de tu tierra, Atlanta; la cuna de Clito y Poseidón.

Capítulo 6

EL FOSO

—¡Despierta! Te prepararé algo caliente, no dejes que se enfríe.

—¿Eh, qué? —contestó el joven Ganimedes, despertándose de golpe.

—Vamos, ¡arriba! —insistió Armonía, golpeando las lonas de la tienda.

—¿Qué pasa? ¿Qué prisa? —preguntó el muchacho, librándose de las pieles que le cubrían y se asomó por la esterilla.

—Me marcho, el camino que llevo es largo; y si tú quieres alcanzar a ese dios, deberás apremiarte —aseguró Armonía, con una sonrisa—. En un día, a buena marcha, les alcanzarás, a él y a los suyos. Pero deberás aligerar, pronto volverá la tormenta.

—Podrías acompañarme, podemos hacer camino juntos. Ares estará encantado de conocer a una mujer como tú —aseguró él, sin quitar la vista del desayuno que le había preparado.

—¿Como yo? —preguntó ella.

—Guerrera.

—No creo. Los aqueos no son amantes de mujeres guerreras.

Armonía montó en su caballo negro y se despidió, acompañada de la mirada curiosa del joven. Con un pequeño brinco, comenzó su trote por la nieve, perdiéndose rápidamente entre las sendas del bosque.

Ganimedes desayunó y desmontó con cierta prisa el pequeño campamento. Luego, con precisión y arte, cargó la mula y saltó sobre

el caballo. Y se encaminó hacia el sol saliente, buscando el rastro de Ares y de los lanceros del general Marcial.

Avanzó rápido entre sendas y montes. El sol iluminaba la blanca montaña y sus valles, apenas hacía viento alguno y la temperatura era agradable. El rastro dejado por el ejército de Marcial era claro en la nieve; imposible perderse. Sin embargo, caía la noche y no había logrado divisar a nadie. La impaciencia le colmaba y la fatiga, acompañada de la incertidumbre, hacían mella.

Un valle verde en la distancia, con una pequeña charca, llamó su atención y se desvió. Conforme se acercaba, vio un corzo calmar la sed, y detuvo su montura. Observó al animal, a contraviento, y volvió la vista sobre el tosco venablo que portaba sujeto en la mula. Decidido, descabalgó y se armó, para aproximarse entre los árboles.

—Será un buen presente para mi señor —masculló, mordiéndose los labios.

Armonía, desde lo alto de una cima, oculta tras las caídas ramas de un pequeño abeto, observaba curiosa.

—¿Podrá? —se preguntó.

El muchacho se agazapaba con cada paso, con el venablo tenso. Una pequeña ramita entre la nieve crujió bajo su pie. El corzo levantó la cabeza directamente hacia el joven cazador, dio una extraña zancada y quedó quieto. No huyó a pesar de haberle descubierto. Armonía se sorprendió por ello y descabalgó, para acercarse sin ser vista. Ganímedes, cerca de su presa, salió corriendo con el venablo en alto.

—¡No! ¡Quietos! —gritó Armonía, saliendo de su oculto camino.

El joven pisó cerca del animal y quedó petrificado. El suelo se abrió en parte bajo su pies. Dio rápidos manotazos al aire con la cara descompuesta, intentando mantener el equilibrio. Antes de caer en el foso, pudo ver la pata trasera del corzo anudada al tronco de un árbol. El venablo que portaba descendió doce pies al vacío, rebotando entre numerosas estacas, gruesas como brazos, que amenazaban hundidas en el suelo, con sus afiladas puntas mirando al cielo. Y cayó hacia atrás con la cabeza por delante.

Armonía corrió veloz y saltó con los brazos estirados, en un intento de salvarle de la fatal caída. Su mano derecha sujetó al joven de un tobillo, al aire, a la vez que quedaba tumbada, de la cabeza a la cintura, colgando en el foso. Su cuerpo resbalaba hacia el interior y estiró la otra mano hacia atrás, logrando aferrarse a una raíz que sobresalía de la nieve.

—No te muevas —ordenó ella.

Incapaz de dominar su miedo a caer entre aquellas estacas, el joven, boca abajo, se agitó tratando de alcanzar en la rocosa pared algún saliente donde asirse.

—¡Quieto o caeremos los dos! —exclamó Armonía, al notar la raíz ceder—. Mantén la calma. Te sacaré. Espera a que logre sujetarme bien y, entonces, busca un punto de apoyo. Pero no te balancees ahora.

Ganímedes se quedó quieto, mirándola, y asintió.

Armonía reptó como pudo hacia atrás, tirando con prudencia de aquella raíz, hasta que notó con el pie el tronco de un árbol. Y se afianzó con el empuje. La raíz se astilló y produjo un corte en su mano. Pero no se soltó. Cerró los ojos ignorando el dolor y estiró con fuerza, logrando acercarse al joven a la pared del foso.

—Agárrate a ese saliente —le dijo apretando los dientes, notando cómo el tobillo del joven resbalaba de su mano.

Ganímedes estiró los brazos y se pegó a la pared, descargando del peso de su cuerpo a Armonía, la cual evitó el foso, arrastrándose hacia fuera, y soltó la raíz. Acto seguido, se agachó junto al borde y ayudó con sus brazos al joven.

—No me sueltes —dijo Ganímedes, inquieto y absorto, sintiendo la fuerza y la sangre caliente de la herida de la mano de aquella guerrera descender por su brazo.

Un crujir de ramas y un mortal zumbido, seguido de otro, hizo a Armonía volver la cabeza. Tres venablos volaban hacia ella mientras unos hombres bajos, vestidos de gruesas pieles hasta la nariz, corrían armados con hachas y espadas cortas. Soltó de una mano al joven y, con una rapidez solo digna de grandes guerreros,

con un golpe de espada, desvió uno de los venablos y partió el segundo, a la vez que ladeaba el cuerpo hacia delante para evitar el tercero.

Ganímedes, que apenas asomaba la cabeza al exterior del foso, quedó aterrorizado ante aquel inesperado ataque.

—Agárrate al borde —le ordenó Armonía y le soltó la otra mano, conforme se preparaba para recibir el ataque, decidida y sin mostrar debilidad alguna.

El joven atlante resbaló al no poder asirse bien con ambas manos y, en su caída, se agarró del tobillo de Armonía, la cual, sorprendida, se vio desplazada al vacío sin poder evitarlo. Lanzó un golpe con su espada al aire, evitando un hachazo que buscaba su vida. Sabiéndose desequilibrada, se dejó caer ladeándose hacia la pared vertical, para evitar las afiladas estacas del fondo; y vio a Ganímedes caer con ella. Pero no pudo esquivar la afilada hoja del único golpe que la alcanzó y que cortó su hombrera y las pieles de oso de su espalda, desde el cuello hasta más abajo del omóplato.

Desde lo alto, los atacantes quedaron mirando. Ella se levantó con la espada en la mano y Ganímedes se armó con el tosco venablo. Hablaban extrañas lenguas, ninguna entendía el joven atlante. Armonía no les quitaba la vista, esperando alguna argucia.

—Maldicen que estemos vivos —aseguró ella.

—¿Les entiendes?

—Sí, son salvajes del norte. La vieja Europa me mostró sus horrores; me previno de ellos.

—¿La vieja Europa? ¿Qué horrores?

—La divinidad que habita estos bosques. Inhumanos les llaman, y se alimentan de la carne de los hombres y las mujeres que cazan.

Ganímedes quedó sentado del susto y se vio convertido en un borrego asado, cubierto de grasas, hierbas aromáticas y ricas especias.

—No —susurró con cara de pánico.

—Parece que se van —contestó ella.

La noche lo oscureció todo.

Mientras el tiempo parecía pasar sin novedad alguna, los ojos de Armonía seguían mirando inquietos al cielo desde el fondo de aquella trampa.

—Esperarán a que nos muramos de hambre... ¡Y nos devorarán! —asintió Ganimedes, comido por el miedo.

—No, volverán y serán muchos más. No permitirán que adelgacemos —expuso Armonía, acelerando los miedos del joven—. No temas, antes saldremos de aquí.

—Lo siento —se disculpó Ganimedes, tragando saliva—. No vi que era una trampa. Solo tenía ojos para mi presa y no pude ver que era yo el cazado.

Ella no dijo nada. Miró a un lado y a otro del foso.

—¡Las estacas, ayúdame a arrancarlas! —exclamó finalmente, ante la curiosidad del muchacho.

Armonía fue a tirar de una y gritó de dolor.

Ganimedes se percató entonces de la herida que le habían producido a ella en la espalda.

—¡Por Poseidón! ¡Pierdes mucha sangre!

—Ayúdame a sacar estas estacas —le rogó ella.

Ganimedes calló y la ayudó, sacando fuerzas con ganas, demostrando quién era, queriendo ayudar y agradecer a aquella mujer que no dejaba de impresionarle.

Lograron arrancar siete estacas. Armonía buscó la zona más propicia y comenzó a clavarlas entre la tierra rocosa de aquella pared, una tras otra, en forma de escalones. Y las aseguró usando como martillo el mango de su espada, el cual había cubierto con la piel de su abrigo para evitar el sonido de los golpes.

Ganimedes la observaba con la boca abierta, viendo su esfuerzo y temiendo al ver la sangre que ya manchaba toda la espalda.

—Vamos, sube. Apoya los pies en la base de la estaca, no en el extremo. Solo los pies; con las manos te sujetas en la pared y trepas... Las dos estacas que faltan para salir, debes clavarlas tú. Yo ya no alcanzo. Ten mi espada, será tu martillo. ¡Despacio! —le dijo

ella, tras lograr clavar las estacas en vertical, logrando construir una frágil escalera.

—Sube tú primero. Los peldaños caerán enseguida, quizás no resistan el paso de dos personas. Si alguien merece huir, eres tú —contestó Ganimedes.

Armonía le miró a los ojos.

—Debes pesar poco... No tardes —le aseguró ella y cayó de rodillas, con una mano apoyada en la húmeda pared, con los párpados bajados y una melancólica sonrisa llena de dulzura.

Ganimedes lo entendió enseguida y su corazón se sintió triste como nunca. Solo él podría salir de allí. Ella ya no podía, su brazo colgaba manando abundante sangre; le faltaba el equilibrio y la fuerza.

Con mucho cuidado, el joven fue posando los pies en aquellos improvisados escalones, pegándose a la pared con manos y cuerpo, hasta alcanzar el último de ellos. Sacó las dos estacas que llevaba sujetas a la espalda para clavarlas, golpe tras golpe, afianzándolas bien. Y logró llegar con las puntas de los dedos a la cima. Hundió la espada en un hueco de la pared, para usar la hoja de bronce como último escalón. Acto seguido, se estiró y logró hundir los dedos en aquel terreno helado, para flexionarse y elevar su cuerpo ayudándose con los pies.

Nada más salir del foso, vio una pequeña llama y a dos de aquellos pequeños hombres que, sentados de espaldas, reían y hablaban en alto, mientras azuzaban el fuego. Junto a ellos se veía un hacha de piedra en el suelo helado, y lo que parecía una mano humana a la que le faltaban dos dedos. Arrastrándose, se les acercó lentamente, acelerando su miedo, parando a menudo para no ser descubierto.

Uno de aquellos hombres tomó aquella mano y arrancó un dedo, miró de lado hacia el foso y, sin más, volvió la vista sobre la hoguera.

Ganimedes casi se muere del susto. Aquel antropófago no le había descubierto, por suerte, y pensó que no tendría otra oportunidad. Con paciencia, poco a poco, continuó hasta asir el mango de roble del hacha. Saltó con un rápido movimiento y estrelló

la afilada piedra en el cuello del primero y, antes de que pudiera alzarse el otro, golpeó con fuerza sobre él, que cayó de lado, con el hacha incrustada en la cabeza y un dedo humano asomando por la boca.

Ganímedes tembló, con el corazón en un puño y un nudo en la garganta que apenas le permitía tragar saliva. Nunca había matado a nadie y se sintió fatal. Se alejó un poco de la luz de la hoguera y se fijó en el bosque, estudiándolo todo hasta sentirse seguro, y miró al cielo.

—¡Libre! —exclamó.

Volvió de nuevo la vista hacia todos lados. No se veía a nadie. Allí solo estaba el corzo, atado a un árbol y dando tirones, intentando huir. Corrió a cuatro pies hasta la boca del foso y vio a Armonía en el fondo, a la luz de la luna, apoyada contra la pared y con la cabeza arriba, sonriendo como solo ella sabía. Y se sintió tremendamente feliz.

—No dejaré que mueras ahí —exclamó Ganímedes, y corrió en busca del caballo y la mula.

Suspiró aliviado al ver que las caballerizas seguían donde las había anudado. Aquellos hombres no las habían visto. Nunca pensaron que el muchacho podría haber llegado hasta aquel lugar montado en un caballo y tirando de una mula. Rápidamente cabalgó hasta la boca del foso y buscó las cuerdas con las que anudaba la tienda y las demás pertenencias de Ares. Hizo una soga, anudándolas entre ellas, y se la colocó al caballo en el cuello.

Después, tiró el extremo de la cuerda al foso y se asomó.

—¡Armonía, agárrate y rodea tu cintura con la cuerda! —le exclamó.

Un destello en el bosque le alarmó. Y alzó la vista.

A lo lejos, como una procesión de almas en pena, una larga hilera de pequeñas lucecillas se acercaba entre los árboles, siseando en la oscuridad como una gran serpiente.

—¡Date prisa! ¡Ya vienen, veo sus antorchas!

Armonía jadeó y tomó la cuerda. Pero apenas tenía fuerzas. Se la pasó lentamente por la cintura y trató de anudarla, y le cayó por dos veces de la mano ante la desesperación de Ganímedes.

El muchacho tiró de la cuerda hacia arriba, realizó un lazo corredizo y volvió a tirar el extremo al interior del foso.

—¡Deprisa! —le gritó.

Armonía tomó el lazo y se introdujo en él. Acto seguido, ajustó el nudo sobre su pecho, bajo los brazos, y tiró como señal.

—¡Ya! —exclamó levemente.

Ganímedes cabalgó sobre el caballo, animándole a trotar con golpes de talón.

Armonía comenzó a elevarse. Ayudada por la fuerza de la bestia, subió lentamente por aquellos escalones. Hasta que la cuerda se ladeó y rozó con la espada que el joven había usado para crear el último escalón.

—¡Espera! ¡No tires! —gritó ella.

Pero su voz era débil, como su pulso. El joven vio aquellas antorchas destellar con más brillo. Se aproximaban demasiado deprisa y apremió con voces al caballo, para sacar antes a Armonía. La cuerda se tensó con fuerza, rozando y deshilachándose con el corte del afilado metal de la espada.

—No —suspiró ella.

Antes de que pudiera hacer nada, vio la cuerda cortarse.

Cayó de nuevo al foso, golpeándose contra varias estacas de las que hacían de peldaños, arrastrándolas con ella hasta el fondo.

Ganímedes se volvió con la boca tan abierta como los ojos y saltó del caballo para ver con desesperación lo ocurrido. Miró a todos lados sin ver solución alguna. Apretó los dientes y saltó sobre la montura, viendo cada vez más cerca las antorchas. Seguidamente, espoleó al caballo, con fuerza, para salir al galope de allí.

Cuando aquellos hombres llegaron a la boca del pozo con su procesión de antorchas, ya no había rastro del joven atlante. Allí quedaron la mula y las pertenencias de Ares, dispersas en la nieve. Lo estudiaron todo detenidamente y se asomaron al vacío. Vieron atónitos aquella especie de escalera rota y buscaron a sus presas. Uno de ellos lanzó una tea que alumbró el cuerpo de Armonía en el fondo, vencido sobre el barro. Maldijeron palabras incomprensibles al

comprobar que el joven había logrado huir y se asentaron alrededor del foso.

Pasaron su tiempo meditando, hasta que uno de ellos tomó una larga cuerda y la lanzó. Conforme se dispuso a bajar, armado con un hacha de piedra, de la oscuridad del foso surgió el tosco venablo de Ganimedes, que allí había quedado, para atravesarle el cuerpo.

Armonía aún tenía fuerzas para defenderse.

De un tirón subieron la cuerda y se retiraron unos pies. Por unos momentos estuvieron hablando a gritos, hasta que el silencio todo lo colmó.

* * *

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —gritó Ganimedes, preso de la guardia aquea.

—Valeroso Ares, este gañán asegura conocerle. El caballo es el suyo, mi señor —aseguró el oficial de la guardia.

El salvaje guerrero se levantó, escudriñando la mirada inquieta de Ganimedes. Dejó sobre un pequeño escabel la pata de corzo que estaba devorando y se fijó en su caballo. Y miró tras la bestia, como esperando ver la mula.

—¡Mi señor, favor! —insistió el muchacho.

Ares se acercó e hizo un gesto con la cara para que la guardia le soltase. Y con otro les mandó retirarse. Con la mano abierta le propinó tal bofetada al joven atlante que le hizo rodar por siete pies, hasta quedar estampado contra un árbol.

—¿Dónde están mis pertenencias, Ratón? —preguntó el poderoso guerrero, y echó la mano hacia atrás, para tomar su pesada maza. Y la meció ante los temblores de Ganimedes que, tambaleándose de lado a lado, trataba de erguirse, de hablar.

EL HÉROE

Alrededor del foso, con los primeros rayos del sol, los inhumanos se dispusieron a cobrar su presa. Se asomaron de nuevo, con precaución, y vieron el cuerpo de Armonía, acurrucado contra la pared, junto al muerto y con el venablo en la mano. Estaba totalmente inerte y con los ojos cerrados. Cuatro piedras le lanzaron para comprobar que no se movía, que inconsciente o muerta se hallaba.

Armonía abrió un ojo, fijándolo en ellos, y meneó penosamente el venablo. Con un rumor enfadado fue recibida la noticia por aquellos cazadores de hombres y se dispusieron a lancearla desde la altura. La joven guerrera se sintió como una cervatilla a punto de ser abatida por una jauría de lobos. Cerró los ojos resignada y esperó que fuera rápido.

Los inesperados golpes y gritos que colmaron la escena la hicieron abrir los ojos de inmediato. Uno de aquellos que buscaban su vida, el más decidido, cayó atravesado por una larga lanza que le abría el pecho. Varias cabezas, brazos y cuerpos destrozados cayeron desde lo alto. Escuchó el mortal sonido del metal, el espeso impacto de la muerte, el inquieto crujir de huesos y los aullidos agónicos de los heridos.

De pronto, silencio.

Se levantó poco a poco, sorprendida, alzando sus ojos cansados, apoyándose contra la fría pared. Una sombra se echó sobre el foso y un cuerpo cayó vencido. Lo vio estrellarse a su lado y lo observó incrédula. El cráneo de aquel inhumano estaba totalmente

aplastado hasta el cuello, con los restos de la piel de un gorro con astas hundido en la mandíbula. Y miró hacia arriba.

—¡Armonía! —exclamó el joven atlante, eufórico y saltando.

—¿Ganímedes? —contestó ella, sin apenas voz.

Entonces vio asomarse en la cima del foso, con una larga cuerda en el torso, a aquel hombre de aspecto salvaje. Sus miradas se cruzaron, fijas, estudiándose el uno al otro. Ares ató el extremo de la cuerda a un árbol y descendió rápidamente, a grandes saltos, sujeto a la maroma. Armonía quedó apoyada contra la pared, pálida, con los ojos cansados y la cara manchada de sangre y tierra. El guerrero pasó ante ella, observando cada detalle de aquella mujer, sus armas de guerrera. Por unos momentos quedó embelesado, observando su belleza, su porte y distinción, a pesar de las heridas. En sus ojos verdes relucía una profunda mirada, repleta de sabiduría, joven de corazón y colmada de esperanza, que le atrajo vorazmente.

Ares desvió su mirada, tomó su larga lanza, arrancándola del cadáver con un movimiento rápido y, con un golpe de mano, la envió fuera del foso.

La pica de bronce se hundió en el tronco del árbol que sujetaba la cuerda, justo al lado de Ganímedes, con un impacto seco, y vibró. El joven tragó saliva al ver su rostro reflejado en el metal que se hundía en la madera, comprobó que la cuerda estaba bien atada y regresó al borde del foso.

—Mi señor, está bien sujeta —dijo sin más, invitando a Ares a escalar por ella.

El salvaje guerrero se acercó a la joven, la rodeó con sus brazos y la cuerda, y ató su cintura a la suya, y apretó fuerte, sin apartar la cara de ella.

Armonía se abrazó por el cuello a aquel torso guerrero, sudoroso, colmado de cicatrices propias y sangre ajena. El hedor que emanaba no impidió que apoyara su cabeza en el pecho, mientras notaba el fuerte brazo que la protegía de los golpes contra la pared en la subida.

De pronto, Ares se detuvo. Bajó la cabeza y cruzó sus ojos con los de Armonía, la nariz y sus labios se rozaron. Estiró el brazo sin

apartarle la mirada y arrancó de la pared la espada de la joven guerrera, e introdujo la hoja en la funda que ella portaba en la espalda, suavemente, para acabar con un golpe de encaje. Alzó el rostro y, con dos saltos más hacia delante, salieron del foso.

—¿Cómo estás? —preguntó Ganimedes, volcándose con ella.

Armonía apenas se podía mantener en pie, su rodilla cedió. El fuerte brazo de Ares impidió que cayera al suelo. Se apoyó en él y gimió levemente su dolor.

El guerrero acarició el largo y ondulado cabello dorado que caía sobre sus hombros, que reflejaba cada rayo de sol y se mecía con la suave brisa. Un embriagador aroma a jazmín ensanchó sus pulmones, y pronto notó la humedad espesa de la sangre en la espalda de aquella extraña mujer, guerrera ella como jamás había visto. Algo que aceleró sus instintos, que le transmitía sensaciones desconocidas para él. La tomó en brazos y montó en su caballo ágilmente, sin separarla de su cuerpo.

—Ratón, no tardes —ordenó.

Después, se alejó al trote dejando atrás aquel foso, aquellos muertos que ya albergaban entre sus entrañas a los primeros cuervos.

Ganimedes recogió las pertenencias de Ares dispersas en la nieve y cargó la mula. Antes de partir, corrió y liberó al corzo, con un golpe rápido de cuchillo sobre la cuerda que lo apresaba. Acto seguido, cabalgó sobre el caballo de Armonía y se apresuró a seguir los pasos del guerrero hasta alcanzarle; llevando consigo los víveres, ya afianzados en la mula.

En su largo camino hacia el este, Armonía, rendida, soltó su abrazo del cuello de Ares con un triste gemido. El guerrero la mantuvo con la mano y estudió en torno suyo. Sabía que debía encontrar un lugar donde descansar y atenderla antes de que fuera demasiado tarde. Se dirigió al pie de un cortado que disponía de una gran losa de granito desplazada hacia delante, formando un pequeño resguardo.

Desde allí se podía ver el campamento del general Marcial.

—Ratón, la tienda —ordenó Ares.

Ganímedes obedeció de inmediato y, en apenas un corto tiempo, la tienda de campaña estaba alzada bajo aquella piedra de granito, cerca de la pared. Después montó su interior, volcando todas las pieles y la lana como lecho, y colocó dos pequeños tocones como asientos. Ares permaneció, mientras, de pie, con Armonía en sus brazos.

—¡Ya está, señor! —exclamó el joven atlante, alzando la esterilla.

Ares penetró en la tienda y acomodó a Armonía en aquel lecho de pieles y lana. Observó el sudor de su frente, la palidez mortecina que mostraba el rostro de aquella extraña mujer. La alzó con sumo cuidado, tomándola del cuello y la cintura, y le dio la vuelta, posándola boca abajo con una delicadeza desconocida para sus manos. Le quitó las trinchas de armas y la vaina con la espada, y le desnudó la espalda, desplazando con cuidado las vestimentas.

—El corte no es profundo. Pero, sin duda, debes haber perdido mucha sangre. Tenemos que cerrar la herida, sanarla... o morirás —expuso Ares, estudiando el corte que mostraba la joven desde el hombro hasta por debajo del omóplato.

La cubrió de nuevo y volvió la vista hacia el exterior.

—Ratón, enciende una hoguera, hierva agua y trae paños y telas calientes —ordenó.

—En mis alforjas encontrarás ungüentos y... —murmuró ella, dando un leve suspiro.

—Calla, mujer. No te preocupes, te sanaré —aseguró Ares, con su ronca voz.

El guerrero salió al exterior y se acercó al caballo negro de Armonía. Tomó las dos alforjas, las llevó junto a la tienda y las abrió. Rebuscó entre tantas cosas inútiles que parecía llevar en la montura y encontró el ungüento, azulado y con un aroma de regaliz que lo envolvía. Y miró a Ganímedes que, tras prender una pequeña hoguera, observaba curioso todas aquellas cosas de mujer que portaba Armonía en las alforjas.

Ares, con la mano abierta, le propinó una bofetada en la cara que le lanzó contra la pared del refugio.

—Sí, sí... Perdonad, mi señor... ¡El agua caliente! ¡Ya voy!
—exclamó el joven atlante, mientras sacaba un cazo de entre los víveres y utensilios que portaba la mula.

Lo colmó rápidamente de nieve y lo puso al fuego.

Ares observó un ovillo de telas de costura para coser pieles, tomó el hilo grueso y la aguja de metal, y se sentó junto al fuego. Esperó a que el agua hirviera y los dejó caer en el interior del cazo. Se volvió y hundió sus manos en la nieve para frotarlas con fuerza, y llenó un cuenco con agua templada. La mezcló con un poco de hielo y vertió abundante vino en ella. Luego, se lavó las manos con tranquilidad, observando los preparativos que Ganímedes realizaba.

—Ratón, más agua... Y busca más trapos. Que hiervan todos —le ordenó.

Bajo la atenta mirada de Armonía, Ares volvió al interior de la tienda con un cuenco de agua caliente, los trapos húmedos, la aguja y el hilo.

Ella arrugó los labios. Pero se sintió segura. Aquellos preparativos le indicaban que aquel hombre no era un carnicero, que sabía lo que estaba haciendo. Y pensó en las cicatrices que marcaban su musculado cuerpo. Seguramente, él mismo se habría cosido las heridas en su día.

Entonces entró Ganímedes, con un cuenco colmado de dulce vino.

—El vino —dijo el muchacho un tanto nervioso.

—No, no es necesario —murmuró ella.

—No es para ti —aseguró Ares.

Después, tomó el cuenco y, de un trago, lo bebió todo.

Armonía tembló y miró al frente, a la pared de pieles de la tienda, para no ver nada.

—Ratón, desnúdala y saca sus vestimentas fuera de la tienda —ordenó Ares, mientras volvía a lavar sus manos en agua caliente.

Armonía tragó su vergüenza, cerró los ojos y se dejó hacer en manos de Ganímedes, ayudado por aquel guerrero de manos limpias y cuerpo sucio de sangre, sudor y tierra.

—Lávala bien —dictó Ares, mientras metía el hilo por el ojo de la aguja.

Desnuda, notó sin mirar cómo aquel joven lavaba su cuerpo, el calor de aquellos trapos húmedos y el placer de aquellas caricias, solo distraídas por el dolor momentáneo que le producía aquel guerrero limpiando la herida.

—Ahí también; y trae abundante nieve —dijo Ares.

Ganímedes le miró con sonrojo y asintió.

Armonía cerró los ojos, presa de su pudor.

La joven guerrera gritó al notar la primera punzada de la aguja que atravesó su carne, para unir ambas partes del corte, y olvidó su pudor. A pesar de la nieve que Ares había colocado sobre su espalda para dormir el dolor, sufría con cada puntada y notaba el hilo recorrer su carne anudando, atando. Era algo que la estremecía.

—¿Quieres morder? ¿Quizás algo de vino? —le preguntó Ares.

Ella negó con la cabeza, apretando los dientes, lanzando una lágrima por cada puntada que recibía.

—Beberé solo, pues —aseguró el guerrero para detenerse en su cosido, beber un nuevo cuenco de vino y continuar tras un pequeño eructo.

Una vez finalizado, Ares se recreó observando el cosido y emitió un pequeño gruñido.

Ganímedes asintió, como dando fe de su obra; una costura perfecta. Pensó que aquel feroz guerrero sabía muchas más cosas además de batallar, de matar. Pero no se atrevió a decir nada, aún le escocía la cara de la última bofetada.

—Ya no sangras, mujer. La herida está limpia y cosida; si no se infecta salvarás tu vida. Pero debes mantener reposo, beber mucha agua con vino y alimentarte bien. Ratón se quedará contigo, cuidándote hasta que repuesta te veas.

—¿Te vas? —preguntó Ganímedes, limpiando todo lo sobrante de la cura.

—Espero que esta vez, cuando llegues al campamento, traigas contigo mi mula.

—Mi señor, Armonía está muy débil. Si nos visitan esos inhumanos como hombres no podremos defendernos. Estaremos varios días aquí, sin poder movernos, y seguro que los de su clan buscarán a ver qué fue de los suyos.

Ares le observó y volvió la vista hacia ella. Aquellos ojos verdes brillaban ahondando en su alma como una vorágine que todo lo consume, y retiró su mirada con un gruñido.

—Estáis a buen resguardo, es difícil que os localicen, no dejemos rastros y apagarás la hoguera en cuanto anochezca. No debes dejarte ver, no necesitas caza ni agua, no debes salir de aquí, y es difícil que nadie repare en esta piedra que les alejaría de cualquier camino.

—Es difícil, pero no imposible —aseguró Ganimedes, mientras acomodaba a Armonía y ladeaba su melena rubia a un lado, para cubrir la herida con trapos húmedos empapados de unguento de hierbas y regaliz—. Se esforzarán y todo lo conseguido habrá sido en vano; morirá.

Ares gruñó y salió de la tienda sin más que decir.

—¿Se irá? —murmuró Armonía.

Ganimedes ladeó rápidamente la cabeza, negando con una sonrisa pícaro.

Ares recorrió taimado la zona, con cuidado de dejar rastro alguno, hasta llegar a una escarpada roca en la cima de la montaña conforme la noche caía. En el valle, al este, se veía perfectamente el campamento del general Marcial, el fuego que alumbraba sus compañías, y se preguntó sobre la urgencia de su regreso a Atenas. Luego, volvió la vista hacia el norte, las tierras de la vieja Europa, donde habitaban aquellos hombres a los que llamaban inhumanos. Mucho sabía de ellos, a muchos había matado. Los detestaba, no comprendía cómo un hombre podía matar a otro solo para devorarlo, sin gloria ni honores, sin saqueo ni mujeres. Y dirigió su vista felina hacia el oeste, donde se encontraba aquel foso para cazar humanos.

Una columna de diminutas llamas se discernían lejanas, como fantasmas, entre la espesura del bosque.

Ares apretó los labios y se sentó, sin dejar de observar. Los inhumanos eran buenos cazadores. Si les buscaban, les encontrarían. Lo sabía. Aunque seguramente no sería así; estaban demasiado confusos. La gran batalla entre atlantes y aqueos les había atraído en busca de presas fáciles: los heridos y extraviados sin recursos ni vida en el bosque. Lo más probable es que regresaran pensando que un grupo de lanceros del ejército de Marcial habían sido los responsables de acabar con los suyos en las proximidades del pozo. Aún así, supo que no podría marcharse ante la incertidumbre, y se preguntó: ¿por qué?

Cuando Ares regresó al pequeño campamento, lo primero que se fijó fue en la hoguera y, después, en Ganimedes, que surgía de la tienda sonriente con un cuenco vacío.

—Ya ha comido, aunque las fiebres aumentan; su frente quema, temo por ella —dijo el muchacho, sorprendido al verle ante él, como salido de la nada.

Con la palma abierta, Ares estrelló su mano en la cara de Ganimedes, el cual cayó al suelo con una arcada, dando vueltas, perdiendo el cuenco y una lágrima.

Sin decir nada, con la cabeza agachada, el joven corrió a apagar la hoguera. Tenía claro que, aunque era difícil, cualquier inhumano podría haberla visto en la oscuridad de la noche, y hubiera podido acercarse hasta ellos para sorprenderles y comerles. O cualquier caminante o asaltante. ¡Cómo se le había olvidado apagar la hoguera!, pensó alarmado, mientras acariciaba su cara, aún caliente de la tremenda bofetada.

Ares, con un gruñido, se alzó sobre el pico de la gran piedra de granito; se sentó y comenzó a estudiar el bosque mientras el suave viento mecía su melena negra.

Ganimedes se sintió seguro con aquel poderoso guerrero guardándoles, recogió todo y alimentó las caballerías. Luego, se ocultó dentro de la tienda, se acomodó junto a Armonía, a su izquierda, y le posó trapos humedecidos con nieve en la frente.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó el muchacho.

—No, no. Duerme, descansa... Lo has hecho muy bien —murmuró ella, apenas con fuerza, y ladeó la cabeza, buscando ver entre la apertura de la esterilla.

—Está fuera, vigilando —le confirmó Ganimedes.

Capítulo 8

LA CACERÍA DE LA LOBA

Al séptimo día, Ares penetró de nuevo en la tienda de campaña en la que permanecía Armonía. Ella se encontraba recostada, con una sonrisa increíblemente hermosa.

—Me alegra que decidieras visitarme. Te oigo, pero no te veo. ¿Por qué?

—Déjame ver tu herida, mujer —contestó él, con su ronca voz, hecha casi gruñido.

—Gracias por cuidar de nosotros —le dijo ella.

La joven se volvió y se desprendió de las vestimentas que la arropaban, desnudando su espalda. Ares retiró suavemente aquella melena rubia, y acarició la tersa piel de Armonía. Inmediatamente, ladeó los vendajes y observó la enrojecida costura. Estaba limpia, sana, sin infección alguna. Sacó de su cinto un tremendo puñal de pico curvado. Ella le miró de soslayo, viendo brillante la hoja, y apretó los labios. El afilado metal fue liberando cada punto de aquel cosido, uno a uno, y con los dedos los retiró todos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó ella, mientras Ares le limpiaba con un paño húmedo la herida.

—Dormiste tres días seguidos. Ratón te alimentó y lavó. Los dos primeros creí que te perdíamos. La Parca te visitó decidida, mas no dejamos que te llevara. El cuarto día remitieron las fiebres malignas... Pero ya sabes, el muchacho todo te cuenta —aseguró él, hablando más de lo que había hecho desde que la conociera.

—Mucho te debo, hombre salvaje... No sé si un día podré pagarte.

—No necesito que pagues, mujer. Satisfecho me doy con que vivas y lejos marches —aseguró él, y colocó de nuevo ungüentos en la cicatriz de la herida, los cubrió con paños y telas y la vendó.

Aquella mañana, Ganimedes le ofreció al guerrero un cuenco con sabrosa salvajina, en salsa de setas, y le miró como nunca se había atrevido. Estudiando aquella mirada atormentada, se fijó en cómo tragaba la pitanza sin prisa ni pausa, con la vista perdida al frente.

De pronto, Ares volvió la mirada hacia la tienda, pensativo.

—Deberías lavarte si pretendes entrar a ver a Armonía, hablar con ella...

Ares levantó la cabeza y alzó una ceja, sorprendido por aquellas palabras y por el atrevimiento del muchacho.

—Ella no dice nada, pues teme molestarte. Hueles a entrañas, sudor y heces que tumbas a un oso. Aún llevas en tu pelo y calzones los restos de «alguien». La sangre de otros mancha tu piel y el sudor y la tierra cubren tu frente y torso —aseguró Ganimedes y tomó, como si nada hubiera dicho, un trocito de salvajina para degustarla con la mirada fija en el fuego.

—Insinúas que mi olor no es agradable —dijo Ares.

—Apeñas —sonrió Ganimedes.

Ares gruñó y tomó un nuevo cuenco de comida, sin darle más importancia a las palabras de Ganimedes, y lo devoró en apenas unos momentos. Observó cómo el muchacho se introducía en la tienda llevando comida para Armonía y mordió un pedazo de salvajina ahumada. Después se sirvió un cuenco de vino y lo bebió tragando con avaricia, manchando su boca y garganta. Y observó el dulce licor resbalar por su pecho hasta más allá de su ombligo. Se levantó y miró hacia atrás. Luego, olfateó sus brazos y pecho, por varias veces. Y su sobaco. La expresión de su cara daba a entender que no entendía las palabras de Ganimedes. Obviamente, él no olía a sarasa ni a mujer, pues era un hombre.

Aquella noche, el viento se alzó furioso y una gran nevada comenzó a caer de nuevo. Ares puso a cubierto a los caballos bajo la piedra de granito y avivó el fuego de la hoguera. Las inclemencias de la noche lo aconsejaban y, además, no creyó que ningún enemigo merodeara con semejante temporal. Los inhumanos ya habrían regresado, sin duda, a sus bosques del norte; y los soldados de Marcial hacía días que habían marchado con dirección a Atenas. Estaban solos, así lo pensó mientras azuzaba las llamas, cubierto con una gran piel.

De la tienda salía el agradable aroma a incienso de la linterna con la que Armonía iluminaba el interior, y se oía a Ganimedes reír con ella, entre dichos y susurros que atraían la atención de Ares.

De pronto, la esterilla se abrió y apareció el joven atlante, con una gruesa piel de lana.

—Mi señor, hace mucho frío aquí afuera, podrías... —dijo, quedando callado, sorprendido al ver el aspecto de Ares.

—¿Podrías? ¿Qué? —preguntó Ares, estirando sus manos sobre la hoguera.

—Podrías acompañarnos. Hay espacio suficiente en la tienda y nos sentimos mal de que padeciendo estéis fuera.

—Yo no padezco.

—Ya veo —dijo el joven, y entró.

Rápidamente se acercó a Armonía y se cubrió con las cálidas pieles.

—¡Se ha lavado! —le susurró al oído.

Armonía le miró atónita y saltó del lecho para asomarse.

—¿Qué ocurre, mujer? —preguntó Ares al verla.

—Armonía, mi nombre es Armonía —aseguró ella, observando el pelo limpio, la cara tersa al fuego y la piel reluciente de Ares—. Ven, entra, por favor. Hace mucho frío, no nos hagas sufrir.

Ares gruñó levemente a la vez que se alzó hacia la tienda, haciéndose de rogar. Entró y Armonía le acomodó las pieles junto a ella, a su derecha, al lado de la esterilla. Ganimedes le sonrió y se recostó a la izquierda, cubriéndose con la piel de borrego. Con los tres dentro, nada más cabía. Así que los tocones, los cántaros y

otros utensilios quedaron fuera. Ares apoyó su gran maza a su lado y se desvistió del calzado, para acomodarse en aquella cálida tienda que apenas reconocía, la suya.

Pasada la medianoche, Armonía dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Ares, abrazado a él como una niña. El salvaje guerrero, con los ojos abiertos como platos, le acariciaba su larga melena rubia, la espalda, los hombros, y la apretaba contra su cuerpo, notando en su interior una paz conocida y perdida en el tiempo. Y cerró los ojos soñando con su adorada madre, Hera. La única mujer que había querido por siempre, la única que calmó sus heridas en las tierras de Lacedemonia, donde entregó su cuerpo al arte de la guerra con apenas seis años. Aquella que le dio amor y murió presa de las hachas salvajes de los piratas tracios, aquella a la que no pudo proteger a pesar de que todos le aclamaban como a un dios.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —le preguntó Armonía, sacándole de sus sueños hechos pesadillas.

Y le pasó la mano por su frente sudada, tranquilizando sus temores.

—Duerme, mujer... Solo era un mal sueño.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Ares y suspiró cerrando los ojos, acariciando su pecho. Y quedó dormida de nuevo.

Ares la acarició, con suavidad, aspirando el aroma a jazmín que desprendía, calmando su mente. Y la apretó contra sí mismo, notando aquel agradable calor que lo cautivaba, el del alma de aquella joven desconocida.

Pasada la tormenta que azotó la noche, un fuerte gruñido resonó con fuerza. Ares despertó y lanzó la mano instintivamente en busca de su gran maza. Se volvió hacia ambos lados, para comprobar que estaba solo en la tienda. Alzó la esterilla y salió rápidamente.

Un enorme oso pardo merodeaba cerca, alimentándose de la salvajina y el pan de higo que había sobrado de un desayuno mal recogido. Los caballos no estaban y el guerrero pensó si los había devorado, o habían huido. El enorme animal se levantó sobre sus patas traseras, dio un paso erguido, dando un tremendo rugido y

mostrando los enormes colmillos. Y lanzó dos zarpazos al frente, a modo de advertencia, gruñendo poderoso.

Ares se mostró inalterable. Entrecerró los ojos y ladeó su maza, dispuesta a estrellarla contra la cabeza de aquel oso molesto en cuanto se abalanzara sobre él.

En ese momento sonó un débil sonido, con una aguda y larga melodía. El oso sacudió la cabeza, tomó un gran bocado de salvajina y se marchó a paso rápido, con la boca llena. Ares volvió la mirada y vio llegar a Armonía, junto a Ganímedes, con los caballos y la mula.

—¿Qué le hacías a ese pobre oso? —preguntó ella, acercándose.

Ares alzó el entrecejo, hasta más arriba no poder.

—Hemos ido a pasear a las bestias y darles agua fresca. Más abajo hay un valle donde cae fuerte el sol y la hierba crece buena para pasto, y un arroyo lo cruza de lado a lado —expuso Ganímedes, mientras acariciaba las quijadas de los caballos.

—¿Qué le hiciste al oso? —preguntó Ares.

—Le dije que marchara, solo eso —respondió Armonía, de forma simple.

El guerrero calló, estirando los labios, y colgó la maza en la argolla de su espalda. Luego se colocó la capa y se sentó para avivar el fuego.

—Te veo bien, mujer. Ya no es necesaria mi presencia. He de regresar a Atenas, una gran empresa me espera —le dijo.

—¿Una gran empresa? —preguntó ella, curiosa.

—Sí, una gran empresa. ¡Guerras y batallas! ¿Sabes tú algo de ello, mujer? —preguntó Ares, consciente de las armas que portaba aquella hermosa joven.

Armonía ladeó la cabeza con una sonrisa grata, haciéndose la interesante.

—No, creo que nada que bien pueda aleccionarte. Pareces un gran guerrero. Eso pienso solo con verte agitar tu enorme maza —dijo finalmente.

Ares entrecerró un ojo observándola. Aquella respuesta no le satisfizo en absoluto, más bien parecía puro sarcasmo; o quizás

no, dudó. Pero él no era un gran guerrero, sino el mejor. ¡Por un dios le tenían!, pensó.

—Quédate hoy, acompáñame en la pitanza. Mira qué hermoso jabato cazamos Ratón y yo para satisfacer tu estómago. ¡Ya partirás mañana! —expuso ella con una sonrisa, una invitación imposible de rechazar.

Pasarían dos días más, en los cuales Ares, al levantarse, siempre aseguraba que era el último que permanecería allí. Sin embargo, pasaba la mañana y la tarde y no marchaba. Gozaba del paseo, la caza, del silencio y de la conversación en compañía de aquella mujer que le colmaba de paz y hacía latir con fuerza su corazón.

Pero debía marchar.

—Quédate esta noche —le dijo Armonía al ver que el guerrero empezaba a preparar su caballo para la marcha; y se sentó en un tronco desde el que se divisaba todo el valle, blanco salpicado de verdes hasta donde se perdía la vista.

—Debo seguir mi camino, mujer —contestó Ares, posándose a su lado.

—Cae el sol, poco avanzarás en la oscuridad. Podrías atender mi herida una noche más.

Ares se ladeó y acarició la sonrojada cara de Armonía, de la frente a la barbilla. Y meció su hermosa melena rubia. La observó como el leopardo acecha a la gacela. Siempre que había deseado a una mujer la había tomado, sin más, y nunca había reparado tan siquiera en sus encantos; quizás tan solo en algunas que, satisfecho, olvidó de inmediato con el despertar. Pero ella era diferente. Una inocencia bendita colmaba sus ojos verdes, que reflejaban la nobleza y humildad de su corazón; aquella sonrisa ausente de maldad alguna, con hoyuelos en las mejillas, de sensuales labios y alineados dientes blancos, le desarmaban de su odio y le arrebatában la razón, manteniéndole preso a su lado.

—Revisaré la zona, no sea que tengamos visita. ¡Ratón! —exclamó Ares.

—Sí, mi señor —contestó Ganímedes, que siempre cerca o encima de la pareja se hallaba.

—Prepara agua caliente, cuando regrese necesitaré vendas nuevas y ese ungüento de hierbas y regaliz —ordenó Ares y se levantó, para hacerse con la larga lanza e iniciar un rodeo por la zona, bajo la mirada satisfecha de Armonía y la pícara sonrisa de Ganimedes.

—Como cada noche, marcha al río, a lavarse. Bien limpio quiere estar para dormir en tus brazos. Tuyo es —dijo el muchacho, animado, mientras colocaba agua para hervir.

—¿De verdad le dijiste queapestaba? —preguntó Armonía, preparando el ungüento con hierbas medicinales de su alforja y a base de regaliz.

—Creí que me mataba... ¡Pero me escuchó!

Como cada noche, hubo pitanza de salvajina, vino dulce y plática sobre fábulas y leyendas. Armonía y Ares escuchaban las historias que Ganimedes les contaba sobre Atlanta y sus reinos, sobre la gran polis de Atlas y sus soberanos. Pero nada hablaban de ellos mismos.

—Un día visitaré esa polis de muros adornados de oricalco, esos templos de los que hablas; deben de ser gentes muy avanzadas para gozar de tantos bienes —dijo ella.

—Descansemos, parece que la nieve caerá fuerte esta noche —ordenó Ares, y ayudó a Armonía a levantarse para dirigirse con ella a la tienda.

Tras ellos, Ganimedes.

Armonía y Ares despertaron abrazados como amantes, notando el calor de sus cuerpos entre besos furtivos y caricias que no iban a más; bajo la atenta mirada de Ganimedes. El guerrero le observó fijamente y, antes de recibir un manotazo en su pescuezo, el muchacho saltó como una liebre para preparar el desayuno: vino aguada, pan de higo y té caliente.

—Hace un buen día para marchar —aseguró Ares, tragando el pan sin apenas masticar y observando el cielo soleado.

—Antes podríamos ir hacia el oeste, ayer vi el rastro de una cierva. Parece que cojea de una pata. Sin duda estará ramoneando en ese bosque que dejamos atrás, bien nos vendría su carne para el largo camino. Ratón te afiló la pica de la lanza.

Ares gruñó. Como cada mañana, él hablaba de partir y Armonía le proponía una idea mejor. Apuntó a la joven mujer con un dedo y el pan de higo sujeto en su puño, con la boca llena, y fue a hablar.

No dijo nada.

Ella alzó las cejas con sus hermosos ojos inundados de inocencia, atravesándole el alma, como esperando una respuesta.

—¡Usaré la lanza, mujer! —exclamó Ares, finalmente, dando por sentado que ese día tampoco partiría hacia Atenas.

Ella se levantó y se metió en la tienda, bajo la curiosa mirada de Ares y Ganímedes. Poco tardó en salir, son sus vestimentas de guerrera limpias y compuestas, ciñéndose su cinturón de dagas y con la espada envainada en la mano.

—Me gustabas más con chitón de mujer —aseguró Ares.

—No es verdad —contestó Armonía, mientras se ajustaba la espada en la espalda. Y le miró a los ojos, penetrando en su alma—. A mí no puedes mentirme.

Ares asintió, se levantó decidido, con un sonrisa, y tomó su larga lanza. Ella tenía razón. Solo con verla vestida de guerrera sus instintos se aceleraban aún más y el deseo destilaba por sus ojos como hipnotizado, sin recato alguno.

—Ratón, regresaremos al mediodía. ¿Podrías tener preparado un guiso? Ares llegará con hambre, siempre tiene hambre —dijo Armonía, y saltó sobre su caballo negro.

Ganímedes la observó mientras asentía, perspicaz. Enseguida captó que no deseaba esta vez que él les acompañara. Ella iba de caza mayor y no sería una cierva coja su presa. Y la vio loba.

Armonía y Ares galoparon hasta llegar al bosque; pronto encontró ella el rastro del animal. Él estudiaba cada detalle de sus movimientos. Estaba claro que la joven guerrera sabía lo que hacía, dónde pisaba y hacia dónde avanzaba. Le gustaba verla trabajar cada huella, escudriñar con su mirada cada rincón del bosque, ventear el viento como un animal. Le tenía asombrado, embelesado, enamorado. Ni el mejor rastreador del ejército de Marcial lo podría haber hecho mejor. Aquella cierva no escaparía.

—Nos acercamos al foso —aseguró Ares.

—Sí, ya me he dado cuenta. La cierva busca agua y pasto y se ve atraída por la trampa. Allí crecía abundante hierba. Seguramente estará cerca de la charca.

De pronto, Armonía se agachó y Ares descabalgó.

—Está ahí —señaló.

—¿Dónde? —preguntó Ares, incapaz de ver entre tanta vegetación, preparando su lanza.

Entonces apareció la cierva, cojeando de la pata trasera, rumiando.

—Puedes acercarte, estamos bien situados, no podrá ventearte... Además, desde que te lavas es más difícil que los animales te detecten —dijo Armonía.

Ares gruñó con una mirada piadosa.

Y comenzó a acercarse a la cierva, con cautela y el arma en tensión. Por dos veces volvió la vista y vio a Armonía atenta a sus movimientos, animándole con la mirada y una sonrisa locuaz. Logró llegar apenas a unos diez pies, sin producir un ruido ni movimiento alguno que le delatara. Nunca había logrado acercarse tanto a una presa y pensó si Armonía tenía razón. Estiró el brazo armado hacia atrás y esperó a que el animal bajara de nuevo la cabeza y cortara otro bocado de brotes verdes; momento que aprovecharía para ensartarlo.

—¡Alto! ¡No estamos solos! —le dijo Armonía apareciendo tras él, con la espada en la mano y tensa, escuchando cada sonido, ventando los aromas del bosque y el hedor de la muerte.

La cierva alzó la cabeza rápidamente y miró hacia el lado contrario donde se encontraban ellos, y al frente, y atrás. Pegó un silbido y saltó veloz a pesar de su cojera para desaparecer de aquel claro.

Ares quedó indignado, su presa había huido. Pero había un motivo, y no habían sido sus pasos ni su olor corporal. Tensó la madera de la lanza entre sus dedos a la vez que se hacía con la gran maza que colgaba de su espalda.

—No, no estamos solos; creo que venían a por la cierva —insistió Armonía, y se ocultó bien tras un grueso tronco, a cubierto bajo las frondosas ramas.

—O quizás a por nosotros. Estamos demasiado cerca de la trampa, es posible que los inhumanos no se marcharan aún y estén de cacería —aseguró Ares, situándose a su lado y estudiando todo entre las ramas—. Regresemos junto a los caballos.

—No, no saben que estamos aquí. No se acercan...

De pronto se escuchó una algarabía cercana y de la espesura del bosque salieron corriendo seis hombres de baja estatura, en dirección al foso, gritando animados.

—Se alejan. Espantada la cierva, su presa ha de ser otra. ¡Alguien cayó en la trampa! —exclamó Armonía.

—Y tú deseas saber quién, ¿verdad? —preguntó él.

Armonía asintió.

—Nos han dejado sin cacería, seguro que disponen de un corzo atado de una pata —murmuró ella, con una sonrisa explícita y la espada en su mano.

Recorrieron precavidos la escasa distancia que les separaba del foso. Y quedaron ocultos en silencio, tras una roca cubierta de nieve, mirándose el uno al otro. Frente a ellos, no era un corzo el cebo, sino una muchacha muy joven, una niña, la cual lloraba y gemía mientras trataba de liberarse inútilmente de los grilletes que atenazaban sus tobillos. Una gruesa argolla la mantenía unida y encadenada al árbol. La broza que ocultaba la trampa estaba descubierta, alguien debía haber caído. Varios de aquellos hombres de corta estatura y cuerpos rellenos se afanaban en ocultarla de nuevo, por lo que Ares y Armonía supusieron que ya habían sacado a su presa.

—Tenías razón, los inhumanos no han regresado aún a las tierras del norte —expuso Armonía.

Ares se fijó en las variopintas vestimentas que usaban y en la diversidad de gorros de bestias, cascos de madera, yelmos de bronce e incluso de apiñados dientes de jabalí con que cubrían sus cabezas. Lo que le indicaba la variedad de presas que caían en poder de aquellos antropófagos. Y esperó con el rostro enjuto y ladeando su maza a que ella decidiera qué hacer, aunque ya lo temía.

—La vieja Europa los persigue, siempre habla mucho y mal de ellos. Les odia por su condición de comedores de hombres y

mujeres. Es posible que estén colonizando estos bosques más cercanos a Oriente y a las tierras de mares, donde ella no habita —expuso Armonía.

Ares quedó en silencio. De nuevo sorprendido. ¿Quién podía conocer a una divinidad tal como la vieja Europa, sino una hechicera o una mujer divina? Pero no dijo nada, el humo que vio salir entre unos árboles le hizo pensar en otra cosa.

—Parece que tienen su campamento allí —comentó.

—Ya veo, han encendido fuego. Se ven seguros, no tienen miedo. ¿Liberamos a esa joven? —preguntó Armonía.

Ares gruñó, era inútil otra respuesta.

—Si nos descubren... Pueden ser muchos —expuso luego, meciendo su maza.

—No puedo dejarla ahí, menos sabiendo lo que le espera. ¿No ves? Solo es una niña. Sí, pueden ser muchos. Pero no temas, yo te ayudaré —le contestó Armonía, y sonrió levantando el entrecejo.

Ares no pudo más que volver a gruñir tras escuchar aquel incisivo, sarcástico y manipulador «No temas, yo te ayudaré», y ver aquella enorme sonrisa reflejada en la cara de Armonía.

Con la rapidez y agilidad de la pantera, Ares desnucó de un giro de muñeca a uno de los tres hombres que se hallaban junto al foso. Con su lanza ensartó a otro, atravesándole los pulmones, ahogando así su grito. Y con un golpe de maza, rodando sobre sí mismo, convirtió la cabeza del último de ellos en una masa grotesca de carne, ojos, hueso y cerebro sin orden.

La muchacha cautiva abrió los ojos de forma enorme, tanto como su boca, y saltó hacia delante, cayendo al suelo del tirón de la cadena que la mantenía presa.

—¡Favor! ¡Favor! —gritó.

—Chisst —le ordenó Armonía, apareciendo tras ella—. Calmate, todo pasó. Te liberaremos, te quitaré esas cadenas. Pero debes mantener la calma. ¿Entendido?

—Sí... Sí —tartamudeó la niña.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Maná.

Ares las observaba, mientras recuperaba su lanza de un brutal tirón que sacudió aquel cadáver con un último estertor. Con dos piedras, Armonía volvió a sorprenderle. Con la primera hizo base para no dañar a la muchacha y, con la segunda, golpeó con la fuerza justa a un lado de la tenaza de bronce, para hacer saltar el resorte que hacía de bisagra. «¡Conoce los secretos de los grilletes!», pensó. Solo un carcelero, un broncista o un preso huido por fortuna podrían saber tal cosa.

—Vamos, marchemos —dijo ella.

Ares estiró los labios, tratando de dejar atrás los continuos pensamientos que le mantenían embelesado ante aquella mujer guerrera.

—¡Favor! ¡Mis padres! ¡Mis hermanos! ¡A todos matarán! —exclamó la muchacha, negándose a partir—. ¡Esos hombres son crueles!

Armonía detuvo sus rápidos pasos y Ares bajó lentamente los párpados.

—¿Qué dices? —le preguntó Armonía, dirigiéndose a ella.

—Mi familia, mis amigos... A todos mataron y a los que no, presos los llevan para devorarlos. Son inhumanos, se comen a las personas.

Ares escuchaba, atento a cada palabra. Sin guardar la maza, pues sospechaba que buen uso debía de darle aún.

—¿Cuántos son? —preguntó Armonía, desenfundando la espada.

—No sé, quizás veinte... Están allá, tras los grandes abetos que todo lo cubren.

Armonía alzó la vista para ver el humo negro que se elevaba con más intensidad y, con un gesto de asco, ocultó su respiración con una mano, ladeándose. La pestilencia de la carne humana asada llegó de pronto hasta ellos.

Ares olfateó aquel desagradable olor, bien sabía lo que era.

—Quédate con este valiente —ordenó Armonía.

—Pero es un salvaje —interrumpió la muchacha, observando de soslayo a Ares, que nada decía.

—Sí, es un hombre salvaje, bruto y feo. Pero no se alimenta de niñas. Él te cuidará, con él estás a salvo de todo.

—¿Feo, yo? —murmuró Ares, levantando una ceja, acelerando un gruñido.

Armonía se volvió, dispuesta a todo con la espada en la mano. Pero al ir a marchar, Ares frenó sus intenciones tomándola de la muñeca.

—¿A dónde crees que vas, mujer? —le preguntó.

—Conozco a esta gente. Son de Gomalova, un pequeño poblado de hombres libres que habitan al norte. Son devotos de la vieja Europa. No puedo abandonarles.

—No puedo, no puedo... —murmuró Ares entre dientes—. Quédate con la niña.

Armonía se soltó de un tirón y comenzó su camino, acelerándolo risueña.

Ares la siguió gruñendo como un oso curioso, y la niña corrió tras ellos.

Desafiante y sin cubrirse lo más mínimo, Armonía entró en aquel campamento de inhumanos. Estaba formado por siete carpas de maderas y pieles, un pequeño almacén lleno de paja y aperos, y una cuadra con algunos caballos, dos mulas y un buey. Una docena de hombres y mujeres permanecían atados entre las bestias, de pies y manos. Ares entró tras ella, perplejo por su valentía y decisión. La muchacha quedó a la entrada de aquella especie de aldea itinerante, oculta tras las grandes ramas de un enorme abeto, sin perder nada de vista.

Los pequeños hombres comenzaron a salir de las carpas, tan perplejos como desconfiados al ver a Armonía andar decidida entre ellos, con la espada en la mano, sin ningún temor. Sorprendidos, ninguno hizo nada, hasta comprender que se dirigía hacia los prisioneros.

Ares la siguió y todos volvieron la vista sobre él. El guerrero los ignoró por completo, su vista estaba clavada en las llamas de aquella hoguera que abrazaba una roca plana de granito, sobre la cual se estaban asando los cuerpos desnudos y vaciados de un

hombre y una mujer, limpios de entrañas y troceados con grandes cortes. Ya no se olfateaba hedor alguno. Quemadas las grasas y untados los cuerpos con aceite de oliva y finas hierbas, era aroma apetitoso lo que desprendían. Y arrugó los labios con un respingo de nariz, negando tajante aquel pensamiento curioso y morboso que le preguntaba por el sabor de aquella carne.

El primero de los hombres que se acercó a Armonía perdió la cabeza y el hacha de un limpio corte. Tres atacaron a la vez, gritando y alarmando a todo el campamento. Con una patada en la frente hundió la nariz de su atacante, el del centro. Luego, puso la rodilla en tierra, agachándose a la vez que las hachas de aquellos hombres cortaban por encima de su cabeza. Al mismo tiempo, su espada cruzó centelleante de derecha a izquierda, por dos veces, tan rápida que apenas se pudieron distinguir los cortes, solo delatados por los borbotones de sangre de sus adversarios.

Ares estaba anonadado. Sin duda era una guerrera, pero no una guerrera cualquiera. Dominaba el metal y las artes de guerra, no aparentaba temor ni duda alguna en su paso, ni en su corte y estocada. Y eso le excitaba mucho. Entonces vio cómo varios inhumanos surgían de las carpas, del bosque, de la cuadra... De todos lados. Y alzó su gran maza con una sonrisa antes de correr hacia ellos, vociferando un desgarrador grito que desconcertó a sus enemigos.

Armonía se volvió para verle rodeado de hombres, los cuales, apenas se acercaban a él, morían aplastados por aquella tremenda maza, o ensartados por la larga lanza que surcaba tan veloz el aire como cortaba gargantas y perforaba vientres. Ella, de una patada, tumbó la puerta de la cuadra. Al entrar, esquivó la mortal embestida de uno de aquellos inhumanos, que surgió de detrás del buey con un venablo. Volviéndose veloz, le cruzó la espalda con su afilada hoja. Acto seguido, con dos golpes liberó a los presos y volvió la mirada hacia Ares.

—Soltad a los demás —ordenó ante aquella gente que había liberado.

Con un ágil salto salió de la cuadra para volver andando, sobre sus pasos, vigilante a todos lados para esquivar posibles envites.

—¿Terminas o qué? —gritó Armonía.

Ares alzó la cabeza, rodeado de venablos y hachas, sin dejar de mecer su gran maza, y la miró sorprendido.

Ella había envainado su espada.

Armonía se sentó frente a él, en un pequeño tocón, para observarlo en combate ante tantos inhumanos. Y vio a la gente de Gomalova salir de la cuadra, mirando a todas partes, libres.

—¿Necesitas ayuda? —insistió Armonía.

—¡No! ¡No necesito tu ayuda, mujer! —exclamó Ares, con su voz ronca, como indignado, sin dejar de agitarse, de matar.

Con su gran maza aplastó el pecho de uno de aquellos hombres, y de otro más; y quedaron tendidos vomitando la vida sin poder respirar. Y continuó esquivando lances y golpeando a los demás, con rabia tal como si tratara de demostrar quién era.

Todos los inhumanos murieron. Fueron incapaces de enfrentarse con éxito a la terrible furia de aquel brutal guerrero, ni tan siquiera de huir. El último acabó atravesado y clavado al tronco de un árbol por la lanza de Ares tras intentar una inútil carrera hacia el bosque.

Ares y Armonía se quedaron mirando a los muertos, a los presos liberados, a la muchacha que salía de su escondite. Y de soslayo se observaron altivos, con una profunda mirada presa del deseo, tan segura como cautivadora. Para él era normal verse cubierto de la sangre y las entrañas de sus enemigos; lo que no era común era ver esa misma imagen reflejada en el cuerpo de una hermosa joven a la que apenas hacía unos momentos veía como grácil y delicada.

Armonía limpió la sangre de su brazo con un harapo que arrancó de un muerto, y se aseó el rostro, despejando las espesas manchas púrpuras que lo adornaban. A su vez era rodeada por aquella gente liberada que, ante la sorpresa de Ares, se agachó en señal de respeto y devoción.

—¡Marchad a vuestro hogar y avisad a la vieja Europa! ¡Rápido! ¡Volverán! Solo eran un grupo de cazadores, no ha de hallarse muy lejos su aldea, el clan familiar.

—Mil gracias, divina ninfa de los bosques; bendita seas por siempre y en la tierra que pises —agradeció uno de los liberados, un anciano al que todos obedecían.

Aquellos hombres y mujeres recogieron las caballerizas, el buey, las ropas y los víveres que pudieron y se marcharon sin parar de agradecer su suerte. Mientras, Armonía prendía cada cabaña con una tea; bajo la atenta mirada de Ares.

—Dicen que estás loco... Todo matas —dijo ella, regresando a su lado.

—Dicen muchas cosas de mí —asintió Ares, ladeándose para iniciar el regreso.

—¿Acaso no es cierto?

—Es cierto que todo mato, no que esté loco. Soy guerrero y es mi vida.

—Yo soy guerrera, y no es mi vida matar.

—Genio tienes, arte no te falta. Ayer eras hermosa doncella, hoy bella matadora. Estás muy loca.

Armonía sonrió halagada.

—Estar a tu lado aflora mi lado más violento, acelera mis instintos y agita mi alma. Es algo que tengo que dominar, que reprimir —expuso ella, golpeando con un dedo en el pecho de Ares, con la punta de la lengua acariciando la comisura de los labios y sus ojos fijos en él con un destello de lujuria.

—Es curioso, a mí me ocurre lo mismo. Mas no pienso reprimirlo —contestó Ares.

Sin más, la ladeó para estrecharla entre sus enormes brazos, acorralándola contra el grueso tronco de un enorme abeto. Ambos quedaron unidos devorando con pasión sus labios, haciendo presa de sus caras calientes, de sus largos cabellos, de sus cuerpos excitados...

Armonía y Ares llegaron al campamento al galope, alzando grandes zancadas de nieve al aire, sin molestarse en ocultar su rastro y gritando. Ganímedes les observó alarmado. Cuando llegaron hasta él, descabalgaron de un salto. Sus ropajes se mostraban llenos de sangre, con algún corte y numerosos desgarrones.

—¡Oh! ¿Estáis heridos? ¿Os han atacado? —les preguntó haciéndose cargo de las cabalgaduras.

Ambos le ignoraron totalmente. Pasaron ante él abrazándose, llevados por la pasión, devorándose el uno al otro. Sin mediar palabra, se introdujeron en la tienda bajo la atónita mirada del joven atlante. Al momento surgió la mano de Ares, lanzando fuera las vestimentas manchadas de sangre y dos gruesas pieles de oso.

Ganímedes entendió, arrugó los labios y, luego, sonrió. Avivó el fuego y se preparó el lecho con las pieles junto a la pared. La noche no parecía que sería muy fría; y si lo era, tendría que aguantar. Armonía había cazado a su presa y no pensaba soltarla hasta acabar con ella por completo. Los bramidos de Ares así lo confirmaban.

El joven quedó dormido a altas horas de la noche, junto a la hoguera; cuando la tienda dejó de agitarse, cuando la pareja quedó exhausta y sus gemidos de placer dejaron de escucharse para convertirse en suaves ronroneos, en melódicos suspiros. Ganímedes había pasado todo el tiempo escuchando, acariciando su joven cuerpo mientras soñaba con colarse en aquella tienda donde aquel hermoso hombre y esa bellísima mujer se amaban. Sin duda, cuerpos divinos que danzaban lujuriosos sobre las llamas del amor, devorándose ambos sin piedad alguna. Estuvo tentado de ofrecerse, pero no lo hizo. Gozó solo. Sabía que aquel salvaje guerrero le mataría si se atrevía y pensó que, posiblemente, Armonía también.

LA DIVINA CAZADORA

Ares se despertó confuso como nunca: una paz interior colmaba cada poro de su existencia. Respiró profundamente aquel penetrante aroma de mujer y besó con dulzura el rostro de su amada, el cuello, y siguió hasta el sonrosado pezón. Ella le agradeció el gesto con un murmullo plácido, sin abrir los ojos, para seguir durmiendo. Salió desnudo, ante la perpleja mirada de Ganimedes, y se dirigió hacia un abeto para orinar, a la vez que estiraba sus brazos y cuerpo hacia atrás, con un gran bostezo.

«Debo marchar», pensó.

Sin duda, el general Marcial contaba con su apoyo. Nunca le invitaba a participar en ninguna expedición, aunque siempre esperaba que apareciera. Momento de gloria y alegría para sus valientes lanceros. Llevaba años combatiendo en Tracia, calmando su ira, vengando a su amada madre, batalla tras batalla a su lado, a las órdenes del rey Cécrope de Atenas. No eran amigos; tampoco enemigos. Pero sí era el único general que había conocido con el que realmente lograba no discutir, ni se sentía presionado. Le dejaba ir a su aire, matar a quien quisiera, arrebatarle la vida a aquellos que debían morir. Y aún no había pensado en cortarle la cabeza a pesar de los innumerables días de guerras, de odio e ira desatada. También pensó en Armonía; sabía que tenía que separarse de aquella mujer tan excepcional y ello le consumía. Quizás podría llevarla con él, hacerla su esposa por siempre.

—¿Mi esposa? —se preguntó atónito.

Estiró su cuerpo de nuevo, con un escalofrío, y se acercó a la hoguera. Y negó con una sonrisa incrédula tal pensamiento.

El joven atlante le sonrió sin poder apartar la vista de su hermoso cuerpo desnudo, y avivó la hoguera. Acto seguido le ofreció calzones y abrigó limpio de sangre.

—Ten, mi señor. Hace frío, podrías enfermarse —le dijo.

—Dame y prepara un buen desayuno, la noche fue larga y agitada —asintió Ares.

El día despuntaba y el sol comenzó a bañarlo todo con sus tonos vivos. Numerosos córvidos observaban desde los árboles, esperando la oportunidad de robar algo de alimento. Ares, con un pedazo de pan de higo en la boca, se volvió de nuevo, para mostrarse como un lagarto al calor del sol. Y, de pronto, espantó a las aves con un rugido y un ademán de locura, agitando los brazos cual poseso. Y rio viéndolos volar lejos.

Armonía no daba más señal de vida que un placentero suspiro de vez en cuando, surgido desde el interior de la tienda, recordando la dulce lujuria de la noche de amor vivida.

Entonces, una voz.

—¿Dónde está?—preguntó una hermosa mujer de larga melena blanca como la nieve, ojos oscuros y una corona de laurel con pequeñas florecillas coloridas en la cabeza.

Ares se volvió frente a la hoguera. No había oído acercarse a nadie y, sin embargo, aquella mujer estaba a dos pies de él. Le había sorprendido como si fuera el más novato de los lanceros de una compañía, y eso no podía entenderlo. Si hubiera sido un enemigo o ella hubiera deseado matarle, lo habría hecho.

—Nunca hubo quien se acercara a mí de tal forma. Eres taimada cual lince acechando a su presa. Debes tener cuidado, mujer, podría haberte matado.

—Yo podría haberte matado —le rectificó la desconocida.

—Hechicera o divina, ¿qué buscas, merodeadora? —le dijo Ares, estudiando sus telas suaves, blancas con encajes morados, y sus pies desnudos sobre la nieve.

Aquella extraña mujer abrió los ojos tanto como la boca al ver los rasgos de Ares, y su rostro se hizo serio e inaccesible ante el destello rojizo que vio en la profundidad azul de los ojos del guerrero.

—No soy merodeadora, bien lo sabes. Busco a mi amada —contestó ella—. Hace días que debí haberme encontrado con ella. Algo debe haberle pasado. Avisté el fuego de tu hoguera en la noche, desde bien lejos se halla al alcance de mis ojos, y su aliento me trajo hasta aquí. Tú la tienes presa.

—Sí... ¡No! —aseguró aún atónito. ¿Cómo podía haber sido sorprendido por aquella mujer?, se preguntó en silencio por cuarta vez.

Y vio llegar tras ella, con altivo trote, un caballo zaíno de largas crines.

La extraña mujer se fijó en la hoguera, en Ganímedes y en la tienda. Enseguida vio las vestimentas de Armonía ensangrentadas, con cortes y jirones, allí tiradas.

—¿Qué le has hecho? ¡Miserable! —le espetó, y sus ojos relucieron como centellas irisadas de azul celeste a la vez que mostraba su reluciente espada, desenvainándola de la espalda con un movimiento rápido como el rayo.

—¿Qué son esos gritos? —murmuró Armonía, asomando la cabeza desde la tienda. Salió desnuda, tomando rápido el abrigo que Ganímedes se apresuraba en darle, y se acercó a Ares, tratando de abrir bien los ojos—. ¿Artemisa?

—¡No te acerques a él! ¡Es el maldito Ares! —le contestó la extraña, tan perpleja como tensa, activa y decidida con la espada amenazante.

—Tú que tanto gritas y todo alborotas, ¿quién eres, mujer? —preguntó Ares.

—Mi nombre es Artemisa, la gran cazadora; bien me conoces. Te aconsejo que te mantengas a distancia de mi espada y de mis saetas, que el calor de los más atroces infiernos alimentan. Vamos, Armonía, aquí no tenemos nada que hacer. ¡Libre eres!

—Guarda tu espada, mi amada Artemisa. Este salvaje no es mi captor, sino mi amigo. Solo gracias a él sigo entre los vivos.

Mucho le debo y debes darle gracias si me amas tanto como yo aprecio —expuso Armonía.

Artemisa necesitó un tiempo para digerir aquellas palabras.

Finalmente, guardó su arma, recelosa. Se acercó al caballo negro de Armonía y tomó sus riendas para tirar de la bestia hasta llegar al lado de ella.

—Monta, hemos de cabalgar... El camino es largo y la empresa que se nos cierne muy dura. Por favor, hazme caso por esta vez. Reina mía, tus dominios y tus hermanas se hallan en peligro. El mal se cierne sobre nosotras. Debemos irnos —dijo Artemisa con palabras llenas de melancolía.

Armonía escrutó su alma con una sola mirada y vio su verdad. Se vistió rápidamente, tomó la espada y se la envainó en la espalda. Se ciñó los ropajes de guerrera, se acercó a Ares y le tomó las manos, acariciando sus dedos. Alzó la vista y besó dulcemente sus labios. Él la abrazó contra su cuerpo, notando su fragancia, su cabello, su alma, y no quiso separarse mientras la besaba desde lo más profundo de su corazón. Ella se desprendió de aquel beso, con esa sonrisa y esos hoyuelos que la hacían tan hermosa, y se alejó hacia su caballo.

—¡Alto! —gritó Ares, y lanzó su mano hacia delante tomando el brazo de Armonía.

Ella elevó un poco la vista y, después, agachó la cabeza fijándose en la robusta mano que la atenazaba. En apenas un parpadeo, la espada de Artemisa se posó en el cuello de Ares, y apretó suavemente.

—¡Suéltala!

Ares no soltó, absorto ante la belleza y temple de su amada. No quería perderla y algo le decía que, si la dejaba marchar, podría ser para siempre. Aquellos ojos verdes clavados en él profundizaban como nunca había sentido, escrutaban en su ser acelerando vorazmente su perdido corazón. Con un movimiento fugaz, el guerrero desvió de su garganta la hoja de bronce de Artemisa, sorprendiéndola, y la empujó hacia atrás con la palma de la mano como si nada fuera, haciéndola caer entre la vegetación.

Luego, soltó lentamente el brazo.

—Armonía —murmuró Ares, dirigiéndose a ella y usando su nombre por primera vez—. Nuestros caminos se separan, lo sé. Pero no te vayas sin tomar fuerzas. Hoy seré yo quien te lo pida, acompáñame en el almuerzo. El té está preparado y aún tengo pan de higo y salvajina, quizás podríamos cazar esa cierva... No sé. Os podéis llevar una buena ración para el camino. Tu compañera, esa extraña hechicera que tanto provoca, puede quedarse y cebarse, si así lo desea.

—Nos marchamos, y no me llames hechicera, bruto salvaje —aseguró Artemisa, levantándose airada.

—No, nos quedamos. Aquí tenemos fuego y alimento, y un buen amigo. Estamos en buenas manos —expuso Armonía.

—No es un amigo, es Ares —le recriminó suavemente Artemisa.

—¿Qué te ocurre, hechicera? —le preguntó el guerrero, viendo su constante recelo, provocando su ira.

—Si vuelves a poner tu mano sobre mi cuerpo o en el de mi amada Armonía, te mataré a pesar de ser quien eres —le advirtió Artemisa.

Ares la ignoró y se volvió ante Armonía, esperando su respuesta.

—¡Vamos a por esa cierva! —exclamó ella, tomó el carcaj y su arco de la montura del caballo y salió corriendo hacia el bosque.

Ares observó con recelo por un momento a aquella mujer extraña que apenas conocía y ya odiaba.

—Ayuda a Ratón con la hoguera y la pitanza, regresaremos con hambre —ordenó ante una desconcertada Artemisa, que no pudo hacer más que tragar su orgullo y verles marchar.

Artemisa se fijó de inmediato en Ganímedes, con ganas de saber todo cuanto allí había acontecido.

A su regreso, sin presa alguna, acompañados por un silencio sepulcral y con las caras largas, ambos se besaron los labios lentamente, abrazados junto a la hoguera, ante la atenta mirada de Artemisa y Ganímedes. La mañana la habían pasado ocultos en el bosque, entre abrazos y risas, besos, caricias y amores, promesas

y sueños. Ahora, lo cierto era que cada uno tenía que marchar por un camino.

Los cuatro almorzaron alrededor del fuego salvajina cocida con tomillo, ahogada en vino y acompañada de arropo de trigo. Al terminar la pitanza, el joven atlante les obsequió con un cazo de té y un pequeño trozo de pan de higo.

Ares se irguió y miró con cierto despecho a Artemisa, se colmó un cuenco de vino y bebió. Y luego otro, derramando parte por su garganta y pecho.

—No me gusta verte así, Ares. He de marchar y es posible que nunca más te vea; no es la imagen que quiero recordar de quien salvó mi vida y me hizo mujer —dijo Armonía.

Artemisa alzó una ceja y profundizó celosa en su mirada sobre ella, alarmada por aquellas palabras y los aires de deseo satisfecho que ambos se profesaban.

—Sé de la divina de Oriente, la gran cazadora, siempre altiva y amenazante. Divina de naturaleza, vengativa y mordaz de lengua y camino. Pero nunca oí ni supe que habitara estas tierras —respondió Ares, con cierto enfado ante la certeza de la marcha de Armonía—. No me comentaste que eras reina divina. Debí suponerlo, más cuando vi como te adoraban las gentes de Gomalova. Dime, ¿qué hacéis en las tierras de la vieja Europa?

—Eso no es cuestión tuya. Yo te agradezco lo que has hecho por mi amada Armonía. Ratón, tú fiel erómedo, todo me contó. Pero ahora debemos marchar. Y estas tampoco son tierras de aqueos, tampoco tú deberías estar, y nada te pregunto. Vamos, largo es el camino —apuntó Artemisa.

—No es mi erómedo, sino un hombre libre. Yo estoy aquí para expulsar con los míos a los atlantes que amenazaban las hermanas aqueas. ¡A todos mataré! Para ello nací, para frenar el ímpetu e impedir las ambiciones de mis enemigos —esgrimió Ares.

—Matar y matar. Es lo único que bien sabes hacer, nada más. Tu nombre es sinónimo de guerra, sin importar enemigo o amigo. Es tu sino. Ser un dios, tu maldición. Y ellos, los atlantes, como vosotros, aqueos adoradores de dioses de machos, no sois más que asesinos ambiciosos de glorias y fortunas ajenas —apuntó

Artemisa—. Vamos, Armonía, debemos marchar. Mirina nos espera en Tracia pasadas las cuatro lunas y tarde llegamos.

—No, Artemisa, no digas eso. Marchemos, sí. Pero Ares mucho me ha demostrado y no puedo consentir tales palabras, hieren mi corazón —intervino Armonía.

—¡Me sorprendes! No te dejes seducir por un dios de guerra, no eres manjar para semejante bruto —contestó Artemisa.

—Podríamos recorrer juntos las sendas de Ática. Y Ares no es un dios, sino un gran guerrero... Un buen hombre.

—Yo... ¿Un buen hombre? —murmuró Ares, atónito.

—Así, quizás tendrías tiempo de conocerle. Ya sea divino amante de guerras o fiel compañero que amar —continuó Armonía.

—No, creo que dios de amores no es —apuntó Artemisa, seria.

—¿No hay nada de amor en ti? Sé que no es así —se dirigió Armonía a Ares.

—Todo es guerra —afirmó él, con su voz ronca, con enfado.

Armonía quedó decepcionada, no era la respuesta que esperaba.

—No podemos desviarnos. Seguiremos solas por nuestro sendero, veloces. ¡Debemos marchar ya! —insistió de nuevo Artemisa.

Y montó sobre su caballo, con la mirada cruzada sobre Ares.

Armonía puso la mano sobre la piel desnuda del guerrero, y recorrió las tremendas cicatrices que adornaban aquel ancho pecho con una delicadeza sublime, absorta en cada una de ellas. Su mirada profundizó en la del salvaje, atravesando aquellos ojos azules, celestes como el hielo del norte, alcanzando su escondida alma de hombre. Luego, ladeó su rostro levemente y, provocando los celos de Artemisa, le besó suavemente en los labios.

—Tu corazón es noble, está lleno de amor. Preso lo tiene el odio. No lo sabes y, por ello, no puedes evitarlo. Crees que tu vida tiene que ser así, y no tiene por qué —aseguró ella.

Y se alejó, haciéndose con las riendas de su caballo negro.

Ares no dijo nada, quedó mudo. La angustia se apoderó de él y la sangre comenzó a quemarle en sus venas, como si comenzara a hervir. Nunca había notado aquella extraña sensación tan voraz. En aquel momento, todo su ser se consumía solo con pensar que no volvería a verla jamás. No quería que se marchara y

deseó cortarle la cabeza a Artemisa, detener a Armonía y hacerla suya quisiera o no.

—Vámonos, no es mi deseo permanecer por más tiempo junto a este sucio salvaje —ordenó Artemisa, manteniendo las distancias, tajante.

—¿Y tú qué opinas, salvaje? —preguntó Armonía, en un último intento por abrir el corazón de Ares.

—Deberías marchar, aquí no estás a salvo —contestó él.

Armonía le miró triste y le sonrió levemente. Se ladeó y montó en su caballo.

Ares agachó la cabeza, calmando sus instintos, y deseó que partiera rápido ante lo que pudiera pasar. Y se volvió hacia la hoguera, observando la cara atónita de Ganimedes, que mudo había permanecido en todo momento.

El golpeo de los cascos de las bestias sobre la nieve le confirmó que se alejaban al galope. Murmuró una blasfemia indecible y levantó la vista para verlas veloces, hasta que la densidad del bosque se las tragó. Unas pequeñas nubes ocultaron la luz del sol y, de pronto, como si le faltara el aire, respiró profundamente tratando de calmar la ansiedad que le devoraba.

—Pero... ¿Vas a dejarla irse? —preguntó Ganimedes, con cara de incrédulo.

Ares cernió de inmediato la vista sobre él y abrió su mano para abofetearle. No lo hizo, observó al joven atlante, que estaba atemorizado, cubriéndose con los brazos; y gruñó tragando su frustración, apretando los puños una y otra vez.

—Recoge todo esto. ¡Nos vamos! —espetó.

* * *

Ares marcó un paso rápido durante tres días, cruzando valles y bosques, descansando lo mínimo. Tras él se afanaba Ganimedes, tirando de la mula cargada con la tienda y las provisiones. El salvaje guerrero pensó que la nevada debía haber impedido que la columna de guerra aquea avanzara veloz. Así pues, el general Marcial tendría que haber parado a menudo, para descansar y esquivar la

dureza de las tormentas. Si quería llegar a Ática con sus lanceros en buen estado, listos para la batalla, no podía estar muy lejos.

Habían sido numerosos días los que había pasado con Armonía y, realmente, no podía discernir la distancia a la que podrían encontrarse los hombres de Marcial. Y eso le enfureció.

—¿Cómo es posible? ¿He perdido toda noción guerrera junto a esa mujer? —se preguntó con un gruñido.

Si a su lado él era capaz de sacar el lado más violento de Armonía, ella conseguía anular por completo la violenta ira que siempre le acompañaba. Pensó en cada palabra que ella le dictó, en cada beso. Sacudió la cabeza de un lado a otro, tratando de recuperar el juicio y olvidarla. No había manera y miró al cielo, la luna aparecía desplazando lentamente al día. Dejó de trotar, volvió su cuerpo y bajó la mirada al suelo, pensativo, esperando que el joven atlante le alcanzara.

—Mi señor, ¡los aqueos! —gritó Ganimedes, al llegar a su lado.

Ares alzó la cara al frente. Caída la oscuridad, numerosas hogueras comenzaron a destellar en la noche; no muy lejanas. Como supuso, la gran nevada había retrasado la marcha de Marcial unos días propicios, los suficientes para que se hallara más cerca de lo esperado.

—Vamos, Ratón. Hemos llegado —aseguró e inició el trote de nuevo.

Su llegada al campamento fue vitoreada por los lanceros. Siempre era buena señal que el guerrero divino les acompañara. Con él era imposible sufrir derrota alguna y todos se alegraban. Pocos se le acercaban para saludarle. Solo los más valientes, los temerarios. Conocida era su violenta ira; y más que, desatada su furia, no dudaba en cortar cuello amigo o enemigo.

Tras cruzar el campamento y dejarse ver bien, llegó a una hoguera levantada en un extremo, despejada de vegetación, y paró su trote. Allí se levantaban tres carpas de campaña, altivas y espaciosas, seguro que de capitanes, lo que aseguraba una noche silenciosa y sin alteraciones.

De un salto, Ares descabalgó.

—Ratón, ¿te quedas o te marchas? —le preguntó al joven atlante.

—Me quedo —asintió Ganimedes, sin dudarle lo más mínimo.

—Como quieras. Bien, hoy montarás la tienda aquí, junto a esta hoguera, y si pretendes seguir a mi lado tendrás que buscarte una para ti, pues conmigo no has de dormir.

—Sí, sí señor —asintió de nuevo.

En ese momento vio pasar a numerosos soldados que, excitados entre voces, se dirigían hacia el puesto de guardia del norte. Un lancero llegó y se asomó a una de las carpas. Una joven esclava, de ojos tristes y sonrisa alegre, salió y habló con él. Luego, cruzó su mirada curiosa con la de Ganimedes y entró bajo las telas de la carpa. Al momento, salió el capitán Prometeo, apresurando el paso.

Ares observó atento. Y lanzó su mano sobre otro guerrero que avanzaba ligero, asiéndole del brazo.

—¡Alto, valiente! Dime qué ocurre —le exigió con su voz ronca.

—Los exploradores han sorprendido a dos espías, zorras ellas. Las han capturado en los pasos de Oriente. Eso dicen.

Ares abrió sus ojos hasta más no poder y su corazón se contrajo al pensar en la suerte que podía haber corrido su amada.

—¿Dónde están? —preguntó, temeroso de que fueran Armonía y Artemisa las mujeres apresadas.

—En las celdas, junto a los carros de hermosas concubinas y jóvenes sarasas.

—¿Qué hacen allí?

—Como esclavas pretenden venderlas, si acaso sobreviven a la soldadesca. Liadas con ellas están, gozando, castigándolas.

Ares soltó al guerrero y echó a correr.

Con fuertes empujones se quitó de en medio a cuantos hombres se interponían en su camino, sin que nadie rechistara lo más mínimo, hasta llegar junto a la guardia y poder divisar los carros de placeres. Un grupo de lanceros rodeaba la lejana hoguera. Con un gruñido, alzó el cuello y trató de ver más allá de las llamas. Y aceleró su paso, con el alma en vilo, temiéndose lo peor.

De pronto, una voz a su lado.

—¿Es verdad que montaban a caballo? —preguntó el capitán Prometeo, acelerando su paso, junto al lancero que le abría camino.

—Sí, mi capitán. Iban armadas como lobas, quizás lo sean. Pretendían huir y fueron lanceadas. Al menos una nos servirá de gozo, de placeres nos colmará por varias jornadas... Son jóvenes y tienen cuerpos esbeltos de gacela.

Ares giró la vista, gruñó herido en su mente y frunció el rostro. De un tremendo puñetazo reventó el pómulo de aquel soldado, saltándole un ojo, y corrió hacia los carros. Su corazón se agitaba furioso con cada paso, temía que algo le hubiera pasado a aquella increíble mujer a la que había amado, a su ninfa Armonía. Los lanceros de Marcial estaban demasiado cerca de su ruta, ellas tenían que haber sorteado el campamento para seguir en su camino. «¡Han caído en un emboscada de los exploradores! ¡Las han capturado!», pensó alarmado.

Prometeo quedó atónito ante la reacción de Ares. Bien sabía que solo el general era capaz de frenar la ira del guerrero divino, y viendo lo acontecido, dedujo que podrían haber más problemas aparte del pómulo y el ojo de aquel lancero que se retorció de dolor en el suelo.

—¡Avisad al general Marcial, de inmediato! —ordenó a su guardia.

Todos se apartaron ante el paso airado de Ares que, con gritos y manotazos, avanzaba veloz. Llegó ante la gran hoguera que alumbraba los carros de esclavos, donde concubinas y presos esperaban satisfacer los calores y caprichos de sus dueños y señores. La guardia dio un paso atrás y mostró sus armas; ante aquella presencia divina no había duda alguna, solo mostrar el respeto debido.

—¿Dónde están? —preguntó Ares, sofocado.

Y ladeó su mirada ante la señal de un lancero que no se atrevió a hablar, solo a señalar. Observó salir de un carro cubierto de paja a un par de soldados frotándose la entrepierna, cansados y dichosos, con las manos manchadas de espesa sangre.

Sin decir una palabra, sacó su daga y segó el cuello de uno de aquellos hombres. Al otro lo levantó un metro del suelo en su embestida, astillándole el esternón y la vida. Y se volvió hacia los demás, apretando los dientes como una bestia iracunda.

—¡Os mataré a todos! —susurró de forma terrible.

Dando dos saltos subió al carro. Con el claroscuro reflejo de la luna y las llamas de la hoguera, vio cómo un hombre violentaba a una joven rubia que no paraba de llorar. A su lado, otra mujer yacía desnuda, cubierta de sangre, sudor, esperma y orina; su respiración era lenta, agónica.

Ares lanzó su mano sobre la melena de aquel hombre y le levantó la cabeza hacia atrás. Con un rápido destello le cortó la garganta. Acto seguido se apresuró a socorrer a la joven. La cubrió con dos telas sucias y descendió del carro. Temblando su corazón, la posó con delicadeza sobre la nieve.

—¡Qué vengan los médicos! —gritó sin parar, mientras le limpiaba la cara.

Ares calló de pronto, al ver los ojos de aquella mujer inquieta fijos en él. Luego, volvió la vista atrás, tomó un palo ardiente de la hoguera y corrió, para subir de dos saltos al carro y alumbrar el rostro de la otra mujer. Y sonrió incrédulo.

No eran ellas.

—Ah, Ares... Tu padre Zeus te envía para liberarnos de estas bestias —murmuró la joven, levantando levemente su faz magullada, llorando su rabia e impotencia—. El sabio rey Cécrope los matará a todos, ni uno solo de estos cancerberos sobrevivirá a su ira. Solo tú, hijo de dioses, digno de discernir, salvador de nuestros cuerpos mortales, vivirás de entre todos ellos cuando a sus oídos llegue semejante humillación.

Ares lanzó el cuerpo del hombre degollado al aire, por encima de los maderos del carro, y se estrelló como un pesado saco lleno de arena cerca de la hoguera, ante el estupor y el miedo cobarde que se apoderaba de los demás soldados. Y salió del carro con una enorme sonrisa, dejando a la joven descansar en su agonía. Miró detalladamente hacia Oriente, por el oscuro camino que se discernía, pasadas las nubes, más allá del campamento. Nada

vio. Su corazón, calmado de la ansiedad desatada, se ensanchó feliz y celebró que no fueran ellas, Armonía y Artemisa, las mujeres domadas.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —gritó con fuerza el general Marcial.

Ares se acercó lentamente y Marcial calmó su propio ánimo.

—Mi general, eran dos jóvenes mujeres que merodeaban el campamento, zorras ellas; fueron sometidas. Solo eso, espías o a saber... ¡Quizás lobas! Pero el divino Ares no está por comprender. En algo le ofendimos sin querer —asintió temeroso uno de aquellos soldados, sin poder ocultar su temor ni su culpabilidad.

Ares, sin más, se acercó hasta él. De pronto le cruzó las manos sobre el cuello y apretó duro, observando cómo la vida se le escapaba a aquel soldado conforme le crujía la garganta, la orina le bañaba los muslos y las rodillas le cedían.

—Mi buen amigo Marcial, tu amado rey Cécropo recompensará a aquel que lleve ante él con vida y compuestas a estas dos jóvenes humilladas. Pues, entre todas sus arpías, son sus favoritas: Hécate y Némesis. Una misión tenían y sin duda ya cumplieron. No rondaban el campamento, venían a donde esperan ser agasajadas, no ultrajadas —expuso Ares, sin soltar, apretando.

Marcial observó a la joven desnuda que se contorneaba entre agónicos grititos en el suelo y alzó la cabeza para ver salir del carro a la otra, envuelta en sangre sus caderas y muslos, clavando sus ojos llenos de ira y sufrimiento en él.

—Mierda —murmuró Marcial, y dirigió la mirada hacia Prometeo, el cual ya comprendía la gravedad del asunto; y hacia los médicos, que llegaban corriendo, seguidos de varios soldados de la guardia personal del general.

Ares soltó el cuello de aquel soldado, que cayó al suelo sin vida, ante la mirada descompuesta de los demás. Y se alejó pensando en Armonía, mientras limpiaba en la tela de su costado la baba y la sangre que aquel hombre había vertido en su mano.

—Quiero la cabeza de todos los que han participado en esta horrorosa afrenta a nuestro amado rey Cécropo —ordenó Marcial.

—Pero... —murmuró Prometeo.

—¡Ya! —exclamó tajante Marcial—. Y otra cosa, cualquier detenido debe ser debidamente entrevistado antes de tomar medida alguna contra él; sea hombre, mujer, perro o mula. ¿Entendido?

—¡Sí, mi general!

Al calor de la hoguera y de un cuenco de sopa caliente, acompañadas por los médicos; limpias de babas, sangre, orina y esperma, Hécate y Némesis sonreían maltrechas. Sus humillados cuerpos se cubrían con chitones limpios y mantas de lana; y escuchaban con deleite cada golpe de hacha, cada quejido de muerte, cada cabeza rodar, cada castañeteo de dientes sin cuerpo.

Más de diez hombres fueron ajusticiados; todos aquellos que ellas señalaban, fueran soldados u oficiales, las hubieran violentado o no.

—Mi capitán, yo no fui, no las toqué. No quise, nada hice —rogó el último de ellos, dirigiéndose hacia Prometeo.

—Nada hiciste por evitarlo cuando pudiste, muere ahora —susurró Hécate, mordaz.

—Miraste —añadió Némesis, con una sonrisa ida, pérfida, loca.

—¡Su cabeza! —exigió el capitán al verdugo.

EL PARLAMENTO DEL REY CÉCROPE

Colmadas las mesas del recibidor con abundantes jugos y buen vino, y de fruta y crujientes pastas de harina y huevo, los trece prohombres sabios de la Corte del rey Cécrope se adentraron en la sala de conferencias, ruegos y placeres. Se trataba de una amplia estancia en forma de semicírculo, de paredes blancas y anchas ventanas, por donde el sol todo lo iluminaba, para que no existieran tinieblas ocultas, ni dudas, y bien todos se pudieran ver.

Disponía la sala en el centro de una tribuna para el orador, rodeada por tres escalones de alta talla, que se levantaba contra una pared adornada de figuras del Olimpo; lugar donde debían sentarse los convocados, aquellos que tenían que escuchar y exponer. Mullidos colchones de pluma de oca amortiguaban el mármol y acomodaban el tiempo. Aplicadas esclavas de ligeras vestimentas y hermosos erómedos se ocupan de servir y complacer, acompañando a sus dueños y señores.

Solo los más poderosos visitaban dicho lugar, conocido como Parlamento y que se erigía en el interior de la acrópolis de Atenas. Era el lugar donde se dirimían las grandes cuestiones de Estado, se impartía justicia entre nobles y se ofrecían grandes sacrificios a los dioses. Y, alejados de los hielos del norte, en aquella tarde calurosa, llegaron tres invitados de excepción.

El general Marcial y el capitán Prometeo, héroes de todas las fraternidades aqueas al comandar el ejército que había vencido al invasor atlante, saludaron a todos y cada uno de aquellos prohombres

y sabios ancianos que esperaban en pie, mostrando respeto por todos. Tras ellos entró el joven Filisteo, digno efebo de Marcial; un joven muy hermoso, de delicada apariencia y pelo corto, rubio y ensortijado. Y Elena, la joven y tímida esclava de Prometeo.

Ares entró dando un leve gruñido y levantó la cabeza con un golpe, como breve y correspondido saludo. Le seguía Ganimedes, que todo miraba atónito hasta, llegado a la altura de la joven esclava de Prometeo, perder su sonrisa.

—Bien, amigo, ahora sabremos al fin de nuestra nueva empresa y su premura —susurró el general ante Ares, el cual asintió, sin más, y se colocó al extremo de la curva escalonada.

Al momento, Hécate y Némesis llegaron cubiertas de ropas exquisitas, de brillantes joyas, divinas como reinas, hermosas y acicaladas; y se alzaron a los escalones más altos, acurrucándose en una esquina a la izquierda, tras lanzar una mirada lasciva hacia el guerrero divino.

Ares las ignoró y, con los brazos cruzados, fijó la vista al frente, a través de uno de aquellos ventanales. En su mente, una mujer todo lo ocupaba: Armonía. Habían pasado muchos días desde que se despidieron en aquellos bosques nevados, hogar de la vieja Europa, y su aroma de jazmín aún le perseguía por cada rincón de la altiva y gloriosa Atenas. Ni las visitas a los antros de abundantes mujeres con sabor a vino y carne, ni las esclavas de dotadas artes amatorias sin fin, ni las refinadas vírgenes de alta alcurnia que a menudo recibía como presente, le habían satisfecho lo más mínimo. Tampoco le habían ayudado a olvidarla. Por el contrario, aquella procesión de lujuria servil le aburría; ni tan siquiera se había sentido atraído en complacerlas. Solo le valía para recordar cuánto deseaba a aquella guerrera de mirada pura, y para comprobar que no había otra igual. Y gruñó, tratando de despejar su mente. Acto seguido, se dispuso a escuchar las palabras de los prohombres que se habían dignado a invitarles tras unas semanas de tensa espera en la polis.

Escudriñó el trono real, un destacado asiento forrado de pieles de leopardo y con reposabrazos y corona de oro puro; que se situaba al fondo del primer escalón del hemiciclo, a la derecha. El

rey Cécrope no se hallaba presente. Como era habitual, el monarca se excusaba de cualquier acto donde pudiera cruzarse con él. No soportaba que una persona no le mostrara el respeto debido, y el guerrero divino no se inclinaba ante nadie. Por ello nunca se veían, nunca se hablaban y nunca se escuchaban. Ares lo prefería así también, si bien nunca lo manifestaba. No le gustaban los aires de palacio; su sitio estaba en el campo de batalla. Ni los eternos debates de las Cortes; su voz era la maza y su larga lanza. Ni las incomprensibles leyes que dictaban reyes y gobernantes; su vida era suya y no conocía fronteras.

Ganímedes, sin pretenderlo, se había convertido en la envidia de los efebos de placeres, incluso de las esclavas y mujeres libres de la Corte. Sin desearlo, era el más popular de los jóvenes de palacio, y como a tal le miraban las féminas y los adolescentes que allí se hallaban con sus dueños o familiares. Blanco de dichos y habladurías, todos se preguntaban cómo había conseguido la gracia del guerrero divino. A nadie se le ocurría plantearse que era un hombre libre, ya que nunca se perdía más allá de dos pies de su protector. Pero él, en aquel momento, solo tenía ojos para aquella joven esclava que, con la cabeza baja, apenas le sonreía y le devolvía la mirada con evidente rubor.

—Bien, demos gracias a Zeus por tan hermoso día y por hallarnos aquí, reunidos en tan buena compañía. Nuestros invitados llegaron. Debatamos pues —dijo Aurelio, el sabio orador, desde la tribuna; un hombre mayor, de pelo blanco y estirada faz.

—¿No esperamos al rey Cécrope? —preguntó Marcial, incorporándose—. Me hizo llamar con urgencia y aquí presente no está.

—Es posible que no pueda asistir al Parlamento —aseguró uno de aquellos hombres de poder, levantándose y mirando a Ares, el cual alzó levemente una ceja—. Si así es, como probablemente será, solo debéis escuchar y obedecer las disposiciones que de nuestro debate se obtengan, pues serán ley y orden. Sabrás pues de la urgencia de tu llamada, y también de nuestros deseos que, sin duda, serán avalados por nuestro amado rey Cécrope.

Aquel personaje se sentó tras hablar e invitó al orador a continuar con la exposición de los hechos, el cual asintió y prosiguió.

—Una horripilante guerra se desata de nuevo en las regiones de Tracia. Nuestras colonias son asaltadas y saqueadas. Hermanos y aliados sufren constantes ofensas. Sus cosechas y bienes, sus hijos y mujeres peligran y mueren cada día por mucho más.

—¿Una nueva guerra? ¿Por ello nos mandó llamar nuestro amado rey Cécrope? —le cortó Prometeo.

—Esa es la cuestión que hemos de dilucidar en Parlamento. Acabamos de expulsar a los atlantes que desde Occidente nos invadían feroces como langostas. Ahora un nuevo enemigo nos amenaza, esta vez llega desde Oriente. Y no es menos peligroso. ¿Es posible iniciar una ofensiva que destierre el mal de raíz antes de que arraigue en nuestra tierra?

—Nuestros hombres salen de una guerra muy larga, en sus hogares se hallan —respondió Marcial—. No será deseo de ninguno volver a batallar tan pronto. Pero llegado el momento, es algo que debemos afrontar. Dime, sabio Aurelio... ¿Quiénes osan medirse con gloriosos aqueos?

—Son salvajes llegados de todas partes, con la gran helada que cubre el norte, y de más allá del mundo conocido. Son ellos los que saquean todo. Los tracios, contagiados de ambiciones, se revuelven contra nosotros tras décadas de amistad, tributos y negocio. Y muchos más son, piratas todos, gentes salvajes sin escrúpulos ni conocimiento. Han levantado una gran polis llamada Barbaria; de grandes murallas y armas, donde se ocultan tras sus matanzas.

Ares se sorprendió y acicaló su barbilla, esperando oír más. Sus campañas en Tracia habían dejado incontables muertos. Sabía que allí todos temían a los aqueos y que una paz estable parecían albergar en sus tierras tras años de guerras.

—Creemos necesario marchar con premura en Tracia, antes de que esos salvajes sean más que innumerables y traigan la horrible guerra a nuestros hogares. Que la atroz batalla tenga lugar lejos de Atenas es nuestro deseo. Pues no es imposible que hasta nuestros muros lleguen un día; fuertes se hacen y cada vez lo tememos más.

—Y no olvidemos a las lobas, esas mujeres osadas como hombres que a todos persiguen, que no ceden en sus cacerías y tropeías sobre nuestras gentes —expuso otro de aquellos hombres, aprovechando el momentáneo silencio.

—De salvajes del norte y piratas poco sé. De mujeres varoniles que batallen, menos aún. Pero de tracios, a muchos maté. No podíamos esperar ocupar sus tierras y que todos callaran, por muchas promesas que se les haga. Un político siempre promete. Pero un militar bien sabe que pronto se le requerirán sus servicios como ministro de la muerte. En toda patria hay hombres dispuestos a morir, idiotas que no se someten, que piensan que la tierra les pertenece por derecho y no aprenden a convivir... y llega la atroz guerra —dijo Marcial.

—Formaremos un poderoso ejército y haremos de Tracia nuestra tierra. Más allá podemos llegar —le respondió el más joven de los prohombres, buscando acción y riquezas.

—Más allá están los troyanos domadores de caballos, hijos de Zeus y Elektra. Son nuestros hermanos de sangre, hombres civilizados que habitan tras las murallas de la inexpugnable Ilión —expuso Aurelio.

—Sí, nuestros hermanos... Que en nada ayudan y, de todo, abultados impuestos nos cobran —remugó el joven parlamentario.

—¿Tenemos soldados en la zona? —preguntó Marcial.

—Una reina loba frenó el ejército mercenario de nuestros hermanos, comandados por el terrible Midas en los confines de Tracia. Y azotó feroz al nuestro, gloriosos lanceros a las órdenes del general Helenaico, que fueron humillados por esas varoniles mujeres. La rubia Pentesilea la llaman. Dicen que, amante de dioses del Olimpo, es hija de Ares, pues grandes bueyes le ofrece ante cada batalla y no conoce derrota.

Todos los presentes miraron de soslayo al salvaje guerrero, que seguía escuchando sin dar mucho crédito a nada de lo que oía. Aunque sí le atrajo el hecho de que era la primera mujer a la que se le atribuía tan distinguido honor.

—Recorrí esas tierras, sus costas, en el sur, matando piratas y tracios orgullosos; mas nunca estuve en los confines de Tracia,

al norte. Muchos aseguran ser mis descendientes, a ninguno conozco —aseguró Ares con su voz ronca.

—¡Una reina guerrera! ¿Qué insulto es ese? ¡Mujeres varoniles que hacen la guerra! Estoy harto de esas burdas leyendas que llegan de Oriente. ¡Asesinas de hombres! ¡Sobre caballos! —exclamó el joven parlamentario—. Eso es como decir que el mundo está al revés. ¿Cómo han de batallar mujeres?

—Yo oí hablar de ellas a un glorioso lancero, las combatió en otro tiempo ya pasado —expuso un hombre de avanzada edad y larguísima barba, sabio entre los sabios, que se apoyaba sobre un bastón de oscuro roble—. Y no es leyenda, pues se trajo una de ellas consigo de más allá de Ilión. La tuvo que matar, pues no había manera de domarla. Son medio personas, medio bestias. Arpías que a todos persiguen cabalgando a lomos de furiosos caballos y que matan tan solo por saciar su infinita sed de sangre... Lobas las llaman, pues se aparean con los más sanguinarios de los lobos a la luz de la luna llena. Y devoran a todos sus hijos varones, llenas de ira al comprobar que no son hembras; siempre comenzando por la cabeza, nada más los ven nacer. Vienen de las lejanas y tenebrosas tierras del Euxino y de más allá, de una ciudad de terror dominada por hechiceras, llamada Temiscira. Viven en un mundo salvaje y horrible, poblado de dioses paganos, monstruos terribles y demonios surgidos de infiernos desconocidos. Son bravas en la batalla y muy peligrosas, mucho más que cualquiera de nuestros valientes lanceros. Todo ello me contó. Y es más: ¡la cazadora Artemisa las protege!

—¿Artemisa? —preguntó Ares, levantando la cara en ese momento, con una clara imagen de mujer en su rostro: Armonía.

—Sí, la divina, impía y vengativa Artemisa cuida del trote de las lobas. De muerte cubre a nuestros hermanos, solo por dañar a su padre Zeus, al que siempre odia —aseguró el anciano.

—Esas mujeres de Oriente no me inquietan; ni tan siquiera Artemisa, la gran cazadora. Pero quisiera saber más de mis enemigos en verdad, aquellos que he de combatir en Tracia —contestó Marcial, distante de creer los dichos de aquel anciano sabio entre sabios.

—En Barbaria se encuentran —contestó el orador Aurelio, sin abandonar la tribuna—. Debes acabar con su poder antes de que conviertan la población en una polis inexpugnable como Ilión. No son hombres, sino salvajes bestias que exterminar. Un buen escarmiento debes realizar si queremos se respeten nuestras premisas. A todo aquel que en tu camino no se incline ante la insignia del amado rey Cécrope has de matar. Por ello, yo propongo que se reúnan las fratrias aqueas y que un ejército de treinta mil lanceros marche sobre Tracia... Y que vayan más allá, evitando las tierras del Imperio Hitita, para destruir por completo la Temiscira de las lobas. Leyenda o no, no debe quedar duda alguna de que aplastadas por siempre quedaron. Pues ellas son el verdadero mal que todo lo remueve. ¿Estás preparado para ello, general?

—Es una empresa muy grande... Mucho más de lo que sin duda pensáis. Pero contad con mi favor si este es el deseo del Parlamento y de mi amado rey Cécrope —aseguró Marcial.

—Temiscira —susurró Ares, pensativo, y se irguió para alejarse—. Quiero dormir, mañana he de partir temprano a esa tierra de lobas. Me devora la impaciencia por conocer a esas despiadadas asesinas de hombres.

—¡Contad también conmigo! —expuso Prometeo, con orgullo, hablando de nuevo, consciente de su grado y uniéndose a los vítores de los prohombres de saber y poder.

—¡No!

Un silencio absoluto dominó el Parlamento.

Ares retrocedió sobre sus pasos.

Prohombres y sabios volvieron su vista hacia el rey Cécrope, rey de reyes de Ática y fundador de Atenas. El anciano soberano penetró en la sala, adornado con una corona de laurel encintada en puro oro y vestido con un hermoso visón blanco, bordado de colores púrpura imperial, que cubría de largo sus pies ocultos por siempre. De inmediato, recorrió toda la estancia con sus ojos de esclerótica negra y pupilas amarillentas, que se estiraban en vertical, similares a los de una víbora. Y pasó ante Ares, ignorándole como si nada fuera. Estudió con soberbia desmedida

a cada uno de los presentes, a las dos mujeres que en nada habían participado, y a los dos militares, que rápidamente saludaron mostrando su respeto debido. Y estudió con su mirada la de cada esclavo, la de cada fémína, la de cada joven, hasta clavarse en la de Gánímedes.

—Veo que los dioses gustan devorar de los placeres mundanos —afirmó.

—El muchacho es libre. Me sirve como hombre, no como esclavo de favores —aseguró Ares, comprendiendo la ironía del rey y su destino, molestarle al compararle con un mortal.

Y no hizo más caso, pues en nada le molestó, y volvió a cruzar los brazos, expectante. Si allí estaba Cécrope, ante él, era porque importantes serían sus palabras.

El rey le observó, recorriendo con sus extraños ojos las hermosas facciones de Ares, conociendo a aquel del que tanto le habían hablado, que a tantos había matado y al que tanto había permitido por ser un dios, el hijo de Zeus. Y clavó sus ojos vidriosos en él, buscando la verdad sin parpadear ni poder hallarla.

—Mi amado rey, creímos que... —habló el orador Aurelio, sorprendido por la presencia del monarca, pasando la mano por sus cabellos blancos.

Cécrope se volvió de inmediato al escucharle y anduvo ligero, como deslizándose sobre una gran cola de serpiente hasta su trono. Se mantuvo por unos instantes en pie y, luego, se acomodó manteniendo la atención en Aurelio y la vista en Ares.

—Hemos dispuesto mandar un ejército de treinta mil soldados, aportados por todas las fraternidades aqueas...

—¡No! —exclamó de nuevo Cécrope, tajante—. El augusto Marcial puede comandar su ejército de mil valerosos lanceros a las tierras de Tracia. Son duros y bravos, muy grandes; sin duda buenas ganancias hallará y de gloria se cubrirá. Mi amado hermano, el capitán Prometeo, aportará diez mil soldados, suficientes para acometer tal empresa y fortalecer las guarniciones. No se debe molestar a las fraternidades aqueas, ni esperar más.

—El ejército de esos salvajes dicen que son cien mil o quizás más —expuso Aurelio, comedido en sus palabras.

—Mis soldados de Atenas, los valientes de Micenas, Argos, Delfos... y Lacedemonia custodiarán y harán fuertes las fronteras de Ática y Tracia. Pero no irán más allá. Y sobre Temiscira, tal empresa se hará con inteligencia, si ha de hacerse. Salimos de una guerra con atlantes y libios, victoriosos fuimos y aún así malparados quedamos. Crear de nuevo un ejército tal como pretendéis nos dejaría solo con mujeres, niños y ancianos, y nos llevaría a la ruina —continuó Cécrope.

Con cierto desánimo, todos escucharon sin atreverse a contradecir sus palabras.

—Como bien sabéis, yo siempre escucho al Parlamento antes de dictar decisión alguna en democracia. Pero hoy el Parlamento me escuchará a mí. No debemos cometer las mismas faltas que nuestros enemigos —continuó Cécrope—. Antes de marchar más allá, nuestras tierras han de estar bien custodiadas; las tropas descansadas, fuertes y armadas. No hace mucho avanzamos hacia Tirrena y nos encontramos con salvajes sin nombre a los que hicimos vasallos. Pero también despertamos a un ejército que buscaba ser imperio, que quiso nuestras riquezas y se llevó las vidas de miles de los nuestros. ¡Los atlantes hijos de Poseidón! Vencimos en la batalla final, a las puertas de Atenas; y a sus avernos de Occidente les enviamos gracias a los dioses. No hemos de cometer un nuevo error que ponga en peligro a nuestro pueblo. No hay leyendas en las venas de mi gente, de mis hijos, sino sangre; como en cada uno de mis lanceros. No los enviaré a un destino incierto, ni dejaré mi reino a merced de cualquiera que fije sus codiciosos ojos en nuestras tierras.

—Sabias palabras en boca de un rey conquistador. Toda Ática es tuya, como Tracia; y el mundo lo sería si vuestros prohombres y generales os escucharan más y tuvieran menos prisas por colmarse de gloria, oro y placeres —expuso Ares—. Clara tengo la empresa. Mañana al despuntar el sol saldré hacia Tracia. Aunque yo sí he de llegar más allá.

—¡Ares! ¡Escucha, orgulloso insensato! —exclamó Cécrope, abriendo los ojos temerosos de todos los presentes—. Si marchas más allá de Tracia, cosa que no debes hacer, los dioses no te

ayudarán. Son tierras salvajes, donde habita Cibeles con sus horribles leones; Artemisa, la gran cazadora, y los dioses inhumanos con cabezas de dragones y elefantes. Lejos queda el Olimpo. Allí Zeus solo vive en los corazones de los troyanos; más allá no hay nada. No podrá ayudarte, ni tan siquiera a ti, su hijo. Si acaso lo eres.

—Zeus no es mi padre y en nada necesito de su ayuda, ni tus consejos —expuso Ares con su ronca voz, desafiante, y salió de la sala seguido por Ganímedes, que a todos mostraba respeto con prisas.

Durante unos momentos, el rey Cécrope observó el tintineo del toldillo de finos canutos que cubría la entrada por la que Ares había abandonado la sala, con cierta insidia. Absortos en el silencio le contemplaban prohombres y militares. Una suave brisa entró, meciedo la tela de las púrpuras vestimentas que cubrían sus pies, levemente, y una gruesa y rojiza piel escamosa se dejó ver por un momento.

—¿Entonces, mi muy amado rey? —se acercó Marcial.

Y el rey Cécrope fijó la mirada en su general.

—Si el Parlamento rubrica mis palabras, asienta Tracia, persigue y mata; impón la ley de Cécrope, mi ley. Envía espías, conoce y aprende. Mas no marches con los diez mil de Prometeo más allá de Ilión. Ellos deben complementar las guarniciones, afianzar las fronteras y regresar por reemplazos vencido el enemigo.

—Vuestras palabras son sabias, como siempre, y el bien nos anuncian; tenéis mi rúbrica y, por supuesto, la del Parlamento. Pues veo que nadie dice lo contrario. Pero... ¿Y Temiscira, mi rey? El mal brota de sus entrañas —preguntó el orador Aurelio.

—Marcial se ocupará del mal que nos acecha en la Anatolia oscura y profunda, con su ejército de mil bravos lanceros. Marcharás con mis dos hermosas arpías, ellas saben lo que hay que hacer y de los demonios te protegerán.

—Saldré al amanecer, con Ares, hijo de Zeus. A nuestros hermanos vengaremos, la tierra conquistaremos y, afianzadas nuestras posiciones, exploraremos los confines de Tracia y más allá para satisfacer a mi amado rey —expuso el general.

—Mi gran Marcial, no sigas a Ares. Él no desfila, no ordena, no obedece... No esperes nada de su lanza, agradece lo que consigas

gracias a tu brazo. Actúa como comandante de tus hombres, pues solo a ti te exigiré explicaciones.

—Así será, mi muy amado rey.

—Y procura que mis hermosas arpías Hécate y Némesis estén bien atendidas en cada momento, que nada les pase; o, esta vez, será tu cabeza la que calme mi ira. En nada las contraríes, amantes del Olimpo son. ¡Ahora, podéis marchar todos! —exclamó Cécrope, dando por terminado el Parlamento.

Marcial asintió conforme las dos jóvenes mujeres clavaban sus ojos en él, sinuosas, téticas, con su mirada fatal y una pequeña risa de hiena.

Los prohombres, convencidos por las palabras de su rey, comenzaron a abandonar el hemiciclo, despidiéndose y agradeciendo a Marcial su empresa, deseándole suerte y gloria en la nueva misión. El general saludó respetuosamente a Cécrope y se dirigió hacia la salida.

—Tú no debes marchar aún, mi gran Marcial... Acompáñame hasta mis aposentos, algo más tenemos que hablar sobre tu nueva empresa —le ordenó conforme se alzaba del trono.

—¿Sí, mi amado rey? —contestó el general, acercándose a él.

—Tenemos que debatir algo que solo he de regalar a tus oídos, que solo tú y yo sabremos... y ellas, mis hermosas arpías —aseguró Cécrope, recreándose ante Hécate y Némesis, y colocó su brazo sobre el hombro de Marcial. Y se volvió hacia Prometeo—. Hermano mío, tú ve y disfruta de los placeres de la vida, pues pronto solo verás muerte.

Capítulo 11

LAS SENDAS DE TRACIA

Tras un mes de agotadora marcha por las tierras de Tracia, Ares entró con paso lento y un bostezo bajo las lonas grises de la carpa de armas del general, seguido del joven Ganimedes. Allí estaba Marcial, vestido de bronce desde las grebas al lustroso peto; y también Prometeo, orgulloso de capitanear aquel ejército de diez mil hombres al lado de su general.

Marcial estiró los brazos hacia arriba y Morgo le ajustó las correas del peto, con fuerza; se trataba de un enorme hombre negro, de abultados labios y ojos saltones, sin un pelo en todo el cuerpo y con gruesas venas marcadas sobre los musculosos brazos; y que nadie sabía si era esclavo, soldado o amante, solo que carecía de lengua y todo mataba por su general. El bello Filisteo se hallaba más allá, en las sombras, mostrando su delicada y femenina apariencia, enredando con un dedo su ensortijado cabello.

—Salvajes a pie, guerreros a caballo... Al menos se oye hablar de veinte mil almas, nos informan los exploradores —aseguró Prometeo, sopesando las alternativas de un ataque.

—¿Solo? ¿No eran cien mil?—preguntó Marcial, con una sonrisa sabida.

—Cuanto más nos acercamos, menos parece que sean —apuntó Ares.

—¿Entre ellos se cuentan divinos? —preguntó Marcial.

Ares se apoyó en uno de los postes de madera de la tienda y, mordiendo una manzana, intercambió la mirada con Marcial ante aquella extraña pregunta.

—Solo mortales, mi general —respondió Prometeo.

—¿Sabemos a dónde se dirigen?

—Buscan la meseta del sur, la que descende hacia la misma Barbaria. Creemos que allí quieren batallar. Es terreno llano, limpio, sin apenas vegetación; no hay mejor lugar para rentabilizar el número —afirmó Prometeo.

—¡Batallarán donde nosotros queramos! —exclamó Ares, y mordió la manzana.

—Aún estamos lejos. Nuestro ejército tardará bastante en llegar a esa posición —expuso Marcial—. Quieren hacerse con el terreno y descansar antes de la batalla, que ocupemos las zonas bajas y luchemos cuesta arriba sin haber descansado.

—¿Mi general ha pensado la estrategia? —preguntó el capitán.

—Seguiremos con nuestro camino, escalonando nuestras fuerzas. Primero que partan las tropas pesadas de choque, los víveres y los carros lentos, con las armas y esclavos, alimentos y demás intendencia. El grueso de la tropa le seguirá y, después, las columnas ligeras, más rápidas. Así llegaremos en bloque, descansados —aseguro Marcial—. Pero desviaremos nuestra ruta hasta el valle que abre los bosques de Barbaria, al norte. Si quieren interceptarnos, tendrán que luchar allí, donde el terreno nos es más propicio.

—Multitud de ojos nos vigilan desde que avanzamos por Tracia, mi general. Se darán cuenta de nuestra maniobra —expuso Prometeo.

—Sí, mi buen capitán. Desde luego; aunque necesitarán su tiempo en reaccionar. Pero así llegaremos antes que el enemigo a la cima norte del valle. Tras nosotros tendremos el bosque donde guarecernos y guardar nuestras espaldas sin que vislumbren nuestras fuerzas en su totalidad. Ellos tendrán que atravesar el llano y atacar cuesta arriba...

—¿Y si no atacan? —interrumpió el capitán—. Es posible que se lo piensen cuando vean que el terreno ya no les favorece.

—Lo harán, atacarán. Son salvajes, no soldados. No piensan, solo luchan. Desean batallar y vencer, no querrán darse cuenta del detalle —aseguró Marcial—. Para ello se han unido todos los clanes del norte de Tracia, y de más allá. Si pretenden sobrevivir, su

objetivo es destruir nuestro ejército. Quizás duden un momento, mas no podrán refrenar su ímpetu y, además, siempre podremos incitarles con un succulento cebo.

—¿Con un cebo? —preguntó Prometeo.

—Sí, al igual que ocurrió con los atlantes; una pequeña avanzada que les inquiete lo suficiente para que salten ciegos sobre nuestras picas.

—Muchos de esos salvajes cabalgan. He de decir que no me gusta luchar contra guerreros a caballo, algo hemos de tramar para contrarrestar la embestida —expuso el capitán.

—Grandes estacas podrían valer —aseguró Ares, removiendo entre la fruta.

—Llevarlas será complicado, esperemos que el bosque sea denso y nos proporcione abundante madera —apuntó Marcial.

La gran columna avanzó decidida, sin nada que retrasara su paso. Cruzaron las aldeas erigidas por aqueos, como grandes héroes, siendo recibidos con cientos de flores y donde obtenían provisiones y favores que no necesitaban, pero que tampoco rechazaban.

En las poblaciones tracias, no era lo mismo. La gente se ocultaba y nada obtenían de ellos. La mayoría huían temerosos y, desde la lejanía, les observaban, esperando que marcharan. El ejército no realizaba saqueo alguno; no podía. El rey Cécrope deseaba asimilar a los tracios, someterlos sin batalla, ganarse su respeto y gestionar sus tierras haciendo patria. No debían matar a quienes debían ser parte de Ática, a quienes debían verles como héroes que les librarían de los salvajes que les amenazaban desde Oriente. Marcial era consciente, por lo que no permitió el más leve escarceo con aquella gente; por el contrario, dejaron víveres y ofrendas como los buenos aliados y hermanos que se suponía eran.

Marcharon durante semanas sin más novedad que los hermosos paisajes que cruzaban, deshabitados y apenas conocidos; los enormes bisontes que observaban pastar en prados húmedos y los numerosos carroñeros (córvidos, zorros y lobos) que comenzaron a seguirles para devorar las basuras y restos de cada campamento que dejaban atrás. Hasta llegar a los extensos bosques que

se alzaban como barrera natural ante Barbaria, una verdadera jungla impenetrable compuesta por enormes tilos, robles, fresnos, olmos y hayas sobre un mar verde de musgos, helechos y hongos.

Marcial observó atento desde su carro de guerra. Tan solo había un camino bien definido, hacia el sur, que se adentraba hasta un valle y unas montañas desde las que, según sus informaciones, se debía divisar el mar Euxinio. Y una senda pedregosa y estrecha que se dirigía hacia el norte desconocido, que los exploradores de otros tiempos afirmaban que llegaba a un extenso llano por el que se podía acceder a la ciudad deseada.

Durante las últimas jornadas apenas habían encontrado aldea o persona alguna, la marcha había sido continua y sin sobresalto alguno. Ahora se hallaban a escasos días de Barbaria y aquel bosque, aquella senda y el valle podrían guardarle todos los sufrimientos que hasta el momento no habían encontrado.

El general lo sabía bien.

—Prometeo, mi buen capitán, acamparemos aquí —ordenó Marcial—. Que los hombres descansen y se diviertan un poco antes de penetrar en las sendas enemigas. Que revisen todo su equipo militar y dispongan de cuantos víveres precisen. En unos días cruzaremos este bosque y entraremos en batalla, debemos estar descansados y preparados.

Durante tres días de incesantes preparativos, permanecieron acampados frente al bosque, al lado de un arroyo que de aguas transparentes les abastecía, ajustando cada detalle de la marcha, ejercitando músculos y afilando el bronce.

La última noche, Marcial reunió a sus capitanes en la carpa de armas. Quería revisar todos los planes, idear estrategias alternativas y escuchar las voces de sus oficiales antes de continuar. Y así estuvieron debatiendo como vencedores, degustando fruta y vino aguado tras una succulenta cena a base de carne de ciervo estofada.

—Bien claro tenemos que esos salvajes están en Barbaria, todo indica que presentarán batalla en el valle. Pero no debemos confiarnos, pueden tratar de emboscarnos —expuso Marcial—. Este bosque les será propicio.

—Nuestros hombres no vieron persona alguna en la distancia. Afilando sus miedos estará el enemigo en esa ciudad salvaje —contestó Marco, un hombre robusto de origen micénico, de grandes cejas y mentón pronunciado; era el capitán de la compañía de exploradores.

—Quizás la defiendan desde sus muros y no presenten batalla en campo abierto. Un asedio podría costarnos meses, deberíamos cargar buenas provisiones por si nada encontráramos en los alrededores —indicó Tántalo, un fuerte capitán espartano, de la belicosa Lacedemonia; de fuertes músculos, corto pelo, barba rasa y capa rojiza.

—Presentarán batalla. Ahora, lo que me sorprende es que nuestros exploradores aseguran que esa polis no es más que una aldea. Las gentes que han hallado dicen que apenas tiene muros y son de troncos viejos. ¿Es así? —dijo Marcial.

—Así es, mi general. Eso afirman, habrá de verse —aseguró Marco.

—¿Barbaria es solo una aldea? —preguntó en voz alta Ares, que allí permanecía atento a todo—. ¿Dónde está esa gran urbe que nos amenaza?

—Hoy es aldea de maderos; en el mañana será polis de grandes muros de piedra. Mejor realizar ahora su conquista, en el futuro será tarea ardua. Y no serán veinte mil salvajes, sino quizás cien mil lanceros —razonó Marcial.

Ares le escrutó en silencio, tragando los restos de la manzana. Aquella respuesta, aunque factible, no le había convencido. Hacia días que notaba al general distante y le extrañaba su actitud. Apenas nada le revelaba de la empresa iniciada. Y sospechó que algo le ocultaba.

—¡Cuidad vuestros flancos! ¡Esos salvajes no están solos! —se escuchó una voz aguda, de mujer, entrando en la carpa como si dueña de todo fuera. Y le siguió su compañera, exaltada.

—¡Hécate, Némesis! —exclamó Prometeo al verlas, ante la mirada fija de Marcial.

—Hacía tiempo que no se os veía, seguro que sembrando dicha no andabais —murmuró Ares.

—Decid, ¿qué habéis descubierto? —preguntó Marcial, intrigado.

—Las hijas de la luna cabalgan cerca —expuso Hécate.

—La rubia Penteseilea, reina de las lobas de Tracia, está en Barbaria y trota orgullosa, ansiosa por batallar, en su corcel blanco, entre salvajes que la temen por ser hija de Ares, dios de guerras y males —apuntó Némesis.

—¿Se sabe algo de la divina Artemisa? —preguntó Ares, mirándolas de soslayo, como si nada hubiera oído y con él no fuera la cosa.

—De Artemisa nada sabemos —aseguró Hécate, con grandes ojos, alzando las cejas.

—Pero bien sabemos que hay otras lobas que andan muy cerca. No se dejan ver, pero están ahí preparadas... Nos observan esperando dar la dentellada —continuó Némesis.

Marcial las miró fijo, sorprendido por aquellas palabras. Sus exploradores y vigías no le habían proporcionado ninguna razón en tal sentido. Pero no dudó ni un momento de ellas.

—Hum... Eso solo quiere decir una cosa. Esperan ocupar el bosque y atacar nuestra retaguardia, nuestros flancos, desgastarnos antes de que se inicie la batalla —afirmó con un mal gesto, contrariado con las noticias.

—Eso resultará un problema para tus tropas —apuntó Ares—. Deberías estar más al tanto... Parece que nos acompañan desde hace un tiempo ya. Quizás los soldados que desaparecen cada noche no sean desertores hastiados de una nueva campaña.

Marcial clavó de inmediato sus ojos en Prometeo.

—Son solo unos pocos, no muchos... Quizás treinta... Pensé que tras las continuas batallas contra los atlantes, desertaban por regresar con sus familias —se justificó Prometeo—. No actué, pues para nada les quería en la tropa si no tenían la mente clara.

Marcial volvió su vista ante Ares, remugó una maldición y golpeó la tabla que hacía de mesa con los dedos, repetidamente, mientras se mostraba pensativo.

—Hubieras hecho bien en callar si fuera el caso, pues podría haber cundido el ejemplo y el desánimo. Pero ello solo ocurre

cuando los lanceros son reclutados, no cuando se forma un ejército profesional —expuso Marcial, sin contener su enfado.

—Son ciento cuatro en total, mi general —apuntó Tántalo—. Desaparecieron entre el séptimo y los tres últimos días. La mayoría desde que alzamos el campamento en este lugar. Se llevaron armas y víveres. Por ello supusimos que eran desertores.

—Además de matar a tus hombres, te roban —apuntó Ares, con una sonrisa maliciosa.

—¡Son las lobas! —exclamó Hécate.

—Con sus curvas de mujer atraen a tus hombres en la noche y en la oscuridad los devoran —añadió Némesis.

—¿Capitán? —preguntó Marcial, con cierto reproche, enojado.

—Lo siento, señor. Nada sé de esa reina guerrera ni de sus tropas, ni de las lobas que nos vigilan, si es así —respondió Prometeo.

—Es así —insistió Hécate.

—Mi general, mía es la culpa. Yo soy el responsable de la compañía de exploradores. Bien rastreamos; mas nada nos alertó de su presencia. Lo siento. Deben ocultarse muy bien para que no las hayamos localizado, no hemos visto el mas mínimo rastro —se adelantó Marco, consciente de su responsabilidad, con cara amarga y profunda inquietud.

Ares se acercó a Marco y este tragó saliva y tembló apretando los labios. El guerrero divino le miró iracundo y con cierto desprecio, levantando una ceja. Luego, se alejó para servirse un cuenco de vino.

—En cuanto vean que avanzamos hacia el norte, mandarán un correo veloz con sus caballos, y dispondremos de menos tiempo del deseado. Marco, si hoy confiáramos en tus exploradores, mañana la derrota sería nuestra vergüenza... ¿Qué he de hacer? ¿Cómo confiar en quien es incapaz de localizar un enemigo que nos sigue amenazante? ¿Un ardid que puede significar nuestra miseria? —le preguntó Marcial, y le posó una mano en el hombro, atravesándole con la mirada.

El capitán agachó lentamente la cabeza, avergonzado. Su misión era informar de todo aquello que se movía en torno a la gran columna, de lo que dejaban atrás y de cuanto encontrarían por

delante. No había estado a la altura exigida, muchos habían desaparecido y podría haber puesto en peligro a todos sus compañeros.

Se vio muerto.

—Me cegó ese ejército de salvajes, las sendas hacia Barbaria. No esperaba más. Bien buscamos; pero nada vimos. Quizás solo en ellos me fijé. Merezco la muerte. Lo sé, mi general. No suplicaré clemencia. Solo espero poder abrazarla en digno combate con el enemigo.

Marcial se sintió complacido con aquella respuesta y se alejó de él, pensativo.

—Bien, que los dioses decidan si debes vivir o morir. Marco, tus hombres formarán el cebo que incite al enemigo a la perdición —ordenó.

—Así será, mi general —respondió Marco.

Sabía la sentencia que significaba aquello: el cebo en la batalla siempre sale malparado. Pero le daba una oportunidad de resarcirse, de cubrirse de gloria y morir batallando, y quizás de vivir.

—Esto obliga a cambiar algunas de tus estrategias —obvió Ares, y dejó el cuenco de vino vacío al lado de la jarra, observándola con ganas de repetir.

Marcial se acercó, le miró con un gesto de resignación y le sirvió más vino. Luego colmó un cuenco para cada uno de sus capitanes y un último para él, dejando la jarra vacía.

—Tántalo, las gloriosas columnas de Lacedemonia avanzarán esta misma noche hacia el norte, sin miedo, mostrando alegría a la luz de las teas. Arma a tus héroes y marcha de inmediato. En cuanto llegues al llano, alza el campamento a buen resguardo, tumbad árboles y preparad brea para la batalla.

—No llegarán antes que ellas —expuso Prometeo.

—Las lobas se desconcertarán con esta maniobra y les seguirán. Ellas es posible que lleguen antes, pero no el ejército de salvajes —apuntó Marcial, para continuar dictando órdenes—. Marco, tú que ya conoces el terreno, has de partir tras la marcha de Tántalo, al amparo de la oscuridad, sin ruido ni fuego, por las sendas del sur. La salida triunfal de sus columnas llamará la atención de ojos espías, acelerará sus miedos y no repararán en vuestra

silenciosa empresa. La ruta es mucho más corta. Así pues, esquivando los peligros que halléis, debéis ser los primeros en alcanzar el bosque del valle. Tus ágiles hombres estudiarán la polis y las tropas enemigas, esperarán a Tántalo y les prevendrán de cualquier movimiento hostil. Espero que redimas tu grave error y de gloria nos colmes.

—¡Gracias, mi general! —exclamó Marco, sintiéndose capitán de nuevo.

—Prometeo, nosotros partiremos al amanecer. A buen ritmo y protegidos por las largas lanzas de las columnas de bronce de Atenas, nada frenará nuestro avance con los carros y avituallamientos. Debemos alcanzar el campamento que levante Tántalo antes que ese ejército de salvajes. De ello depende la ventaja y la suerte de esta empresa. ¿Alguna pregunta?

—Dividimos nuestras fuerzas, si tenemos un encuentro todo peligrará —expuso Tántalo, mostrando prudencia, que no temor.

—No tendréis ningún encuentro —afirmó Hécate.

—Esos salvajes se encuentran lejos, solo las lobas os vigilan. Y no son tantas como para mellar gravemente a tus valerosos soldados. Así pues, vuestros pasos serán seguros si atentos a la saeta os mostráis —recalcó Némesis.

—Si se diera tal contratiempo, practica la defensa sin caer en provocaciones y espera nuestra llegada. Media jornada nos separará, no más. Pero así ha de ser. Si partiéramos todos juntos, vuestros hombres más rápidos serían frenados en su avance y la pesada columna de hombres de bronce debería esforzarse en vano por seguir vuestro ritmo. Llegaríamos todos tarde y cansados y ninguna ventaja adquiriríamos, sino todo lo contrario. Además, las lobas también tendrán que dividir sus tropas si atentas quieren estar a nuestras estrategias.

—Comprendo, mi general —asintió Tántalo.

—Bien, pues. ¡Ahora brindemos por la victoria, mis valerosos capitanes! ¡Que los dioses os acompañen en estos venideros días y os cubran de gloria! —exclamó Marcial, infundiendo valor y seguridad a sus oficiales.

La carpa de armas fue quedando vacía; todos sabían su cometido y lo que se esperaba de ellos. Tántalo salió gritando órdenes a sus oficiales, debían marchar pronto y con mucho ruido. Marco apenas se notó que había desaparecido, en silencio alertó a las tres compañías de exploradores que marchaban. Prometeo abandonó la estancia con el cuenco de vino, mirando las estrellas, pensando en el mañana glorioso que se avecinaba.

—Mi señor, necesitaríamos un joven bien dotado —dijo Hécate, que junto a Némesis se hallaba aún en la tienda, acercándose sinuosa a Marcial.

El general la miró con cierto desdén y asintió.

—Buen trabajo, mis dulces arpías. Decidme, esas mujeres, las hijas de la luna, ¿por qué batallan? ¿No tienen hijos ni esposos que lo hagan? ¿Ni ancianos e hijos que cuidar?

—Son féminas libres, no tienen dueños ni ligaduras tal que las ate... Son matadoras, asesinas de hombres. Advierte a tus capitanes, que no las desmerezcan o a todos matarán —respondió Némesis.

—Morgo, acompaña a las damas. Que elijan un esclavo, el que más les satisfaga —ordenó Marcial—. Pero mañana lo quiero vivo y compuesto, no como el último...

—Hum —gruñó Hécate, disconforme—. De nada nos vale pues.

—Cécrope se sentirá contrariado. No cuidas a las niñas de sus ojos. No nos haces felices a pesar de nuestros valiosos servicios —expuso Némesis.

—Morgo... Acompáñalas y, por la mañana, temprano, antes de que nuestros hombres se levanten, entierra los restos que estas alimañas dejen —ordenó con enfado Marcial, delante de ellas, sin temor a ofenderlas, pues bien sabían lo que eran.

Hécate y Némesis sonrieron lujuriosas y salieron de la tienda acompañadas por el enorme Morgo, cada una de ellas agarrada a uno de sus musculosos brazos negros. Marcial las observaba con cara de resignación. Pensó que no era cuestión perder un esclavo cada noche; aunque menos era ofender a su rey Cécrope al no satisfacer los deseos de sus arpías.

—Si se lo permites, esas mujeres te dejarán sin esclavos — dijo Ares.

—Lo sé —susurró Marcial.

Ares alzó el entrecejo, estiró el mentón, asintió y dio media vuelta. Tomó su larga lanza y salió de la tienda de armas sin argumentar más. Estudió su entorno y lanzó la vista hacia los bosques de Oriente. Una suave ráfaga de viento mecía las copas provocando un siseo que le cautivaba. Y pensó en su ninfa divina, Armonía. Tenía el presentimiento de que muy pronto la vería de nuevo y eso le colmaba de emoción.

Los recuerdos de aquellos días pasados surcaban su interior acelerando su corazón con fuerza. Luego, se retiraban, dejándole herido, pensativo. Gruñó, pues ella seguía ahí, en su mente. Había luchado por olvidar, pero no podía. Realmente, no quería. La deseaba y dio por cierto que su única empresa en aquellas tierras salvajes era recuperarla. A pesar de que tenía por bien seguro que era reina loba.

—Filisteo, mi fiel amado —murmuró Marcial, estirando el cuerpo al llegar a su propia tienda de campaña, reclamando su presencia.

—¿Mi querido general necesita de unas friegas que calmen su inquietud? ¿Un masaje que le libere de la tensión? —le preguntó el joven, saliendo de la oscuridad y ocupándose de desvestir a Marcial de sus hombreras, grebas y peto.

—Esas arpías que sirven a nuestro amado rey Cécrope me ponen nervioso. Si no fuera por quiénes son las decapitaría yo mismo.

—Son brujas malvadas, demonios del inframundo. Debéis cuidar vuestras palabras, quizás puedan oírlas —aseguró Filisteo mientras alzaba el chitón del general y acariciaba sus anchas espaldas, deslizándole suavemente las manos.

Marcial se sentó en el lecho y el joven guardó las vestimentas de guerra, ordenadamente. Acto seguido, se agachó deslizando sus manos colmadas de aceite por el cuello, el pecho y el vientre del general, sin parar en sus caricias sabidas.

—Relaja mi cuerpo, desata mi músculo —murmuró Marcial, y gimió levemente al notar el calor de la boca de su amado efebo sobre su hombría—. Malditas—murmuró.

—Olvídalas, mi general, relájate entre mis labios y manos. No son más que dos odiosas mujeres —susurró Filisteo.

La noche cerrada se adueñó de todo con sus sombras y tinieblas. Apenas nada se oía, todos dormían. Tántalo y Marco, en su avance, se hallaban ya lejos del campamento. El siseo entre árboles cesó bajo la bruma blanca que empañaba de rocío las tiendas de campaña y carruajes.

El suave canto de la tetigonia, el continuo chasquido de los murciélagos y el ulular del búho acompañaban a la guardia en su vigilia. Sentados en torno a la hoguera, unos hablaban en voz baja, para no molestar el sueño de sus compañeros; otros paseaban de lado a lado más pendientes de la luz de las llamas que de la oscuridad del bosque. Pero ninguno se alejaba del campamento, alertados de la posibilidad de que hubieran lobas vigilando sus pasos.

De pronto, el canto de la tetigonia cesó, el chasquido de los murciélagos desapareció y el ulular del búho sonó potente ante ellos.

—Esa lechuza debe estar ahí encima —aseguró el oficial de la guardia, alzando la tea contra un enorme roble rodeado de abundante vegetación.

—No es una lechuza, es un búho —corrigió su compañero, y lanzó una piedra.

Entonces escucharon diferentes voces de búho que rodeaban aquella parte del campamento, en lugares alejados, una tras otra, como una señal, y comprendieron.

—¡No son búhos! —exclamó el oficial.

El no búho alzó su vista de párpados tintados y tensó la cuerda del potente arco de astas. Y la saeta voló mortal.

Un terrible crujido despertó a Marcial y a su fiel Filisteo. El suelo pareció temblar como si se tratara de un terremoto y ambos cayeron del lecho conforme la tienda se les vino encima. Gritos de alarma y muerte resonaban a su alrededor, acompañados del ruido de cascos de caballos y golpes de bronce. La guardia que les custodiaba en el exterior fue abatida.

—Por todos los dioses, ¿qué está ocurriendo? —gritó Marcial, agachándose y cubriéndose con los brazos en alto.

Varias saetas en llamas perforaron y prendieron las lonas por los cuatro costados. Y de pronto, como embestida, la tienda cayó sobre ellos. Filisteo comenzó a dar cortos espasmos, preso de la histeria. Se encontraba inmovilizado bajo el toldo y los maderos de la tienda. Su pelo de ricitos dorados ardió rápidamente mientras el horror atenazaba su corazón, y gritó con fuerza.

Reptando como pudo, Marcial llegó hasta un borde, sacudiéndose las telas de encima. Asomó parte del cuerpo y vio cientos de guerreros de largas capas negras pasar a caballo veloces como el rayo, lanzando saetas en llamas, cortando el aire con el afilado bronce, matándolo todo con sus lanzas de afiladas picas adornadas de plumas negras. Y tan solo por un instante, logró salvar su vida al ladearse ante el brillo del metal con el paso de un jinete. Un fuerte dolor acompañó la sangre que resbaló por su costado y la embestida de un caballo que lo lanzó seis pies por delante.

Trató de levantarse y resbaló con las entrañas de los lanceros de su guardia que allí yacían, y cayó de bruces sobre ellos. Observó a los jinetes, que desaparecían rápido entre la bruma y las tinieblas del bosque. Se alzó sangrando, conmocionado por lo que veía, comprendiendo bien lo que pasaba.

Los gritos descarnados de Filisteo le alertaron. La tienda ardía atravesada por numerosas saetas y el joven se encontraba aún preso bajo las lonas.

—¡Morgo! —exclamó con fuerza, al verle, y señaló a la tienda—. ¡Sácalo!

El enorme hombre negro se revolvió y tiró como pudo de los toldos, tratando de entrar en la tienda, quemándose el pecho y los brazos. Rasgó un lado con sus fuertes manos y se lanzó a rescatar de las llamas a Filisteo, el cual se golpeaba la cara y la cabeza con las manos, sin dejar de chillar, tratando de apagar el fuego que le devoraba.

Morgo extinguió con una manta de pieles el fuego que consumía al joven, cubriéndole por completo, ahogando las llamas;

y le sacó en brazos para ponerle a salvo. Luego, le dejó a los pies del general.

Marcial, escuchando los gritos incesantes de su joven amante, observó su rostro. Estaba horriblemente desfigurado por las atroces quemaduras, como gran parte de la nuca, el hombro, el pecho y una pierna. Sus ensortijados cabellos rubios eran ahora una pastosa masa gris, humeante y pestilente, que manchaban el blanco del cráneo desnudo. No había labios que cubrieran parte de los dientes, ni nariz alguna. Se apartó de él, con el rostro encogido, y dirigió la vista hacia Prometeo.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —espetó.

—Guerreros sobre bestias. Surgieron de la nada, de pronto; y han marchado tal y como llegaron —contestó el capitán, agitando su lanza y jadeando.

—Pero, ¿y la guardia? —le recriminó Marcial.

—Acabaron con nuestros vigías con silenciosas saetas y cruzaron veloces, arrasando lo que pudieron. En un instante tal que apenas dio tiempo a dar la voz de alarma, prendieron, mataron y desaparecieron.

—¿Quiénes son?

—No lo sabemos; ni uno solo de ellos cayó. Demasiado rápidos, nos han sorprendido aliados de la noche y sus sombras.

Hécate y Némesis se acercaron curiosas, atraídas hasta los restos de la tienda del general por los terribles gritos de Filisteo.

—Son ellas —dijo Hécate, acercándose de lado, encorvada, observando las terribles quemaduras del joven—. Prepararé pócimas de frescas hierbas y abundante barro, tu fiel efebo las necesitará.

—¿Ellas? —preguntó Ares, henchido de furia, apareciendo en la escena semidesnudo, con la gran maza en una mano y su larga lanza en la otra.

—Sí, las hijas de la luna... Las lobas —murmuró Némesis, tan excitada como temerosa.

LAS VISIONES DE PITIA

En aquel triste amanecer, el ejército aqueo pasó en formación ante más de cien cuerpos que ardían apilados en doce grandes piras. A su paso, Ares fijó de soslayo la vista sobre las llamas. Altas, avivadas por fuertes ráfagas de viento, parecían alcanzar el cielo del alba. Gruñó y escupió al calor del fuego antes de proseguir su paso, lanzando una mirada a Marcial.

Un centenar de muertos, más del doble de heridos, carros de provisiones y tiendas en llamas. Nunca habían recibido un ataque relámpago como aquel, tan tenaz y efectivo, y sin poder provocar una baja enemiga. De hecho, los soldados apenas habían tenido tiempo de discernir a sus atacantes. Era algo imposible de predecir, difícil de defender en aquellos bosques.

Las lobas sabían del arte de la guerra, no les quedó duda alguna.

Marcial permanecía altivo sobre su carro tirado por dos corceles blancos de fuertes cuerpos. Su herida en el costado permanecía a cubierto bajo su peto de gruesas pieles y el bronce de la armadura, cubierta de abundante grasa vegetal y una venda de lino, hábilmente atendida por Hécate y Némesis. El dolor que le producía le recordaba lo cerca que había estado de morir y le anunciaba que la empresa podría ser más complicada de lo esperado. Y dio por sentado que no era casualidad que su tienda, la del comandante de este ejército, hubiera sido la primera en arder cubierta de saetas.

Las columnas de soldados avanzaron por las sendas del bosque hacia el norte, dejando los límites fronterizos de Tracia atrás,

ahondando en el corazón salvaje de aquella tierra desconocida. Su primer objetivo era someter Barbaria para gloria del rey Cécrope, la última población conocida en las rutas de Oriente, a orillas del Euxino.

Sin embargo, no era la polis que esperaban sino un conjunto de casas levantadas con barro cocido y gruesos troncos, cubiertas de cuero y madera. En verdad carecía de sólidas fortificaciones y sus habitantes no eran gentes de armas, sino labriegos y pastores que trabajaban la tierra y sus rebaños; y comerciantes que recorrían las lejanas estepas y la profunda Anatolia, que todos lugares frecuentaban buscando un beneficio, una vida tranquila. Era el centro neurálgico y lugar de trueque y comercio para las diferentes tribus nómadas que habitaban más allá de Tracia.

Ante tales noticias recabadas por sus exploradores, Marcial no sabía bien cierto lo que se iba a encontrar. Pero sí lo que en verdad su rey le había dictado. Cécrope le habló de Ares, de Artemisa y de la gran Cibele; también le informó que en su camino quizás, solo quizás, se encontraría con un ejército formado por los reyes tribales de toda la región, por hechiceros y acólitos que no deseaban perder sus derechos y legados, ni ser siervos de un rey de reyes. Nada que pudiera temer o no hacer frente con sus poderosas columnas de lanceros. Y, por supuesto, también le había hablado de lobas entendidas en artes de guerra, capaces de sorprender a su ejército y mantenerle en tensión.

El día transcurrió sin novedad, sin más enemigo que los molestos y abundantes mosquitos de aquel bosque húmedo. Tierra verde, bandadas de aves y numerosas criaturas se dejaban ver a lo largo de las estrechas sendas, a menudo colmadas de hojas, o donde residía algún árbol caído y podrido por el tiempo y que debían retirar.

Llegada la noche, cientos de hogueras alumbraron el campamento; situado en un claro que habían acondicionado los exploradores a golpe de hacha. Una cena basada en caldo de carne con legumbres, agua mezclada con vino y dulces de leche recompensó el esfuerzo de los soldados.

—La jornada ha sido larga, hemos adelantado más de lo previsto —expuso el capitán Prometeo, acercándose a Marcial dentro de su nueva tienda de campaña, la cual en nada destacaba de las demás.

Y se sentó a su lado.

El general cenaba solo, en silencio.

El golpe recibido la noche anterior aún repercutía en su mente como un eco indeseado que hería su orgullo de soldado. Su fiel Morgo, en la entrada, y cuatro lanceros de la guardia, rodeando la tienda de campaña, vigilaban su suerte.

—Dime, mi buen capitán, ¿cómo fue posible que nos sorprendieran de tal manera? —preguntó Marcial.

—No esperábamos a un enemigo tan cercano. Ni un ataque tan fugaz, impropio de ejército alguno. No procedían del norte, sino de las rutas de Ilión. No son tracios, no son escitas...

—Ya, son esas mujeres guerreras. ¡Lobas ellas! Como nuestros hombres no salían, vinieron a por ellos. Sabían que las habíamos descubierto. No puedo creerlo. Fueron tan contundentes y decididas como los más bravos de mis soldados. He estado reflexionando todo el día. ¿Cómo fueron tan audaces como para golpear un ejército de miles siendo cientos? ¿Son en verdad mujeres?

—No lo sé, mi general. Cuando fuerte les demos, bien lo sabremos. Sin duda, conoceremos más de ellas.

—Hace una noche espléndida. Esas lobas no son salvajes sin más. Eligieron su campo de batalla, su momento, y vencieron sin llorar baja alguna.

—Lo tengo muy en cuenta, mi general. Mis hombres están alerta, doblada está la guardia y hemos alzado barricadas de estacas que contengan una embestida. No volverán a sorprendernos. ¿Cómo está su herida?

—Fue un corte limpio, nada profundo. Los dioses cuidan de mi vida y las arpías de nuestro amado rey Cécrope saben de sus labores; sana con rapidez —aseguró Marcial.

Luego, con cierta dejadez, colmó dos cuencos de vino.

Como pendientes de la voz del general, las dos féminas entraron en la tienda con una sonrisa de lado a lado y los ojos brillando en sus cuencas como perlas negras, inquietas.

—Debemos retirar los ungüentos, traemos nuevos vendajes —aseguró Hécate.

—¿No podemos esperar? Estoy cenando —contestó Marcial, y dio un largo trago.

—No, el tiempo pasa y la herida puede infectarse. Pero nada os impide continuar la pitanza mientras le doy suaves friegas en sus anchas espaldas y sano la punzada del costado —expuso Némesis, situándose tras él.

Sin más, comenzó a levantarle el blusón.

Marcial se levantó, remugando maldiciones, dejándose hacer.

Liberado de sus vestimentas, desnudo su pecho, se sentó de nuevo y apartó el cuenco del guiso de su lado, sin apenas probarlo. Las dos mujeres le acariciaron su torso y limpiaron la herida con deleitada dedicación.

La esterilla de la entrada volvió a levantarse y el silencio se hizo en la tienda. Ares se dejó ver y dio un paso hacia delante. En su mano portaba la jugosa pata de un pequeño corzo, bien asada con sales y aliñada de laurel y tomillo, y la dejó caer sobre la mesa.

—He ido de caza. Traigo una cena decente para un glorioso general de Atenas, quizás llego tarde. El bosque está tranquilo, no se percibe ningún peligro —aseguró con su voz grave, tranquila.

Marcial abrió los ojos ante aquel manjar y asintió con una sonrisa agradecida, harto de los guisos de legumbres que a nada sabían. Las dos mujeres observaron libidinosas el cuerpo del salvaje guerrero, sin dejar de atender el costado del general.

—Tengo entendido que brujas de Anatolia sois en verdad. Decidme, mujeres de mal augurio, esas guerreras que anoche cabalgaron impunes, destruyendo y matando... Las conocéis bien, ¿verdad? —preguntó Ares.

Hécate y Némesis se miraron entre ellas, como guardando su verdad, y bajaron la cabeza.

—Nuestro muy amado rey Cécrope no nos permite hablar más allá de sus designios; sus deseos y órdenes guardamos en nuestro interior y la vida nos va en ello.

—Si no hablas te arrancaré la cabeza aquí mismo. A ti primero, eres la más hermosa. Tú, jovencita, la seguirás. Pero antes os arrancaré esas uñas de rapaz con las que tanto disfrutáis torturando esclavos... Una a una —sugirió Ares, entrecerrando los ojos, con un rápido gesto de manos.

Con un fuerte apretón y un gesto de ira, las dos féminas dieron por terminadas las friegas y vendajes hacia su general, el cual, impassible, escuchaba sin mediar.

—Eres el hijo de Zeus, dios de guerras y males, azote de mortales... Pero no olvides quiénes somos nosotras, amantes del Olimpo. Si mal alguno nos procuras, no disfrutarás más de tus andanzas guerreras entre mortales —le dijo Hécate, con una voz suave que intentaba ser amenaza, y recogió sus telas y ungüentos para salir de la tienda acompañada por Némesis.

Las dos mujeres pasaron ante el guerrero divino mostrando orgullo, rectas como palos, con prisa y las piernas temblando.

Ares las observó fríamente y, de pronto, les rugió con fuerza, arqueando la espalda y alzando loco la pata del corzo como si fuera su pesada maza.

Némesis cayó al suelo aterrorizada y Hécate salió gritando.

Ares rompió a reír a carcajadas y se volvió hacia Marcial.

—Eso es lealtad a su rey, devoción por sus dioses —sonrió—. Dime, amigo... ¿Qué valía tienen estas arpías en la empresa?

—Ellas nos muestran el camino y cumplen sus objetivos con artes oscuras —contestó Marcial, viendo a Némesis levantarse angustiada y salir con prisa de la tienda.

—¿Su objetivo?

—No sé. Nada sabemos de sus intenciones. Solo el rey Cécrope les ordena y paga —contestó Marcial.

—Mi amado hermano, el rey Cécrope, las envió de igual forma hacia Occidente. Y valiosa información trajeron de los ejércitos atlantes que humillamos —acompañó en la conversación Prometeo.

—No me gustó que se cobraran la vida de la reina Pyrene —aseguró Ares—. Era inocente de todo, era innecesario.

—Sí, pero aquello desestabilizó por completo al rey Argan. Nunca volverá a pisar nuestras tierras. Ahora es posible que esa, precisamente, sea de nuevo la misión de las arpías. Con veneno y malas artes llegan hasta donde no puede el bronce de nuestras picas —expuso Marcial.

—Desconfía de sus palabras: como buenas arpías que son, en nada les importa tu ejército y empresa. Solo se amparan en tus fuertes brazos para alcanzar sus propios objetivos —asintió Ares.

—Bien lo sé. Pero he de aceptarlas. Yo tengo mis objetivos y ellas los suyos, y comunes serán al final de esta empresa.

—Mi buen amigo, he escuchado atento a los exploradores y no comprendo. Dime, ¿acaso esperas hallar oro y gloria en una villa fronteriza de la nada, que ni de murallas ni de ejército dispone, tan solo ratas de mercadeo? ¿Qué empresa es esta?

Marcial le ofreció un cuenco con vino y le observó beber sin apartar la mirada de él. Aquellas palabras habían resonado con fuerza en su mente. Ares era un salvaje guerrero, de alma atormentada, temido, impetuoso, imperativo y presa de impulsos temperamentales. Pero también era idolatrado como el hijo de Zeus; sus acciones estaban más medidas de lo que todos creían. Sin duda sabía ya que había algo más que desconocía en aquella empresa.

—Divino Ares, mi buen amigo que las tierras que pisas marchitas... Yo mismo quedé sorprendido al ver que no se distingue aún ejército alguno. Quizás huyeron. Pero debemos seguir para evitar que los salvajes de Oriente penetren cada vez más en nuestras tierras, escarmentarles y que aprendan. Que vean con sus propios ojos que los hijos de Atenea no les tienen miedo y que vengarán cada una de sus afrentas. Solo así mantendremos en paz esta región y podremos germinar como el buen trigo, sin cuervos que roben la cosecha —se justificó Marcial.

—Bien, a todos pues mataré en mi camino —aseguró Ares, con una mirada desconfiada, y posó la pata de corzo sobre la mesa.

Luego, asió un cuchillo de ancha hoja y cortó varios filetes, para dejarlos sobre un plato de madera, y se sentó. Tomó un cuenco y lo colmó de vino. De un trago lo bebió y se sirvió otro.

—Dime, mi buen amigo, tras arrasas Barbaria, ¿te gustaría comandar un ejército que explore el norte? Podrías llegar hasta tierras desconocidas, aquellas bañadas por el Euxino y más allá. A cientos de salvajes matarás, gozarás de placeres y mujeres, de gloria te cubrirás —preguntó Marcial, con cierta curiosidad, y se sentó de nuevo en su escabel, para hacerse con un trozo de aquella carne que de buen aroma llenaba la mesa.

—No. Marcharé al sur, más allá de Tracia —contestó Ares.

—¿Cuál es tu camino que rechazas semejante oferta?

—El que mi lanza y el amanecer me depare.

Aquella noche, Ares regresó hacia su tienda de campaña, alzada en un montecillo algo separado del resto del campamento, dando pequeños traspies. A su lado, otra más pequeña, la de Ganimedes. Ante estas se levantaban las llamas de una pequeña hoguera. El sabor del abundante vino y las especias de la carne permanecían todavía en su boca, y un pequeño sopor etílico acompañaba su mente. Dando un eructo, se golpeó el pecho con un puño y miró la luna. Estaba alta, era grande, blanca, y su luz permitía ver con claridad el camino. Bajó la cabeza y posó la mirada al frente, ante un leve crujido.

Dos enormes lobos, de pelaje pardo y lomos grisáceos, pasaron ante él, apenas a unos pies. Tras el guerrero, tres cánidos más rondaban en silencio con el pelo del lomo erizado. Ares gritó y corrió hacia ellos golpeando al aire con su maza y ahuyentando a los animales que, con el rabo entre las piernas y entre gruñidos, trotaron perdiéndose en el claroscuro del bosque.

Ares paró y sonrió satisfecho. Por un momento sopesó volver al campamento. Unos tragos de aquel dulce licor quizás le vendrían bien, pensó. Era una buena cosecha, de exquisita uva. Entonces vio una pequeña luz en el interior de su tienda y se plantó sorprendido. «¿Quién puede osar invadir mi cubil? ¿Quién ha encendido esa hoguera?», se preguntó en silencio, y dio un pequeño eructo que manchó sus labios de vino.

Ganímedes no podía ser. Sabía que andaba tras la joven esclava de Prometeo, aunque nada le contara; así que tardaría lo suyo en regresar. Anduvo ligero, malhumorado, ladeando su maza, buscando la respuesta.

Los lobos, ocultos, le siguieron hasta la tienda, como estudiando cada uno de sus movimientos; y rodearon el lugar mientras venteaban inquietos el aire que les llegaba.

Dando un fuerte manotazo, Ares levantó la esterilla y entró, bufando y con la maza bien sujeta entre sus manos. Atónito, irguió la cabeza y ladeó la cara. Sobre su lecho de paja y pieles se hallaba sentada una muchacha de aspecto frágil, delgada, de piel tersa, muy pálida, como la de una muerta. Sus ojos eran tristes, muy tristes, y mostraban un iris cobrizo como el metal. Sus cabellos rubios y largos, sedosos, estaban recogidos sobre la sien con una diadema de oro en forma de víbora. Una capa gris ocultaba en parte su cuerpo, dejando ver las transparencias de un delicado chitón de sedas blancas; y sus pies permanecían desnudos, con los dedos apilados unos sobre otros.

—Me sorprendes, Pitia. ¿Qué haces aquí? ¿Abandonaste al bello Apolo, tu amante y dios? ¿Has dejado su lujoso templo de Delfos? —preguntó Ares con cierta recriminación, bajando su arma, relajándose y tratando de ocultar su estado ebrio.

—Mi amado Ares, he visto en mis sueños una terrible verdad que a nadie revelé. Las diosas paganas se inquietan hinchidas de furia ante tu presencia en sus regias tierras. El divino Zeus no aprueba tus acciones. Sabe tu verdad, lo que buscas; a esa reina guerrera, loba ella. Y lo que pretendes y en nada te conviene.

—¿Amado Ares? Hum... Deberías volver a tu templo de decoradas columnas de mármol, queda lejos de aquí. Apolo te echará de menos en su alcoba de acólitos sarasas y perturbadas sacerdotisas. Desconcertado estará si te sueña junto a mí, gozando en mi lecho más allá de Tracia.

—Sabia sacerdotisa de la profecía soy. No estoy perturbada, tan solo quizás ante tu divina presencia. No digas tales cosas, me ofendes, me haces daño. Y bien sabes que mis visiones son tan ciertas como el nuevo amanecer... ¡No vayas más allá de Ilión!

—¿Por qué he de hacerte caso?

—¡Retrocede! ¡Regresa! Tu hermana Atenea te espera en la rica Atenas. Está preocupada, pues sabe que tu destino está sellado si continuas la senda de las diosas. Yo le dije algo, ella sabe.

—Mi refinada hermana me detesta.

—Sí, pero también te ama.

—Soy dueño de mi destino. Yo lo escribo cada día, cada noche... con mi brazo y mi maza, con mi larga lanza de afilado bronce. Me estás impacientando. Deberías marcharte, regresar al lado del bello Apolo, junto a mi hermana y sus ojos de lechuza; y llevarte tus malditas visiones que nunca nada bueno me trajeron.

—¿No deseas saber más?

—¡No!

—Si no regresas desatarás la ira del todopoderoso Zeus, tu padre, y por maldito siempre te tendrá, si no te tiene ya. No deberías implicarte tanto en las causas humanas, en el rumbo de los acontecimientos... Alteras sus planes.

—Zeus no es mi padre y yo alteraré lo que me venga en gana. ¿Te marchas ya o acaso deseas calentar esta noche mi lecho?

—No, veo que ya tienes quien te lo caliente. No tardarán en llegar —murmuró tristemente y se desplazó hacia la salida.

Ares la tomó del brazo y la apretó contra él. Miró fijamente a sus ojos cobrizos y mordió levemente sus labios mortecinos, y la abrazó con fuerza. Un delicado gemido surgió del alma desconsolada de Pitia, acompañado de una lágrima negra que le recorrió la mejilla.

—¡Lárgate ya! ¡Apolo, triste efebo, te espera inquieto! ¡A él te debes, así lo quisiste! —le dijo Ares, dándole un empujón.

—Nunca me perdonarás, nunca olvidarás. Yo no sabía... Solo traté de protegerte.

—Sabías que Hera moriría, mas no me advertiste. Permitiste que me alejara en aquel horrible día en que mataron a mi madre.

—Nada te dije, pues con ella hubieras muerto. Éramos muy jóvenes. Mi vida se llevaron, Apolo protegió mi alma. Todo fue horrible, mas ya pasó.

—Sí, ya pasó. ¡Vete ya!

—Morirás cobardemente a manos de esas reinas divinas que idolatras —sentenció Pitia desde el suelo.

—¿Eso viste en tus sueños?—murmuró Ares.

—Las puertas del Olimpo no se abrirán para un maldito. Tu alma vagará como una bestia sedienta de sangre, sin nadie ni nada que te ame, que te recuerde, que te veneren... Morirás por siempre, como un vulgar mortal.

—Todos me aman, todos me recuerdan, todos me veneran... ¡Como a un dios! —exclamó Ares.

—No, solo te temen —le cortó Pitia, tajante—. Escúchame, al menos, esto último que te digo: te enfrentarás a una poderosa reina. No a guerreros cualesquiera, vulgares mortales. No la menosprecies. ¡Mátala en cuanto tengas la menor oportunidad!

Ares la observó en silencio, con la cara ida, pensando en Armonía.

—¡No! ¡Ya la has conocido! Y... ¿La buscas de nuevo? No, no lo hagas. Es la raíz del mal que todo acechará.

—Yo haré lo que me plazca —replicó Ares—. ¿No marchabas?

—Lo harás, como siempre has hecho —murmuró Pitia, resignada—. Pues escucha: Sethlans ha forjado una espada única con la mezcla maestra del temple de la piedra roja, al calor de la sangre hirviente de sus entrañas, sangre de dioses. Es para el más grande de los guerreros y muchos la ambicionan; su temple y corte guarda la fuerza de mil hombres, el poder divino de acabar con un dios. ¡No vayas a por ella por mucho que te tienten! Lo harán. ¡No necesitas esa espada para nada! ¡Será tu perdición!

—Por eso has venido, ¿verdad? Sigues enamorada de mí, como cuando éramos niños, cuando estabas viva y cuerda, y ahora temes por mi suerte, quieres que me haga con esa espada divina.

—Yo... Yo... No comprendes... —tartamudeó Pitia y, acto seguido, se irguió lentamente, como vencida, sin decir más, y salió de la tienda, llevando consigo su tristeza y sus visiones, llorando su pena y desamor.

Ares chasqueó la lengua, el sabor del vino aún permanecía allí. Gruñó, se sentó en el lecho y golpeó con una mano el yelmo de bronce que permanecía sobre el escabel, lanzándolo de lado a lado de la tienda. Entonces vio en el exterior, a través de la esterilla, unas sombras lobunas pasar rápidamente, silenciosas. Tomó su larga lanza y corrió tras los pasos de Pitia.

—¿Dónde marchas con tanta prisa? —le preguntó Hécate, surgiendo ante él de pronto, como de la nada, frenando su carrera, apenas vestida con un transparente blusón y hermosa como nunca.

—Te traemos más vino, está dulce y calienta el alma —afirmó Némesis, lujuriosa.

—Hace frío, en tu tienda hallaremos calor y placeres que seguro desconoces—insistió Hécate.

—No te preocupes por Pitia. No está sola. Nunca lo está. Los lobos la trajeron, ellos se la llevarán —aseguró Némesis.

Ares las contempló por un momento, y levantó una ceja recreándose con sus curvas de mujer y el aroma del vino, y volvió su vista al frente. No escuchó signo de lucha, ni gritos, y en nada temió por la suerte de aquella frágil muchacha. Pensó que nada le pasaría, pues nada le podía ocurrir. Zeus debía estar con ella o, al menos, sus bestias lobunas, aliadas de la noche y de Pitia, la sabia sacerdotisa de la profecía, aquella que vivía muerta en vida.

—Venimos a que nos arranques la cabeza —susurró Hécate, acariciando su ancho torso, restregándose como una gata en celo.

—Y las uñas... de una en una... —ronroneó Némesis, mientras le pasaba la mano por la cintura y le ofrecía el vino.

Ares tomó el cuenco colmado de licor y bebió todo en dos tragos. Acto seguido, soltó la lanza allí mismo y agarró a ambas mujeres por la cintura, para volverse hacia la senda que llevaba hasta el campamento de Marcial, y las empujó invitándoles a que marcharan.

—Hay placeres que no se deben descubrir a manos de arpías. Además, sería incapaz de conciliar el sueño con cada una de vosotras a un lado de mi lecho —les sonrió con una mirada penetrante, perspicaz y sabida.

Las dos mujeres le miraron sibilinas, se acariciaron entre ellas y se mordieron lentamente los labios sin dejar de mirarle, dejándose querer, y se alejaron lentamente, sonriendo maliciosas. Gracias a una ligera brisa que levantó levemente las suaves telas de ambas mujeres, Ares pudo ver, con desconfianza y cierta sorpresa, el brillo del afilado metal bajo sus blusones.

LA BATALLA DE TRACIA

El poderoso ejército de Marcial ahondó en aquella tierra agreste por tres días más, sin novedad alguna que se interpusiera ante sus largas picas de bronce. El sol reflejaba sus destellos sobre el metal de petos y escudos de las alineadas formaciones militares. El suelo retumbaba con sus pasos marcados al unísono y las aves del bosque cubrían el cielo, escapando del atronador sonido de la marcha.

Marcial nada supo de sus hombres de avanzadilla, las gloriosas columnas de Lacedemonia al mando de Tántalo, ni de las compañías de exploradores del capitán Marco. En su carro de blancos corceles avanzaba cubierto por su guardia personal. Junto a él, Prometeo se erguía orgulloso de su tropa y general, esperando y deseando el día de la batalla. En la retaguardia, en un carro lleno de paja y víveres conducido por Ganimedes, Ares dormía a pierna suelta, al lado de su gran maza, mecido por el traqueteo del camino, bañado por los rayos del sol y las miradas de Hécate y Némesis, las cuales le observaban desde sus monturas, con cierto deseo, con cierta desidia.

La voz de alarma del cuerno curvo de un explorador resonó con fuerza, por dos veces. Marcial y sus oficiales volvieron la vista hacia el bosque que se alzaba a su diestra, para observar la pequeña loma por donde esperaban ver regresar a su patrulla de reconocimiento.

Nada vieron.

El silencio colmó el lugar.

—Los hombres, en formación —ordenó Prometeo.

Marcial observaba expectante.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué paramos? —preguntó Ares, levantando su rostro entre las maderas del carro.

—Parece que las lobas nos visitan —contestó Hécate, trotando a su lado.

—¡A plena luz del día! —exclamó Némesis.

Un grupo de cien jinetes vestidos de negro como sus yelmos, con anchas capas al viento y largas lanzas adornadas de plumas negras, surgió del bosque para trotar en paralelo junto a la gran columna, apenas a sesenta pies de ellos, dejándose ver sin temor alguno ni prestar la menor atención a Marcial y sus hombres.

—No embisten, señor —apuntó Prometeo, y dio un salto del carro.

El auriga le dio un escudo y el capitán avanzó a pie, agitando su lanza.

Marcial y sus oficiales le siguieron, pendientes de todo.

Morgo se situó al lado del general, cubriéndole con un gran escudo chapado en bronce.

En cuanto Prometeo se acercó lo suficiente, los jinetes iniciaron un veloz galope y una nube de polvo ocultó en la lejanía aquella caballería hasta perderse de nuevo en el interior del bosque.

—Se alejan, el peligro ha pasado. Pero, ¿por qué se acercan tanto? —preguntó Prometeo, regresando junto a su general.

—Están ahí —le corrigió Marcial.

—Se muestran para mantener nuestra tensión, para que tus hombres sepan que la muerte ronda e inquietos marchen —aseguró Ares, llegando hasta ellos con la gran maza en la mano y la larga melena alborotada de paja.

Tras él, Ganímedes corría presto con la larga lanza, el yelmo y el escudo de su señor.

—Prometeo, manda una patrulla a socorrer a los exploradores. Dime si sobrevivió alguno de los nuestros; que marche un buen grupo de lanceros y que no bajen la guardia —ordenó Marcial, cauto.

—Parece que no habrá batalla —expuso Prometeo, tras transmitir las órdenes.

—No, no creo... de momento —contestó Marcial.

—Nos seguirán hasta los valles de Barbaria y aprovecharán cualquier debilidad o descuido —aseguró Ares.

—¡Allí! —indicó Prometeo, señalando al frente.

Seis jinetes se acercaban al trote marcado, el perfecta alineación. Con las lanzas en alto, cubiertos sus rostros, al viento las capas negras y con vestimentas de cuero y malla que se fundían con la montura. Se pararon a unos cuarenta pies de ellos, para observarles detenidamente a través de las viseras de sus oscuros yelmos.

—¿Qué hacen? —preguntó Prometeo, inquieto, con la lanza en tensión.

—Nos estudian —aseguró Ares, guardando su maza mientras Ganimedes le ofrecía el yelmo, el escudo y la lanza—. Tranquilo, Ratón, no atacarán.

—Ese caballo negro, la mancha blanca de su testuz... —murmuró Ganimedes.

—Ya lo vi, Ratón, quédate atrás —le contestó Ares.

—Saben que no saldrían bien paradas, mas se muestran valientes. Nos hacen ver que no nos temen —afirmó Marcial.

—¡Luchad o huid! ¡Pero apartaos de nuestro camino o seréis barridas como la escoria que levanta el viento! —gritó Prometeo.

Dos jinetes trotaron al unísono de sus cascos, dejando a los otros cuatro atrás, acercándose en demasía al carro del general, ante la expectación de los lanceros aqueos, que se armaron rápidamente con el escudo por delante y la pica sobre sus cabezas. Uno de los jinetes tomó de la grupa de su montura una cabeza que colgaba del pelo, anudada a una cuerda, y la alzó en alto.

—¡Por Zeus! ¡Es el oficial de la patrulla de reconocimiento! —exclamó Prometeo.

La cabeza voló hasta caer rodando a escasos pies de Ares, quedando con los ojos clavados en tierra, con la lengua fuera y apoyada de lado por su nariz. Los soldados aqueos avanzaron dos pasos en formación, con las lanzas al aire, a una voz de Marcial. Entonces, los jinetes volvieron sus cabalgaduras y se alejaron al trote, hasta perderse en la lejanía.

—Nos invitan a regresar o morir —aseguró Ares, alzando el entrecejo con un gruñido.

—¡Es ella, la reina guerrera! ¡Son sus lobas negras! —exclamó Hécate con voz extasiada, llegando hasta ellos.

—¡Reina matadora de las hijas de la luna! ¡Devota de Artemisa y la Madre Tierra! —aseguró Némesis, con los ojos muy abiertos.

—¿Pentesilea? —preguntó Marcial.

—Noooo —respondió Hécate—. La rubia Pentesilea cabalga hacia el campo de batalla de Barbaria, es una guerrera tracia y lucha con honor. Esta es guerrera cruel como ninguna, feroz como hiena y vil como víbora traidora.

—Es Mirina, reina de Tribada, y debéis temerla —concluyó Némesis.

—No temo a ninguna mujer, a ningún hombre —murmuró Marcial, para volverse hacia su carro.

—Pues escúchame muy bien: deberías. Anda muy lejos de su reino y si ella está aquí, muy cerca estará su hermana Armonía, reina de Temiscira. Si no era una de esas guerreras. Y ella aún es más peligrosa, Reina Madre es de las hijas de la luna. No hay arpia mayor. Ambas son maestras, divinas cazadoras, expertas en el arte de la guerra. No deberían estar aquí, algo saben; y quizás no estén solas.

«¿Algo saben?», se preguntó Ares en silencio. Levantó una ceja, curioso, y ladeó la vista de nuevo al frente para escudriñar el bosque. Sabía que una de aquellas dos lobas podría ser su amada Armonía, pues ese caballo negro con la mota blanca en la frente ya lo había visto antes.

—Nunca luché con mujeres, me avergüenza —dijo en alto.

—No son mujeres, sino lobas, y muy peligrosas —afirmó Hécate.

—Y no temen a hombres ni a dioses —continuó Némesis.

—Temerán mi lanza, mi nombre —respondió Marcial.

Ares observó de nuevo el horizonte, y acto seguido golpeó con el pie la cabeza cercenada del oficial de reconocimiento, apartándola de su camino.

—Ordenaré que salgan más hombres, la patrulla tarda en regresar —expuso Prometeo, observando la loma, preocupado al ver que sus exploradores no volvían.

—No. No mandes más hombres a la muerte —aseguró Ares, y regresó hacia el carro de paja, bajo la atenta mirada de los lanceros en formación.

—Pero quizás... —respondió Prometeo, dirigiendo su mirada hacia Marcial.

—Que una columna de mil lanceros, bien armada y en guardia, nos preceda en la distancia de un estadio. No nos han de sorprender ni acabar con más de mis hombres de forma tan impune —ordenó el general, tajante—. ¡En marcha! Debemos apresurar nuestros pasos y alcanzar cuanto antes las columnas de Tántalo.

En aquel nuevo día de marcha, al caer la tarde, acamparon en una ancha llanura, cerca de un arroyo de aguas frescas y bravas, que bien les aprovisionaba. Poco más allá se distinguían los montes que abrían los pasos hacia el mar Euxino. Los soldados descansaban de la larga jornada, se alimentaban junto a las hogueras y repasaban sus armas, afilando corte y estoque.

—En dos días alcanzaremos el campo de batalla, llegaremos antes de lo previsto. El día fue propicio. Pero me preocupan esas guerreras —afirmó Marcial, mientras observaba en su tienda las dentelladas con que Ares devoraba la carne servida.

—¿Por qué? —contestó, y pegó un largo trago de vino.

—En la guerra, para ser un buen general, hay que ser prudente: sopesar los posibles beneficios y pérdidas de la batalla; la conveniencia del momento, del campo de batalla, y hay que tentar y estudiar minuciosamente al enemigo... Ellas lo han hecho constantemente y apenas nos dimos cuenta hasta que fue tarde para muchos de mis soldados —aseguró Marcial.

Ares dejó de masticar.

—Lo sé. Atacarán esta noche, antes del amanecer —afirmó.

—Sí, eso me temo. Es lo que yo haría, esta llanura se lo permite —dijo Marcial.

—Pero mi general, marcharon. Somos miles y ellas unos cientos. ¿Por qué iban a regresar y arriesgarse de tal forma? —preguntó Prometeo.

—Están bien armadas, las bestias les proporcionan velocidad y fuerza, la oscura noche las oculta. En el llano no disponemos de estacas para rodear todo el campamento, el bosque que esconde su embestida no queda lejos. Nosotros dormimos junto a un arroyo de aguas bravas que silencia sus pasos. Y, como bien piensas, nadie las espera. La pregunta, mi buen capitán, es: ¿por qué no?

—Será un nuevo ataque rápido, preciso, mortal —expuso Ares, y dejó el hueso en la mesa. Con un puñetazo lo reventó y comenzó a extraer el tuétano. Y lo comió.

—Mi general, no comprendo, ¿por qué acampamos aquí entonces? —preguntó Prometeo.

—Para tener la ventaja de la sorpresa. Ellas no lo saben, pero nosotros hemos elegido el campo de batalla y el momento. Prepara a tus hombres, sin mostrar nuestras intenciones; que descansen armados en las tiendas del centro más cercanas a los carros de provisiones, las que bordeen el campamento han de quedar vacías. Apaga las hogueras que puedan delatar cualquier movimiento, aviva las de los exteriores, donde permanezca la guardia, y que se instalen las estacas como cada día se hizo.

—Si atacan, los hombres que hagan guardia junto a las hogueras... —comentó Prometeo.

—Busca a los débiles, a los heridos, a los prescindibles entre esclavos que se crean recompensados —ordenó Marcial.

—El campamento es grande, mi general. ¿Atacarán de nuevo el puesto de mando?

—No, esta vez no situaremos estandarte alguno, y mi tienda es como las de los demás. Nada les indicará dónde dormita el general de este ejército... Buscarán las provisiones. Un ejército sin víveres no tiene futuro, y no conozco de lugar alguno donde abastecernos en esta tierra salvaje.

—No lo lograrán —le interrumpió Prometeo, y sonrió con orgullo. Marcial era su general y maestro, le veneraba. Sus lecciones eran pura sabiduría y ansiaba aprender, dominar el arte de la guerra para cubrirse de gloria como él.

Ares se levantó y estiró su musculado cuerpo. Bebió un largo trago de vino y se dirigió hacia la salida de aquella tienda.

—¿Ya marchas, amigo? —preguntó Marcial.

—Sí, he de afilar la pica de mi lanza... Quizás tenga visita, será una noche placentera.

Siguiendo las órdenes de Prometeo, las hogueras del centro del campamento fueron extinguidas, los hombres se replegaron hacia el interior, ocultándose en las tiendas por docenas. En los bordes se avivó el fuego y numerosos esclavos fueron sentados al calor de las llamas, con el engaño de permanecer en guardia para que los soldados pudieran dormir antes del día de la batalla. Desde las altas copas de los escasos árboles del interior, junto a la tienda de Marcial, se apostaron en silencio varios vigías para controlar las hogueras y la suerte de los esclavos.

Ares había vuelto a acampar solo, con la compañía de Ganimedes, por su cuenta, alejado del campamento, junto a un enorme y viejo roble que cubría sus lonas con las gruesas ramas, ocultándola en gran parte.

—Vamos, Ratón —le indicó saliendo de la tienda de Marcial.

—Ahí vienen las arpías —apuntó el joven, recogiendo la lanza de Ares y posándola sobre su hombro.

—¿Esta noche no os apetece calentar mi lecho? —les preguntó Ares.

Pero ellas apenas pararon, se cruzaron en dirección contraria, buscando el centro del campamento.

—No, parece que pronto se desatará tormenta. Mejor nos quedamos al abrigo del general —respondió Hécate, sonriendo maliciosa.

—¿No deberías hacer lo mismo? ¿Acaso no temes a la tormenta? Parece que será fuerte —apuntó Némesis.

Ganimedes alzó la vista hacia el estrellado cielo, inmenso, de lado a lado. No vio ni una sola nube; y bajó la vista, sin comprender, para cruzarla con la de ellas.

—No —contestó Ares, escuetamente, y prosiguió su camino, para salir del campamento y dirigirse pausadamente hacia el viejo roble, seguido por un despistado Ganimedes que nada entendía.

—Pues deberías —apuntó Hécate.

—¡Tu alma es inmortal, pero el cuerpo que habita no! —exclamó Némesis.

La noche fue transcurriendo sin novedad, bajo la melodía de ranas y grillos, del crepitar del fuego y del agua rápida del arroyo. Los soldados quedaron armados y dormidos. Desde sus atalayas, los vigías controlaban las hogueras, que habían perdido en su fuerza. Los esclavos dormitaban junto a ellas, alzando levemente la cabeza con cada pequeño sonido que les resultaba extraño, para volver a agacharla con un bostezo confiado.

De pronto, se escuchó el ulular de varios búhos. Poco más tarde, las bestias de tiro relincharon suavemente. Unos pasos taimados, ocultos por el rumor de los remolinos del arroyo, se acercaron a los carros de víveres. Con un imperceptible zumbido, voraces saetas surcaron la oscuridad acabando con los esclavos hechos vigías, ausentes de su propia muerte.

Una piedra cayó desde las atalayas de los auténticos vigías sobre la tienda de Marcial.

—Arriba, ya están aquí —murmuró Prometeo.

Marcial sonrió, se ajustó las grebas y se cubrió la cabeza con el yelmo.

Una fina cuerda unía las tiendas colmadas de lanceros y armas. Con un ligero tirón, todo el campamento supo que había llegado el momento. En silencio, se prepararon y algunos asomaron sus ojos sin lograr distinguir nada. En ese momento, cientos de saetas prendidas surcaron el aire y un tremendo estallido de cascos hizo temblar el suelo, adentrándose en el campamento entre los huecos de las estacas y asolando las tiendas en su camino hacia los carros de víveres.

Marcial contó lentamente hasta diez.

—¡Ahora! —gritó después.

Sus hombres salieron rápidamente, para formar un cinturón de picas que rodeó los carros de provisiones y, con ello, a toda una caballería con antorchas que pretendía quemar víveres y hombres. Las hogueras del campamento prendieron con vivas llamas, alumbrándolo todo.

Sorprendidos, los asaltantes se rehicieron tratando de cruzar el campamento a golpe de bronce, evitando las lanzas, embistiendo a los soldados que duro lanceaban caballos y jinetes. Trataban de salir de aquella emboscada. Pero las afiladas picas y el muro de bronce de escudos y hombres en perfecta formación que Marcial había creado lo impedía. Una tremenda lucha se desató y los capitanes aqueos pudieron comprobar la destreza y arte de aquellas mujeres, su ferocidad y entrega. Morían matando, nada temían.

Ares observaba desde lo alto del viejo roble, sentado sobre una bifurcación elevada del tronco, camuflado como un brote de ramas con hojas. Ganímedes estaba sobre una rama, más baja. Y vieron llegar otra formación de caballería, más potente, que avanzó sobre el arroyo sorprendiendo a Marcial y que penetró por la retaguardia aquea, destrozando parte de la muralla de picas y abriendo camino para que los demás jinetes pudieran huir, cubriéndoles a base de certeras saetas.

En unos instantes, la batalla había terminado y Ares descendió. Sin duda, Marcial había dado un fuerte escarmiento al enemigo, esta vez sí que llorarían a sus muertos. A pesar de ello, la mayoría habían logrado huir de aquella tenaza. No había derrota, pero tampoco victoria.

Al saltar de la rama, se posó con una rodilla en tierra. Al eruirse, notó una leve sombra y se agachó. El filo de un hacha de doble filo pasó cortando las puntas de sus negros cabellos. Y lanzó una tremenda patada hacia atrás, para tomar su larga lanza y volverse en guardia.

Empotrada contra un árbol, una de aquellas guerreras de cueros y yelmo negro se levantaba, respirando a arcadas y posando la mano en la boca del estómago, donde había recibido el golpe propinado por el salvaje guerrero.

Sin más, la mujer anduvo ligera, tomó el labrys por el mango y estudió a su enemigo, distante. Luego, se acercó lentamente; a la par, numerosos jinetes surgieron de la oscuridad del bosque y comenzaron a rodearles.

Ares les miró de soslayo, en guardia, y sonrió seguro de sí mismo. Con una ágil finta esquivó el ataque de nuevo. Pero, ante su sorpresa, su oponente se volvió veloz ladeando el labrys con precisión. La afilada hoja de metal cortó por encima de su codo, cortando levemente, apenas un rasguño, su musculoso brazo. Sin pensar, se revolvió y lanceó de nuevo, ahondando en la nada mientras la guerrera esquivaba el golpe y rasgaba el aire con su hacha de doble filo, partiendo la lanza en dos.

Apenas miró la madera astillada de su arma, el grito de su oponente alarmó sus instintos y Ares alzó los brazos, parando la mortal embestida, sujetando con las manos sus muñecas. Y con un tremendo cabezazo estrelló su frente con la de ella, saltándole el yelmo, liberando una melena roja y un espeso brote de sangre.

La guerrera cayó de lado, inconsciente por el golpe. Ares tomó la madera de su lanza astillada. Pero antes de volverse, cuatro jinetes se echaron sobre él. Con un ágil salto, trepó por el viejo roble y se lanzó al aire, golpeando con el pie a una de ellas, a la par que sacudía el asta sobre otra. Rápidamente, se agachó y corrió bajo el vientre de los caballos, entre las largas patas, esquivando las punzadas. Penetró en la tienda de campaña, recogió su gran maza y salió gritando como un loco.

Allí no había nadie.

Perplejo, miró su entorno. Solo vio su pica astillada. Y a Ganimedes, con cara de susto e inquietud, asomado entre las ramas. Sin querer bajar, como si a salvo de todo se encontrara en la cima del árbol.

—¡Salvaje! —escuchó.

Ares se volvió de inmediato; reconocería esa voz entre miles y miles.

Frente a él se hallaba una guerrera, armada con una espada, de lado. Vestía de cueros negros, con una pequeña capa que venteaba al aire, acompañando la melena rubia que aparecía bajo su oscuro yelmo.

Ares la observó con detenimiento, excitado por la idea de que fuera ella, Armonía. Y se miró la herida del brazo, bajando levemente la guardia como invitación a la batalla. Como disparada por

un resorte, la guerrera se lanzó sobre él, golpeando duro con la espada, buscando su cabeza. El guerrero se ladeó a la par que exclamó su sorpresa. Aquel golpe podía haberle costado la vida. Respondió con la misma entrega y la maza voló segura de hallar el cuerpo de su adversaria, en un giro improvisado, pero controlando la fuerza. Ella se agachó y hundió en el vientre de Ares el mango de la espada, con fuerza, cortándole la respiración y haciéndole doblarse de dolor.

—Te veo mal... salvaje —aseguró la guerrera y le golpeó con el pie en la cara.

Ares cayó al suelo, escupió la sangre de sus labios partidos y levantó sus ojos hinchidos de furia. Ahora no tenía duda alguna, era ella. Se fijó de nuevo en la guerrera, sus curvas y su sonrisa irritante. Podría haberle matado, lo sabía. Nada le había impedido golpearle con la hoja de la espada en vez de con el mango, cortarle la cabeza en vez de golpearle con el pie. Y sonrió.

—Eres el primer guerrero que ve mi sangre en combate y vive para contarlo. Tú, mujer —aseguró Ares.

—No; fue mi hermana Mirina quien te hirió con el labrys. Para ser el divino guerrero hijo de Zeus... casi te deja sin brazo —aseguró Armonía, señalando la herida de Ares, levantando su yelmo, dejando al descubierto su belleza.

—¡Armonía! —exclamó Ganimedes.

—Hola, Ganimedes, me alegro de verte. Pero baja de ahí. ¿Te cuida bien este salvaje?

—Sí... sí... —tartamudeó el joven atlante.

—Te creí lejos de aquí en esta agitada noche, con la gran cazadora —respondió Ares—. Bueno, la verdad es que sabía que vendrías a verme.

Armonía sonrió, enfundó su espada, silbó y caminó hacia la oscuridad del bosque. Su precioso caballo negro apareció trotando.

—La noche es triste. Muchos han muerto, muchas han muerto... Y nada se ganó. La batalla terminó. Quizás nos volvamos a ver algún día —aseguró Armonía.

—Espera, no te marches —le rogó Ares, bajando la gran maza.

—He de hacerlo. Mis hermanas se preocuparán y volverán a por tus entrañas. ¿Qué buscas en estas tierras, tan alejadas de tu patria? ¿Estás con ellos en su locura?

—Bien sabes lo que busco.

Armonía le observó y, aunque su rostro se volvió serio, se sintió halagada.

—¿Olvidaste tu guerra con los atlantes de Occidente, a todos mataste? ¿No hay más inhumanos que degollar en la vieja Europa? —insistió ella.

—Pueden esperar, sus cuellos estarán allí cuando regrese.

—Ah, bueno...

—Además, en estas tierras hay mujeres más bellas, más hermosas, como nunca vieron mis ojos, en especial una.

—Llévate a tus soldados de bronce; que el general Marcial y el capitán Prometeo no penetren en las tierras de Anatolia o todos morirán.

—Se dirigen a Barbaria y no son mis hombres. Dime, ¿por qué te enfrentas a ellos, a mí?

—Los lanceros de Marcial buscan los caminos de Temiscira, por eso están aquí las reinas de la hijas de la luna; batallando antes de que el horror llegue hasta nuestra tierra. ¿Acaso crees que tu rey Cécrope pretende conquistar un poblado de labriegos y mercaderes sin oro ni glorias?

—¿Temiscira? No, su objetivo es Barbaria. Y Cécrope no es mi rey... No tengo rey.

—Empiezo a dudar que seas hijo de Zeus. Quizás no seas más que un imprudente e ignorante salvaje.

—No soy hijo de Zeus.

—Es posible que tengas razón, sí —aseguró Armonía, y montó en su caballo.

—¡No! ¡No te vayas, espera!

—Hazte con un arma de verdad, digna de un gran guerrero; en tierra de lobas sabemos luchar. Si no, la próxima vez que nos veamos, quizás me enfrente a un manco —le aconsejó Armonía con una gran sonrisa, y marchó trotando hasta alcanzar el galope.

Ares dio tres pasos tras ella; por un momento dudó en seguirla. Paró, consciente de que le resultaría imposible alcanzarla. Miró su gran maza y se sintió en cierto modo humillado, como si de un bruto salvaje con un arma tosca se tratara. Pero, extrañamente, no le molestó; aunque la soltó a un lado. Aquellas mujeres luchaban como hombres. No; mejor que grandes guerreros que él había conocido y matado. Pitia, sacerdotisa de la profecía, le había advertido. Era verdad. Pero también le habló de una espada que esperaba ser empuñada, la que sería su perdición. Armonía le había invitado a hacerse con ella para ser en verdad un gran guerrero. Gruñó y se sentó en el suelo.

—¿Estás bien, mi señor? —se acercó Ganimedes, escudriñando la oscuridad del bosque.

—Descansa, Ratón, la tormenta pasó —le respondió.

Ares permaneció allí por un tiempo, sentado, observando la noche, arremolinando tierra entre sus dedos inquietos, y volvió la vista hacia el campamento de Marcial. Los gemidos de los heridos se hacían escuchar, las hogueras alumbraban a los hombres en su incansable trabajo, organizándose para la marcha. Pensó de nuevo en Armonía, esa bella mujer hecha loba; su aroma a jazmín impregnaba el aire que respiraba y en su mente no cabía otra sensación que la extraña y cálida paz que le transmitía aquella mujer, reina guerrera, mujer noble, loba astuta.

—Un arma de verdad —murmuró.

Se levantó con un salto y comenzó a andar con paso rápido hacia el sur.

—¡Mi señor! ¿A dónde caminas? —preguntó Ganimedes, corriendo para poder mantenerse a su lado.

—A las altas cumbres de la montaña sagrada del fuego, Vulcano. Allá donde se vierte la ardiente lava que todo lo funde. Ese es el hogar de Sethlans, el maestro del temple y la fragua.

—¿Y qué buscamos allí?

—Una espada de verdad; mi espada.

HECATOMBE DIVINA

—¡General! ¡General! —gritó Prometeo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcial, saliendo de su tienda, preparado para la marcha.

—¡Ares, el divino guerrero! ¡No está!

—¿Cómo que no está?

—No está. Ni él ni el muchacho que le sirve. En el suelo hay rastros de lucha y sangre. Su lanza permanece astillada, y más allá la gran maza con la que todo mata.

Marcial calló; por un momento sonrió. No conocía a un Ares sin su maza. Sin más, seguido de su guardia, corrió hacia la colina donde se hallaba el viejo roble. A su sombra permanecían las dos tiendas, vacías.

—Mi general, hay numerosas huellas de caballos. Las lobas estuvieron aquí también. Hubo batalla y muerte —le informó Prometeo, desconcertado.

—¿Y su cuerpo? —preguntó Marcial.

—No está.

—Se lo habrán llevado las lobas para alimentar a los perros —apuntó Hécate, acercándose curiosa.

—No es posible, es el hijo de Zeus... ¡Un dios! —exclamó Prometeo.

—Los dioses también mueren, en el Olimpo se hallará —aseguró Némesis que, tras su amada compañera, andaba como a hurtadillas.

—Debemos realizar una hecatombe, un sacrificio divino para colmar su gloria —exclamó Hécate, alzando bien en alto los brazos y mirando al cielo.

—Sacrificaremos bueyes. De siete disponemos para que tiren de los carros; los caballos de las guerreras que cayeron ocuparán su lugar —dijo Prometeo.

—Los dioses son indignos de reses. Merecedores de más por siempre son para dejar el Olimpo. ¿Quieres que regrese? Necesitamos jóvenes doncellas, vírgenes ellas —aseguró Hécate, volviendo su mirada hacia un Marcial que negaba con la cabeza.

—¿Un sacrificio humano? —murmuró Prometeo, perplejo por las palabras de Hécate.

—Sí, una hecatombe divina. Solo así podrá regresar —aseguró Némesis.

—¿Qué locura es esta? Si está en el Olimpo, es por deseo de Zeus. Así pues, que allí permanezca. Además, ¿dónde vamos a encontrar cien vírgenes en estas tierras? —contestó el general.

—En Temiscira —indicó Némesis, casi con histeria.

Marcial calló por un momento, sorprendido ante la vehemencia de las arpías.

—Sí, mi general. Allí se hallan las sacerdotisas vírgenes adoradoras de la Madre Tierra, devotas de Artemisa... Las hijas de la luna —insistió Hécate.

—Será un gran broche para rematar nuestra empresa —expuso Némesis.

—Sin duda, una gran empresa que de gloria nos cubrirá. Pero no necesitamos sacrificio alguno para vencer, la victoria es nuestra. Solo debemos barrer a esos salvajes y aprovisionarnos bien en Barbaria —respondió Marcial—. Sacrificad pues un buey y olvidad la hecatombe divina, Temiscira queda lejos.

—Pero mi señor, ¿pretendéis contrariarnos? Tenemos a las prisioneras que anoche cayeron luchando en la emboscada. Brindemos sus vidas a Ares en esta noche, es sangre guerrera.

—Mi general —murmuró Prometeo, temiendo que Marcial les hiciera caso.

—Lo sé, mi buen capitán, solo pretenden disfrutar ociosas de sus artes oscuras. Nada les importa la vida de esas mujeres ni, por supuesto, la de Ares —aseguró Marcial y se dio la vuelta, para alejarse del lugar.

—¿Qué mejor sacrificio? Seguro que muchas de ellas jamás conocieron varón alguno; pagarán cara su osadía y servirán de ejemplo —insistió Hécate, corriendo tras Marcial con una sonrisa de hiena, buscando justificar sus exigencias.

—Sí, vengamos su muerte con justicia. Nuestro muy amado rey Cécrope seguro que muy contento se hallaría —insistió Némesis.

—No —contestó Marcial.

—En nada le gustaría saber a nuestro muy amado rey Cécrope que no complaciste nuestros ruegos —susurró Hécate, de tal forma que en pura amenaza se convirtieron sus palabras—. La cabeza te cortará.

—Las lobas han de ser sacrificadas —expuso Némesis, de forma contundente.

El viento de aquel triste amanecer arrastró los gritos de las guerreras que habían caído presas en la contienda nocturna. Diecisiete mujeres, algunas tan jóvenes como la primera flor de primavera, fueron desnudadas de sus atuendos de guerra y vestimentas y atadas de pies y manos a los troncos de los árboles.

Tras enterrar a sus muertos, Marcial asistió a la ejecución, observando cómo Hécate y Némesis se recreaban con el sacrificio, saboreando sus labios, extasiadas con cada muerte, degollando una a una a las prisioneras, sin prisa, con arte macabro. Finalmente, bajó la cabeza, con un gesto disconforme, y se dirigió a su carro de guerra, sin esperar por más.

—En marcha —gritó.

La gran columna avanzó dejando atrás aquellos árboles de muerte, sobre los que ya sobrevolaban algunos córvidos ávidos de carne humana. Los lanceros observaban a su paso la carnicería con horror. Hécate y Némesis arrancaban los corazones de las guerreras cautivas que, aún con vida, eran sacrificadas en aquella

especie de hecatombe divina. Los mostraban bien en alto y, después, los lanzaban a una hoguera que los consumía para deleite de los dioses.

Prometeo andaba serio, molesto, con la vista al frente.

—¿Qué te ocurre, mi buen capitán? —le preguntó Marcial desde su carro.

—Mi señor, no sé si debo —contestó.

—Debes, exponme el motivo de tu angustia.

—Esas mujeres... Combatieron con destreza y honor. Hemos humillado su espíritu guerrero, eran nuestras prisioneras. No merecían tal muerte. No es propio de héroes ni creo que nos reporte gloria alguna.

—En nada me agrada. Es voluntad de las arpías; no pienso enfrentarme a la ira de nuestro amado rey Cécrope. Además, es un sacrificio para los dioses, nada tiene que ver con su espíritu guerrero. Alimentará la ira de Ares y volverá a batallar con nosotros. Eso dicen, aunque pienso que no regresará ni ellas lo desean.

—Yo tampoco creo que esto haga que Ares regrese del Olimpo. En verdad, ni tan siquiera sabemos si está vivo o muerto.

Marcial alzó una ceja y le miró sin palabras.

—Mi general, yo me pregunto... ¿Y si se vengan de tal horror con nuestras columnas de Lacedemonia o con los exploradores de Marco? Si los descubren, podrían hacerlo. ¿Harán prisioneros o acabarán con todos? —insistió Prometeo.

Luego, quedó en silencio, sin respuestas. Hizo un gesto de elocuente desacuerdo, de pena, y miró al frente.

Una extensa meseta se abría ante ellos.

—Sigue —le instó Marcial.

—Creo que deberíamos haberlas mantenido con vida y, tras la batalla, acicalarlas y venderlas en Ilión como esclavas. Podrían habernos servido como canje, o a saber... Todo antes de sacrificarlas de tal modo. Satisfacemos en demasía a esas arpías. Cada noche devoran a un esclavo con su lujuria, matan a quien quieren con sus artes y nada ocurre. Muchos de nuestros lanceros las temen más que a nadie. Además, algunas eran tan jóvenes...

—Pensemos que no eran mujeres, sino guerreros.

—No ha sido un sacrificio, sino un crimen.

—Prometeo, mi buen capitán, cállate y olvídate de las arpías.

Los cascos de los caballos de Mirina y Armonía levantaron el polvo que circundaba el exiguo campamento de Marcial, junto con todas sus guerreras. Con el corazón encogido observaban aquellos árboles que mantenían los cuerpos desnudos, degollados y con el pecho abierto de sus compañeras.

Cientos de gritos clamaron el viento, aullando su rabia e ira.

Las guerreras corrieron a desatar a sus humilladas hermanas. Maldijeron portando sus cuerpos sin vida en los brazos, y las lloraron durante horas.

—Cavad una tumba para cada una de ellas y enterrarlas con honores —ordenó Armonía, inmensa en el pavor que aquella atroz escena le había producido.

Todas las guerreras, en pie alrededor de las tumbas, unidas por sus brazos, oraron a su diosa Artemisa, entregándose a un llanto penoso, agónico, que se levantaba colmando el bosque como si de una jauría de lobas rabiosas de pena se tratara. Y pidieron fuerzas para detener aquel cruel ejército, lloraron a sus muertas y sobre las tumbas juraron venganza infinita.

—No es propio de aguerridos soldados. Más bien parece una orgía macabra de hechiceras, arpías ellas —comentó Armonía, tomando las bridas de su caballo.

—Debiste acabar con ese guerrero... Mira, esta es su verdadera cara —expuso Mirina.

—Él no es así —titubeó Armonía, con los ojos aún nublados ante la barbarie.

—¿Él no es así? Estás ciega. Te has prendado de un salvaje que dice ser un dios de guerra, mira el horror aqueo del Olimpo. Esos son sus devotos creyentes. Esto es lo que nos espera si no les detenemos. Es lo que nos traen los dioses de machos, sangre y muerte, no más.

Armonía bajó la cabeza y estiró el mentón.

—Debemos ser más cautas, ese general sabe comandar su ejército. Debimos prevenir la emboscada, suponer que nos esperarían. Nosotras lo hubiéramos hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Debiste escucharme. No vuelvas a actuar con el corazón, usa la cabeza. Si no te hubiera seguido para liberarte de la tenaza aquea, tu cuerpo estaría entre esas desdichadas, como los de todas tus guerreras —afirmó Armonía y, sin más, de un salto montó en su caballo negro y agitó las riendas.

Mirina la observó con cierto desdén y rechinó los dientes. Y la siguió.

Las demás guerreras galoparon tras ellas, dejando atrás aquella horrible escena y las tumbas de sus hermanas lobas.

* * *

Una mano sudorosa alcanzó el último peñón de la cima de Vulcano, la montaña de ardientes entrañas. Con un esfuerzo y un grito, Ares se alzó sobre ella. Una permanente cortina de humo lo cubría todo, apenas se podía respirar más que hollín y azufre. Tras él, un escarpado acantilado de doscientos pies; abajo esperaba Ganimedes, junto a la senda que les había llevado hasta allí, sobre otro cortado de más de tres mil pies de altura.

Apenas dio dos pasos, aparecieron ante él dos robustos hombres, gigantes hechos mole, de seis pies de altura, con la cabeza enfundada en un saco claveteado que les ocultaba el rostro y les permitía respirar. En el cuello, los brazos y las muñequeras portaban unas tremendas carlangas de grandes y afiladas púas de bronce. Gruesos eslabones recorrían sus cinturas y un escueto calzón de tela les cubría. Sus cuerpos sudorosos y resplandecientes parecían bronceados, tal cual como el verdoso y rojizo metal. Invencibles se mostraban. Eran los hermanos guardianes de la fragua de Sethlans y custodiaban la entrada; uno con una enorme lanza, y el otro, con un hacha de hoja tan ancha como su enorme torso.

—¡Alto! —exclamaron al unísono.

—Dejadme pasar —ordenó Ares, que nada parecía ante ellos.

—Solo los más fuertes logran llegar hasta aquí. A ninguno obedecemos y a todos hemos de matar si insisten en avanzar.

—Vengo a por mi espada, no he de retroceder sin ella —apuntó Ares, acercándose cauto, estudiando a los gigantes y sus tremendas armas.

La enorme mole de la derecha estiró su brazo, buscando las carnes de Ares con su gruesa pica. Este se ladeó levemente y alzó el brazo, permitiendo que el asta se alojara en su costado, bajo el brazo. Y la agarró con la mano, dando un fuerte tirón. El bronceo guardián quedó atónito y desarmado y maldijo furioso, mientras se desalojaba las cadenas del pecho.

—Así pues, os he de matar para llegar hasta la fragua —gruñó Ares.

—No, has de entrar sin que te matemos —replicó la mole de la izquierda, atacando con su enorme hacha.

Por respuesta, Ares se agachó y pasó firme la afilada pica, a la altura de los talones, rasgando la carne y crujiendo el hueso. Su enemigo cayó con un quejido grave y una maldición segura, levantando polvo con su cuerpo y chispas con los clavos de las carlancas. De un brutal golpe, el salvaje guerrero rasgó el saco que cubría el rostro de aquella enorme mole y le partió el cráneo con el bronce de la lanza.

—Mejor os mataré a los dos —aseguró.

Las cadenas de la segunda mole rasgaron furiosas el aire, golpeando con fuerza la espalda de Ares, que rodó contra la pared caliente de la gruta. Y un segundo latigazo de metal estalló la piedra conforme la esquivaba.

—Has acabado con la vida de mi hermano. Estaba domado, no era necesario —le dijo, maldiciendo su vida—. Yo le vengaré, te arrancaré las entrañas. Eres fuerte, pero indigno de portar un arma de esta fragua divina.

Ares saltó de lado a lado, esquivando los golpes de las cadenas. Hasta que pudo enganchar el extremo. Inmediatamente, saltó alrededor de la mole, pasándole los eslabones por el cuello y proporcionando un tirón que le hizo caer. Y lo lanceó. El gigante se volvió y el asta de la lanza se quebró del tremendo golpe en la tierra rocosa. De un fuerte manotazo, lanzó al salvaje guerrero al aire, haciéndole rodar hasta el borde del precipicio.

Solo su hábil mano, que se sujetó a un saliente, evitó la caída de Ares al vacío.

El guardián bronceo observó a su hermano muerto a través de la tela que cubría su rostro y gritó horrorizado, apretando los puños y ensanchado el torso. Luego, tomó la enorme hacha, se apartó la gruesa cadena del cuello, y anduvo iracundo hacia la mano que asomaba en el cortado. La pisó con fuerza y alzó la ancha hoja de metal bien alto, dispuesto a machacar el cráneo de aquel loco insensato. Pero, conforme se asomó por el saliente, se encontró con el veloz brazo armado de Ares que, con una daga, se hundió en su cuello saliendo por la cervical. Con un movimiento a derecha, le seccionó la yugular y el gigante tembló de lado a lado, salpicándolo todo, para caer al vacío.

Ares quedó observando la caída, hasta que el cuerpo se estrelló en el fondo del acantilado; formando una gran mancha oscura a su alrededor, a los pies de Ganímedes. El muchacho, con un pequeño grito, sobresaltado en extremo, dio dos pasos atrás y observó atónito el cadáver y hacia arriba.

Con un leve gruñido, Ares puso la daga en su boca, mordiendo la hoja, notando el sabor de la sangre, y trepó la cima. Guardó el arma en su vaina de la cintura, miró su mano, dolorida por aquel pisotón, y abrió y cerró los dedos por varias veces. Después enfocó su vista en la entrada de la cueva.

Con pies ligeros y ojo avizor recorrió el interior de aquella profunda gruta. En la oscuridad destacaba un punto lejano, anaranjado, como guía de sus pasos. El calor se hacía insoportable conforme se acercaba, tanto como la espesa neblina que inundaba gran parte de las galerías, creando un ambiente irrespirable.

El repetitivo sonido del golpe de la fragua le indicó que había llegado a su destino; cada poro de su piel sudaba, su cabello estaba empapado y largas gotas se juntaban creando arroyos de sudor en su cuerpo.

—¿Quién anda ahí? —exclamó Sethlans, un enorme broncista de rostro enjuto y deforme frente, sin cejas, con dientes negros, crujidos, y largo mentón arqueado. Estaba tuerto de un ojo,

que una chispa ardiente había devorado, y mostraba una pronunciada cojera. Su enorme torso de piel pestilente se mostraba sudoroso, con abundantes llagas y cicatrices producidas por el fuego y las emanaciones venenosas de aquella fragua infernal.

Sethlans dejó de moldear el metal, para ver mejor al intruso, y ladeó su larga y grasosa melena negra, cubierta en parte por un pañuelo sucio.

—Tengo por sabido que guardas un presente para mí —aseguró Ares, acercándose hasta él, observando las hachas, espadas y picas que relucían al calor del fuego.

—Mi trabajo no es para vulgares mortales, sino para grandes guerreros, reyes y generales. No veo ante mí más que un hombre salvaje. ¿Cómo ibas a apreciar mi trabajo? Si no marchas, te abriré en canal y tus entrañas, bañadas en ríos de lava ardiente, calmarán las iras de Vulcano.

Sethlans anduvo cojeando hacia él, secándose el sudor con un sucio trapo, y se hizo con un enorme hacha, sujetando el mango con las dos manos.

—Vengo a por una espada, mi espada —murmuró Ares, sin prestar mayor atención al broncista, fijándose en cada una de aquellas relucientes armas.

De pronto, quedó absorto ante una gran espada de doble filo. Su brillo era diferente, con destellos argénteos que inundaron su mente. Un cinturón de acero chapado en oro la acompañaba, con la argolla de sujeción colgando de su mango. A su lado, un escudo y una daga. Se acercó, observó la tez de carnero que remachaba el cinturón y se lo ajustó en la cintura; luego tomó la espada en sus manos. Comprobó el peso, su corte y estoque, la pureza y arte de su ejecución. Nunca había visto una igual. Y dio un tremendo golpe con ella al aire. Un silbido la acompañó.

—¡Esta! ¡Quiero esta! —exclamó.

—¿Esta? —preguntó incrédulo el broncista, levantando su hacha con ánimo decidido—. No hay suficiente oro en el mundo para pagar esa espada, ni gloria alguna para portarla. Es única. La forjé para el más grande de los guerreros, para un dios, para el hijo de Zeus... Solo él puede portarla, solo él me recompensará como

es debido. ¡Quítate ese cinturón! ¡Estúpido insensato! No sé cómo mis hermanos te han permitido entrar.

—No lo han hecho —expuso Ares y, sin más, golpeó de nuevo al aire y el silbido se repitió, seguido de un chasquido y un corto gemido.

La cabeza de Sethlans rodó por tierra, con los ojos desorbitados, conforme su cuerpo y el hacha chocaban contra la fragua y caían al río de lava ardiente. El salvaje guerrero se agachó y tomó la cabeza, tirando del pelo, entre los dedos de una mano, y cruzó la vista con la del broncista, el cual masticaba sin sentido ni cuerpo, comprendiendo el fatal error conforme sus párpados bajaban.

—Date por recompensado como es debido —le dijo Ares.

Y lanzó la cabeza hacia el río de lava, la cual se fundió en un instante, emitiendo un tétrico siseo burbujeante.

De pronto, la montaña rugió con fuerza en el exterior y lanzó un gigantesco chorro de incesante humo que pareció alcanzar el cielo, oscureciéndolo todo como si llegara la noche. Vulcano bramaba odioso e irritado, clamando venganza ante la muerte de Sethlans, su hijo. Al instante, enormes burbujas de lava salpicaron la fragua, fundiendo la piedra y el metal, todo lo que alcanzaban. Y el suelo que pisaba Ares comenzó a crujir, y se abrieron grandes grietas como si quisieran devorarlo.

Ares ajustó la espada en la argolla de su nuevo cinturón, tomó rápidamente la daga y se cubrió con el escudo, colocándolo sobre su espalda. Y corrió sin mirar atrás. Numerosos cascotes comenzaron a caer de todas partes, apedreando como una lluvia de granizo gigante. En su camino aparecieron enormes fumarolas que todo lo reventaban. Con un ágil salto, el guerrero divino esquivó una lengua de fuego seguida de roca al rojo vivo y logró salir de la gruta cuando toda ella se derrumbaba.

En el exterior todo estaba oscuro, apenas se podía respirar y la tierra temblaba bajo sus pies dando grandes crujidos, sacudiendo sus pasos. Pisó el cuerpo inerte del gigante que había abatido y avanzó a saltos, esquivando abismos inesperados, hasta alcanzar el cortado por el que llegó.

Una tremenda explosión lanzó al cielo miles de piedras ardientes, seguida de una enorme columna de humo, escorias y cenizas, a la vez que la boca de Vulcano reventaba vertiendo ríos gigantes de incandescente lava.

Ares saltó de roca en roca, golpeándose y cortándose entre aristas, buscando rápido dónde pisar para descender lo antes posible, cubriéndose de todo con el escudo. Bajo él se encontraba Ganímedes, siguiéndole aterrado con la vista al cielo. Y se volvió, viendo cómo se recrudecía la tremenda erupción volcánica con una nueva explosión.

—¡Ratón, corre! —exclamó Ares, mientras la lava asomaba por encima de él por la vertiente, como una baba que se resiste a caer.

Como única alternativa, saltó hacia los enormes árboles que se alzaban bajo su cuerpo, algunos de hasta más de cien pies de altura, donde un espeso dosel parecía querer recibirle antes de que se abrasara todo. Cayó con el escudo por delante, rompiendo y azotándose con las ramas, volteando violentamente hasta quedar frenado en un inesperado y enorme nido de águilas. Reventó los huevos y a la rapaza que los incubaba con el golpe de la caída; el macho, que volaba en círculos, se alejó de la marea negra que se expandía por el cielo con un silbido hecho graznido.

Una brasa ardiente, y otra más, le recordaron a Ares que no estaba a salvo, y le quemaron en su brazo. Con un gruñido tremendo se lanzó al tronco del árbol y descendió como un gato salvaje conforme la lava caía consumiéndolo todo.

Alcanzó tierra y corrió, alcanzando pronto a Ganímedes. Lo tomó bajo su brazo, de la cintura, y aceleró montaña abajo, apretando los dientes y sin que nada pudiera frenarle. Entre saltos, golpes y carreras, acompañados de piedras ardientes y violentas erupciones, lograron descender y lanzarse a un enorme lago de aguas cristalinas.

Ares nadó con fuerza, buceando veloz hasta la orilla, y salió tirando de un aterrado Ganímedes, que no hacía más que escupir, entre tremendas inhalaciones y exhalaciones, el agua que había tragado.

Abrasada la vertical y los árboles, la lava comenzó a caer en el lago, junto a enormes piedras y escoria, ganando terreno rápidamente, haciendo hervir el agua violentamente entre profundas convulsiones y emanaciones de vapor. De inmediato, miles de peces asomaron flotando, cocidos en un agua turbulenta y negra.

Ares le lanzó una fuerte colleja a Ganimedes, haciéndole reaccionar y temblar la quijada. Pues, repuesto de sus tragos, el muchacho permanecía expectante, atónito, ante aquel extraordinario fenómeno. Y le pasó el escudo para que se cubriera. Ambos corrieron dejando atrás la ira de Vulcano, apenas contenida en el lago, y las piedras que trataban de alcanzarles.

La tremenda explosión conmovió a los habitantes de la región y más allá. Todos fueron conscientes. A todos horrorizó semejante erupción, que levantó susurros y temores ante lo desconocido y sus orígenes.

Marcial alzó la vista hacia el sur. La lejana columna de humo se alzaba al aire oscureciendo el día azul en la distancia.

—¡Vulcano, la montaña de fuego, rugel! —exclamó Prometeo.

—Un dios ha nacido —aseguró Hécate, mostrándose orgullosa, acercándose al general.

—El Olimpo se congratuló con nuestro sacrificio. ¡Ares puede vivir! ¡Pero precisa más sangre, más vidas, más doncellas, más lobas! —exclamó Némesis.

No muy lejos de las tropas de Marcial, Mirina se volvió desde su montura, observando aquella columna de tonos grises y llamaradas sin fin; escuchando el rugir incesante y estremecedor del volcán.

—¡La fragua de Sethlans! ¡Vulcano ha despertado! —exclamó.

—Un dios ha muerto —aseguró Armonía.

—La Madre Tierra clama y llora ante el paso de esos machos que mancillan todo. Exige venganza. ¡Y por mis huesos que la tendrá! —expuso Mirina.

Las hijas de la luna avanzaron decididas hacia el valle de Barbaria, galopando por las lindes de bosques y riachuelos, marcando

su ritmo y dejando atrás el ejército de Marcial y aquella nube de cenizas que no tardó en alcanzarlas.

Una patrulla de cuatro guerreras se interpuso en su camino.

—¡Mi reina Mirina! ¡Divina Armonía! —dijo una de ellas.

—Decidme, ¿qué nueva me traéis? —respondió Armonía.

—Hemos divisado un campamento aqueo; son los que partieron como avanzadilla por las sendas del norte. Alcanzaron la colina del valle de Barbaria, situándose en la cima, y establecieron patrullas de guardia.

—¿Cuántos? —preguntó Mirina.

—No menos de un millar.

—Pretenden afianzar su lugar en el campo de batalla, donde la pendiente les da ventaja y el bosque cubre sus espaldas —comentó Armonía.

—Pentesilea no habrá llegado aún, espera en Barbaria. Y los reyezuelos tribales tardarán al menos dos días en alcanzar la llanura. Si no han huido ya esos cobardes —dijo Mirina, limpiando su cara de fina ceniza—. ¡Maldita escoria!

Un fuerte viento del norte se desató de pronto, hacia el sur, alejando las nubes de cenizas, levantando las hojas caídas y llamando la atención de las dos reinas. Artemisa, la gran cazadora, avanzó entre dos árboles, surgida del claroscuro del bosque, al trote sobre un caballo blanco.

—Necesito mil estacas —apuntó muy triste, con la mirada fija en Armonía.

—¡Al fin llegas! —exclamó Mirina, alegre al ver la gran nube de cenizas alejarse hacia el sur—. Buen viento nos traes, al mar irán las escorias de Vulcano.

—¿Mil estacas? —preguntó Armonía.

—Sí —respondió la gran cazadora.

—No deberías estar aquí, sin ti Temiscira está indefensa —expuso Armonía.

—Oí llorar a mis lobas. ¡Clamar su dolor! El susurro del bosque llevó su triste lamento hasta mis oídos antes de la gran explosión. Vulcano ruga. No te puedo dejar a tu suerte en estos días de furia desatada. Me preocupas en demasía. El guerrero divino,

ese salvaje, se ha armado, a todas matará... —contestó la gran cazadora.

—¿Ares? No está con ellos, no luchará contra nosotras. Además, solo es un hombre. Es diestro en combate, sí... Pero no más que nosotras —expuso Armonía.

—Es un salvaje que sangra como un cerdo. En nada me fue el cortarle la cabeza, poco faltó —apuntó Mirina, satisfecha.

—Mirina, no digas tales tonterías —le respondió Artemisa, con un gesto elocuente, y se volvió hacia su amada ninfa—. Armonía, escucha: solo hay un motivo por el que aún estás viva entre nosotras. Abre los ojos, aplasta tu ego. Reconoció tu voz. Por nada más.

Armonía ladeó la cabeza, sin querer creer, y se sintió vencida.

—¿Sabía que era yo?

—Desde que abriste la boca —respondió Artemisa—. Eres sabia en todas las artes, la mejor de mis discípulas. Pero tu gran corazón te traiciona, tu alma bendita pretende ver bondad en todo lugar. Incluso donde no la hay. Quiso acercarse a ti, por ello se dejó vencer. ¿Cómo pensaste que tú, ninfa del bosque, podías derrotar a un dios de la guerra?

Armonía sucumbió ante aquella especie de regañina. Miró hacia un lado, sintiéndose engañada, y sus ojos se humedecieron. Artemisa se acercó y la abrazó con fuerza, y la besó dulcemente. Después le limpió las lágrimas ante los celos de Mirina, la cual observaba con enfado aquellas caricias, aquel amor que todas conocían y todas envidiaban.

—Mi amor, mi dulce reina, ¿cómo te has dejado enamorar por ese asesino que repudian hasta los sagrados dioses del Olimpo? —le preguntó Artemisa.

—Yo... Siento tanto dentro de mí cuando me habla, cuando me escucha, cuando me sonrío...

—Si quieres un hombre, hay muchos en nuestra tierra. Civilizados o tan brutos como él, y todos te mostrarían la mejor de sus sonrisas.

—Ese dios, o ese hombre, lo que sea, es nuestro enemigo. Debe morir —apuntó Mirina.

—Mi amada Armonía, te has dejado cegar por un dios malvado, sin escrúpulos ni piedad. Olvídale, por tu bien y el de todas tus hermanas —expuso Artemisa.

—Armonía debería volver a Temiscira; o mejor, a los bosques de la vieja Europa. Allí nunca la encontraría ese salvaje —sugirió Mirina.

—¿Cómo puedes decir eso, hermana? No abandonaré mi reino ante el acoso de diez mil lanceros. Una guerra nos enfrenta, debámonos a ella si queremos vencer al invasor que nos amenaza —dijo Armonía.

—Tienes razón. Sí. Esta misma noche responderemos al brutal asesinato de nuestras hermanas —aseguró Artemisa.

—Prepararé dos secciones de asalto y una fuerza principal. Las columnas aqueas de avanzadilla, las que ya han acampado, seguro, no nos estarán esperando. ¡Les aplastaremos! Aunque quizás no consigamos estacas para todos —expuso Mirina, comprendiendo las intenciones de la gran cazadora.

—Pues usaremos sus propias lanzas —continuó Artemisa—. Devotos de dioses de muerte, suplicaron por el favor de un dios con la sangre de nuestras hermanas. Sus plegarias serán escuchadas. Yo daré vida a su hecatombe divina... y lamentarán su crimen.

—Prepararé a mi guardia —respondió Armonía.

—Sí, pero marcha con ella a Barbaria. Debes encontrarte con nuestra hermana Pentesilea, háblale de nuestros planes para desvelar la verdadera naturaleza de la empresa aquea.

—Pero... ¿Pretendes mandarme lejos de la batalla?

—No me discutas, mi amada. Esta noche, la guerra la hago yo. Esta afrenta no puedo obviarla. Ellos han hecho su hecatombe, buscaban la ira divina y la han encontrado. Cumple tu cometido, este ejército de valerosas guerreras es comandado por tu hermana Mirina. Ella será el azote que necesito esta noche para calmar mi ira. Tú no podrías, y debemos seguir el curso de lo establecido. Así pues, cabalga con la Guardia Real de Temiscira hasta Barbaria, avisa a sus gentes de que nada podrán ante los diez mil de Marcial; evita la tragedia y será tu gran victoria.

Armonía asintió levemente, buscando a su oficial. Sria era una mujer de marcado carácter, fiel capitán de la Guardia Real de Temiscira, sabia en artes de guerra y medicina, amante de hombres y matadora de soldados.

—¡Sria! —gritó la reina—. En marcha la guardia, vamos a Barbaria.

Artemisa y Mirina permanecieron en silencio, observando partir a Armonía, que disconforme trotaba con la Guardia Real de Temiscira por las sendas del sur para alejarse de sus hermanas, de los invasores y de la batalla.

—La estrategia está armada en mis mientes. En marcha, llegaremos a medianoche y no debemos retrasarnos. Menos si queremos vencer, sin tener que mirar con recelo el horizonte ante el avance de la gran columna de ese general —aseguró Mirina, y jaleó a su caballo.

—¡Mirina! —la llamó Artemisa, frenando su trote; y estiró el mentón sin decir nada.

Mirina trotó hacia ella, atenta. Conocía bien a Artemisa, sus artes y mentiras, sus verdades y maneras. Algo quería, algo que deseaba ocultar a su hermana Armonía.

—Ares debe morir —afirmó la gran cazadora, categóricamente.

—Mi hermana está enamorada de ese hombre —replicó Mirina.

—Entre lobas no hay amor de hombres.

—Eso es decisión suya.

—No, ciega está. Se debe a Temiscira. Necesita de tu valor y coraje. Mátale.

—Le haré mucho daño, nunca me lo perdonará. Mejor dejar que muera en la batalla, ante una saeta anónima.

—¡Escucha! No es un hombre cualquiera, aunque tú así quieras creerlo. No morirá, y él sí que hará mucho daño a Armonía. Más del que nunca puedas creer —insistió—. No me acompañarás en esta batalla, tienes otra que librar y no te será fácil. Yo dirigiré a tu ejército.

—¿Quieres que busque a ese salvaje semidios, o lo que sea, y lo mate? —susurró Mirina.

—Sí.

—Deberías ocuparte tú de él, más si es divino.

—No, entre divinos no hay muerte... No debo acabar con él. Quedaría maldita y en nada podría ayudar a nuestras hermanas, quedarían indefensas ante las constantes ambiciones de los reinos de machos. Los dioses te eligieron a ti para acabar con el hijo de Zeus. Será tu gloria. Debe morir. Pero no has de ir sola, necesitarás a tus mejores guerreras y una argucia.

—No soy diestra en argucias, solo en batalla.

—Mirina, tú acabarás con Ares o él sembrará la discordia entre las hijas de la luna. Es un dios de guerras, disfrutará azotando nuestros reinos. Hay que subsanar este error desde la raíz, impedir que germine más el amor envenenado que está consumiendo a tu hermana, a mi amada Armonía. ¡Mátalo!

Mirina ladeó su montura, observó a su guardia personal, siete guerreras de puro negro, y tomó su hacha de doble filo, el labrys que portaba en su montura. Y volvió la vista sobre la divina cazadora.

—Dices que no es un hombre, ¿podré arrancarle la vida? —preguntó.

—Su soberbia le ciega. Usa su fuerza contra él, tus armas de mujer... Su alma es divina, pero su cuerpo es mortal como el de cualquiera. No uses a la violenta guerrera, sino a la hermosa doncella que habita en tu interior. Dirígete hacia la montaña sagrada de Vulcano, ruge por su ignominiosa presencia. Ten, este opiáceo jugo te ayudará. Gánate su favor, dáselo a beber y atraviesa su pecho con el bronce... ¡Córtale la cabeza! ¡Desmiembra su cuerpo! ¡Quémalo! ¡Mata su alma divina antes de que escape de su corazón!

ARMAS DE MUJER

Ares y Ganímedes consiguieron alejarse de la tremenda erupción volcánica que había sacudido con fuerza la vida de la región, y de aquel lago convertido en foso de escorias. Tosiendo, buscando aire limpio que respirar y cubiertos de cenizas, se sentaron para descansar del momento. Ambos suspiraron, viéndose a salvo cuando el volcán dejó finalmente de bramar, observando en la distancia. En su mano derecha, el salvaje guerrero mantenía la espada forjada por el temple maestro de Sethlans. El viento azotaba su cara, mientras veía las nubes de cenizas alejarse hacia el sur.

—Mi... Mi señor —tartamudeó Ganímedes.

—¿Qué te ocurre, Ratón? A salvo nos hallamos, deja de temblar —habló Ares.

Y se irguió sobre la tierra ardiente hecha cenizas, con un poderoso rugido, altivo como un león y compitiendo con el tronar del volcán.

—No, yo... Detrás —insistió Ganímedes.

—¿Detrás? —preguntó Ares, y se volvió.

Frente a él, un nutrido grupo de hombres salvajes de anchas barbas, armados con hachas de piedras y angostos venablos, y mujeres de largas melenas hasta más allá de la cintura y con asombrados niños de pelos enmarañados en brazos, les observaban atónitos. Habían llegado atraídos por el estallido y la visión de aquel hombre de músculos y fortaleza sin igual. Seguían cada uno de sus movimientos, con temor y la boca desencajada.

—¿Qué buscáis? ¿Esto? —gritó Ares, mostrando su espada.

De pronto, todos se agacharon para reverenciarles entre exclamaciones de júbilo. Y se tumbaron en tierra casi por completo, con los brazos hacia delante, para orar, dar gracias al Olimpo y honrar al hijo de Zeus.

—Ten y sígueme —dijo Ares, sin entender bien a aquella gente.

El salvaje guerrero ajustó la espada y la daga en su nuevo cinturón, y le entregó de nuevo el escudo a Ganimedes. Acto seguido, comenzó a caminar, seguido muy de cerca por el muchacho, pasando ante ellos como si nada fueran, pero atento a cada movimiento que realizaban, observando de soslayo.

Con una potente erupción, el volcán bramó de nuevo. Aquellas personas, sobrecogidas, volvieron la vista hacia las enormes llamaradas de la montaña de fuego. La lava ardiente descendía más rápido, sin freno, cruzando totalmente el lago. Y todos comenzaron a correr, adelantando al propio Ares y a Ganimedes, que les vieron alejarse sin acelerar el paso.

—¿No deberíamos correr? —apuntó Ganimedes, nervioso, notando el calor de la lava cercana en sus espaldas.

—Era el último coletazo de Vulcano. Nada más —gruñó Ares, sin cesar ni acelerar su paso, y empuñó de nuevo la espada divina para estudiarla con deleite; mientras la fuerza de la lava frenaba en su avance como medidos sus pasos.

—¿Es la espada? —preguntó Ganimedes.

Ares no contestó. Siguió andando, absorto.

—¡Un arma de verdad! ¡Ya la tengo! —exclamó finalmente, mirando el reflejo de sus propios ojos en la hoja de acero templado, pensando en Armonía—. No me volverás a vencer tan fácilmente, mujer. Prevenido y armado me encuentro.

Al bajar el sol, Ganimedes juntó piedras y gruesas ramas y prendió una gran hoguera a golpe de pirita y mecha de cabellos paji-zos. Ares se sentó bajo un cedro y bostezó con ganas al resplandor de las llamas. Estiró los brazos y cerró los ojos resoplando con un nuevo bostezo. Al abrirlos, vio frente a él, resignado, a aquellos

hombres salvajes y mujeres que le habían seguido durante todo el día. Se agachaban mostrando su respeto y uno de ellos le ofrecía una cierva abatida. Se encontraba rodeado de temerosos devotos. Se levantó y se rascó la barbilla; miró al muchacho, que levantó los hombros, y les ofreció las llamas de su hoguera estirando la palma de su mano, para que asaran al animal.

A lo lejos, entre varios arbustos, los ojos felinos de Mirina observaban cada movimiento. Sorprendida, vio cómo aquellas personas adulaban al salvaje, besando la tierra que pisaba y sirviéndole uva, moras y salvajina. Algunos de ellos le levantaron una pequeña tienda de pieles curtidas, sujetas con gruesas ramas a un árbol; otros le llevaban obsequios: tallas de piedra, coronas de flores e incluso algunos animales vivos, como gallinas, patos y un pequeño cerdo. Las mujeres le rondaban constantemente entre sonrisas y miradas que buscaban el calor del lecho, incluso las más jóvenes doncellas y otras bien entradas en carnes y edad.

—Creen que es un dios nacido de Vulcano —murmuró Mirina.

—Le agasajan como a un rey. ¡Como a un dios! Quizás nos conviene; de licores y mujeres fáciles le colmarán. Más sencillo será hacernos con su vida —comentó su capitán Elaya, una joven robusta, hermosa, de cara tintada y largas trenzas, de afamada reputación entre guerreras y hombres sin cabeza.

—Mezclémonos con esas mujeres serviles, las demás que nos esperen aquí. Que pendientes queden por si algo se tuerce. Haremos que el salvaje piense que somos aduladoras deseosas de su hombría, así llegaremos hasta él sin levantar desconfianzas. Nosotras seremos quienes calentemos su lecho y nos llevemos su vida. ¡Sí, así ha de ser! —exclamó Mirina, observando el pequeño cuenco donde guardaba la pócima que Artemisa le había entregado—. Lo siento, hermana; tu hombre es mío.

Poco después, Mirina y Elaya paseaban sin petos ni armas, desahuyadas con un corto chitón, como dos féminas más entre las mujeres que rondaban la tienda. Y se pusieron a danzar alrededor de la hoguera, buscando la mirada de su salvaje presa.

Ares devoraba la pata de un tierno cabrito, sin dejar de observar cada una de aquellas piedras talladas que le entregaban sus inesperados súbditos, riendo con las gallinas que le llevaban y lanzando miradas descaradas a las mujeres que danzaban lascivas para sus ojos y que más le agradaban. Ganimedes no sabía ya dónde guardar tanta ofrenda y se planteaba, torciendo los labios, cómo transportarlas.

Finalmente, Ares lanzó el hueso descarnado de la pata a la hoguera, se limpió las manos y la boca con unas toallas húmedas, bebió un largo trago de vino y eructó. Con el rabillo del ojo vio a Ganimedes alejarse con un grupo de muchachos y sus venablos, y sonrió alzando las cejas. Acto seguido dio media vuelta, se introdujo solo en la tienda y bajó la esterilla que hacía de entrada.

Un rumor de lamentos de mujer se alzó al aire, mientras algunos hombres seguían llevando objetos, orando extraños rezos, y dejándolos cerca como presentes divinos.

—El salvaje no busca compañía —expuso Elaya.

—Se habrá agobiado con tanta hembra a sus pies —contestó Mirina.

—Quizás le gusten más los machos. Si es así lo tendremos difícil.

—No creo, mi hermana sonríe demasiado cuando le ve... A ese hombre le gustan las mujeres, y mucho. Esperemos a que todas estas vacas celosas se cansen y se vayan, hasta entonces no podremos visitarle.

—El frío de la noche cae, espero que no piensen estar hasta que amanezca danzando y trayéndole presentes.

La noche pasaba y nada cambiaba. Mirina, poco amante de la paciencia, comenzó a desesperarse. Los hombres seguían trayendo presentes y las mujeres, danzando alrededor de la hoguera cada vez con más ímpetu, haciéndose notar con ganas.

—No se van, llegan más —expresó Mirina con un soplando, y paró de danzar.

—No cesan en su empeño, y estoy cansada de girar alrededor de esta maldita hoguera —le dijo Elaya, con una mueca en los labios.

—Pero ninguna se atreve a entrar en el cubil del salvaje —dijo Mirina.

—No sé, ¿qué vamos a hacer? Cada vez son más —aseguró Elaya.

—¡Mira esas, son niñas! —exclamó Mirina, indignada al ver a las jovencitas que se acercaban, sin pechos ni edad.

—Eh, tú... ¡Solo son unas crías! —le recriminó Elaya a una mujer que las acercaba, sujetas de los brazos, descaradamente, hacia la tienda de Ares.

—¿Son tus hijas? ¿Cómo las traes aquí?—le preguntó Mirina a la mujer.

—Son muy jóvenes, sí. Pero ya pueden concebir. Ellas también quieren tener la oportunidad de parir a la divina reina —le respondió aquella mujer.

—¿Qué dices? —preguntó Mirina, desconcertada.

—La profecía de Pitia, ella lo vio hace mucho. Por ello vivimos al lado de la montaña sagrada. De la bienaventurada polis de Delfos somos. Olvidados ya por el tiempo, en salvajes nos convertimos. Mas sabemos lo que queremos.

—¿Qué profecía? —preguntó Elaya.

—¡Un dios sacudiría Vulcano, y de entre las ninfas del bosque, la divina reina nacerá! ¡Aquella que por siempre será divina! Él es el dios, y una de nosotras la ninfa que le dará a su primogénita divina. Yo no; quizás una de mis hijas. Las visiones de Pitia son siempre verdades. Todo lo ve, todo se cumple.

Mirina la miró atónita y, de un golpe con el puño, la dejó sin sentido. Las niñas comenzaron a llorar y las demás mujeres, alertadas, pensaron que se peleaban por colarse en el lecho de Ares. Todas empezaron a mugir como vacas en celo, a golpearse mientras corrían a voces hacia la tienda.

—Vámonos de aquí —dijo Mirina—. Volveremos cuando esta locura termine; más tarde quizás tengamos oportunidad.

—Sí, será lo mejor —contestó Elaya.

—Estas febriles mujeres matarán por ser la elegida —apuntó Mirina—. Además, con un poco de suerte nos lo dejarán tan agotado que ni alzar el brazo podrá.

—Si las atiende a todas, no podrá alzar nada por un tiempo —sonrió Elaya, con una chispa de lujuria en su ojos.

De pronto, Ares alzó la esterilla y salió con notables muestras de enfado y la espada en la mano. Dos mujeres se abalanzaron sobre él, gritando como posesas, ofreciéndose deseosas de ser germinadas. Y las demás se acercaron remolonas, con descaro. De un solo golpe con su mano abierta, mandó a las dos primeras veinte pies atrás, rodando como melonas y llorando sin parar.

—¡Largo de aquí, locas mujeres! ¡No me dejáis dormir! —exclamó con su voz ronca, grave como la de un león.

Dio dos pasos al frente, estirando los brazos, para rugir como un demente, empujando a aquellas mujeres y dándoles severas patadas en las posaderas. Todas salieron corriendo, aterradas, alejándose entre gritos de la hoguera y de la tienda.

Mirina le observó y deseó matarle allí mismo, arrancarle la cabeza.

—No es más que un bruto salvaje, ¿qué ha visto mi hermana en esa bestia? —se preguntó.

—Parece un buen semental —murmuró Elaya, bajo la atónita mirada de Mirina.

—¡No digas estupideces! ¡Ni las pienses! —le exclamó Mirina, bajando la voz.

Y se volvió, atraída por un tocón que mantenía una bandeja abandonada por las prisas, con cuatro cuencos y una jarra.

—Se han ido todas. No hay nadie, ese salvaje ha dejado desierto el lugar a patadas —dijo Elaya.

Ares miró a los lados y se fijó en ellas por unos instantes. Aquellas dos mujeres no se habían inmutado ni habían salido corriendo aterrorizadas ante sus gritos. Gruñó levemente, dedicándoles una nueva mirada, y regresó al interior de la tienda.

—Es el momento —aseguró Mirina.

Y tomó la bandeja, lanzó dos cuencos a tierra y se aseguró con una mirada de que la jarra contenía vino. Miró a ambos lados, comprobando que no era blanco de miradas indiscretas, y volcó la pócima en uno de los cuencos.

—Cólmalos de dulce vino y llévaselos —ordenó—. Tu presencia con el vino no será lo mismo que cien locas hembras gritando.

Elaya obedeció de inmediato, llenando los dos cuencos. Y se hizo con la bandeja, para dirigirse hacia la tienda.—La pócima está en el de la derecha —le recordó Mirina.

—Espero que ese bruto haya rebajado su tensión. No me gustaría que me ensartara con su espada ni que me saltara un ojo de un bofetón —contestó Elaya.

—No, mi amada Elaya. El silencio, la belleza y el vino te acompañan como grandes armas. Ahora se sentirá mejor, todo está en calma —aseguró Mirina.

—Acompáñame —le pidió Elaya, al ver que se quedaba atrás.

Las dos guerreras se acercaron hacia la tienda que habían montado aquellos desconocidos; nadie quedaba allí. Todas habían marchado tras el brutal acto de Ares. Y los hombres también. Nadie quería ofender a aquel dios salvaje. Pero antes de alzar la esterilla, lo hizo el guerrero divino. Y quedaron cara a cara.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Queréis probar el ancho de mi pie? —preguntó Ares.

—Pensemos que quizás te apetecería un trago de dulce vino. Ya sabes, para descansar de la fatiga del día, para digerir el cordero... antes de dormir —murmuró Elaya, con el deseo desbordando sus ojos.

Ares las miró fijamente a las dos, estudiando sus rostros y vestimentas.

—¡Vino! ¡Sangre de dioses! —exclamó—. ¡Por fin una ofrenda decente!

Salió por completo de la tienda, totalmente desnudo. Pasó entre las dos mujeres y anduvo un par de pies. Tomó su miembro con la mano y comenzó a orinar.

Las miradas de ambas féminas se cernieron entre las manos de aquel hombre, con los ojos abiertos como platos.

—Es enorme —murmuró Elaya, y tragó saliva ante una atónita Mirina.

Ares terminó con tres sacudidas y un pequeño gemido de gusto, y regresó ante ellas. Las miró detenidamente y alzó la esterilla.

—Pasad, traed ese vino —les dijo, y se introdujo en la tienda.

Ellas se miraron y Mirina le ordenó a Elaya que entrara, con un golpe de cabeza.

—El cuenco de la derecha —le recordó de nuevo, con un murmullo.

Elaya ladeó la esterilla y entró decidida.

—Deja el vino ahí —le ordenó Ares, señalando un pequeño tocón que se hallaba junto al lecho de pieles de borrego y paja.

Elaya obedeció sin mediar palabra, boquiabierta, fijándose en el hermoso cuerpo desnudo de Ares. Aquella cosa parecía crecer por momentos ante su vista. Ares se le acercó y la acarició los hombros. Le puso la mano en la cintura y se la acercó, apretándola contra su cuerpo, acariciando sus curvas.

—Hueles muy bien —le dijo.

Elaya, sonrojada, apenas pudo murmurar una sonrisa mientras notaba el calor y la hombría de aquel cuerpo latiendo sobre su piel.

—Deja tu ropa en la entrada y dile a tu amiga que entre, fuera hace frío —ordenó Ares.

—Yo solo venía a traerte el vino —dijo Elaya.

—Traes dos cuencos. ¿No pensabas beber conmigo?

—Yo...

—Dile a tu amiga que entre, gozaremos de la noche.

Elaya se volvió, sin saber bien qué hacer, y se asomó afuera.

—Que dice que entres, que ahí afuera hace frío —murmuró ante una desconcertada Mirina.

Ares observó la espalda desnuda de aquella mujer y volvió los ojos sobre la bandeja. Entrecerró un ojo, desconfiado, y cambió la posición de los dos cuencos, intercambiándolos de lugar.

—¿Qué haces? Dale el vino y sal de ahí —le ordenó Mirina a Elaya, en voz baja.

—¿Por qué no entras, mujer? —preguntó Ares, asomándose junto a Elaya.

Y posó la mano por detrás de ella, acariciando sus muslos, buscando su intimidad, acariciando su suave piel, jugando con los pequeños rizos del pubis.

Mirina le miró con el rostro enjuto, observando la cara presa de deseo y placer de Elaya.

—Eres una mujer muy hermosa. Entra —le ordenó Ares.

La reina pelirroja entró desconfiada, sin palabras, y miró los dos cuencos colmados de vino.

—Espero que le haga efecto pronto —murmuró al oído de Elaya.

—¿Qué habláis, mujeres? No sois como las demás. Vuestros pies no están desnudos. Parecéis más... ¿limpias?—preguntó Ares.

—Nos hemos arreglado para ti —expuso Mirina, y se acercó a los cuencos de vino.

Tomó el de la derecha y se lo ofreció a Ares.

—Somos tres, falta un cuenco o sobra alguien —le informó.

—Yo ya me iba —aseguró Mirina, y se deslizó hacia atrás.

Ares la tomó de la muñeca y bebió todo el vino de un golpe. Tomó el segundo cuenco, aún colmado de vino, y vertió la mitad en el suyo vacío. Y le entregó uno a cada una.

Mirina sonrió a ver que se había bebido todo el vino con la pócima sin notar nada y se mostró melosa, pensando que en cualquier momento caería vencido. Miró en torno suyo, buscando un arma para cortarle la cabeza. Y vio aquella reluciente espada, e hizo una mueca felina. Miró a Elaya, y ambas se bebieron de un trago el vino.

—¿Más? —preguntó Ares.

—Más —respondió Elaya, relamiéndose los labios.

Ares volvió a llenar los cuencos, y les dio uno a cada una. Brindaron los tres y bebieron hasta agotar el vino. Él bebió directamente de la jarra. Después, se posó a Elaya sobre sus muslos, cubriéndola de caricias, mientras ella se dejaba hacer, presa de aquellos dedos que en todo ahondaban.

—Acércate, muestra tu belleza —le dijo Ares a Mirina, tumbándose en el lecho mientras su mano y brazo arrastraban tras él a una Elaya vencida.

Mirina le miró, dudando.

—Eres muy hermosa —insistió el guerrero divino.

Ella se volvió a la vez que se alzaba el delicado chitón, quedando desnuda; y lo dejó sobre el mango de la espada, deseando tomarla y acabar ya. Por unos momentos dudó y decidió esperar a que la droga hiciera efecto. Cuando se volvió, Elaya galopaba sobre Ares, sentada sobre él, con las manos apoyadas en su pecho y gimiendo sin parar, entre pequeños grititos de placer. El guerrero divino, tumbado boca arriba, le apretaba los senos sin parar de agitarse.

Llena de furia y celos, Mirina fue a tomar la espada. Era el momento.

De pronto, notó que un ligero sopor se adueñaba de ella. Los párpados le pesaban cada vez más y su mente se iba tras los lujuriosos movimientos de Elaya, buscando el hermoso cuerpo de Ares.

—Ven, mujer, acompáñanos —le pidió el guerrero divino, es tirando de su mano y haciendo presa en su cintura.

* * *

Un ruido despertó a Mirina. Abrió los ojos de golpe y miró a todos lados. Se encontraba en el lecho de Ares, desnuda. Él no estaba. Miró perpleja a Elaya, la cual permanecía a cuatro patas, con la cabeza hundida en las pieles de borrego y con las nalgas en alto; con la boca abierta dormitaba resoplando la paja que salpicaba sus amoratados labios. La reina pelirroja cerró los ojos y respiró profundamente. Su intimidad hervía como nunca había conocido y se cubrió con la mano de inmediato. Deslizó sus dedos y los alzó manchados de rojo, calientes y húmedos...

Y gritó.

Elaya cayó de lado, despertándose. Saltó del lecho y miró a todos lados.

—¿Qué, qué, qué? —preguntó sin saber dónde estaba ni qué pasaba.

Mirina le dio un fuerte golpe en la cara, con el puño, y Elaya rodó fuera de la tienda.

—¡Maldita, no bebió la pócima! ¡La bebimos nosotras! —exclamó Mirina.

—¡Tú se la entregaste! —respondió Elaya, tratando de alzarse del suelo.

Mirina salió corriendo, hecha una furia, y saltó sobre ella, golpeándola una y otra vez, sentada sobre su vientre.

A su alrededor, comenzaron a llegar hombres y mujeres que miraban atónitos cómo las dos mujeres desnudas se pegaban, mientras las rodeaban por completo.

Mirina alzó su cabeza y paró en su furia.

—No son de las nuestras —dijo una mujer mayor, con un ojo amoratado.

Mirina la reconoció de inmediato, era la que pretendía llevar ante Ares a sus hijas.

—Han mancillado nuestros ruegos. Han estado fornicando toda la noche. Impías ellas, se han burlado de todas nosotras, de nuestro pueblo —gritó la mujer.

Mirina y Elaya vieron cómo aquellas personas tomaban piedras del suelo y armaban sus manos con contundentes estacas de madera, y se acercaban odiosas. Apenas se levantaron, decenas de piedras les cayeron encima. Mientras trataban de cubrirse con los brazos, vieron correr hacia ellas a innumerables mujeres ciegas de odio, lanzando más piedras y con las estacas en alto, gritando enloquecidas.

Las dos guerreras se miraron entre ellas.

—Oh, oh.. —murmuró Elaya.

Y salieron corriendo.

MIL ESTACAS

Levantando una gran nube de polvo, el poderoso ejército de Marcial rompió el horizonte, saliendo del bosque y alcanzando el valle que rodeaba Barbaria. Poco más allá quedaban las aguas del mar Euxino, de un azul inmenso, resplandeciente con la luz del atardecer.

—Estamos en el campo de batalla, mi general —dijo Prometeo—. Pronto alcanzaremos el campamento de Tántalo.

—Así es, todo marcha como debe. Las lobas ya no aparecieron —expuso Marcial.

—Quizás huyeron a sus tierras de Oriente.

—No creo; la reina Penthesilea de Tracia no andaba con ellas. Es posible que se reunieran en Barbaria, que tramen algo contra nosotros.

—Nada podrán, somos un gran ejército en verdad. Ellas son apenas unos cientos de jinetes, quizás un millar.

—Mi buen capitán, no subestimes nunca a un enemigo cierto, ni aún viéndolo vencido.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —exclamó un oficial de la guardia, marchando rápido hacia ellos, acompañado por una patrulla.

—Decidme, ¿qué ocurre? ¿Avistamos ya a los nuestros? —preguntó Marcial.

—¿Dónde está el campamento de Tántalo? —insistió Prometeo.

—Señor, sí. Pero... —contestó el oficial, sin poder continuar, sin saber cómo dar las noticias que llevaba.

—Habla de una vez —le instó Prometeo.

—Quizás deberíais verlo por vosotros mismos. Las hogueras del campamento de Tántalo se elevan hasta el cielo... Pero la luz de las llamas asusta al más valiente, es horrible.

Marcial, seguido de Prometeo, se acercó a pie de la loma desde la que se distinguía el valle donde había acampado su fiel Tántalo. La visión le hizo arrugar los labios, frunció el gesto y se volvió hacia su capitán.

—¿Qué sabemos de Marco y sus exploradores? —preguntó el general.

—No da señales de vida, nada sabemos —contestó el oficial.

—O anda bien escondido en el bosque o... —murmuró Prometeo.

—Esperemos que las lobas solo se fijaran en Tántalo; demasiada luz dio a sus antorchas.

—Ya sabemos por qué las lobas no nos hostigaron —expuso Prometeo.

—Se hallaban muy ocupadas —apuntó Marcial.

—Temí con razón, pues pensé que nuestros hombres podrían ser víctimas tras el horrible sacrificio. Un acto indigno que solo podía clamar venganza —concluyó Prometeo y alzó la vista, con desdén.

Aquel enorme valle se encontraba sembrado con mil estacas. En cada una de ellas resaltaba la cabeza sangrante de un soldado aqueo, empalada. Las enormes hogueras lanzaban al aire la pestilencia de la carne humana quemada. Los cuerpos decapitados de los lanceros del ejército de Tántalo ardían entre troncos y ramas, cubiertos por su propia brea.

—Nuestros soldados no merecían tal suerte —murmuró Prometeo, junto a las estacas.

—Apenas hay rastro de lucha. Les sorprendieron y acabaron con ellos rápidamente, sin piedad alguna —expuso Marcial.

—Ellas tampoco disfrutaron de piedad alguna —aseguró Prometeo, pensando en las jóvenes sacrificadas, ahondando en los pensamientos de su general.

—Mi buen capitán, que una compañía limpie de estacas el valle —ordenó Marcial.

—¡No! ¡Que tus hombres sepan a qué se enfrentan! —interrumpió Hécate, que corrió ante ellos.

Némesis llegó tras ella y quedó extasiada, con la boca abierta, ante la visión de aquel millar de cabezas empaladas que cubrían gran parte del valle. Y no pudo más que lanzar una sonora exclamación de admiración.

—Ha sido ella... Está aquí, sin duda; su venganza siempre es cruel como ninguna —aseguró Némesis, temblando toda de emoción y cierto temor.

Las dos féminas siguieron adelante, adentrándose en el campo de estacas. Y volvieron la vista sobre Marcial, iracundas como arpías extasiadas.

—Nosotras marchamos, nuestro objetivo se halla cerca. Si ella se percata de nuestra presencia todo se malogrará —dijo Hécate, acariciando la melena de una de las cabezas empaladas.

—¿Quién es ella? —preguntó Marcial.

—La gran cazadora, la vengativa Artemisa —respondió Némesis, y se encorvó, con un escalofrío, hacia su compañera—. ¡Debemos marchar!

—Nos vamos, Artemisa no debe encontrarnos aquí —insistió Hécate, nerviosa, mirando a todos lados, a lo lejos y a lo cercano—. Toda la empresa podría venirse abajo.

—Deberíais acompañarnos hasta Barbaria. ¿Esa prisa? ¿Tan horrible y poderosa es esa mujer? —preguntó Marcial, con cierto enfado, notando su temor, las ganas desesperadas de huir que mostraban las dos féminas.

—Ares podrá con ella. ¿Por qué ese temor? —insistió Prometeo.

—Ares no está. Tu hecatombe divina no lo devolvió al ejército de tu amado general; sin embargo atrajo a la voraz Artemisa. Ruega por que su sed de venganza esté saciada o tus hombres conocerán el horror que ellos mismos producen. Ahí tienes la prueba. ¡Mil estacas por veinte corazones! —exclamó Hécate, alzando los brazos como si nada tuviera ella que ver en lo acontecido.

—¿Mi hecatombe? ¡Vosotras, que ahora huís aterrorizadas, las promovisteis y la ejecutasteis! —exclamó Prometeo, indignado.

Marcial no dijo nada. Primero deseó matarlas. Luego, pensó en torturarlas hasta que no pudieran más y matarlas lentamente. Impenetrable en su rostro, esperó sobre su carro de guerra a que lejos se hallaran las dos mujeres, manteniendo la incertidumbre de sus pensamientos con su capitán.

—Mi general —murmuró Prometeo.

No obtuvo respuesta.

—¿Mi general? —insistió.

—Capitán, toma una compañía y dismantela este campo de horror antes de que nuestros hombres vean a quiénes se enfrentan. No he de combatir con quien tema quedar tan mal parado. Nosotros acamparemos por unas horas aquí. Que descansen los hombres y sean bien alimentados, y que formen para la marcha. Desviaremos la gran columna hacia Barbaria, haremos noche en esa maldita ciudad.

—Pero allí estará el enemigo.

—Pues tendrá que dejarnos sitio.

Aquel campo de estacas fue limpiado todo lo rápido que pudieron los soldados encargados de ello. Cabeza a cabeza fueron lanzadas al fuego avivado por las estacas. La columna del bravo Tántalo había desaparecido por completo; una gran derrota sin haber comenzado la batalla.

Marcial descansaba en su tienda, bebiendo dulce vino, esperando ser avisado para continuar la marcha. Se preguntaba por esas reinas guerreras, y por la tal Artemisa, una deidad de Oriente asimilada por los devotos del Olimpo, y se preguntó si tan poderoso sería su poder como para hacerle retroceder.

—¡Malditas arpías! —exclamó lanzando la copa de vino contra la tela de la tienda.

—Mi general, es Marco, junto con varios de sus exploradores, se acercan por el sur —expuso Prometeo, alzando la esterilla.

—Bien, me alegro. También temía ya por su suerte.

—Mi general —se presentó Marco, gallardo.

—¿Estás bien? ¿Y tus tropas?

—Permanecen ocultas tal y como se nos ordenó.

—¿Sabes qué ha pasado aquí?

—No, mi general. Al amanecer vimos el humo de las grandes hogueras. Mandé una patrulla y me informó de que nada se podía hacer. Fui a verlo con mis propios ojos y quedé horrorizado. Ayer mismo estuvimos con Tántalo y todo marchaba según lo acordado; no había temor. En la noche, todos han sido muertos.

—¿Qué sabemos de Barbaria? —preguntó Marcial.

—Lo suficiente, mi general. Los tracios amantes de Zeus nos informan. Han recorrido tabernas y posadas donde permanecía la soldadesca tribal. Aseguran que no encontraremos apenas resistencia —aseguró Marco.

—¿No hay lobas y de ejército no disponen? —preguntó Prometeo, desconcertado.

—No. Solo gentes de comercio y sembrado, y algún guerrero mal pertrechado. Nos vengaremos con ellos pues. Serán soldados amagados y, ahora, castigados sin piedad. Cargaremos las estacas en nuestros carros para clavar sus cabezas, de hombres y mujeres, de niños y ancianos, para que todos puedan verlas y temernos. La sangre de los nuestros clama venganza —expuso Marco.

—No digas más sandeces —replicó Marcial—. La guerra no es una venganza continua, sino una empresa muy seria con un objetivo que cumplir. Marco...

—Sí, mi general —contestó contrariado, pero con total respeto.

—Trae a tu ejército, sácalo del bosque de inmediato. Todo cambió. Date prisa, seguro que esas lobas te vieron y ya lo descubrieron. Ahora, sin duda, estarán tramando cómo hincar el diente —ordenó Marcial.

Marco corrió hacia el bosque, junto a varios lanceros, en busca de sus hombres, bajo la mirada atenta del general y de Prometeo.

Ente los árboles, serena y voraz, Artemisa observaba.

—No sé si volverá —murmuró Marcial, entre dientes, negando con la cabeza.

* * *

Marco inició rápidamente el repliegue de sus tres compañías, buscando las posiciones del grueso del ejército de Marcial, que se hallaba en el valle. Pero antes de que pudieran salir del bosque, cientos de saetas surgidas de la nada cruzaron entre los arbustos buscando muerte. Sin ver de dónde procedían los dardos, sin saber cómo ocultarse, sus hombres caían muertos y heridos, entre gritos y maldiciones, presa del desconcierto. Se encontraban rodeados por un ejército invisible que les hostigaba constantemente.

—¡Por vuestras vidas! ¡Corred hacia el valle! —gritó Marco, sin saber cómo enfrentarse a aquel enemigo que no se mostraba para matar.

Entonces vio a Artemisa. Paseaba con su suave y delicado chitón de sedas, blanco como la luna, y en una mano portaba un arco de astas que relucía como si fuera de oro. Ella le miró fijamente, con sus hermosos ojos oscuros, y levantó la cabeza, cubierta por una corona de hojas y florecillas. Y sonrió maliciosa.

—¡Salgamos de aquí! ¡Rápido! —gritó Marco.

Los aqueos corrieron veloces entre ramas y matorral, hasta salir de la espesura verde del bosque en dirección hacia el campamento de Marcial, en desbandada por el valle; buscando protección para sus vidas, esquivando las saetas que mordaces les perseguían.

En la carpa de armas, armados los lanceros y preparada la gran columna, los capitanes debatían con su general la entrada en Barbaria. No había fortificaciones ni barreras que impidieran un asalto frontal y no se conocían posiciones de enemigo alguno. Así lo habían informado todos los espías enviados.

Un oficial de la guardia entró apresurado en la tienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcial.

—Los hombres de Marco abandonan sus posiciones, se precipitan en su huida. Llegan desperdigados, sin orden ni concierto alguno.

—Ya me extrañaba... ¡Esas lobas tardaban demasiado! —exclamó Marcial.

—Las lobas debieron dar con ellos —asintió Prometeo—. Pero Marco debería replegarse en formación para evitar mayores pérdidas.

—Prometeo, ocúpate de que Marco, si logra llegar con vida, recomponga a sus soldados, que afilen sus armas, y anímale, que bien alta ha de tener la moral. En unas horas marcharemos sobre Barbaria y él será el primero en entrar con sus exploradores.

—Pero, ¿y la gran batalla?

—Esas lobas saben lo que hacen, debemos impedir que sepan lo que hacemos. Debemos cambiar toda nuestra estrategia. Esas mujeres no son vulgares hembras, ni tales salvajes con venablos y hachas de piedra como esperábamos.

—No, no lo son.

—Arrasaremos esa población de labriegos y continuaremos nuestro camino bien repuestos de víveres. Pero ten por cierto, mi buen capitán, que la ruta hasta Temiscira no será un camino de rosas.

—¿A Temiscira? —preguntó una voz grave, alzando la esterilla de la tienda y entrando en ella.

—¡Ares! ¡No estás muerto! —exclamó Marcial.

—¡Ha regresado del Olimpo! —le siguió Prometeo, con una gran alegría.

—El sacrificio funcionó, entre mortales se halla de nuevo —murmuró Marcial, perplejo, rozando la decepción.

—¿Qué son esos dichos? Nunca estuve muerto ni en el Olimpo. Viajé a buscar una espada forjada para mí en Vulcano, la montaña de fuego. Pero decidme, ¿qué buscáis en Temiscira? ¿No os basta con Barbaria? Creí que ese era vuestro objetivo, no más allá.

—Solo oro, sangre y gloria para Ática, divino guerrero —aseguró Marcial—. Muéstrame esa espada.

Ares le observó fijo, mirando como quien no ve, y dio un paso al frente. Tomó una fruta fresca del frutero que adornaba la mesilla y la mordió. Y desenvainó la espada, ante la expectación de los presentes. Pero el efecto que produjo en Marcial no fue el deseado por todos. El general se mostró cauto, resignado, pensativo; y aquello no le gustó.

—Veo que tu ejército ha sufrido una severa derrota. El fuego que consume los restos de Tántalo y sus soldados no borrará esta humillación —expuso, y envainó la hoja.

Acto seguido, continuó rondando la mesilla, para servirse dulce vino.

—Barbaria pagará y Temiscira nos colmará... ¿Ares nos acompañará o marchará más allá de Tracia? —preguntó Marcial, mostrándose distante, observando la espada, el cinturón y la testuz de carnero que hacía de cierre.

—¿Pretendes Temiscira? Se halla en tierras desconocidas hasta para los dioses del Olimpo. Cibeles, la Madre Tierra, las habita... Y Artemisa campa valiente con su arco de astas. Hititas, teucros y salvajes tribales las evitan en su camino, en sus conquistas. Marcial, gran general, amigo, ¿qué buscas allí? —insistió Ares.

Marcial levantó el rostro, sin atreverse a contestar.

Ares rondó de nuevo la mesa. Se acercó a Prometeo y observó los movimientos de sus oficiales. Pronto echó de menos la presencia de Hécate y Némesis. Y levantó el entrecejo.

—Han marchado las arpías, ya tienen una nueva presa que acosar —dijo—. No deberías escuchar tanto a esas asesinas. Como toda mujer nacida demonio, solo buscan su propio favor y divinas ansían ser. Han vendido su honor y arte a tu rey Cécrope para acercarse al Olimpo, no les importa nada más que sus argucias.

—Verdades dices. Pero bien sabes que nosotros también nos debemos al sabio rey Cécrope, rey de reyes.

—Sus deseos eran que ayudarais a nuestros hermanos de Tracia a combatir las huestes hostiles que sin vida les dejan. ¿Que huestes? Aquí no hay nada por lo que combatir.

Marcial volvió a quedar en silencio.

—He hablado con varios de tus oficiales. Me sorprendes, pues me comentan que has sacrificado de forma horrible a valientes guerreras, vencidas ya y convertidas en inocentes mujeres. ¿Querías despertar la ira divina? Parece que lo has conseguido. Dicen que la sangre ha conmovido el alma y agitado el espíritu de Artemisa. Se ha hecho mujer guerrera para luchar, y a miles matará.

Si es verdad lo que temen tus lanceros, hoy son mil estacas, mañana será todo tu ejército.

—No podrá —dijo Marcial.

—Tus soldados dicen que la gran cazadora vive y la temen, y tú me dices que no podrá. Ella está aquí, a todos mató buscando venganza. Si en verdad es divina, nada le impide ahora acabar con los tuyos —gruñó Ares.

—Tú se lo impedirás. Aquí estás, por eso ella no ha regresado. Esas lobas fueron sacrificadas en tu honor... Les arrancamos el corazón para ofrecértelo en divino sacrificio, deseábamos tener a nuestro lado al hijo de Zeus. Así lo exigieron las arpías.

—¿Cuándo lo comprenderás? ¡Yo no soy el hijo de Zeus! —exclamó Ares, y golpeó con fuerza la mesilla, convirtiéndola en astillas—. Y no las hagas a ellas responsables de nada, pues tú comandas este ejército y podrías haberlo impedido.

—Mi general no era partidario de tal sacrificio, ninguno lo éramos. Creímos que habías muerto, solo pretendimos abrir las puertas del Olimpo. Ellas así lo exigieron en nombre del propio rey Cécrope —intervino Prometeo, defendiendo a su general.

—Yo soy guerrero, no soy divino. Pero pienso, ¿cómo iban a atraer a un dios de la guerra la muerte de unas doncellas? Pues aún siendo guerreras, eran cautivas. Mejor hubiera sido brindar una gran victoria en este campo de batalla... Así, solo a la venganza podrías invitar; deberías saberlo. Siempre pensé que eras el mejor de los generales, por eso a tu lado batallaba. Pero hoy no te reconozco.

Marcial agachó la cabeza.

—Sin duda no acertemos en la estrategia, ni en el sacrificio. Como bien dices, las arpías no son voces en las que confiar. También sabes que hablan por boca de mi amado rey Cécrope. Yo soy guerrero, militar, no entiendo de brujería y demás artes. Pero sé que ellas gozan de ese poder, de tal privilegio, el que mi rey les da, y a él me debo —contestó finalmente.

—No me has dicho qué buscas en Temiscira —insistió Ares.

—Un buen botín, ¿te preocupa?

—Yo sé bien lo que buscas en Temiscira. Y te digo: alimenta a tus hombres, que descansen de la dura jornada y, mañana

mismo, emprende el camino de regreso. Solo así saldrás victorioso. Pues hay guerras imposibles de vencer, cuya única victoria es evitar la contienda.

—Divino Ares, azote de mortales, amigo, he escuchado tus palabras. Ten por bien cierto que eco me haré de ellas para poder vencer. No seré yo quien tema a una mujer, aunque por divina terrible la tengan. La precaución guiará mis pasos, pues ya sé que a un gran enemigo he de batallar. Pero no me pidas que regrese, mi rey Cécropo se haría con mi cabeza y con la de mis valientes soldados.

—Tengo entendido que marchamos a Barbaria en cuanto los hombres estén preparados —dijo Ares, cambiando de tema.

—Esas lobas habrán informado de todo a sus aliados. No creo que mañana, ni pasado, ni nunca se dé esa gran batalla en el valle. Solo hemos visto lobas acechándonos, cuyas fueron las mordidas que recibimos. Son diestras en artes de guerra, saben pues que es una locura enfrentarse a nuestro ejército en campo abierto, aunque treinta mil o más fueran... Cosa que no creo. Dime, si fueras un salvaje tribal, ¿arriesgarías tu vida y la de todo el clan por cuatro maderos mal apilados? Ni saqueando todas las casas juntaríamos un quilate de oro. Así definen hoy nuestros espías a Barbaria. Me temo que ese ejército nunca existió y, si es así, no se presentará. Por eso entramos esta noche. No nos esperan... si acaso hay algún soldado. Lobas no hay.

—Eres un general valiente, leal y sabio como pocos... Un gran guerrero. Por primera vez te veo caminar por la oscuridad, dudar y cometer actos de ignominia. Te seguiré, pues he de conocer ese reino de mujeres al que ambicionas llegar. Pero no esperes mucho más de mí —le advirtió Ares.

—Prometeo, marchamos hacia Barbaria —ordenó Marcial, y observó alejarse al guerrero divino seguido por Ganímedes.

El capitán salio de la carpa con paso rápido. Marcial quedó solo. Con la cara larga se lamentó de lo ocurrido y anduvo con cortos pasos hasta la esterilla. Y se asomó fuera, en busca de su fiel Morgo. Y respiró profundo ante él.

Morgo, la enorme mole negra, le observó como esperando sus órdenes.

—Tiene la espada. Me temo que para nada debemos buscar a la Madre Tierra. Por Zeus, por nuestra amada patria, por nuestro amado rey, por todos nuestros hermanos, por nuestros hijos... Ares debe morir... y esa reina loba, también —dictó Marcial.

Morgo asintió y desvió su cabeza hacia el infinito, como si nada hubiera escuchado.

* * *

Cabalgando maltrecha, Mirina llegó al campamento de las hijas de la luna seguida de su guardia. Solo la intervención de estas en el último momento la habían salvado de morir apedreada junto a la capitán Elaya.

De un salto descabalgó, furiosa toda ella, y se encaminó hacia su tienda de campaña. De un manotazo apartó la esterilla y penetró.

Artemisa, que esperaba dentro, se levantó despacio y la observó.

—Veo que la empresa no salió como esperábamos.

—¡Ese salvaje ha robado mi virginidad y ni me he enterado! ¡Me quema todo mi interior!

—Ha hecho algo más que eso —le dijo Artemisa, y salió de la tienda, riendo ante la desesperación de Mirina.

—¡Guardia! —gritó ella, mientras se deshacía de las vestimentas.

—Sí, mi reina —respondieron dos lanceras, que entraron de inmediato.

—¡Traedme una tina y abundante agua caliente! ¡Ya tardáis!

Bien entrada la noche, Mirina aún permanecía en silencio, sentada desnuda en una tina de agua caliente, calmando su escozor y lanzando maldiciones entre dientes.

—Mi reina —dijo tímidamente Elaya, penetrando en la tienda.

Mirina la observó como si quisiera sacarle el hígado.

—Siento mucho lo ocurrido, no sé qué pasó. Me preguntaba si esta noche podríamos dormir juntas o si vuestro enfado lo impide. No sé qué decir, ni qué hacer... Ese salvaje...

—¡Calla!

—Debió cambiar las copas antes de beber. Yo vi cómo le diste la de la derecha. No pudo ser otra cosa, no hubo error. Lo siento mucho.

—No te disculpes de lo que no sientes. El vino no había hecho su efecto cuando ya galopabas sobre él, gritando como una zorra en celo. Si le hubieras vigilado bien, nada de esto habría pasado... Ven, relaja mi espalda, calma mi ira o te arrancaré la cabeza.

Elaya entró y se situó tras ella. Comenzó a masajear a Mirina, le ladeó su larga melena rojiza y la besó en el cuello.

La reina pelirroja se recostó hacia atrás.

—Por lo menos disfrutamos de ese salvaje y de su enorme... —murmuró Elaya.

—¿Qué dices? —le interrumpió Mirina, frunciendo el ceño.

—No, nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada, relájate, mi reina...

—¿Que me relaje? —preguntó Mirina, y saltó ida, lanzando todo cuanto encontraba contra Elaya, liándose finalmente a patadas con ella hasta que la expulsó de la tienda.

Tirándose de los pelos de la cabeza, dio una vuelta inquieta, maldiciéndolo todo. Se sentó de nuevo en la tina y dio una fuerte palmada al agua.

—Le mataré.

Armonía dormitaba en su lecho, bajo la lona de su pequeña carpa.

Artemisa entró y le acarició la espalda, besando sus hombros, meciendo la cabeza, colmada de amor. Y abrazó con fuerza a su amada, notando el roce de su cuerpo desnudo, su aroma, su calor, y gimió dulcemente. Le pasó las yemas de las manos por la cara y la besó dulcemente en los labios.

Y ella le correspondió, abrazándola con fuerza.

—Dime, Artemisa... ¿Puede el amor de un hombre separarnos?

—Nada puede separarnos —respondió la gran cazadora, y levantó su rostro, con una mueca perspicaz. Bien sabía qué era lo único que podía separarlas.

—Entonces, ¿por qué pretendes que olvide a ese salvaje?

—¿Acaso sientes por él más de lo que sé?

—No, bueno... No lo sé. Tal vez sí. Es un sentimiento desconocido para mí. No puedo dejar de pensar en él. Es como si habitara dentro de mí.

—Eso es lo que ese salvaje pretende, habitar dentro de tu ser. Hazle el amor, fecúndate si así lo deseas y olvídale. Tu hermana ya lo hizo.

Armonía puso los ojos como platos y levantó su cuerpo desnudo.

—¿Mirina ha estado con Ares?

—Mientras anoche yo batallaba contra los aqueos, ella le visitó. No todo es guerra en esta empresa. Sois jóvenes, debéis pensar en dejar descendencia cuanto antes. Ese salvaje puede ser un buen semental. Pero ya sabes lo que opino, hay buenos mansos en nuestras tierras y ese hombre es muy peligroso, es un asesino sin más.

Armonía la escuchó, con tristeza, y se sintió engañada.

De pronto, se levantó y se vistió con un largo chitón para salir en busca de Mirina.

Artemisa sonrió y pensó que lo había conseguido, la semilla de Ares había arraigado en su amada Armonía. El viaje hasta las tierras de la vieja Europa había resultado fecundo. Lo sentía tan cierto como los latidos de su corazón y esos pequeños mareos que su amada sufría. Con un gesto extraño, de pronto, frunció el rostro. El salvaje guerrero, ahora, debía morir y la empresa no parecía sencilla.

Armonía se presentó en la tienda de Mirina, la cual permanecía aún en la tina. Por un momento la observó, la vio muy triste y sola, y calmó su ánimo. Agachó la cabeza y se volvió para salir.

—¿Hermana? —preguntó Mirina al notar su presencia.

—¿Te has acostado con Ares? —respondió Armonía.

—Realmente no lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? Se suponía que andabas batallando en el bosque...

—Nos embaucó con vino y una pócima —expuso Elaya, entrando de nuevo en la tienda, pensando que la tormenta había pasado, buscando el perdón de Mirina.

—¿Tú también? —preguntó Armonía y, sin más, salió de la tienda con los labios prietos.

—Pero, ¿qué le pasa a tu hermana? —preguntó una Elaya desconcertada.

—Creo que se ha enamorado de verdad de ese salvaje —respondió Mirina.

—¿Enamorado de un hombre? ¡Qué tontería!

—Pues parece que no es tontería —dijo Mirina, y se levantó para salir tras su hermana—. ¡Armonía! ¡Escucha! —la llamó.

Armonía paró en su paso y se volvió.

—Sabes bien quién es ese hombre, ese semidiós, dios o lo que sea; y aún así le deseas... Me tienes preocupada. Anoche marché a por su cabeza. Pero los dioses me jugaron una mala pasada y acabé siendo la vaca de ese semental. Perdí mi cuidada virginidad y ni me enteré; nada recuerdo, pues drogada me hallaba por la pócima que vertimos en su vino. Ese hombre es un salvaje sin sentimientos. Me violentó. Pero si tú me dices que lo quieres para ti, que le amas en verdad, nunca volveré a acercarme a él.

Armonía la miró y se acercó a ella, arrugó la nariz y le puso la mano en el hombro.

—¿Te dormiste mientras ese salvaje te poseía? —le preguntó alzando una ceja.

—No me lo recuerdes —asintió Mirina.

Armonía rio y juntó su frente con la de su hermana.

—Mirina, no sé qué siento por ese hombre. Tal vez nunca le vuelva a ver o quizás se me lleve la vida esta empresa de armas que nos atañe. Pero siempre sabré quién es mi hermana; te conozco como a mí misma y veo en ti cada sentimiento que delatan tus hermosos ojos. No me mientas. Si fuiste una vez a por su cabeza, volverás a intentarlo...

—No, te aseguro que no.

Armonía sonrió y la besó. Luego, se alejó calmados sus ánimos, bajo la atenta mirada de Mirina.

—Le arrancaré las tripas... Si se cruza en mi camino, y si no también. Maldito salvaje —murmuró en silencio y apretó los labios, mientras trataba de calmar con la mano aquel escozor que aún sentía en su intimidad.

BARBARIA

Una población de unas trescientas casas sin orden ni medida, construidas de madera y piedra, se extendía por la costa este del mar Euxino. No había hogar que destacara de otro, ni que resaltara por belleza o riqueza alguna. El áspero olor de sus pequeñas callejuelas embarradas se mezclaba con el del pescado sazonado, la carne ahumada y el de decenas de especias consumidas al fuego lento de las linternas. En su centro, una plazoleta cubierta de tablones mostraba un enorme dolmen de madera en honor al dios de la guerra, podrido por el tiempo, la humedad y las larvas. Pero no se veía un alma ni se oía vida alguna. Tan solo el golpeteo de varios ajuares y esterillas en entradores y portales mal ajustados, que el viento azotaba una y otra vez.

Marcial permanecía frente a aquellas callejuelas, con el semblante serio, soportando la tenue lluvia que caía sobre sus ojos, acomodado en su carro de guerra, observándolo todo a la luz de las hogueras y teas que prendían los exploradores de su ejército. Avanzó en silencio a través de una calle ancha, estudiando cada rincón, cada detalle, hasta llegar ante la enorme talla.

—No hay ejército que batallar, mi general —exclamó Marco, presentándose ante Marcial tras explorar gran parte del poblado con numerosos lanceros.

—Ni gentes que hoy habiten el lugar —comentó Prometeo, decepcionado—. Huyeron todos. No tendré gloriosa batalla que narrar a mi vuelta a Atenas.

—Mi señor, los espías... —continuó Marco.

—Decidme, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó Marcial.

—Los tracios y los salvajes de Oriente partieron todos. Según los espías, nunca hubo un gran número de soldados, ni agueridos combatientes; solo hombres salvajes, mujeres ajetreadas y niños inquietos. Han huido al mar, tras ofrecer a Poseidón gratos sacrificios; y otros hacia los bosques del norte, buscando la protección de la vieja Europa.

—¿En verdad no hay ejército? —insistió Prometeo, aún perplejo. Las sospechas de Marcial eran del todo ciertas. ¿Quién iba morir por defender cuatro maderos podridos?, se preguntó en silencio.

—Quizás esperaban ser miles de guerreros, pero al ser cientos decidieron marchar —expuso Marco.

—¿Y las mujeres guerreras? —preguntó Ares, interesado en todo lo que veía.

—Aquí estuvieron sus reinas, pero ya marcharon. Dicen los salvajes que las tierras bárbaras de la reina Pentesilea se hallan más al norte, son extensas praderas sin poblaciones ni bosques en los que aprovisionarse. Las sendas de Temiscira se abren hacia el sur, cruzando el estrecho del Egeo, a través de los montes que llaman Pónticos, lugares remotos e inaccesibles sin una buena empresa —aseguró Marco.

—Intentan dividir nuestras fuerzas —expuso Prometeo.

—Estos clanes tribales veneran a nuestros dioses —aseguró Marcial, observando el dolmen alzado en el centro de la plaza—. No habrá batalla. Saben que el divino Ares está aquí, entre los nuestros. No lucharán contra aquel al que veneran y temen.

Tras escuchar aquellas palabras, Ares se acercó hasta el enorme dolmen de madera. Observó detenidamente la altiva talla que ensalzaba al dios de la guerra, y que mostraba una figura musculosa, desnuda, con una larga lanza, un escudo y un yelmo con enormes crines de león. Con dos tremendos golpes de espada lo partió, astillando la madera podrida y provocando la sorpresa de los suyos.

—¡Prended fuego a esta ciudad de ratas, que arda esta cloaca pestilente! —gritó Marcial—. Cuando regresen, que nada encuentren. Ni salvajes ni lobas podrán proveerse en estas casas podridas para atentar contra nuestros hermanos y aliados. ¡Destruidlo todo! ¡Que se vierta sal en los cultivos! ¡Y en los pozos! Barbaria nunca más será nada, solo tierra yerma de bárbaros.

—Y ahora, ¿cuál es el camino que tomará tu ejército? No hay enemigo cierto al que combatir. Solo lo desconocido, tanto al sur como al norte. ¿Regresas a Atenas o sigues empecinado con Temiscira? —preguntó Ares, enfundando su espada.

—Temiscira, ese será mi camino.

—Nada hay allí que te proporcione oro ni riquezas, solo sangre y muerte. Nada había en Barbaria... ¿Qué buscas? ¿A su reina?

—Mil honores me esperan tras mis proezas, quizás la gloria del Olimpo —aseguró Marcial.

—¡Ja! —exclamó Ares—. El Olimpo es para los dioses, o tal vez tan solo sea una quimera en la que justificarse aquellos que los adulan. Más te vale buscar riquezas con las que disfrutar ahora que entre los vivos te encuentras. Quema este lugar, pues bien sabes que quizás en tu regreso, cuando mermado y lisiado te encuentres, halles ese ejército que esta noche aquí no está.

—¡Que arda todo! —exclamó Marcial.

* * *

Con los vientos del amanecer, el ejército de Marcial marchó sin batalla. La gran ciudadela de Barbaria ardía arrasada por sus cuatro costados, levantando una gran humareda al aire, un resplandor en la distancia que era observado con interés por Armonía.

—No piensan volver a pisar estas tierras —expuso.

—No, todo lo queman —contestó su hermana Mirina.

—No se separan, se dirigen al sur. Dejan en paz a Penteseila.

—Bien saben cuál es su destino. Avanzarán por las tierras troyanas, el rey Ilio podría detenerles.

—No creo que ese reyezuelo haga nada por impedir sus pasos. Por el contrario, de víveres les colmará.

—Sí. Marcial sabrá vender lo que no dispone y el rey Ilio querrá comprar humo antes de enfrentarse a los deseos del rey Cécrope.

—¡Maldito cobarde!

* * *

Ilión se erguía como la gran polis fronteriza para las ambiciones del mundo aqueo, a la entrada de Anatolia, cerca de la costa bañada por el Egeo, protegida por enormes murallas y por la simpatía y conveniencia del magno Huzzia, rey de reyes del Imperio Hitita. Su situación estratégica la hacían tan deseada como odiada por el rey Cécrope, pues controlaba los pasos hacia el Oriente conocido, las prósperas rutas de comercio de Arzawa, Lukka y Canaán; y de las que iban más allá, a Men-nefer, en las tierras de faraones, y a las milenarias Susa y Uruk, en el Creciente Fértil.

—Mi señor, un mensajero del invicto general Marcial ha llegado; presto desea ser recibido —comunicó el capitán de la guardia a su rey Ilio.

—Ya están aquí... Odiosos aqueos, todo lo quieren —murmuró el joven rey, empotrado en su trono de maderas nobles rematadas en puro oro, rodeado de sabios consejeros.

—¿Mi señor? —insistió el capitán de la guardia.

—¡Que pase! A ver qué nuevas nos trae, seguro que nuevos tributos y exigencias que no hemos de pagar ni escuchar.

Un hombre de aspecto andrajoso penetró en la estancia. En sus manos un cofre de maderas nobles y adornos de oro. Le acompañaban dos hermosas mujeres, jóvenes, de sinuosas curvas y sonrisa plácida.

—Mi nombre es Hécate. Me envía mi general, el invencible, el gran Marcial de Atenas. Os manda sus respetos y un mensaje de fraternidad, de ayuda, que bien espera recibir como hermanos hijos del gran Zeus, todopoderoso y sempiterno que desde el Olimpo todo lo ve.

—Decid pues —ordenó Ilio, sin apartar la vista de las dos jóvenes, olvidando al hombre andrajoso. El cual entregó a una de las féminas el cofre y dio un paso atrás.

—Tened, un obsequio de nuestro muy amado rey Cécrope —dijo Némesis, inclinando la cabeza y acercándose, para arrodillarse a sus pies. Y le entregó el cofre estirando los brazos.

Ilio lo tomó con cuidado, desconfiado. Acto seguido lo abrió y sus ojos resplandecieron. El brillo cegador del oro y la talla de piedras preciosas como pocas había visto en tamaño inundó su codicia, satisfaciendo su ambición.

—¿Y esto? —preguntó mientras se dejaba deslumbrar por el brillo del preciado metal.

—En primer lugar, como hermano y gran aliado en estas tierras que frontera nos son con las tierras salvajes de Oriente, desea aceptéis su favor y que intervengáis por él en su empresa —contestó Hécate, mientras Némesis ahondaba con una mirada inocente en el deseo de Ilio.

—No es empresa mía su cacería, si bien de respeto me colma y he de escucharos —respondió el rey teucro.

—Su deseo es que despleguéis una guardia en las orillas del mar, allí donde ha de desembarcar el ejército del general Marcial. Cubrid su llegada, pues las lobas, acosadas, están al acecho. De todos es sabido que causan graves tropelías en tus tierras y las suyas. Su deseo es acabar con ellas o expulsarlas para siempre más allá de cualquier tierra conocida. Podríais ayudarle —solicitó Hécate.

—Podría —murmuró Ilio, con sus ojos perdidos en Némesis, en sus labios y en la lengua que los humedecía ligeramente—. Pero no puedo permitir un ejército extranjero en tierras de Arzawa, sería una provocación. Son tierras protegidas por el Imperio Hitita y no he de crear conflicto alguno con el poderoso Huzzia, rey de reyes.

—No has de preocuparte por ello. Apenas serán un millar de lanceros, no más. Y su camino es el Ponto, no Arzawa —le susurró Némesis.

—En segundo lugar, otro regalo que de placeres os colmará —continuó Hécate.

—¿Qué más me ofrecéis? —preguntó el rey, expectante. Las dos féminas sonrieron meciendo sus caderas.

—Divinas sacerdotisas del rey Cécrope somos; sus favoritas. Es su deseo que conozcas secretos que de placeres os colmarán como nunca en el lecho, entre nuestros brazos, entre nuestros labios —expuso Hécate, mientras Némesis deslizaba las cintas de sus vestimentas, mostrando sus curvas blancas, jóvenes y deseadas.

Ilio se levantó con una sonrisa soberbia, dejó en manos de su consejero el cofre sin soltar la enorme piedra de oro, y se acercó hasta ellas para estudiarlas con detenimiento. Embelesado por la belleza de ambas jóvenes, quedó embriagado por el aroma de sus carnes, de sus pecaminosos velos que apenas ocultaban su desnudez; y estiró de la larga melena de Hécate. Después anduvo hasta Némesis y acarició su vientre, hasta llegar a sus pechos, firmes, y la tomó de la mandíbula para levantarle el rostro.

—¿Placeres? Tengo mil mujeres si es mi deseo, vírgenes todas que...

—Mil mujeres que pronto olvidas. Ninguna como nosotras —interrumpió Hécate.

—Una noche bastará para que nos recuerdes por toda la vida —confirmó Némesis, pasando suavemente la mano por la entrepierna del rey.

Ilio sonrió encendido, ladeando la cara sin apartar la vista de ambas féminas.

—Decidme, ese ejército necesitará de alimentos y víveres. Si marcha hacia el este por el Ponto, su oro le costará.

—Es deseo de mi general poder tratar un contrato que a ambos beneficie. Una vez cruzado el estrecho, sus carros se abastecerán de todo lo preciso para abarcar la empresa; y en lo sucesivo se pactarán entregas de abastecimiento. A su regreso, de oro y esclavas os colmará —contestó Hécate.

—No será suficiente, mi gente necesitará del pago antes de que marchen hacia tierras malditas. ¿Quién sabe si regresarán? Muchos partieron en busca de gloria y riquezas al Ponto y nunca regresaron. Malparados quedaron en las garras de las lobas.

—Por ello no habéis de temer; el propio rey Cécrope avala la empresa. Si el invicto Marcial no regresara, cosa que dudo; él mismo se haría cargo de sus costes y mucho más.

—Hum... Dime, ¿sabe tu general bien dónde se mete? Son tierras impías, alejadas del calor de los dioses. La Madre Tierra domina hasta el aire que se respira y Artemisa, la gran cazadora, cuida de las hijas de la luna.

—Ares, azote de mortales, acompaña a mi general, triunfante y con el alma ansiosa de sangre.

—¿Ares? Por todos los dioses, haberlo dicho antes. Pues que avance sin temor tu general, mi ejército velará su desembarco. Las lobas no podrán sorprenderle en su camino hasta que marchen hacia el Ponto. Pero más allá no he de ir, pues mis soldados se deben a Ilión; por nada abandonarían la polis ni las tierras de su reino.

—Ni es deseo de nuestro rey desgarnecer la bien amurallada Ilión. El general Marcial avanzará por los montes Pónticos, a orillas del mar Euxino, hasta expulsar a las lobas. En nada trastocaremos los intereses hititas, en paz queda el rey Huzzia si nada sabe. Un favor a todos hacemos limpiando la tierra de tales mujeres, alimañas peligrosas.

—Marchad pues e informad a vuestro general. Concedidas sus premisas, es mi deseo que goce de mi hospitalidad en Ilión antes de marchar hacia Oriente. Y Ares, gran honor sería recibirle entre las altas murallas de nuestra polis, digno hijo de Zeus, mil honores ha de recibir.

—Así pues ha de comunicárselo nuestro correo, nosotras aquí quedaremos por unos días para de placeres colmarte. Es el deseo de nuestro señor... y el nuestro —susurró Némesis.

Ilio observó al soldado andrajoso alejarse con su mensaje y volvió la mirada hacia las dos jóvenes, que le sonreían lascivas, llenas de lujuria; y las abrazó por la cintura para encaminarse con ellas a sus aposentos.

—Seguidme pues, ansioso ando por conocer vuestras artes de mujer.

—Sí, haznos rabiarse —susurró Hécate, estirando el cuello, y mordió suavemente los labios de Ilio, para apretar un poco.

* * *

Una flota de grandes balsas de madera, ayudadas de velas y remos, cruzó el estrecho que separaba las tierras tracias del reino de Ilio, en la península de Anatolia, al amparo de las suaves corrientes. Parte del ejército de Marcial, ochocientos lanceros y dos compañías de exploradores, se desplazaban seguras, observando las costas de Arzawa. El resto de sus lanceros, tal y como había ordenado el rey Cécrope, quedó atrás para fortalecer las guarniciones de toda Tracia, acabando con cualquier brote de resistencia u oposición, impidiendo que nada floreciera allí que no pudiera dominar.

—Ilión ha sacado su ejército para protegerles, no podremos castigarles en su desembarco —comentó Mirina, contrariada, desde la loma sobre la que, tumbada al lado de su hermana Armonía, estudiaba los movimientos de aqueos y teucros.

—Era algo que esperábamos. La voluntad de Ilio es fácil de comprar... Debemos regresar hacia las tierras pónicas, en las vaguadas entre bosques podremos hacerles frente —contestó Armonía.

—Podríamos dispersar a los troyanos, no son muchos —ideó Mirina.

—No, no son muchos. Pero sí los suficientes. Podríamos resultar dañadas en demasía para luego poder enfrentarnos con éxito al general Marcial. Esperaremos un escenario mejor, no hagamos de las prisas nuestro error —replicó Armonía, retirándose de la posición.

—Cada vez están más cerca —asintió Mirina, preocupada.

—Tranquila, hermana, no llegarán. Lo impediremos. No son los primeros que lo intentan, ni serán los últimos. Lo que me inquieta es su proceder. No comprendo, eran miles y tan solo cruzan cientos. ¿Acaso piensa ese general hacerse con Temiscira desfilando con un millar de soldados?

—Mi reina —se acercó Elaya.

—Dime —contestó Mirina, de forma distante, aún con enfado.

—Dos mujeres, jóvenes, vejadas y humilladas, han llegado hasta nosotras desde Ilión. Están mal, muy mal. Desean veros.

—Traedlas.

Ante Armonía y Mirina, ayudadas por varias guerreras, Hécate y Némesis aparecieron maltrechas, las vestimentas hechas jirones, con moratones en sus caras y las espaldas laceradas del vil látigo.

—Favor, mi reina —rogó Hécate.

—Ah, agua, agua —sollozó Némesis.

—Por la divina Cibele, dadles agua, que venga Sria y las atiendan de inmediato... ¡Qué de horrores deben haber pasado! —exclamó Armonía, dolida en el alma al verlas penando tanto.

Mirina las observó con desconfianza. Pero también conmovida por las heridas que presentaban, sin duda víctimas de la humillación, de la vejación.

—Huimos de Ilión, cazadas de nuestros hogares y vendidas como esclavas fuimos —lloró Hécate.

—A todos mataron, a nuestros padres y hermanos, esos machos de relucientes corazas, aqueos ellos que se vanaglorian de confraternizar con dioses —insistió Némesis.

—Descansad de vuestra fatiga, nada os ha de faltar entre hermanas —asintió Armonía, acariciando el mentón y la mejilla de la joven.

—Escuchad, mi señora: cientos de soldados cruzarán el estrecho para desfilar sobre vuestras tierras. Lo oímos en los salones del rey Ilio... Antes que de nosotras disfrutara y tantos males nos infligiera.

—Lo sabemos, nada nuevo es. Pretenden destruir Temiscira —expuso Mirina, esperando oír algo nuevo.

—No, su objetivo en verdad no es la divina polis de Temiscira, sino las cuevas de Leónidas —sollozó Hécate.

—¡El hogar de Cibele! —exclamó Armonía.

—A por ella van. No buscan oro ni riquezas, sino la sangre divina que al Olimpo les lleve, que marchite la fe de esta tierra. Quieren cobrarse la vida de Cibele, ofrecer el poder de la Madre Tierra al celestial Olimpo —continuó Hécate.

—No puede ser. No se atreverían —dijo Armonía, aún perpleja.

—El maldito Ares encabeza tal empresa. A nadie temen, a todos matan.

—¿Ares? —preguntó Mirina.

—No es posible —insistió Armonía, sin querer creer aquellas palabras.

—Es el hijo maldito de Zeus. Ares, azote de mortales, dios de guerras y males —aseguró Némesis alzando sus ojos hinchados y poblados de lágrimas.

—¿Un dios? Más bien un bruto salvaje —aseguró Mirina.

—Descansad, que os curen vuestras heridas... Más tarde hablaremos, recobrad el resuello y la vida, el horror cesó —dijo Armonía, sin querer oír hablar más.

Hécate y Némesis anduvieron lentamente, ayudadas por varias guerreras.

Armonía las observó perspicaz, y volvió la vista ante su hermana.

—¡Un momento! —exclamó Mirina.

Las dos jóvenes maltrechas volvieron sus cabezas rápidamente, mostrando su congoja con los ojos caídos, lastimeros, a punto de desbordar colmadas lágrimas.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó Mirina.

Hécate y Némesis callaron por unos segundos.

—Ella es Aurora. Mi nombre es Leonor. Para servirlos, nobles reinas hijas de la luna —se apresuró Hécate finalmente, mostrando dolor en sus palabras.

—¿Cómo conseguisteis escapar de la bien amurallada Ilión? —insistió Mirina.

—Una joven de alcurnia, llamada Eurídice, nos liberó. Apenas por nuestra desdicha nos condujo hasta las puertas. Sus sirvas nos guiaron evitando la guardia, cubiertas por capas y capuchas que nos ocultaban de ojos indiscretos —contestó Hécate.

—¿Eurídice? Es la reina prometida del rey Ilio. ¿Por qué tenía que ayudaros? —preguntó Armonía.

—Quería que buscáramos a nuestra amada Cibeles, que le informáramos de todo y le previniéramos de su suerte, devota es de la Madre Tierra. ¿Nos ayudaréis? —añadió Némesis, acompañada de un lastimosos quejido.

—Marchad, cuidado de vuestras heridas —comentó Armonía.

—¿Tenemos una aliada tras las murallas de Ilión? —se preguntó Mirina.

—Eurídice es descendiente de Mirina, la gran reina que alzó esa altiva polis en tiempos de Poseidón. A ella y a tu cabellera roja debes tu nombre de loba... Quizás aún recuerde de dónde viene su linaje, de valientes guerreras hijas de la luna —contestó Armonía.

—Hoy Ilión no es más que otro reino de machos, adoradores de dioses que muerte nos traen —se lamentó Mirina.

—Creo que lo que dicen esas mujeres aclara por qué Marcial avanza solo con un millar de lanceros —expuso Armonía—. No necesita un ejército pesado que sea lento y costoso, sino la ligereza y presteza de sus mejores hombres.

—No sé. Quizás las liberaron para que nos contaran eso. ¿Por qué tenían que hablar de estrategias y planes un rey y un general ante dos plebeyas hechas esclavas? Es más, quizás sean espías. No me fío de ellas.

—Sea como sea, tenemos que parar ese ejército que tantos males nos busca —apuntó Armonía, y cabalgó de un ágil salto.

—Lo pararemos, aunque de dioses y demonios se colmen —le siguió Mirina—. Solo me preocupa una cosa, hermana.

—¿El qué? ¿Ese salvaje? —preguntó Armonía.

—No, tú... Me preocupas tú, y mucho. Solo con oír su nombre te brillan los ojos y tus mejillas se encienden. ¡Olvídale! ¡Es nuestro enemigo! Me preocupa tanto que pueda dañarte, que un día lo que sientes por ese salvaje sea fatal para ti misma y para nuestro amado pueblo... —contestó Mirina, y se alejó, al trote.

Armonía quedó pensativa, acariciando la quijada de su caballo negro. Era verdad; con solo pensar en él su cuerpo temblaba y deseaba verle, sentirle cerca, abrazarle y amarle. Pero no entendía por qué eso podría resultar fatal para su pueblo.

—¡Eso no puede pasar jamás! ¡Nunca abandonaré a mis hermanas! ¡Y menos por un hombre! —exclamó fuerte para que la escuchara Mirina.

Al momento, inició su trote, seguida por la Guardia Real de Temiscira.

Esa noche, Armonía paseó por las pequeñas tiendas que resguardaban del frío a sus guerreras, a la luz de las hogueras. Cubierta por una manta de gruesa lana, observaba en su camino la enorme bóveda de estrellas que cubría su vista.

Tan ansiosa por saber más como desconfiada, recorrió el campamento en busca de las dos fugitivas. Quería consolarlas de su pena y animarlas en su camino, descubrir si eran dignas de confianza. Al llegar ante la tienda que les habían asignado, paró ante la esterilla. Unos sutiles gemidos de gozo se dejaban escuchar entre susurros. Se asomó levemente y vio a las dos mujeres entrelazadas, amándose como si repuestas de cualquier herida se hallaran, como si nada les doliera, riendo alegres; y las vio arañarse fuertemente, hundiendo sus largas uñas que garras parecían en la espalda de la otra mientras frotaban sus cuerpos encendidos. Agachó la mirada, desconcertada, y se volvió para no ser descubierta.

Una fuerte mano tapó su boca y un brazo musculado la alzó al pecho como si nada fuera. Acelerado su corazón, agitó fuerte las piernas y trató de liberarse. No pudo. Presa sin apenas poder menearse, vio cómo aquel hombre saltaba entre las piedras con ella para alejarse del campamento. Le mordió con fuerza la palma de la mano y un dedo. Pero solo escuchó una sonora maldición que en nada la liberó, por más que apretaba sintiendo la sangre entre sus dientes.

Aquel hombre se aseguró con un trozo de cuero de que no le pudiera morder de nuevo y, trotando como un carnero entre riscos, montaña arriba, se alejó en silencio con Armonía agitándose en sus brazos, sin que ella pudiera evitarlo.

Llegaron a unas cárcavas, donde se apreciaba un pequeño resguardo. Allí le liberó la boca, la soltó y posó su mirada en ella.

—¡Ares! —exclamó Armonía, y le golpeó con los puños en el pecho, con fuerza.

—¡Ya vale, mujer! ¡Casi me arrancas dos dedos de un bocado! —exclamó mientras agitaba fuertemente su mano abierta, todavía sangrando.

Ella le miró estupefacta.

—¿Qué haces aquí, salvaje? ¿Cómo te atreves? —preguntó irritada.

—¿Qué te pasa, mujer? Solo quería verte, gozar de tu grata compañía. Mira, lo cacé para ti —le contestó Ares, señalando un enorme jabalí que se hallaba tumbado en el resguardo, junto a un montón de leña y unas piedras.

Armonía seguía atónita, confusa, dirigiendo su vista a aquel hombre salvaje que desbocaba su corazón. Un enemigo cierto, un amor incierto o todo lo contrario, pensó. Y observó al enorme jabalí.

—Es para ti —insistió Ares.

—¿Y que quieres? ¿Que me lo coma entero?

—No, déjame algo —sonrió él.

—Aaaaah —gritó Armonía, estirando los dedos de las manos. Ares alzó el entrecejo y le ofreció dos piedras de piritita.

—Mientras preparas fuego, desollaré un jamón. Buen banquete hemos de darnos —aseguró.

—Dame esa mano. ¡Por todos los dioses, podría haberte matado! —exclamó Armonía, y le revisó la herida para cubrirla con telas de su propio vestido.

—Es un riesgo que corro cada vez que te veo —susurró Ares, y le levantó el mentón, alzándole la vista. Luego, posó el dedo pulgar en los labios de ella, con una suave caricia—. Eres tan hermosa, mi divina ninfa de los bosques.

Armonía retiró la cara y se acercó a la leña, con las dos piedras de piritita y los brazos arqueados en los costados.

—¿Y Ganímedes? —le preguntó sin mirar.

—¿Ratón? Está creciendo, busca ser hombre; ronda a una joven sirvienta, esclava de Prometeo; le dejé mi tienda para que la colmara de favores.

—Vaya —murmuró Armonía, mientras dudaba entre huir o quedarse a disfrutar de aquella velada inesperada.

—El jamón de ese jabalí debe de estar muy sabroso al fuego lento —insistió Ares.

—La leña está húmeda. Dame esa daga, salvaje, y busca algo seco mientras desuello la bestia —le ordenó tajante.

Ares estiró el labio inferior y le entregó la daga. Acto seguido, confiado, descendió buscando algo de leña que prendiera. Escuchó remugar a Armonía, y sonrió satisfecho.

A la luz de la hoguera, Ares mordía la carne asada, y tragaba con la mirada fija en Armonía, la cual le acompañaba radiante en su sonrisa, sin pensar en el nuevo día, disfrutando de la noche.

El aullido cercano de los lobos llamó la atención de ambos.

—Dime, salvaje... ¿Qué pretende tu ejército? ¿Por qué estás aquí?

—¿Mi ejército? Yo no tengo ejército. Es obvio por qué estoy aquí... a tu lado.

—No te veo a mi lado, estás con ellos.

—No, ellos buscan sangre, oro y gloria... ¡Ser divinos! Yo he de seguirte por siempre, no tengo otro destino. Bien lo sabes.

Armonía calló, tan halagada como preocupada, y tomó un trozo de carne de las brasas que lo mantenían caliente. Comió y le observó. En la oscuridad vio moverse el lomo erizado de varias criaturas del bosque y levantó la cabeza. Ares se alzó y tomó los restos del enorme jabalí en sus brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—¿Quieres más? —respondió Ares.

—No, yo no. Con un jamón tendremos bastante... ¿No? —dudó Armonía, observándole de lado.

—Tendremos bastante —asintió Ares—. Compartamos el resto con las criaturas del bosque. Tranquilizaremos el ardor de sus estómagos y nos dejarán en paz.

Ares anduvo unos pasos hacia la oscuridad y lanzó los restos del jabalí con fuerza. Y regresó junto a ella. A su lado, observó acercarse a tres lobos, precavidos y hambrientos, hasta lanzarse confiados ante la presa cedida. Con enormes dentelladas desgarraron la carne para tragarla, entre gruñidos y dentelladas al aire; cruzando la mirada ambarina, casi mágica, en la distancia con ellos.

—¡Lobos! Criaturas fantásticas, de organizados clanes, con jerarquías fuertes, grandes amantes de sus lobeznos, valientes cazadores, grandes matadores —expuso Armonía.

—Como el ser humano... —asintió Ares.

—Pero sin traiciones ni mentiras, sin ambiciones ni guerras —apuntó Armonía.

—Nací valiente, con una larga lanza en una mano y la maza en la otra. La guerra es mi vida, no conozco otra.

—Hay vida sin guerra, aunque te parezca increíble. Dicen que eres hijo de un dios.

—Dicen muchas cosas aquellos que nada saben y todo temen. Hijo de un dios, ¡qué tontería! No conozco dios ni demonio que mi brazo no cruja, y a muchos me he enfrentado.

—Entonces... ¿Quiénes son tus padres?

—Mi madre se llamaba Hera. Siempre fue una mujer noble, hermosa y sabia. Como tú, hablaba de paz. La mataron los piratas tracios. A todos he de matar. La pena me devora cada vez que pienso que en ese atroz día yo no estuve para defenderla. No conocí a mi padre. Como a mi hermana Atenea, me criaron guerreros espartanos en las costas de Lacedemonia, y aprendimos las artes de guerra. En ello anduve siempre. No recuerdo dar un paso sin alzar una espada, una pica o mi maza. El metal y la sangre son mi dios verdadero, mis padres, a los que venero.

—Ya veo, te has hecho con un arma de verdad —aseguró Armonía, tomando en sus manos aquella espada forjada en la montaña sagrada de Vulcano.

—Sí... Escucho y te hago caso, aprendo de mis errores. No volverás a vencerme más. Pero háblame más de ti, necesito saber.

—¿El qué? ¿Para qué? —le preguntó ella, pensando que quizás aquel salvaje no se había dejado vencer aquella noche en la que lucharon, algo que la animó mucho. Sabía que Artemisa no era fiel amante de la verdad.

—Dicen que eres divina, que gozas del amor de la gran cazadora; y que reinas entre las lobas, guerreras ellas, atroces bestias que todo matan —comentó Ares, con cierta gracia.

Armonía sonrió.

—Hablas de paz, sí. Pero eres guerrera, a muchos mataste la noche que falté. Sus cabezas adornaban la mañana entre mil estacas —insistió Ares.

—No fui yo. Fue Artemisa. Venganza clamada por el horror que sufrieron las nuestras en vuestras manos. Esa noche gozaste de los placeres de mi hermana Mirina, no te lo perdonaré.

Ares se tomó unos momentos para pensar su respuesta. Agitó el fuego de la hoguera y observó a los lobos, que seguían devorando los restos del jabalí entre gruñidos y crujidos de huesos.

—Supe que era ella en cuanto la vi; os parecéis mucho. Temí que nada bueno buscara. Cambié los cuencos de vino que me ofreció y quedó dormida, gozando, junto a su amiga. Además, yo no me hallaba presente en la noche que Marcial ordenó el sacrificio. No lo hubiera permitido jamás, aunque guerreras fueran.

—Mi hermana dice que la violentaste.

Ares comenzó a reír.

—Nunca haría eso con mujer alguna.

Armonía le miró un tanto confusa y se preguntó si su hermana le había mentado.

—Mujer, quiero que me acompañes por siempre —le confesó Ares, tornándose serio, hundiendo su mirada en ella.

—¿Qué dices? Hoy me hablas de amor y mañana gozas con mi hermana. Soy reina de Temiscira, mi dictado no es unirme a un hombre... No son nuestras costumbres —contestó Armonía, abrumada.

—Ven conmigo a Lacedemonia, mi reina divina eres.

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué? Sé que sientes lo mismo que yo. La tradición no es más que una maldición, como cualquier costumbre que ate voluntades. Alejémonos de esta tierra y busquemos nuestro propio destino, nuestras propias batallas, nuestro lugar... juntos.

—Tú no estás bien de la cabeza, ¿verdad, salvaje? ¿Cómo voy a abandonar a mi pueblo?

—¿Tu pueblo? Eres reina, pero vives como lacaya. Eres mujer, pero cabalgas como hombre. Acompáñame y te prometo una vida donde nunca tendrás que ser guerrera, pues yo andaré por delante de ti siempre con mi espada presta a darte paz.

—No lo comprendes. No quiero que nadie camine delante de mí, ni por detrás...

—Pues caminemos juntos.

—Además, no puedo dejar sola a Mirina ante las pretensiones de Marcial, ni a Artemisa. Les destrozaría el corazón, el alma. No puedo traicionar a mi gente ante tal adversidad, las columnas aqueas hacen retumbar el suelo que pisan y buscan muerte; no podría vivir con esa pena. ¿No puedes comprenderlo? Aunque quisiera, por más que te amara, no puedo abandonarlo todo e irme. Me quieren, todo lo darían por mí... Y yo las amo, son mis hermanas, mis amigas, mi pueblo. ¿Tú no tienes amigos? ¿No tienes patria?

—No, yo no tengo amigos. Mi patria es la tierra que piso, el aire que respiro. Yo solo te tengo a ti, eres todo para mí.

Armonía bajó la cabeza, triste, tan agradada como contrariada. Enamorada. Y la irguió para mirarle fijamente a los ojos.

—¿Qué piensas, mujer?

—Hum... Imaginaba cómo te quedaría el pelo corto —contestó ella, y le ladeó la salvaje melena hacia un lado.

Ares la miró de soslayo, sin entender. Solo los sarasas y los hombres que se hacían llamar civilizados, machos de decoro, domados ellos en jerarquía, realizaban tales tonterías para agradar y destacar entre los demás. Para luchar, no le era necesario agradar; y para matar, menos. Todo ello pensó, pero no dijo nada.

—Has amado a muchas mujeres, ¿por qué me persigues a mí que no puedo amarte? —le preguntó Armonía.

—He estado con cientos, quizá miles... Pero con ninguna sentí temblar mi alma como cuando beso tu boca, escucho tus palabras o acaricio tu cuerpo. Solo tú, Armonía, podrías amar en verdad a este salvaje. Solo tú, que estás llena de amor y bondad, apagas esa sensación constante de ira que siempre me devora. Soy feliz ante esos hoyuelos que marcas en tu hermosa sonrisa. Me haces humano como nunca fui, y eso me colma. Por eso te persigo, por eso te perseguiré por siempre —susurró Ares, y se acercó más.

Armonía apoyó la frente contra la suya. Él acarició la rubia melena, le levantó la cabeza y cruzó su mirada con la de ella. Acto seguido, rozó sus labios hasta acabar ambos fundidos en un beso de amor que avivó las llamas de la hoguera ante la mirada penetrante de los lobos.

LAS CURAS DE FILISTEO

Con la tibia luz del alba, la escarcha de la noche comenzó a fundirse humedeciendo las sendas del bosque. Armonía descendió de la montaña, sujetándose a las ramas de los árboles, encantada ante cada criatura que surgía con el rocío de la mañana. Su cara reflejaba la jovial expresión del amor, la alegría de saberse amada, de sentir cada poro de su cuerpo suspirar colmado de felicidad.

—¿Dónde has estado? —escuchó nada más posar los pies en el campamento, como si de un reproche se tratara, y su rostro perdió la sonrisa.

—¡Artemisa! ¡Tú aquí!

—¿Por qué te sorprendes de verme? ¿Dónde sino con mis hermanas? Pero... ¿A qué hueles? Ese aroma tan penetrante... es... ¡Has estado amando a un hombre!

Armonía apenas pudo sobreponerse a tanta pregunta. La gran cazadora se hallaba frente a ella, acompañada de Mirina, escrutándola toda, penetrando en sus pensamientos, en su intimidad.

—¡Has estado con ese salvaje! —exclamó Artemisa.

—¡No! —respondió Armonía.

—¿No? —insistió la gran cazadora, incrédula.

—Bueno, sí —asintió Armonía.

—¿Sí? —preguntó una atónita Mirina.

—Sí, ¿acaso no puedo amar a quien desee? —replicó Armonía.

—No —respondió su hermana.

—Sí —confirmó ella.

—Mejor dejadlo... Ya hablaremos más tarde. Ahora lávate, todo tu cuerpo huele a lujuria —ordenó Artemisa.

—¿Te molesta que pueda amar a un hombre? —preguntó Armonía.

—No, me molesta tu actitud —respondió la gran cazadora, y se dio media vuelta para dejar a las dos hermanas a solas.

—Pero, ¿qué estás haciendo, hermana? —preguntó Mirina, con enfado, los labios prietos y una mano en el costado.

—Me mentiste, ese salvaje no te violentó, ni a ti ni a Elaya. Vosotras cabalgasteis sobre él, reclamando más como zorras en celo —le contestó Armonía, y se dirigió hacia su tienda, ante la mirada y el gesto fruncido de Mirina.

Ares llegó al campamento aqueo con el mediodía. Su confusa mente se hallaba colmada de satisfacción, su cuerpo sudoroso pedía una tregua a grandes bostezos.

—Amigo, salimos al atardecer. Los troyanos de todo nos han servido. El rey Ilio estuvo esperando tu divina presencia —le dijo Marcial, cruzándose en su paso.

—Yo descansaré hasta que despierte, más tarde os seguiré —le cortó Ares.

—¿No vienes con nosotros?

—No, preciso dormir y comer. Y dormir... y un gran cuenco de vino.

—Se te ve agotado. ¿Tuviste algún percance?

—Anduve de caza tras un jabalí. Los lobos me acecharon y tuve que compartir mi presa; pero no bastó y duro batallé durante toda la noche.

—Celebro que te encuentres bien. Mas la sangre de tus enemigos no mancha tu piel... No debían de ser muchos —comentó Marcial, mirando expectante.

—Pero necesité de toda mi fuerza. No me dejó descansar en toda la noche con sus embestidas. Todo mi ser se vació y en guardia estuve hasta que amaneció.

—Por Zeus, ¿quizás un gigante cíclope, un monstruo de dos cabezas o un demonio de Anatolia?

—Algo así. Una hermosa criatura que no paraba en su empuño por devorarme. Ahora deja que descanse, repuesto he de hallarme por si vuelvo a encontrarme con ella.

Ares continuó sin más su camino, dejando al general con una sonrisa perpleja.

Cuando llegó a su tienda, vio la esterilla bajada, con una piedra que la sujetaba al suelo. Alzó el entrecejo, se ladeó y penetró en la de Gánímedes, que vacía se encontraba. Colocó los brazos tras su cabeza y observó el techo de lona. En su mente, solo hallaba los besos de su amada Armonía. Y quedó dormido.

Por su parte, Marcial anduvo hacia su propia tienda, mientras observaba los preparativos para partir. El tiempo era bueno, el sol radiaba espléndido. Los soldados se hallaban fuertes, bien alimentados y descansados. Nada parecía entorpecer la empresa y su objetivo seguía fijo en su mente. Y pensó en Hécate y Némesis. ¿Habrán alcanzado ya su destino?, se preguntó.

—¡Morgo! —exclamó alzando la esterilla.

Su fiel y musculado hombre negro sin lengua entró tras él y se acercó con la cara en alto.

—Ares se encuentra agotado, muy agotado...

—Señor —les interrumpió Prometeo.

—Dime, mi buen capitán —contestó Marcial.

—El rey Ilio pregunta si deseamos complacientes efebos y hermosas mujeres, de gran resistencia y arte, para satisfacción de la tropa.

—Sí, claro —murmuró Marcial.

—Su fiel Filisteo se halla repuesto, desea hablar con su general.

—Mejor no. Ya no es mi consejero de placeres. ¿Has visto su rostro? Que se dedique a otros menesteres; quizás acicalando efebos, le encantará.

—¡Mi señor! —exclamó el joven Filisteo, entrando en la tienda sin avisar, con prisa y ocultando su rostro con un velo que le cubría la cabeza y la parte quemada de la cara. Y se acercó al general con toda la confianza.

—¡Alto! —le ordenó Marcial.

—Pero... —murmuró Filisteo.

—Morgo, saca a este sarasa de aquí —ordenó Marcial, y se volvió ignorando a su amante olvidado.

Al momento entró un efebo de rubia melena ensortijada, de anchas espaldas y delicados ojos, de grandes manos y piel suave, portando un cuenco colmado de aromáticas infusiones y pastas de leche, sonriendo feliz.

Filisteo entendió y su corazón se contrajo. Su distinguido lugar junto al general había sido ocupado por otro joven ahora, más hermoso.

—Marcial... —murmuró conforme sus ojos se nublaban.

El general tomó una pasta y la comió lentamente. Y lanzó una mirada a Morgo, dando un leve golpe de cabeza.

—¡Llévatelo! —ordenó.

—¡Marcial! —gritó Filisteo, para caer de rodillas en llanto.

Filisteo se sintió desgraciado y despreciado. El fuego había marcado para siempre su rostro. Comprobó que, para su amado general, ya no era un atractivo joven de delicada piel y labios sinuosos, sino un monstruo. Golpeó el suelo con los puños, se arrancó el velo y alzó su cara horriblemente desfigurada para romper a llorar entre gemidos y gritos.

—¡Márchate ya! ¡No molestes a mi general con tus llantos de mujer! —le exclamó el joven de rubios ricitos, con voz aniñada, chirriante y molesta.

Filisteo saltó sobre el cuello del joven, apretando fuerte con las manos, descargando su frustración y rabia. El nuevo, con los ojos desorbitados, apenas pudo gemir mientras veía cómo su entorno se oscurecía sin apenas poder respirar. Del inesperado envite, salieron de la tienda y cayeron a tierra, rodando. Devorado por la locura, Filisteo le golpeó duro la cabeza contra una roca, sin dejar de apretar, de asfixiarle, salpicándolo todo de sangre y esparciendo su cerebro.

Morgo trató de separarle de su víctima mientras seguía con su locura, sin poder, tal era la fuerza con la que apretaba y su ciega ira.

Marcial salió de la tienda, seguido de Prometeo, expectante ante lo que acontecía.

El cuello del joven de rubios ricitos crujió con un sonido sordo entre las manos de Filisteo. El silencio lo inundó todo y la mirada enfurecida de Marcial penetró en los ojos hendididos de su amante despechado, para desviarla sobre el cadáver.

—No quiero volver a verte —dijo Marcial, con un profundo desprecio.

—¡Mi general! —exclamó Filisteo, y fue consciente de su brutal crimen.

Se miró las manos y volvió la cabeza hacia Prometeo, ante Morgo, a la guardia que alrededor observaba y, finalmente, hacia Marcial. Y lloró, inclinándose sobre el cadáver, alternando la vista entre su general y la cabeza destrozada de aquella víctima inocente.

—Me has robado vilmente la vida de tan bella criatura. ¿Cómo te has atrevido? —le recriminó Marcial—. Morgo, azotadle y lanzadle a la soldadesca, o mejor a los lobos... ¡Maldito sea por siempre!

—No, mi amado general... No... —sollozó Filisteo, mientras era arrastrado por dos soldados de la guardia.

Morgo tomó en sus manos un largo látigo de cuero, terminado en una punta de siete colas espinosas, y les siguió con paso firme.

—¡Y traedme otro efebo, el más joven, rubio y hermoso de los que lleguen de Ilión! —exclamó Marcial.

Luego, escupió en el suelo, observó por un momento el cadáver y entró de nuevo en su tienda, con una sonora maldición.

Los sangrantes chasquidos resonaron en todo el campamento, acompañados por los tremendos gritos de dolor y pena de Filisteo. Con mano firme y ojos alegres, Morgo le fustigaba sin piedad, arrancando largos jirones de piel.

De pronto, una mano sujetó su muñequera.

—¡He dicho que quería dormir! —le espetó Ares.

Acto seguido le arrancó de la mano el látigo para doblarlo y meter su extremo, de un fuerte golpe, en la boca de Morgo, saltándole los incisivos y las lágrimas. Y de una patada lo lanzó doce pies más allá, estrellándolo contra el capitán de la guardia.

Ares miró a su alrededor y se hizo el más absoluto silencio. Insistió con su mirada, irritado, y regresó a la tienda de Gánímedes. Apenas se acostó, sus leves ronquidos se hicieron escuchar de nuevo.

Nadie más alzó ruido alguno.

Morgo quedó en el suelo, con la mirada fija en la tienda de Ares y la mano tapando la sangre de su boca.

El desmontaje del campamento prosiguió con delicadeza y esmero. Y la gran columna de lanceros, carros y caballos desapareció de aquel lugar camino a los montes Pónticos. Solo quedaron restos dispersos y hogueras humeantes. El joven Filisteo fue olvidado. Allí quedó como carnaza para lobos, atado al poste de tormento, de pies y manos, con la espalda destrozada, llorando sin atreverse a alzar el llanto.

Unos fuertes gruñidos, seguidos de agudos chillidos, despertaron de nuevo a Ares. Tomó su afilada espada y salió agitando la cabeza, con ganas de matar a quien fuera. La noche había caído y miró a su alrededor. Algunos zorros y chacales rondaban sin acercarse mucho, buscando entre los montones de basuras y restos de comida. Un clan lobuno se acercó al trote hacia un poste. Y escuchó un grito descarnado.

Entonces, surgidos como un rayo traidor tras su tienda, cinco hombres se lanzaron sobre él. Desvió el bronce del quinto, el cuarto hizo mella en su brazo y el tercero rozó en la cima de su hombro. El segundo y el primero quedaron muertos, con el pecho abierto. Con un ágil salto hacia atrás, esquivó las nuevas punzadas que buscaban su vida y, con un certero golpe de espada, las tres astas quedaron sin bronce y dos cuerpos abiertos de la cadera a los hombros.

Entonces pudo ver a Morgo y, en su sorpresa, cedió un esquivo momento. El justo para que el gigante negro le apresara del cuello y, con la otra mano, atenazara la muñeca que mantenía la espada. Con una terrible patada al aire, mientras sentía la voraz presión que apenas le dejaba respirar, reventó la nariz del último adversario que se le echaba encima.

Morgo le sacudió al aire, sin dejar de apretar, tratando de aplastar su cuello, y le inmovilizó entre sus fornidos brazos. Después le golpeó duro en la cara con la cabeza, por cuatro veces seguidas.

La sangre manaba por la brecha de la frente de Ares, de su pómulo derecho y de la boca. Y se sintió ir por unos momentos. Al quinto golpe, el guerrero divino mordió con fuerza la nariz de aquella mole negra que pretendía acabar con él a cabezazos y el gigante le soltó con un grito ronco.

Ares escupió la nariz al suelo.

Morgo se lanzó sobre él exhibiendo un largo puñal que sacó de su cinto; gritando roncamente y con un brazo buscando de nuevo el cuello de Ares, el cual dio media vuelta al aire, dejando desfilas la hoja de su espada, y el cuerpo del gigante negro cayó convertido en dos mitades; una inerte y la otra, manoteando torpemente, intentando contener sus entrañas y dando golpes de cabeza contra el suelo.

—Te dejaron sin lengua. Ahora yo te dejé sin nariz... y sin vida —concluyó Ares.

Pero apenas pudo recrearse en aquella visión, ni pensar qué estaba ocurriendo; un grito de horror, agudo como el de una joven mujer, llamó su atención de inmediato.

Observó con paso lento el proceder de aquellos alaridos y hundió su espada en el hombre al que había reventado la nariz, el cual trataba de levantarse, como si nada fuera. Escuchó un nuevo grito y corrió hacia aquel poste, espantando a los lobos, tantos como habían llegado, a voces, y agitando su espada de lado a lado.

Los cánidos salvajes desaparecieron, para trotar entre los despojos del campamento y cernirse sobre los restos de Morgo y de los demás muertos.

Para sorpresa de Ares, en el poste permanecía atado Filisteo, con las profundas marcas de mordeduras en las piernas y los glúteos; con la espalda en carne viva, hecha jirones por el látigo.

Se acercó y miró a todos lados, con el mentón estirado.

—Mi señor... ¡Piedad! —exclamó el joven, en su pena.

Ares estudió aquel rostro desfigurado.

—¿Piedad? —preguntó. Y se volvió hacia atrás—. ¡Ratón!

—Sí, mi señor —preguntó Ganimedes, asomando la cabeza por la tienda, con un ojo abierto y otro cerrado. Había sido todo tan rápido y se hallaba tan agotado, que de nada se había percatado en su sueño hasta oír en alto aquel nombre.

Una fuerte bofetada en la cara le hizo bailar de lado a lado, hasta caer sentado. Y tragó saliva conforme acariciaba el escozor, observando aterrorizado cómo los lobos devoraban aquella mole negra partida en dos.

—Lo siento señor, no volverá a ocurrir. En guardia he de estar siempre... Sí, sí... —dijo Ganimedes, comprendiendo la gravedad del asunto.

Ares había vuelto a salvarle la vida al proteger la suya propia. Sin duda aquellos asesinos también habrían acabado con él, pensó.

—Aviva esas llamas, comamos algo —dijo Ares, y caminó rascándose la cabeza con un largo bostezo, para sentarse ante los restos de una tímida hoguera.

Ganimedes avivó el fuego con unas ramas y buscó algo de comer en la tienda. No encontró nada. Salió malhumorado y se dirigió hacia los restos de un caballo de carga, devorado por lobos y chacales. Arrancó parte de los cuartos traseros, bajo la atenta mirada de Ares. Acto seguido rebuscó entre los restos del campamento, de arriba abajo, hasta que halló unas olivas en una vasija, unos trozos de queso enmohecido y algo de pan duro en una taleguilla. Y un cuenco roto que mantenía en su interior cuatro dedos de vino.

Tras asar bien y tragar toda aquella carne, Ares devoró cuanto Ganimedes llevó a la hoguera y bebió de un trago todo el vino, derramando parte por la comisura de sus labios y manchándose el pecho.

—¿Y tú joven sirvienta? No la veo. ¿Acaso aún duerme? ¿Tanto la gozaste?

—Yo... esto... No lo sé, de nada me enteré cuando se fue —aseguró Ganimedes con cierta pena—. Es esclava del capitán Prometeo, a él sirve, a él pertenece. Elena es su nombre, y es pura como el agua cristalina.

Ares alzó las cejas y gruñó frotándose las manos en el cuero de sus calzones. Tomó una tira de carne caída en el suelo y se la metió en la boca para degustarla lentamente.

—¿Busco más? —preguntó Ganimedes, sorprendido por tan abultada pitanza.

—No —contestó Ares, y dio por terminada la cena con un sonoro eructo.

Mientras Ganimedes desmontaba la tienda, el salvaje guerrero recogió su espada y la envainó, tomó su yelmo de crines de león y la larga lanza. Observó lo poco que quedaba de Morgo y estiró el mentón. Después anduvo ligero hasta llegar al poste del que colgaba Filisteo. Se fijó de nuevo en su rostro deformado, miró a los lobos que deambulaban cerca, impacientes por que marchara, y esperó.

—¿Ya dejaste de llorar? —preguntó al ver que no llegaba súplica alguna.

—No rogaré más por mi vida, no quiero vivir. De mí han hecho un monstruo que espanta al más valiente. Mi belleza la consumió el fuego, y la llama de mi corazón, mi propio general. Dispuesto me hallo ante la Parca cierta, mátame o deja que los lobos acometan contra mis carnes. Ya nada me importa —sollozó.

Ares se acercó, templó la daga de su cinto y cortó las ligaduras.

El muchacho se estrelló en el suelo, sin apenas fuerzas, y trató de alzarse. Cayó de nuevo por dos veces más ante la mirada del salvaje guerrero, que nada hizo por ayudar.

—Toma mi escudo y mi maza, espera a Ratón con mi tienda y enseres y sígueme. No te retrases o desearás que los lobos hubieran arrancado tus tripas —le dijo altivo, con su voz grave.

Filisteo levantó la cabeza, tras unos momentos de duda, y corrió trastabillándose hasta las tiendas de campaña. Ganimedes se apartó para no chocar en su camino. De un tirón arrancó la lona para doblarla con cuidado, y tomó las dos mantas de su interior y la linterna.

De pronto, alzó la cara, aterrado.

Un lobo se le acercaba, venteando la sangre de sus heridas.

Una gran piedra se estrelló fuerte contra el lomo del cánido, que salió corriendo con el rabo entre las patas. El joven ladeó su mirada y vio a Ares; le esperaba impaciente. Agilizó su tiempo e hizo un pequeño paquete con todo, para cargarlo en su espalda con un lastimoso quejido; le dolía todo el cuerpo. Luego, tomó el escudo y se lo colocó al lado. Fue a alzar la maza, pero pesaba demasiado para su brazo cansado. Por dos veces lo intentó saltando lágrimas de sus ojos. No pudo. A la tercera, la mano de Ares impidió el esfuerzo con un gruñido.

El salvaje guerrero, ayudado por Ganimedes, le sacó todo de encima, sin dejar de mirarle a los ojos como si nada fuera, y lo colgó en la mula, con paciencia y cara de pocos amigos. Solo le dejó la lanza, para que la usara como improvisado bastón.

—Iremos a ver a una amiga, ella curará tus heridas... Quizás sobrevivas, si esos lobos no andan rabiosos.

—Gracias, divino guerrero; gracias, divino guerrero —repetía Filisteo una y otra vez, sacando fuerzas de flaqueza.

* * *

Siguiendo sus propios planes y tras estudiar bien la columna de Marcial, las hijas de la luna recogían el campamento, revisaban los víveres y abrevaban a las bestias. Habían decidido regresar a las montañas Pónticas, donde pensaban frenar las intenciones de Marcial. Así lo ordenaban sus reinas Armonía y Mirina.

—Marchan confiados por las orillas del Euxino. Pero en cuatro días deberán ascender por los picos del Águila; allí podremos darles un primer zarpazo —expuso Armonía.

—El siguiente será en los estrechos del Ponto, donde el paso se cierra, donde no podrán desplegar sus tropas —aseguró Mirina.

—Debemos aprovechar su desconocimiento del terreno y golpear duro. Solo así podremos vencer sin provocar numerosas bajas entre nuestras hermanas —apuntó Armonía.

—Venceremos —aseguró Mirina, y se volvió para buscar sus armas y montura.

Armonía vio a su hermana alejarse.

De pronto, una pequeña piedra chocó contra su cabeza y se volvió con enfado y con la mano posada sobre el mango de su espada. Sorprendida, vio la cara de Ares tras un espeso matorral y entreabrió la boca sin saber qué hacer ni decir.

El guerrero le hizo gesto con la mano, para que se acercara. Ella negó con el rostro enjuto. Y él insistió, alzándose un poco más. Armonía miró a todos lados y avanzó, temiendo que le descubrieran.

—Pero, ¿qué haces? ¿Estás loco? —le espetó, escondiéndose tras el seto.

Entonces su vista se perdió en aquel joven que, maltrecho, cubierto de sangre y heridas, se ocultaba de su mirada.

—Por la gran Cibeles, ¿qué le has hecho?

—Nada... Así lo hallé, quizás puedas hacer algo por él.

—Comida para lobos era —confirmó Ganimedes, asomando un poco más atrás.

Armonía les miró a los dos y a aquel desconocido con la cara deformada por las quemaduras. Remugó unas palabras indecibles, revisó de inmediato las heridas, conmovida ante la juventud y las lágrimas de joven efebo, y observó detenidamente su cara, sin molestarse, acariciando sus mejillas.

Ares volteó de pronto al joven Filisteo, como si un saco fuera, mostrándole la espalda a Armonía, que vio las marcas del látigo.

—¿Podrás ayudarle? —preguntó.

—Sí —contestó Armonía—. Debo llevarlo con Sria. Ella preparará las pócimas que eviten la pestilencia de sus heridas, para que cicatricen rápidamente.

—Deja que te ayude —dijo Ares, alzando a Filisteo en sus brazos.

—¿Estás loco? Si te ven aquí te matarán, y después a mí... ¿No piensas? Estás con el enemigo, eres nuestro enemigo... ¡Oh! ¿Qué estoy haciendo? Dame y vete ya, que se apoye en mi hombro.

Filisteo la miró tan atónito como embelesado por su belleza. Se dejó llevar, apoyado en ella. Miró un momento atrás para ver la expresión de un Ares satisfecho y volvió a estudiar el rostro de aquella noble mujer que le socorría.

Apenas habían andado unos pasos por el campamento, buscando a la fiel Sria, cuando se encontraron a Mirina de frente.

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace aquí?

Armonía resopló mientras pensaba qué decir.

—Mi nombre es Filisteo... El favorito del general Marcial fui hasta que el fuego consumió mi belleza y marcó mi destino. Agravado y fustigado fui, abandonado como carnaza para lobos —murmuró el joven efebo, alzando la cara con los ojos poblados—. Recuperado el resuello, marché como puede, buscando favor... En manos de esta hermosa y noble mujer lo hallé.

—¡Por los dioses, qué horror! —exclamó Mirina al ver su rostro quemado, manchado de sangre y lágrimas.

—¡Sria! —gritó Armonía al verla asomar—. Ven, mi querida amiga; tú que más sabes de artes de medicina, socorre a este joven esclavo... Que de males le colmaron.

—Yo repondré su cuerpo —aseguró Artemisa, surgiendo de las sombras, observando a Armonía con una mirada sabia—. Sria, trae agua caliente y paños.

La gran cazadora alzó a Filisteo entre su brazos, como si nada pesara, ante el silencio de todas. Anduvo hacia el bosque, hasta llegar a un resguardo de roca, donde permanecía una pequeña hoguera y una gruesa manta hecha de pieles de oso, y en ella lo dejó. Lo desnudó por completo, lanzando a la hoguera que les calentaba aquel chitón manchado de sangre y hecho jirones, los calzones mojados y las muñequeras y adornos que prendían del joven.

Todo ardió bajo la atenta mirada de ambos.

Armonía se acercó, acompañada por su hermana.

Sria trajo agua caliente y musgo hecho papilla azulada. Luego, lavó el cuerpo del joven con suaves friegas de agua templada, mientras con esencias de regaliz y hierbas del bosque la gran cazadora atendía las heridas provocadas por el azote del látigo y el colmillo del lobo.

—No es grave, su cuerpo sanará —aseguró Artemisa—. Su corazón es otro cantar, no cicatrizará fácilmente. Aunque su mente se colma de odio, aún ama al hombre que destruyó su vida.

Armonía alzó las cejas mientras apretaba los labios.

—¿Qué nos puede decir de Marcial? Si era su esclavo de placeres mucho sabrá, y bien nos iría —apuntó Mirina.

—Déjalo descansar. Cuando repuesto se halle, entonces dirá —afirmó Armonía, acariciando las cálidas mejillas de Filisteo, el cual permanecía en silencio, sintiéndose a salvo entre aquellas mujeres, lobas temidas.

La gran cazadora comenzó a repasar cada latigazo con la pasta de moho, regaliz y hierbas que había preparado pacientemente; y también las mordeduras producidas por los lobos. Finalmente, cubrió cada herida del cuerpo del muchacho con apósitos y vendajes.

—Sria, tráele un buen asado, sin duda tendrá hambre —afirmó, dando dos palmadas sobre pecho del joven—. Y algo de ropa que cubra su cuerpo. No es propio que desnudo se halle ante las nuestras; macho es, aunque para ser sarasa bien armado está.

Mirina alzó el entrecejo con una mueca contrariada. Asintió y cruzó los brazos.

—Devota protectora de putas y esclavos... Así te consideran los aqueos. Malditos ellos, razón tienen —expuso la reina pelirroja.

—Para dioses que les prometen oro y gloria, ya se halla el Olimpo —respondió Artemisa, con cierto enojo—. Quizás tú también a Zeus, dios de dioses, deberías realizar hecatombes; o mejor a Ares, azote de mortales, pues de sus favores bien gozaste como vaca en celo.

Con un gruñido, Mirina dio la vuelta y marchó dando una patada a un pequeño tronco.

Por su parte, Armonía se sentó junto al joven y acarició su melena hacia atrás. Y limpió el sudor de su frente.

—Tú eres aquella por la que Ares suspira, no hay duda. Colmada de nobleza, tu hermosa mirada desnuda de ira a cualquiera... Incluso a él, el más odioso y atroz de los hombres, de los dioses del Olimpo. Ten cuidado con Marcial, yo sé que os quiere matar a todas —dijo el joven con una pequeña sonrisa y quedó dormido, dando un leve quejido, presa del dolor y el cansancio.

EL PICO DEL ÁGUILA

Con paso ligero y sigiloso como una pantera, Ares ascendió hasta la cima del pico del Águila, un escarpado monte desde donde se apreciaba la grandiosidad de la cordillera del Ponto y el azul del mar Euxino. Y también la senda que se adentraba en el reino de las hijas de la luna. Las rachas de viento mecían sus largos cabellos a ambos lados mientras estudiaba su entorno, cada sonido que la montaña llevaba hasta sus oídos.

Pronto divisó la columna de antorchas que marcaba aquel amanecer, alumbrando el camino del ejército de Marcial. Y también se percató de los pasos taimados de las guerreras que les acechaban en la oscuridad del bosque. Observó detenidamente la gran pendiente que se elevaba ante los lanceros aqueos, hasta alcanzar un extenso valle en las cotas superiores de aquellas montañas. Y supo que allí serían presa.

—No deberías estar aquí, todo peligra con tu presencia —escuchó de pronto tras él—. Regresa a tus tierras de Lacedemonia a ejercitar tu brazo o a las tierras de la vieja Europa, a matar inhumanos. Quizás mejor a Tracia, donde disfrutarás de cientos de batallas, donde tu hija Pentesilea cabalga como reina.

Ares gruñó sin dejar de observar el paso del ejército aqueo, y se volvió lentamente.

—Esa loba rubia no es mi hija. Vete —le ordenó con su voz ronca.

—Lo sé. A ella así le gusta creerlo y disfruta con ello. ¿Acaso te molesta mi presencia?

—Artemisa, solo tú me sorprendes como si un cervatillo fuera. Ya es la segunda vez. Tienes ese irritable don. Pero debes saber que un día podría resultarte fatal acercarte a mí de estas formas —respondió.

—Armonía te ama de verdad. Mas nunca será concubina de nadie, ni mujer cualquiera. Mucho daño le harás. Es mejor que la dejes ahora —le dijo Artemisa, acercándose hasta llegar a su altura. Y fijó su vista también en aquella columna de antorchas—. Si no, cuanto más avances en su corazón, más grande será su herida.

—No he de dejarla, reina mía ha de ser —gruñó el salvaje guerrero.

—No es posible. Bien lo sabes, hijo de Zeus.

—No soy hijo de Zeus.

Por unos momentos quedaron en silencio.

Decenas de aves salieron del dosel volando, dando fuertes silbidos. Los ojos de ambos se volvieron hacia el bosque que se extendía bajo sus pies.

—Una gran batalla se acerca —aseguró Artemisa.

—Sí, eso parece... Marcial es buen general, sabrá que la loma que le lleva hasta ese valle es un punto conflictivo —apuntó Ares.

—Armonía es sabia guerrera, seguro que buena será su estrategia. Me sorprendes, no te veo dispuesto para la batalla. ¿No participarás en el baño de sangre? —preguntó Artemisa.

—No. Yo no lucho contra mujeres. No es digno de mí, por muy bravas que sean —respondió el salvaje guerrero.

—No digas sandeces, a mí no puedes engañarme. Todo matas, nada te importa. Temes dañarla, encontrártela en la batalla —sonrió la gran cazadora.

—¿Tú no batallas por las tuyas?

—Solo debería hacerlo si tú lo haces. Dejemos que encuentren su camino, que creen su propio destino gracias a la pericia. Será entretenido. Además, no me necesitan, confío en ellas —añadió Artemisa.

Ares asintió e hizo un gesto de expectación ante la batalla que se avecinaba. Se colocó de cuclillas, observando la senda de antorchas y los movimientos del bosque.

La gran cazadora avanzó un paso, situándose al filo del precipicio, con la mirada al frente y el viento arremolinando sus largos cabellos blancos.

—Ares, si en verdad la amas, márchate de aquí. Déjala crecer sin miedos, no le ofrezcas esperanzas vanas ni una vida que no podrá vivir —insistió la gran cazadora.

—¿Miedos? ¿Esperanzas? —preguntó Ares.

—Inocente ella, sufre por tu suerte. Y sueña con un futuro en paz, a tu lado... ¡Eso es imposible! Bien lo sabes. Naciste bañado en sangre de titanes, en el campo de batalla, como tu hermana Atenea, la de ojos de lechuza; con la lanza en la mano y dando un terrible grito de muerte. Guerrero atroz eres y siempre lo serás. Zeus así lo quiso en su ingrata soberbia. Por siempre buscarás la guerra, revolcándote en las entrañas de engreídos mortales, hasta el día en que el Olimpo te reclame. A tu lado, solo el horror conocerá. La harás muy desgraciada... ¡Déjala!

—¡No! —exclamó Ares con su ronca voz, volviendo la vista ante Artemisa, con un destello rojo que pareció inundar de sangre sus pupilas azules.

—¿No? —preguntó la gran cazadora.

—No. Si Armonía quiere paz, pues paz le daré.

—¡Ja! —exclamó Artemisa.

Un terrible crujido resonó en el bosque.

—Empieza la batalla, Armonía no esperó a que Marcial iniciara el ascenso. No me lo esperaba —comentó Ares.

—Tu general no puede desplegar su ejército en tan angosto camino. Le ha sorprendido por la retaguardia. Le empuja para que ascienda. Destruirá las formaciones de carros con los víveres y esclavos —aseguró Artemisa.

—Si Marcial avanza para evitar el acoso, se precipitará.

—Sí, se expondrá en una ofensiva cuesta arriba que en nada le conviene —contestó la gran cazadora—. ¿Qué crees que hará?

—Es buen general. Cubrirá la retaguardia, no iniciará una escalada.

—Ya veo —aseguró Artemisa, viendo la enorme columna dirigirse cuesta arriba.

—Hum... Piensa que todas las guerreras están abajo y quiere alcanzar la cima, el gran valle, para batallar con ventaja. Se equivoca, sin duda le espera una sorpresa arriba, ¿verdad?

—Mirina —confirmó Artemisa, con una extraña mueca en sus labios.

En aquel angosto camino, donde la columna de guerra de Marcial no podía superar un ancho de cinco hombres y apenas un carro podía pasar; Armonía castigaba con dureza a los hombres de armas de la retaguardia. Por los costados, cientos de saetas salían disparadas desde el claroscuro del bosque, mientras las carrocerías de los víveres eran incendiadas sin que los aguerridos aqueos pudieran impedirlo; romper su formación de lanzas y escudos era sucumbir en aquel estrecho corredor.

—Hemos de alcanzar rápido la cima, no está lejos. El valle jugará a nuestro favor, podremos desplegar a nuestros hombres y ellas avanzarán cuesta arriba —esgrimió Prometeo, a la altura de media cuesta.

Marcial observó por unos momentos el rostro acelerado de su capitán, y negó con una sonrisa contenida.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el general, y quedó observando—. Prometeo, no seas insensato. Seguro que arriba nos esperan. Esto harás, pues más no hemos de subir: toma dos compañías de los leones de Micenas, penetra en el bosque y desciende rápido hasta nuestra retaguardia; oculta bien a tus lanceros en la senda que hasta aquí nos trajo, y permanece atento con las afiladas picas prestas.

—¿Qué hacen? —se preguntó Artemisa.

—Parece que Marcial no quiere subir. Ha frenado el ascenso y manda tropas... ¡Para rodear a Armonía! —exclamó Ares, levantándose.

—Mirina le obligará a atacar —apuntó la gran cazadora, quedando a la expectativa.

—No creo, la columna se ha abierto; abandonan el camino, se están desperdigando por toda la montaña. Buscan el cuerpo a cuerpo —dijo el salvaje guerrero, preocupado.

—Vaya, parece que ese Marcial es un buen general. Sabe que arriba le esperan.

—Buena estrategia. Así no podrán cebarse en ellos tus arqueras, ni embestir frontalmente con piedras, troncos y la caballería. Armonía está en peligro. No sabe que Marcial ha mandado lanceros que descienden bordeando la montaña. Con la columna estancada en la senda y sus soldados ocultos en el bosque, Mirina no podrá descender para socorrerla.

—Marcial ha ganado esta batalla, Armonía morirá —apuntó penosamente Artemisa, con oportuna tristeza, sacudiendo la mente del salvaje guerrero.

—No, si yo puedo impedirlo —saltó Ares, y corrió veloz.

Artemisa alzó las cejas con resignación. Luego, se volvió para observarle trotar montaña abajo. Sacó su arco de astas y le siguió rápidamente.

Mirina observaba oculta en la cima, impaciente.

—¿Qué hacen? Pararon, no continúan en su ascenso —se preguntó la reina guerrera.

—Algunos están descendiendo, acorralarán a Armonía si no lo percibe —apuntó su capitán Elaya.

—¡Fuego! ¡Lanzad las saetas de fuego! —ordenó Mirina.

Una nube de flechas con las puntas en llamas inundó el cielo, cayendo sobre el bosque y las primeras filas de la columna de Marcial.

—Están demasiado lejos aún, se cubren bien. Las saetas no hacen mella y nos delatan —dijo Elaya.

—Saben que estamos aquí, por ello pararon. Espero que mi hermana tenga los ojos abiertos.

En la batalla de retaguardia, a pie de monte, carros y enseres ardían presa de las embestidas de las guerreras de Armonía. Los soldados aqueos permanecían replegados, con sus largas lanzas extendidas al frente, evitando la proximidad; cubriendo sus cuerpos de las mordaces saetas con los escudos de bronce y sacudiendo mortales punzadas.

—¡Mi reina! —gritó Sria, señalando al cielo.

La joven reina alzó la vista y vio las saetas, como estelas de humo lejano que caían sin rumbo. No buscaban un enemigo cierto, sino ser vistas.

—¡Sria! ¡Salgamos de aquí! —gritó Armonía.

La capitán de la Guardia Real de Temiscira se volvió y gritó en alto, saliendo al trote por aquella estrecha senda; todas sus guerreras la siguieron. Armonía trotó frente a las numerosas lanzas que la apuntaban y volvió a mirar en la distancia las saetas que seguían cruzando el cielo, indicando que algo no había funcionado. Su caballo negro saltó con los cuartos traseros, agitando sus patas delanteras al aire, y galopó veloz, dejando atrás a la columna de picas y los carros en llamas.

Los lanceros de Prometeo llegaban en ese momento, y corrieron tratando de cortarles la salida, gritando al verlas pasar galopando por la senda. Al ver que no podrían llegar a tiempo para preparar la emboscada, que huían, lanzaron sus venablos. Sin suerte. Las lobas habían logrado huir por muy poco. Y el capitán maldijo apretando el puño.

El bosque, la montaña, quedó en silencio.

La batalla terminó.

En su precipitada huida, de pronto, las guerreras de la Guardia Real de Temiscira se hallaron de frente ante Ares, que corría con la espada templada en una mano por la estrecha senda. Armonía se armó rápidamente, sorprendida y confusa. Y quedó atónita al ver llegar tras él a Artemisa, que prácticamente chocó con la espalda del salvaje, al frenar este de golpe.

—¡Ares! ¿Artemisa? —soltó Armonía, sin entender qué hacían juntos corriendo por aquella senda.

—¡Rodea el pico del Águila! Los aqueos se han abierto por el bosque, hallarán pronto los pasos del sur y alcanzarán la cima sin exponerse. Tu hermana Mirina estará entonces en peligro —dijo rápidamente Ares, como burda justificación, ante los ojos de todas y la penetrante mirada de Armonía.

—Lo sé, por ello avanzaba veloz —contestó ella.

—¡Pues ve, no tardes! —exclamó Artemisa, apremiándola.

Armonía trotó ante ellos, con la vista ida sobre Ares y dirigiendo, luego, una mirada interrogativa a la gran cazadora mientras se alejaba. Pero nada se dijeron. Con un golpe en los costados, la reina de Temiscira apremió a su montura y comenzó un rápido galope.

—No deberían vernos juntos, confunde sus mentes —expuso Artemisa, viendo alejarse a las guerreras.

—Creo que no estaba vencida, Marcial no ganó la batalla —respondió Ares.

—Armonía sabe cuidarse, no necesitaba de tu espada —expuso la gran cazadora.

—Marcial alcanzará la cima y Mirina se verá obligada a retroceder. Armonía no malgastará vidas en campo abierto, cuerpo a cuerpo, sin ver una victoria clara.

—Sí, se retirará para preparar una nueva estrategia. Ares, ¿hubieras matado a tus guerreros por defender a Armonía, hoy tu enemiga?

—No son mis guerreros y Armonía no es mi enemiga —apuntó el salvaje guerrero y avanzó, buscando la retaguardia del ejército aqueo, dejando a Artemisa sola en aquella senda.

—No creas que no valoro que cuides de mi amor... y de tu semilla, que ya germinó —dijo con toda intención, y tensó la cuerda de su potente arco dorado, armado con una saeta plateada.

Ares se volvió, con los ojos abiertos como platos.

—¿Armonía está...? —titubeó.

—Ahora debes dejarla o regresar al Olimpo.

Artemisa soltó la cuerda del arco.

Con un rápido golpe de espada, Ares desvió la saeta; que traspasó cuatro enormes árboles antes de quedar hundida en un grueso roble, el cual crujió, astillándose hasta arder violentamente.

—Vete, hijo de Zeus. Déjala o me obligarás a matarte —ordenó Artemisa y bajó su arco de astas, con una mueca seria, desafiante.

Acto seguido se volvió sin más, dándole la espalda, para alejarse tranquilamente por la senda por la que habían llegado.

Con los ojos entrecerrados y una ceja alzada, Ares estudió la figura divina de aquella mujer que se alejaba, el arco reluciente que pendía de su mano y sus pies descalzos. Agitó la espada, templada en su puño, y pensó en correr y cortarle la cabeza con un golpe severo. Volvió la vista hacia los árboles perforados por la saeta divina y, después, la fijó en el roble que ardía iluminándolo todo con sus llamas.

Controlando su propia ira, envainó la afilada hoja en su cinturón.

* * *

En el extenso valle de aquella meseta despejada de árboles y arbustos, Marcial montó su campamento. Allí no podría ser presa de las hijas de la luna, y había logrado esquivar con soltura el primer ataque serio, a pesar de las bajas. Pero se hallaba enojado. No comprendía cómo podían haber escapado las guerreras que le habían hostigado en la retaguardia.

—Prometeo, eres lento como una tortuga... ¡Me has fallado! Mis oficiales de retaguardia dicen que la reina Armonía se hallaba con ellas, en lucha... ¡No está oculta en Temiscira!

—Lo siento, mi general. Huyeron por muy poco. Las saetas en llamas que surcaron el cielo las previnieron —dijo el capitán.

—No te justifiques tan burdamente. ¡Más ligeros teníais que haber descendido! ¡No sabes cuánto hemos perdido dejándola escapar!

—Lo siento, mi general —asintió Prometeo, bajando la cabeza y los párpados.

—Esas mujeres están bien orquestadas y son dos cabezas quienes las dirigen. Y ninguna carece de sentido. No han vencido. Pero nosotros tampoco; y podríamos. Si la reina Armonía fuera nuestra, si hubiera caído... Faltó tan poco y se hubiera conseguido tanto —se lamentó Marcial.

—Mi general, hemos perdido siete carros y más de sesenta hombres; hemos recogido doce cadáveres de esas mujeres —aseguró Prometeo, herido en su orgullo.

—No te desanimes, mi buen capitán. Apenas un precio justo por haber llegado hasta aquí ante lo que podría haber ocurrido si no armamos bien la estrategia. Mas no desesperes, ahora nos toca a nosotros proponar un golpe que no esperan.

—¡Ares! —exclamó Prometeo al verle llegar.

El salvaje guerrero se acercó a la hoguera y miró a los presentes.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó sin más.

—Las lobas nos acechan, cayeron sobre nosotros, odiosas —contestó Marcial.

—Era algo que ya esperabas... ¿No? —preguntó Ares, sin darle más importancia.

—Creímos que combatirías, tarde llegas a la batalla —murmuró Prometeo.

—No creo que Marcial necesite de mí para luchar contra mujeres.

—Estás en lo cierto, amigo... Las repelimos y alcanzamos este valle con menos bajas de las esperadas —contestó Marcial.

—Aun así os sorprendieron por la retaguardia —insistió mordaz Ares.

—Sí; eso no lo esperaba. Pensamos que sería un ataque frontal desde la cima. Preparados para ello avanzábamos, dispuestos a dispersarnos y rodearlas —expuso Marcial, percatándose de que Ares lo había presenciado todo.

—La próxima batalla se dará en los pasos estrechos del Pontos, en la altura, donde tu ejército carecerá de resguardo. Ellas ya deben estar preparándose —apuntó Ares.

—No, amigo. La próxima batalla se dará antes del amanecer. Sabemos dónde están.

En ese momento, Filisteo salió de la tienda de Marcial, con una expresión jovial, alegre, y medio rostro cubierto por un delicado velo.

Ares, sorprendido, le observó sin decir palabra, aunque la sangre se agitó en sus venas y un calor sofocante comenzó a apoderarse de su cuerpo.

—¿Recuerdas a mi joven sarasa de placeres? Logró huir de su destino, se liberó. ¿No te parece increíble? Alcanzó el campamento de las lobas y se hizo querer. Llegó hace un par de días y ya goza de mis favores. Siempre fue un fiel esclavo, mi favorito. Me ama —sonrió Marcial—. Los dioses nos son propicios, ahora es mi fiel espía. Todo de ellas sabemos, sus movimientos e intenciones.

Ares cruzó la mirada con Filisteo, el cual, avergonzado, bajó la vista, se cubrió con una capa deshilachada con capucha y se alejó con grandes zancadas, perdiéndose en la oscuridad.

—Mi fiel efebo marcha de nuevo al campamento de esas mujeres, antes de que echen de menos su presencia. Ahora que se reunirán tras la batalla, mientras lamen su heridas, les haremos una visita que no esperan.

—Veo a tu buen capitán Prometeo y a tu fiel Filisteo, mas no a tu deslenguado hombre negro, el tal Morgo —dijo Ares.

Marcial miró a ambos lados, con tranquilidad, mientras meditaba una respuesta.

—Yo también le echo de menos —contestó finalmente—. Hace unos días tuvo un encuentro con un salvaje que le dejó sin dientes. Morgo es un hombre silencioso, pero vengativo. A veces piensa demasiado. Eso no es bueno. Me extraña que no esté por aquí.

—Creo que está muerto —apuntó Ares.

—No sé, quizás fue víctima de ese salvaje, o de alguna emboscada de las lobas. Una lamentable pérdida, no conocí mole igual que tan bien me sirviera.

—Hemos perdido algunos hombres más, una veintena. Siguen desapareciendo por la noche a pesar de nuestra precaución y vigilia. De algunos de ellos hallamos sus cadáveres, de otros no —confirmó Prometeo.

—¿La carne es de cierva o de jabato? —preguntó Ares, sin mostrar más interés, observando a una joven esclava de mirada caída que, tras Prometeo, se cuidaba bien de servirle.

Pasada la media noche, el campamento de las hijas de la luna se hallaba completamente rodeado por los lanceros aqueos. En silencio, cuatro compañías del ejército de Marcial, comandadas por Prometeo, habían iniciado su particular ofensiva.

En aquel recóndito valle, rodeado de quebradas y altos cedros, las tiendas de campaña de las hijas de la luna permanecían en silencio. Las escasas hogueras apenas alumbraban su centro, nada presagiaba la tormenta que se cernía.

Una vez tomadas las posiciones, la voz de mando de Prometeo sonó en alto y el bosque se abrió con un bramido; salpicando ramas y hojas, con destellos mortales de bronce, cientos de lanceros arremetieron a gritos contra tiendas y resguardos. Golpearon duro cualquier luz, cualquier sombra, hasta quedar en silencio.

No había defensa.

—Aquí no hay nadie —murmuró Prometeo, lanceando una tienda vacía.

Un silbido sonó, hasta convertirse veloz en un fuerte zumbido, y cientos de saetas comenzaron a caer sobre ellos, formando una nube mortal que impedía ver la luz de la luna.

—¡Maldita sea! ¡Es una trampa! —gritó el capitán, con gran enojo.

Y vio a varios de sus lanceros rebotar en el suelo, cubiertos de saetas. Alzó su brazo y tres impactos sacudieron el bronce de su escudo, penetrando en el armazón. Una nueva oleada de muerte surcó el cielo, con llamas en sus afiladas puntas, prendiendo y matando; iluminando aquella escena y a los soldados que corrían hacia la oscuridad del bosque guiados por sus oficiales.

—Atrás, atrás —gritó Prometeo, tratando de mantener una formación de escudos que les defendiera de los flechazos.

De la nada, surgieron cientos de venablos, cruzándose en su huida. Mientras, del dosel, comenzaron a caer de nuevo infinidad de saetas, que les hostigaban en la huida e impedían el repliegue formando una columna compacta.

—Señor, nos atacan por todos lados, moriremos todos. ¡Debemos retirarnos lo más rápido posible! Es la única forma de que algunos logremos escapar y... —le dijo un oficial.

Una saeta le perforó el pecho antes de que terminara la frase, asomando la punta rojiza entre sus costillas. Otra flecha le atravesó el cuello.

El capitán Prometeo observó aquellos ojos abiertos hasta el infinito. Tragó saliva, indeciso en su propio proceder, y salió corriendo. Pensó que no había alternativa, no cabía estrategia; solo huir rápido o morir.

—¡Todos al valle! ¡Corred! ¡Correr por vuestra vida! —ordenó saltando entre los suyos, avanzando rápido, dejando atrás aquel campamento y su ataque frustrado.

Al salir del bosque, huyendo hacia el campamento de Marcial, la tierra retumbó en la oscuridad de la noche. La luna dejó ver un destello de muerte al paso veloz de la caballería, segando cuellos y crujiendo cráneos, embistiendo a los hombres que caían rodando para ser ensartados por afilados venablos.

—¡Reagrupaos! ¡No quiero ver a nadie luchando en solitario! ¡Rápido, en formación de diez! ¡Pie a tierra con los escudos y alzad esas lanzas, agítad el bronce! —gritó Prometeo, notando la sangre resbalar por su frente y los brazos.

Formada la columna, cesó el ataque.

—No embisten —dijo uno de los lanceros que, junto a su capitán, observaba los movimientos del bosque, mientras se alejaban con paso precavido, ahondando en el valle.

—Podrían acabar con todos nosotros —dijo un oficial.

—Armada la columna, en el valle sufrirían numerosas bajas. Prefieren matarnos sin correr muchos riesgos... Y les está funcionando —contestó Prometeo.

Del bosque salieron cientos de guerreras a caballo, altivas, cruzando sus ojos con los de aquellos lanceros que permanecían reagrupados. Habían formado una poderosa defensa, protegida por sus escudos, resguardada por el afilado bronce de sus largas lanzas. Y se acercaron desafiantes, apenas a veinte pies de la formación militar.

Una de ellas avanzó al trote, por unos pies más.

Prometeo la observó con asombro, bajó su escudo y, audaz, anduvo hacia ella, valiente, con la lanza descansando en su brazo y el escudo alejado de su lado expuesto.

—Deberías cubrir mejor tu cuerpo, aqueo. Fácil es pegar una dentellada —le exclamó la mujer guerrera, acercándose un poco más, hasta que Prometeo pudo notar el aliento del animal que ella cabalgaba.

—¿Eres tú la gloriosa reina de las hijas de la luna, amante de la divina Artemisa? ¿Aquella a la que llaman Armonía? —le preguntó, mostrándose indefenso, como buscando parlamento, mientras apretaba con su puño el asta de la lanza, esperando la respuesta para matar.

—No, solo soy capitán. Como tú, aqueo —contestó Elaya, levantando su yelmo negro—. ¿Algún mensaje para ella? Valiente te veo, rompiendo la formación que guarda tu vida. No te acerques más. Larga y afilada es esa pica y, seguro, tanto como tus intenciones.

—Solo he de hablar, en nombre de mi general —aseguró Prometeo, recreándose en aquella mujer guerrera.

—¿Por eso a hurtadillas has llegado a nuestro campamento? ¿Para hablar?

—Deponed vuestra actitud hostil; cientos de vidas costará y no evitará el destino escrito por los dioses.

—¿Destino escrito? No estamos atadas a ningún destino. Nosotras cabalgamos cada día, forjando nuestro camino. Yo sí que traigo un buen mensaje para tu general Marcial de mi reina Mirina de Tribada: ¡Regresad a vuestra patria ahora que aún podéis o todos moriréis! —le dijo y alzó su caballo, relinchando fuerte, con las patas delanteras al aire.

Acto seguido cabalgó alejándose, y todas las guerreras la siguieron.

Prometeo se echó hacia atrás, sin apartar la vista de aquella guerrera que bien le había impresionado, y de la potente caballería que se alejaba rápido.

—¿Qué te ha dicho esa loba? —le preguntó su oficial.

—No se rendirán, batallarán hasta que no quede ninguna de ellas.

—Señor, mirad... Se dirigen hacia nuestro campamento en el valle.

Prometeo observó el camino emprendido por las guerreras y frunció el entrecejo.

—Apenas una guarnición quedó de guardia, los demás descansan —expuso el oficial.

—Malditas, lo tenían todo estudiado...

—¡Ese maldito sarasa, amante de nuestro general, nos ha vendido!

—Rápido, debemos llegar cuanto antes o acabarán con todos.

La columna avanzó lo más rápido que pudo, dejando atrás a los muertos; tan solo una pequeña formación quedó para trasladar y defender a los heridos de posibles incursiones. Como una serpiente de bronce, en columnas de diez, adelantaban camino al trote, con las lanzas en alto y el escudo tapando sus costados.

Una intensa llamarada se elevó en el amanecer de aquella mañana.

—Vamos, deprisa, ya llegaron... Cabalgan veloces.

Cuando los lanceros de Prometeo llegaron al campamento aqueo, algunos carros y tiendas ardían sin contención, parte de la guarnición se aceleraba por atender a los heridos y apagar las llamas, y otros amontonaban a los muertos.

Marcial permanecía soberbio, mascullando en silencio ante una enorme hoguera.

—Mi general, cientos de guerreras se abatieron sobre nosotros, sembrando fuego y muerte, apenas pudimos rechazarlas... ¡Nos estaban esperando! —exclamó Prometeo.

Marcial no dijo nada. Solo le miró como si no le sorprendieran sus palabras.

Prometeo observó las compañías de lanceros, altivas y armadas, los numerosos cadáveres de guerreras, y vio a varios caballos sin jinete galopar hacia el valle abierto. No habían sido sorprendidos. Su general las había estado esperando, y comprendió que no le había enviado en busca de las hijas de la luna porque confiara en él, pues la gran batalla había tenido lugar en

el propio campamento. La gloria y la victoria eran de él; la derrota, suya.

Marcial se volvió y vio a Ares caminar entre los muertos, observando los cadáveres de las mujeres guerreras abatidas. Ganimedes le seguía, buscando vida en alguna de ellas.

—Fue un ardid. Trataron de burlar nuestra poderosa columna, dividirnos para vencer —confesó Marcial.

—Veo que al final no pudiste confiar en el hombre al que humillaste y como alimento de lobos abandonaste. ¿Crees que te ha mentido, o las ha traicionado a ellas? —le preguntó Ares.

Marcial observó su entorno, reconociendo la cara de decepción de Prometeo.

—Esas lobas saben batallar y estamos en su terreno. No podemos confiar en espías ni dichos, solo en nuestras fuerzas —contestó el general—. ¡Capitán!

—Sí, mi general —contestó el oficial de guardia.

—Sacad a los muertos y dadles llama. Que se refuerce la guardia, quiero las hogueras bien altivas. Descansaremos unos días en este valle, es el lugar ideal. En campo abierto no pueden dañarnos y ahora saben que no hemos de caer en sus argucias de mujer. Más después de haber sido rechazadas contundentemente. Mi buen capitán, ¿qué ocurrió en tu empresa?

—Nos esperaban —contestó Prometeo, indignado.

—Lo imaginé. Demasiado fácil. En esta tierra, rodeados de lobas, nada se regala.

—Filisteo nos engañó... Ese maldito sarasa...

—Mi buen capitán, ese lisiado solo me dijo dónde hallarlas. No sabía nada de tu empresa ni de la mía —le indicó Marcial—. Ellas decidieron atacar nuestra posición y esperarnos en la suya, al igual que nosotros decidimos atacar su posición y esperarlas en la nuestra. Me temo que somos tan predecibles como ellas. Son buenas guerreras, sí...

—Muchos murieron, dos de las tres compañías no regresarán.

—¿Cómo? —preguntó Marcial, tan incrédulo como irritado.

—Nos dieron fuerte —contestó Prometeo.

—¿No teníais escudos? ¿Os replegasteis en formación? ¡Las mayoría de las lobas estaban aquí, batiéndose contras nuestros lanceros!

Prometeo apretó los labios. Prefirió callar antes de informar a su general de que había ordenado una retirada humillante, sin orden ni guardia a través del bosque.

—Hiciste lo debido. Si no hubieras actuado así, ahora estarían todos muertos —le aseguró Ares, con su voz ronca, y observó a Marcial—. Lo usaste de cebo, celebra su vuelta.

Prometeo clavó su vista en el general, desconcertado. No era posible que su venerado comandante le hubiera usado de cebo, se negaba a creerlo.

—Se decidió la estrategia en base a una información. No fue cebo, cada uno libró su batalla en esta guerra. Y fue con diferente suerte. Yo la gané, mi buen capitán la perdió —aclaró Marcial, con soberbia, dirigiéndose a Ares—. Debíó ver la emboscada al estudiar el campamento enemigo, antes de atacar, y regresar al constatar el peligro, replegándose en orden, para defender la vida de sus hombres.

Prometeo asintió humillado, acatando aquellas palabras, apretando el asta de su lanza con ira contenida.

Marcial le observó y le puso la mano en el hombro.

—Mi buen capitán, me alegra que estés aquí, de nuevo, a salvo. Aprenderás de tus propios errores y, un día, no lo dudo, llegarás a ser un buen general —le dijo, dándole unas palmadas condescendientes en la mejilla.

Y se alejó en busca de su tienda.

Ares le siguió.

—Traed dulce vino para vuestro general, en abundancia. Tenemos que discernir nuestros pasos por estas tierras salvajes —exclamó Ares, dirigiéndose a la guardia.

—Esas lobas no impedirán mi empresa —murmuró Marcial, alzando la esterilla de la tienda.

Y penetró en ella, seguido por Ares.

—Sabes, amigo, empiezo a sentir verdadera curiosidad por tu empresa —expresó el salvaje guerrero—. Si sigues las sendas de

Temiscira, abundarán en sus ataques. Las riquezas de esa ciudad de mujeres no te darán gloria ni te abrirán las puertas del Olimpo.

—Mi objetivo es mucho más ambicioso que saquear esa ciudad, si es que existe... Pues las lobas se dispersan por las mesetas y también hablan de otra ciudad llamada Tribada, perdida en los confines de un desierto de sal —respondió Marcial.

—¡Tribada o Temiscira! ¡Qué más da! ¡Olvidate de esas mujeres! ¡Regresa a Tracia, allí podrás vencer a cualquier ejército! Podrías hacerte con bronce, bestias, grano y esclavos que ofrecer a tu rey Cécrope.

—Si te tienta guerrear en Tracia, ¿por qué nos sigues, amigo? No te he visto levantar tu espada contra esas guerreras, y dicen que abandonan la batalla tan solo con sentir tu presencia.

—No batallo contra mujeres, no es cosa de hombres.

—Son guerreras, no mujeres.

—Tampoco lo necesitaste.

—Mira sus zarpazos, sus terribles mordidas... Prometeo no aprende.

—Avanzas hacia su cubil, ¿qué esperas? Si no pretendes sus ciudades, torpe fatalidad avanzar hacia ellas de tal forma, alarmándolas en sus corazones. Llegaron de lejos para combatir nuestra entrada en Tracia, para defender a Pentesilea. Pero, ¿por qué siguen hostigando a tus hombres si no pretendes su trono, sus riquezas, sus hijas...?

—Sin duda saben nuestro objetivo, y es posible que no estén dispuestas a ceder en nuestras ambiciones. Solo buscamos a una mujer, el rey Cécrope me ordenó que la trajera ante él.

—¿Acaso desea hacer concubina a una reina? ¿Tendré que matarte?

—Quiere que llevemos ante su presencia a Cibeles, la Madre Tierra.

—¡Una diosa! ¡Ja! ¡Grandes son sus ambiciones y las tuyas!

—Pitia auguró el nacimiento de una reina poderosa de las entrañas de Anatolia, que de calamidades sembraría nuestras ambiciones mientras vivieran ella y las tuyas.

—Pitia augura muchas cosas...

—Todas son ciertas, bien lo sabes, amigo. Pues fiel sacerdotisa de la profecía es. Amante de Apolo, en nada se equivoca. Solo es posible alterar sus visiones si se pone remedio con la antelación debida y si los dioses así lo disponen.

—Y dime, ¿cómo piensas vencer a una diosa?

—Hécate y Némesis se ocuparán de ello, nosotros solo debemos custodiar su regreso, entretener a Artemisa y a sus lobas. Por ello no es necesario perder más vidas en manos de esas mujeres guerreras, ni tentarlas ni seguirlas. En nada nos conviene de momento. Por ello aquí acampamos, esperando el regreso de las arpías.

—Me abrumas con tantas palabras que no llego a entender... ¡Diosas! ¡Ah! ¡Busca riquezas y gloria en las ciudades de las costas del Egeo! ¡En los llanos de Tracia! ¡Buscar una diosa en el lejano Oriente! Semejante tontería solo podría ocurrírsele a un rey soberbio como el que rige Atenas. ¿Y que hará con ella? ¿Desposarla o adorarla?

—Ofrecer su cabeza al todopoderoso Zeus en sagrado sacrificio pretende. Solo así podrá extenderse nuestra raza de hombres en toda la tierra y él alcanzar el Olimpo.

Ares levantó la cabeza.

—¿Quiere matar a una diosa? ¿Para alcanzar el Olimpo? ¡Ja!

Marcial agachó el rostro, sin comprender la risa burlona de Ares, ni su poco aprecio por la empresa de su rey Cécrope.

—Deberías mostrar más respeto por Zeus, por el Olimpo. Por nuestro amado rey.

—No sé si existen esos dioses de los que tanto hablas. Pero sin duda nada les debo, ni obediencia ni lealtad.

—Eres divino, el hijo de Zeus, dios de la guerra; si abanderas nuestra expedición, nadie osará enfrentarse a nuestra columna de valientes. ¡Podríamos alcanzar Temiscira!

—Esas mujeres no me temen como dios, sino como hombre. Y sangro como tal... No perderé mi vida recorriendo estos montes en busca de una quimera, pues más temprano que tarde caerán de nuevo sobre nosotros y tal vez mi espada no las ahuyente.

—Sabemos dónde se oculta, tenemos un destino fijo.

—Los dioses no se ocultan, caminan altivos. Nada temen de vulgares mortales.

—Pitia aseguró que con la llegada de la cigüeña sus poderes se verían mermados, pues una vida nueva traerá a este mundo, quizás el linaje de la reina que de penurias nos sembrará. No podrá defenderse con sus artes divinas, solo entonces es accesible para mortales.

—Marcial, dime si entendí bien: diez mil soldados partieron de Ática, justificaron la guerra en Parlamento por defender a sus hermanos de Tracia y, ahora, un millar continua la empresa más allá. Me dices que tu único cometido es custodiar a una diosa raptada y su descendencia hasta los pies del rey Cécrope.

—Sí. Pero solo Cibeles será entregada en divino sacrificio. Su semilla debe ser eliminada de inmediato.

—Veo que tal vez me hablas en serio; pensaba ya que todo era un cuento. Creí que buscabas a la reina de Temiscira, temía por ello y buscaba saber de tus intenciones.

—Hécate y Némesis serán quienes manchen sus manos con la sangre divina, como ya hicieron con la reina Pyrene, hija de Poseidón —aseguró Marcial, cambiando de tema.

—Hiciste bien en guardar tan terrible secreto. Pues si no, toda Anatolia rodearía a tu ejército y nada quedaría de él con el nuevo día. Mas yo soy guerrero, no arpía. No es cuestión mía luchar contra miles por matar a un recién nacido y raptar a una mujer para deleite de un rey que ha perdido el buen juicio. Yo batallo por honores y placeres, por libar el dulce vino y disfrutar de plácidas mujeres... Por nada más —aseguró Ares, y se alzó para beber de un trago el licor que reposaba en su cuenco casi vacío.

Marcial alzó el suyo y bebió.

—Amigo, yo sé por qué batallas inflexible en verdad, de dónde procede tu sed de guerra y males. La muerte de la divina Hera no logras superar, siempre buscarás venganza y consuelo en la sangre de tus enemigos, lo sean o no. Sé de tu tormento, solo lo superarás cuando aprendas a vivir sin mirar atrás.

Ares retrocedió un paso y le miró estirando el mentón, apretó los labios con cierta congoja y se dirigió hacia la salida de la tienda.

—No lucharé contra Armonía —dijo volteando la esterilla.

—Nada puedo exigir al hijo de Zeus. Todos sabemos que entre divinos no hay muerte, quedarían malditos...

—Yo ya estoy maldito —aseguró Ares, y salió de la tienda ante la atenta mirada de Marcial.

TREGUA DE INVIERNO

—Mi general, una columna de teucros ha llegado. Abundantes víveres nos traen en busca de oro y favores. Pero de lo que más se jactan es de ofrecernos a varias lobas que en su camino sorprendieron —aseguró Prometeo, entrando en la tienda de armas del general Marcial.

—¿Nos traen lobas? —preguntó el general, volviendo la cara a la vez que llenaba una gran palangana de agua caliente. Acto seguido, lavó sus manos de sangre.

—Son una veintena, mi general —asintió Prometeo, y vio los pies tumbados de un joven efebo teucro asomar por detrás del escabel de madera.

—¡Magnífico! ¡Oficial! —exclamó Marcial.

—Veo que Filisteo volvió a visitarle. Sus celos no tienen freno —apuntó Prometeo.

—Sí, demasiado impetuoso se volvió desde que vive con lobas. Pero dime, háblame de esas mujeres guerreras.

—De entre ellas, una destaca por su porte y elegancia, es hermosa y altiva como una diosa —continuó Prometeo, a la vez que veía a Marcial ladear el cuerpo marchito del joven efebo. Un gran corte le partía el cráneo desde la frente hasta la oreja.

—Quizás sea la reina. ¿Han dicho algo de nuestro interés? —expuso Marcial, secándose las manos con una toalla blanca que quedó enrojecida.

—No, todas guardan silencio. Pero yo conocí a esa loba dando órdenes en batalla. No es reina, sino capitán —contestó Prometeo.

—Una oficial. Interesante.

—El capitán teucro está aquí, mi general —le indicó la guardia.

—Que pase —ordenó el general, y se acercó a un escabel parecido a un pequeño trono, adornado con pieles de oso y metales preciosos. Luego, lanzó la toalla mojada de sangre a un lado. Y se sentó expectante, mientras dos esclavos de temerosa mirada recogían y limpiaban los restos de su último efebo.

—Mi señor, miles de gracias traemos desde la bien amurallada Ilión —comentó el capitán teucro, inclinando la cabeza en muestra de respeto debido—. Mi nombre es Ismae y nuestro invicto rey Ilio os desea victorias por siempre gloriosas en estas tierras salvajes, que indómitas se hallan ante ejércitos y causas. Carne, grano, viandas, cobertores, mantas y dulce vino traemos, tal y como está acordado.

—Grato me es tener tales nuevas. Me informan que lobas también me ofrecen. Mis gestores os proporcionarán oro, mas no disponemos de cantidades excesivas. Al menos hasta alcanzar nuestro objetivo.

—No debe ser tal causa problema alguno. El rey Cécrope avala tan gloriosa empresa que del cerco hostil de lobas nos ha de librar por mucho tiempo y más. A las guerreras las sorprendimos en una poza cercana, retozando como truchas. A muchas dimos muerte. Las demás hasta tus pies las traemos, como presente, para que de ellas podáis disponer y gozar. Son bravas como yeguas salvajes, todas ellas hermosas mujeres que domar.

—Bien pues; muy satisfecho me encuentro con tus nuevas y presentes. Miles de gracias has de llevar hasta tu invicto rey y anunciar que, a mi regreso, por la bien amurallada Ilión he de pasar para honrarle y colmarle de oro y gloria. ¿Algo que desees en especial, capitán? Merecido lo tendrás.

—Quisiera pasar la noche en este, vuestro campamento, con mis valientes hombres, al amparo de las tinieblas de la noche y de las lobas, que furiosas y odiosas deben estar.

—Así sea, disponed de la zona norte.

—¿Nada más? Mujeres o efebos, quizás pítanza o bebida para los oficiales —le ofreció amable Prometeo.

—Quizás dulces mujeres, siervas de confianza que relajen nuestros músculos sin riesgo. Lobas, no. Y algo de vino —respondió el teucro, agradecido.

—Mi buen capitán Prometeo se encargará de ello —aseguró Marcial, con cierto enfado—. Seguro que se sentirá satisfecho por ofrecer las mejores flores de entre las tuyas, mujeres jóvenes y hermosas de toda confianza.

—¿Entre mis siervas? —se volvió Prometeo, sorprendido.

Marcial le miró pausadamente, esperando un reproche que no llegó.

—Bien complacido me sentiré si eliges para disfrute a una de mis flores, la que más te apetezca. Sibilina es toda dulzura. Leiva, una diosa de furia sin fin que agota al más vigoroso. Y mi pequeña Elena, un ninfa pura por desflorar —dijo Prometeo, cambiando su postura.

—¿Pueden ser las tres? —sonrió el capitán teucro.

—Sean pues, si mi buen capitán en ello está —dijo Marcial, y se levantó de su asiento.

—Sea así, grande es la ofrenda que nos trae nuestro aliado teucro —asintió Prometeo.

Marcial anduvo hasta la salida de la tienda y observó a lo lejos el grupo de guerreras hechas cautivas.

Prometeo quedó pensativo. No entendía la postura de Marcial. Aquellas eran sus siervas, no mujeres de placer para cualquiera. Ni tan siquiera él las trataba como esclavas, sino con respeto. Y la pequeña Elena era tan niña aún que ni tan siquiera la había rozado. Y pensó que no debió de ser él mismo quien ofreciera favores a aquel capitán teucro, quizás era un detalle que solo le correspondía ofrecer al comandante del ejército. Asintió, comprendiendo su error, y marchó tras los pasos del general, sintiendo cierto desconsuelo por ellas.

Ganímedes, que todo escuchaba junto a la esterilla, vio a las tres sirvientas salir de la tienda de Prometeo con la cabeza baja, tras el capitán teucro, acompañadas de una pequeña guardia; y

entre ellas, a la joven Elena. La miró impávido y sus miradas se cruzaron. Leyó el miedo que devoraba a la muchacha por tener que pasar la noche con aquel desconocido, su desesperación, y trató de acercarse.

—¿A dónde vas, gañán? —le preguntó el oficial de la guardia, bajando su pica.

El joven apartó de un manotazo el asta de la lanza y se volvió, para salir corriendo en busca de Ares.

Las guerreras cautivas estaban rodeadas de soldados que las estudiaban interesados, sorprendidos ante aquellas mujeres vestidas de armas, valientes como hombres y de miradas orgullosas. Las tocaban y empujaban, sin pudor ni respeto alguno. Atadas ellas, con las manos en sus espaldas, nada podían hacer, tan solo gritar como demonios y maldecir furiosas.

Marco, el oficial de exploradores, tomó a una de ellas, hermosa y joven, de larga melena morena, estrecha cintura y esbelta como una gacela. La apoyó contra una tosca madera, que formaba una mesa. Le arrancó jocoso las vestimentas, a tirones. Posó de un zarpazo una mano en la entrepierna de la mujer, mientras con la otra la sujetaba del cuello contra la madera para poseerla.

Las demás prisioneras comenzaron a removerse y gritar, agitando mientras algunos de los soldados las empujaban hacia atrás, violentándolas hasta comenzar a arrancarles las prendas.

—¡Alto! —ordenó Marcial.

Los soldados aqueos volvieron sus vistas desquiciadas sobre Marcial y Prometeo, que a buen paso al lugar se acercaban; y dudaron por unos momentos, ansiosos por poseer y castigar a aquellas mujeres, asesinas de hombres, que alteraban el orden natural.

—¡He dicho alto! —insistió el general, con un grito que a todos paró.

Marcial paseó ante ellos, con notable enfado, aunque sin reprochar nada a sus hombres. Observó cómo aquellas mujeres se reponían, alzando sus ojos nublados y encolerizados, ocultando la intimidad de sus cuerpos con brazos y manos.

Prometeo señaló a Elaya que, apenas cubierta con unos jirones de pieles y con el labio partido, gemía entre maldiciones, soportando el dolor de los golpes recibidos, liberándose de los brazos de un soldado de larga melena, cara sudorosa y barba espesa.

—Es ella, la reconozco, mi general —asintió el capitán.

El general sacó su daga y la posó en el mentón de la muchacha. la cual se alzó ante él, empujada por la afilada punta de bronce, notando la presión en sus carnes.

—Dime tu nombre. Me dicen que eres capitán.

—Elaya me llaman. Capitán soy —contestó ella, con orgullo desmesurado.

—¿Cabalgabas con la reina Armonía de Temiscira o con su hermana Mirina, reina de Tribada?

—Capitán de la Guardia Real de Tribada, a mi reina Mirina sirvo leal. Mas qué os importa, pues humilladas nos tenéis, privadas del honor del guerrero, del amparo del bronce y la muerte digna.

—No sois guerreras, sino mujeres domadas —apuntó Prometeo.

—Dame paz eterna ya, pues nada más que muerte te puedo ofrecer —rogó Elaya, seria.

—Marcial, amigo... Seguro que a los dioses no piensas deshonorar de nuevo mancillando el honor guerrero de estos soldados, aunque hembras de estrecha cintura sean —expuso Ares con su voz grave, penetrante, interrumpiendo el momento y acercándose con el rostro altivo, y recorrió con la mirada a cada una de aquellas mujeres presas, hasta detenerse ante Elaya, que extasiada y en silencio le observó.

—Seguro que no —contestó Marcial, alzando el mentón, estirando su labio inferior, separando la daga del cuello de Elaya—. Pasaremos el resto del invierno aquí, antes de regresar; y ahora que las arpías no están, en otras cosas andaremos antes que ofender de nuevo a los dioses.

—Quizás un sacrificio digno, con bueyes, y una noche de placeres con lobas colme a los oficiales antes del combate —expuso Marco, deseoso.

—¡No! Estamos en tierra de divinas, no de dioses. Humillando a estas guerreras solo lograremos de nuevo agitar la ira inmisericorde de Artemisa, la gran cazadora —contestó Marcial.

—Pero... —tartamudeó Marco.

—Recuerda, oficial: mil estacas costó el sacrificio impío que a los dioses ofrecimos —argumentó Prometeo, embelesado ante Elaya, sin apartar los ojos de ella.

Elaya quedó expectante ante el interés que sabía había despertado en aquel capitán.

—Entonces... ¿Qué hemos de hacer con las lobas prisioneras? —preguntó Marco.

—Seguro que muchos nobles de Ática se verían interesados en conocer y disponer de semejantes hembras para su servicio. No más sacrificios —aseguró Prometeo.

—Mejor... ¡Liberadlas! —ordenó Ares.

—¿Liberarlas? —preguntó Prometeo.

Marcial se acercó para acariciar la mejilla de Elaya, hasta el mentón. Ella desplazó atrás su cabeza, orgullosa.

—Es la mejor opción —dijo Marcial, y alzó el entrecejo.

Acto seguido, el general la volvió de espaldas, con un empujón medido, y le sacó las ataduras con un corte de su afilada daga.

—Despojadlas de sus vestimentas guerreras, dotadlas de agua y dadles dos mendrugos de pan a cada una... y que se vayan —ordenó el general.

—Pero... —murmuró Marco, sin comprender.

—¡Capitán! —insistió Marcial, con una mirada tenaz hacia el oficial de exploradores.

—Serán liberadas de inmediato, mi general —contestó Prometeo.

—Antes de que marchen, cuidado sus heridas... Lavadlas y cubridlas con chitones limpios. Por todos los dioses, ¡apestan! —exclamó Ares ante la sorpresa de todos.

—Quizás debemos retener a esta loba que capitán es, pues información podríamos obtener —expuso un Prometeo interesado en conocer más a Elaya.

Y se acercó a ella, para sujetarla de un brazo.

—Nada dirá que no sepamos ya —apuntó Ares, intercediendo por ella con su voz ronca.

—Que marchen todas compuestas. Tal gesto será bien entendido por los dioses y gloria nos reportará —dijo Marcial.

—Nos volveremos a ver —afirmó Prometeo, mirando a Ela ya con deseo, y soltó su brazo.

—Sí, seguro —contestó ella, con una sonrisa malévola y atónita al verse liberada; e inclinó levemente la cabeza hacia la derecha, estudiando a aquel capitán que parecía flirtear con ella. Una invitación cierta a la lujuria, tal como tantas veces había realizado a otros machos. Machos que quedaron sin cabeza.

—Los hombres deseaban... —apuntó Marco, acercándose precavido, sin entender nada y observando a los soldados ansiosos de gozar de las lobas.

—Dispones de bellas mujeres y hermosos efebos llegados de Ilión, además de dos manos y prietas nalgas para darte placeres. No necesitas desbravarte con estas mujeres que grandes guerreras son —le interrumpió Ares, volviendo su penetrante mirada sobre él.

—Veamos qué más trajeron nuestros aliados de Ilión; espero que grano abundante y buen vino —ordenó Marcial, y se alejó del lugar en dirección a los carros de provisiones, ignorando a las cautivas.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —llegó desesperado Ganimedes, reclamando la atención de Ares.

Aquel atardecer, una fila de mujeres en chitones, limpias y aseadas, atónitas y desconfiadas, salían del campamento en grupo, sin nadie que las vigilara ni acosara y sin entender nada de su suerte. Conforme se alejaban, aceleraron el paso hasta alcanzar la carrera en la distancia, temiendo un ataque traidor.

Marcial observaba con serenidad y Prometeo le acompañaba.

—No lo entiendo, mi general —comentó el capitán, buscando saber.

—Cuida de tus prisioneros como si soldados tuyos fueran. Si no les das muerte rápido, aliméntales pues. Dales de beber y un

lugar donde descansar, aséales y vísteles. Y si en nada te sirven y solo alboroto y gasto te provocan, libérales... Pues ese será el futuro de tus hombres caídos presos —expuso Marcial.

—Se rearmarán y volverán a batallar contra nosotros —aseguró Prometeo.

—Mi buen capitán, dando al enemigo vencido magnánima y sincera clemencia, se obtiene la mayor de las victorias. Pues desconfiando de su suerte, no tendrá temor a rendirse y a muchas puede provocar que abandonen la batalla —expuso Marcial.

—Comprendo. No es clemencia, sino estrategia —asintió Prometeo.

—Quien la humillación y a la Parca espera si es vencido, siempre lucha hasta el fin e imbatible se muestra ante cualquier ejército.

—Ahora, no temerán rendirse.

—Además, bien cierto es que llevarán nuestro mensaje, hablarán de lo que vieron y escucharon en el campamento. Todo ello gran confusión les creará a sus reinas —aseguró Marcial, ante un atento Prometeo que todo quería aprender.

Mientras, en la tienda alzada para el oficial teucro, colmada de mirra y aromas de mujer, aquel capitán gozaba tumbado en un lecho de pieles. La dulce Sibilina cabalgaba sobre él, toda dulzura, todo placer. Leiva acariciaba sus hombros, mientras le devoraba los labios entre exclamaciones lujuriosas. Elena miraba aterrada, frente a ellos, vestida con una túnica fina y casi transparente, que dejaba al querer su joven cuerpo. Sujetaba una bandeja con fruta y vino, pues como sirvienta esperaba evitar a aquel hombre.

—Tú, ven —le ordenó el capitán teucro.

A Elena se le cayó del susto la bandeja al suelo y tembló, posándose de rodillas para recoger la fruta y el vino.

—¿No me oíste? —preguntó el oficial.

—Yo... Sí, mi señor —murmuró ella, aterrada, mientras avanzaba hacia el lecho.

Aquel capitán apartó a Sibilina de encima suyo y se incorporó, mostrándose sentado, con la mano en su miembro. La agarró

de la cintura y la estrechó contra él, gozando de sus temblores. Le alzó la cara y observó aquellos ojos limpios, humedecidos por las lágrimas, y sonrió mientras le acariciaba sus redondos y pequeños senos. Descendió lentamente por el vientre hasta hundir sus dedos entre aquellos pequeños rizos y notar el calor de su cuerpo.

Con un grito, Elena escapó de su abrazo y salió corriendo de la tienda.

El capitán rio una carcajada y se levantó dispuesto a seguirla.

—Déjala, no es más que una niña —le suplicó Sibilina, con la vista baja.

—Tú eres un hombre fuerte, valiente. Pues ven a mí, una mujer de verdad... ¿Para qué quieres una cría que en nada te hará gozar? —insistió Leiva, acercándose lasciva.

Con una fuerte palmada en la cara hizo caer al suelo a Leiva, con un labio partido. Y miró tremendo a Sibilina.

—Ve en busca de esa esclava y tráela de inmediato ante mí. Y tú, Leiva, voraz fornicadora, date la vuelta y agáchate —les ordenó tajante.

Elena corrió desesperada, casi sin ver en el claroscuro de la noche y las hogueras, cayendo una y otra vez ante las risas de los lanceiros que la observaban sin decir ni hacer más. Sabían quién era su dueño y que huía del capitán teucro. Sibilina andaba detrás llamándola preocupada, aquella huída podría costarle la vida a la muchacha si Marcial se enteraba.

Con un golpe, que la dejó sentada en el suelo, Elena tropezó con Ares en su ciego camino. Y la muchacha le miró aterrorizada.

—Tú eres la tal Elena —afirmó el guerrero divino, y estiró su mano.

—Sí —asintió ella, dejándose ayudar, confiada al ver a Ganimedes detrás.

Ares la tomó de la cintura, la levantó y la colgó en su hombro como si fuera un saquito de carbón.

—Mi señor —tartamudeó Sibilina, llegando hasta ellos.

Ares la observó sin decir palabra, con el rostro enjuto.

—El amo Prometeo nos cedió en esta noche al valiente capitán teucro... ¿Qué he de decirle cuando regrese sin ella? Pues tras sus pasos me envió.

—Dile que Ares salió de caza, iracundo, y que en esta cervatilla loca hincó sus dientes en su despavorida carrera. Si ha de tener algún problema y desea mi presa, que venga armado a mi tienda para cobrarla.

Ares recorrió el campamento con la joven Elena sobre su hombro. Ganímedes siguió sus pasos, contento. Pero la expresión del muchacho cambió de pronto, al ver que el guerrero divino entraba con la muchacha en su tienda, sin soltarla.

—¿Mi señor? —susurró al ver caer la esterilla, impidiéndole el paso al interior.

No obtuvo respuesta y quedó perplejo.

—¿Mi señor? —insistió acercando la oreja a la lona de la tienda.

Nada escuchó.

Ganímedes rondó la tienda sin saber qué hacer, nervioso y pensativo. Sin atreverse a entrar, el tiempo pasó consumiendo su paciencia.

—No es posible que Ares me haga esto —pensó en voz alta.

Unos gemidos placenteros le alertaron. Eran roncos y alargados, y taladraron la mente enamorada de Ganímedes.

—¡Está gozándola! —exclamó.

Decidido, sin sopesar lo que hacía, alzó la esterilla y entró bravo en la tienda.

Ares permanecía tumbado boca abajo en su lecho de pieles. Elena estaba sentada a su lado, vestida y compuesta, dándole un masaje en la espalda. El guerrero divino miró a Ganímedes y gruñó placentero, mientras la muchacha frotaba las anchas espaldas, las cicatrices, con sus delicados dedos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Vete ya, mujer, tu hombre te espera —dijo Ares.

—Perdón, yo pensé que... —se disculpó Ganímedes.

—Ratón, me hubieras decepcionado si no hubieras entrado a rescatar a tu Elena —le respondió Ares.

—Pero... ¿Y si viene ese capitán teucro? —preguntó ella, acurucándose junto a Ganímedes.

Ares no respondió, solo miró la cara inocente de la muchacha y sonrió con un gesto amargo. Luego, se volteó y estiró los brazos.

—Largaos, quiero dormir un poco —les ordenó.

—No vendrá nadie. Ni Prometeo ni ese capitán teucro. Tengo por bien seguro —la tranquilizó Ganímedes, abrazándola en su regazo mientras salían de aquella tienda para ir a la suya.

* * *

En el campamento de las hijas de la luna, Mirina rondaba de lado a lado, triste, dejando sus labores de intendencia, agitando un tremendo labrys al aire para comprobar su peso y corte, pensando una estrategia que liberara a las suyas.

Toda idea le parecía imposible de ejecutar con éxito y desesperaba.

—Mi fiel Elaya... ¿Cómo te has dejado atrapar? —se preguntó con rabia.

—¡Mirina! ¡Mirina! —exclamó Sria, acercándose a ella con la confianza que le daba ser la preferida de Armonía.

—¿Qué ocurre? —preguntó la reina de Tribada.

—Son Elaya y sus guerreras, regresan compuestas y alegres... ¡Los aqueos las han liberado!

—¿Cómo? —exclamó.

—Sí, no tardarán... Una guerrera de la patrulla que vigila el campamento aqueo llegó radiante en su veloz corcel para informarnos de la buena nueva.

Mirina alzó el entrecejo, sorprendida en verdad, y apoyó el labrys en su muslo, para golpearse suavemente, tratando de asimilar aquella noticia tan grata e inexplicable.

—Ordena que me traigan bebida y pitanza en abundancia. En cuanto llegue mi capitán, que hasta mí se dirija. La esperaré aquí, impaciente. Date prisa, hambrienta se hallará.

La reina de Tribada se alejó meditando aquella novedad. No era normal. Los aqueos se habían mostrado inflexibles y brutales

con las prisioneras. Se introdujo en la tienda y observó a varias sirvientes acomodar una mesita y dos escabeles, cómo traían carne recién asada y jugos de frutos del bosque, aromáticas esencias, agua caliente y paños.

De pronto, la esterilla se alzó y Elaya penetró dichosa, vestida con un chitón azulado y con los cabellos limpios cayendo por sus hombros, tal cual como si abandonara un balneario en vez de salir de un campo enemigo. La seguía Armonía, con una gran sonrisa; sabía lo que esa mujer significaba para su hermana.

—Pensé que te había perdido —se alzó Mirina, y la abrazó con fuerza.

—Fue ese salvaje, él nos salvó la vida —dijo Elaya sin apenas escuchar, deseosa por contar su historia y mirando a las dos reinas, a las dos hermanas.

—¿Ares? —preguntó Armonía.

—¿Ese bruto salvaje indecente? —insistió Mirina.

—Sí... De mí se acordó y por las nuestras intercedió, tranquilizando mis mientes cuando humillada, vejada y muerta me veía.

—¿Te han hecho daño? —preguntó Mirina, estudiando su cuerpo.

—Dime, cuenta... —insistió Armonía, deseosa de saber más.

—A palos nos desnudaban para humillarnos como mujeres, para deshonorarnos como guerreras, cuando apareció ese general al que llaman Marcial y un capitán de muy noble apariencia, el tal Prometeo; y que todo lo pararon. No parecía de su gusto que de tal forma nos trataran. Después llegó Ares, al que hablan y veneran como dios verdadero... Y les ordenó que nos respetaran como guerreras. ¡Y el general nos liberó!

—Te brillan los ojos cuando hablas de ese salvaje —le reprimió Mirina.

—Es tan hermoso y fuerte, me excito toda solo con pensar en... —apuntó Elaya, con voz lujuriosa.

—¡Calla! —exclamó Mirina, y volvió la mirada hacia su hermana, que en silencio escuchaba.

Elaya bajó la cabeza, alzando la vista para ver el rostro desconcertado de Mirina.

—Bebe, aliméntate... y descansa en mi lecho. Agotada y hambrienta te encontrarás tras tan desafortunada empresa —le ordenó Mirina.

—Nos dio agua y comida, dos mendrugos de pan por cada una de nosotras.

Mirina alzó el entrecejo.

—¿Cómo os dejasteis capturar? No es digno de mis lobas —le reprochó.

—Vigilábamos a los aqueos por delante, estaban distantes y nada nos hacía peligrar. Pensamos que nuestras espaldas estaban cubiertas. Pero apareció una compañía de lanceros de Ilión, teucros ellos, que nos alcanzaron sin armas. Morir sin luchar o rendirnos, no había otra... No pude sentenciar a nuestras hermanas.

—Hiciste bien. Pero, no lo entiendo. Los aqueos nunca se mostraron magnánimos, sino todo lo contrario, y... ¿qué hacen los teucros tan distantes de sus dominios? —murmuró Armonía.

—Algo traman —apuntó Mirina.

—Los aqueos hablaron de permanecer en el campamento hasta la primavera, fecha en la que volverían a sus tierras —aseguró Elaya—. Los teucros les llevaron comidas y víveres, cobertores y mantas suficientes para pasar el invierno.

—¿Piensan regresar sin avanzar por Temiscira? ¿Olvidan a Cibeles? —se preguntó Mirina, en alto, dirigiendo la mirada hacia su hermana.

—No creo que cesen en su empeño. Pero es obvio que ahora no desean batallar —aseguró Armonía.

—Podríamos cabalgar sobre ellos, no tienen a dónde ir —expuso Elaya.

—Se han parapetado en una posición estratégica. Protegidos por muros de madera y fosos de puntiagudas astas, disponen de abundante grano y viandas, y el arroyo recorre su interior; agua pura no les faltará. Si atacásemos del tal manera no obtendríamos ventaja alguna; por el contrario, veríamos mermadas a nuestras guerreras innecesariamente. Si ellos no continúan con su ofensiva, no atacaremos —asintió Armonía.

—No regresarán sin acometer su empresa, aún forman un ejército poderoso. Solo es un ardid para que nos confiemos. ¿Verdad, hermana? —preguntó Mirina.

—Sin duda —contestó Armonía, reflexionando ante la mirada de Elaya—. Ese general sabe bien lo que se hace. Hay caminos que no se deben recorrer, tropas a las que no hay que atacar, terrenos en los que no cabe disputa alguna. Tiene por cierto que la ventaja es nuestra en estas montañas de abruptos bosques que desconocen. Con nuestros veloces caballos y mortales saetas marcamos la diferencia a pesar de que ellos son muchos más. Ha comprendido que no somos vulgares salvajes, sino guerreras de verdad. Pero no creo que regresen con las manos vacías. Algo buscan y creo que no se halla en Temiscira.

—Si desearan regresar sin cumplir con su empresa, marcharían ahora que las nieves que todo lo paran aún no cayeron; nada se lo impide —expuso Mirina.

—Han cambiado su estrategia. No pretenden más lucha, sacrificar más hombres. Por ahora dan por terminada la contienda. Saben que no nos expondremos a un ataque frontal, esperarán su momento. No podremos quedarnos todo el invierno rondándoles sin un lugar de resguardo para nuestras guerreras y sus monturas, sin disponer de víveres y enseres para afrontar las duras inclemencias del frío en la montaña —aseguró Armonía.

—Entonces, si no piensan regresar... ¿Por qué hablaron de ello? Por cierto lo tenían, yo misma lo escuché —preguntó Elaya.

—¡Quizás por eso mismo, para que lo escucharas! —exclamó Mirina—. O tal vez porque su empresa no sea en verdad Temiscira, ni Cibeles.

—Tal vez sean las dos cosas, o que su objetivo se halle aquí, entre nosotras —asintió Armonía, con cierta tristeza.

—Tal vez sea cierto que solo busca a la reina de Temiscira, y estás aquí —abrió las manos Mirina.

—¿Y Ares, cómo le viste? ¿Te dijo algo más? —se interesó Armonía.

—No —respondió Elaya—. Pero sin su intervención, la soldadesca hubiera humillado nuestros cuerpos de mujer y todas

hubiéramos sido sacrificadas por ese feo oficial, el tal Marco. Como reses, a los dioses de machos quería ofrecernos en el campamento aqueo. Ninguna de nosotras andaría viva y con honor. Ares nos salvó, con su temple, su mirada, su voz... Sin duda es divino. Todos le obedecen sin disponer de rango alguno. En deuda tenemos nuestras vidas, pues vi su mirada limpia y sincera.

—Elaya, mi fiel capitán, ¿tú también te enamoraste de ese hombre salvaje? —le preguntó Mirina, atravesándola con la mirada.

* * *

Antes de que se alzara el nuevo día, un centenar de soldados aqueos llegaba hasta el campamento del general Marcial. Desprovistos de armas, gritaban alegres, estallando su júbilo, mientras eran recibidos como héroes.

—¡Mi general! —exclamó Prometeo, entrando rápido en la tienda de armas de Marcial.

—Dime, mi buen capitán.

—¡Los hombres de Tántalo!

Marcial liberó de su abrazo a un joven muchacho, de hermosos rizos dorados, que quedó desnudo en su lecho; se levantó y se acercó a Prometeo.

—No todos murieron en la batalla, ni sus cabezas fueron prendidas de estacas, ni sus cuerpos ardieron en piras —continuó el capitán—. Son noventa y nueve los que salvaron sus vidas; fueron hechos presos. Las lobas los han liberado. Acaban de llegar vestidos con chitones de hembras, limpios como complacientes efebos y con dos mendrugos de pan en los bolsillos.

Marcial sonrió, alzando una ceja, atónito.

—¡Los dioses quedaron complacidos! —exclamó Prometeo.

—Las lobas no podían ser menos que nosotros. ¡Mujeres! Hacen la guerra, pero buscan paz. Eso me complace, nos conviene en esta empresa. Más, cuando su sangre divina se derrame. Han mordido el cebo —aseguró Marcial.

LAS CUEVAS DE LEÓNIDAS

Pasadas tres semanas, las nevadas llegaron del norte y empezaron a caer con fuerza, cubriéndolo todo de un blanco infinito. El campamento aqueo permaneció inmóvil en el mismo lugar, sin promover acción bélica alguna, cada vez más fortificados sus flancos con grandes troncos tallados, y cubiertas las tiendas con regias defensas.

Marcial nada temía dejando pasar el tiempo, sin arriesgar. De todo tenía, nada le faltaba. Para su dicha, nuevos cargamentos de víveres llegaron desde Ilión, apremiados por un rey que esperaba la dicha de los dioses y el oro prometido. Además, de los pequeños poblados cercanos, numerosos mercaderes vencieron su temor ante el invasor, y se acercaron buscando negocio, ventas y trueque.

Armonía y Mirina observaban desquiciadas por la espera, sin acabar de comprender la postura de aquel general ni a las gentes que de todo les proveían.

—La gente de Arzawa no les ve como nosotras. Les ayudan, en nada grave les atañe su cacería. Por el contrario, su presencia les trae comercio y ganancias —expuso Armonía, cubierta de gruesas pieles y apoyando los brazos cruzados sobre el cuello de su caballo negro.

—Deberíamos cortar sus provisiones, aislarles y matar a quien se acerque —dijo Mirina, observando todo a su lado, y saltó del caballo para estudiar las huellas de varios hombres y carros que víveres llevaban al campamento de Marcial.

—Así es, hermana. Pero no podemos atacar a todos los clanes que se acercan a comerciar. No son más que hombres salvajes que buscan una ganancia para sus familias; y algunos, demasiados, también son nuestros interesados amigos. Ni podemos desatar una ofensiva contra los teucros que bien armados defienden sus carros, no nos interesa ahora una guerra con ellos también.

—O quizás sí, y al final no quede más remedio que intervenir.

—No, hermana. Haríamos en esta guerra más enemigos de los debidos y le proporcionaríamos a Marcial excusas y aliados de armas que no deseamos —respondió Armonía.

—Los mismos clanes que nos proveen a nosotras en este enclave helado, les sirven a ellos. No les importa que luego nos matemos entre nosotros, solo su negocio. ¡Malditos! ¡Ya colman sus templos de divinidades aqueas, dioses de machos!

—Al menos, si ellos están aquí, Temiscira está a salvo —expuso Armonía.

—Y con Tribada nadie se atreve; morirían en el desierto antes de encontrarla, como tantos —apuntó Mirina de pie junto a su corcel, acariciándole la quijada—. ¿Crees que regresarán a sus tierras?

—No les dimos tan fuerte como para que abandonen su empresa. Ese general resulta prudente en la contienda, y puede continuar si en ello se empeña. Dispone de muchos soldados, muchas vidas que sacrificar. Pero prefiere dejar pasar el tiempo, ignorarnos.

—Les recordaremos que estamos aquí.

—Muchas de las nuestras morirían. Sus defensas siguen sólidas, la helada no nos beneficia y no podemos exponernos a un ataque frontal. No hay punto débil, todo lo custodian bien. Y ahora no representan una amenaza cierta.

—Enviemos espías. Los hombres pagan por placeres y, entre las gentes que comercian, nuestras lobas pueden introducirse en el campamento. Muchas aldeanas se jactan del oro y la lana que les sacan por una noche de lecho.

—Pues usa a esas aldeanas. No quiero que mis guerreras se conviertan en esclavas de la lujuria de esos hombres, ni que sean degolladas si son descubiertas.

—La soldadesca no sabrá nada que nos oriente en nuestro interés. Los capitanes tampoco. Y el gran Marcial nada ha de contar a sus amantes de ensortijados cabellos rubios —apuntó Filisteo, apareciendo tras ellas, acompañado de Artemisa.

—Nuestro joven huésped tiene razón. No tendrán piedad con una mujer que les espíe y de todas sospecharán —expuso la gran cazadora—. Además, ¿de qué nos tienen que informar que no sepamos ya? Solo tenemos que aceptarlo e impedirlo a su tiempo.

—Pero, entonces, ¿a qué esperan esos malditos aqueos? —se preguntó Mirina.

—Quizás, es posible... La señal de sus arpías —aseguró Filisteo.

—¿Arpías? ¿Qué arpías? —preguntaron las dos reinas.

—Hécate y Némesis partieron hace días, sin duda esperan su regreso —les indicó el joven—. ¿No lo sabíais?

—No, nada sabíamos. Nada nos contaste —saltó Mirina, desconfiada.

—Esas arpías no pueden pisar esta tierra, Artemisa las devoraría —apuntó Armonía, volviendo la mirada hacia la gran cazadora.

Artemisa observó atentamente el paisaje nevado y respiró profundo, ensanchando los pulmones. Ladeó la cara y levantó una ceja de forma que en nada tranquilizó a las dos hermanas reinas.

—No —susurró Armonía.

—Creedme que están aquí. Yo las vi por varias veces en compañía de Marcial, en compañía de Ares. Salvajes y despiadadas asesinas son —continuó Filisteo—. Marcharon a colmar de placeres al rey Ilio. Después, su camino era incierto para mi saber.

Armonía y Mirina se miraron serias y, sin decir nada, corrieron en busca de las dos jóvenes que habían socorrido hacía tiempo, de aquellas llegadas de Ilión y que olvidadas tenían, pues en nada se hacían notar.

—No están, mi reina —les indicó Elaya, respondiendo a sus preguntas.

—Marcharon hace días, a lomos de caballos... Querían rezar por el alma de todas nosotras y avisar a la Madre Tierra de los males que se ciernen sobre su tierra —apuntó Sria.

—¿Cómo las dejasteis ir? —preguntó Mirina.

—En nada se escondieron, dijeron que contaban con la bendición de Artemisa y el favor de nuestras reinas —murmuró Elaya, comprendiendo su error, el engaño, y calló ladeando la cabeza.

—Nunca las vigilamos, creímos que libres eran —expuso Sria.

—Esas mujeres podrían ser las arpías... ¿Avisar a la Madre Tierra? ¿Qué pretenden? Son matadoras —asintió Armonía, nerviosa.

—Matar a su hija nonata —respondió Artemisa—. Otra cosa no ha de ser. Marcial se mantiene fijo, espera la señal de sus arpías, su regreso. ¿Para qué iba a arriesgar más vidas si ya se encuentra lo suficientemente cerca como para esperar y vencer? ¿Para qué avanzar hacia Temiscira si la reina se halla aquí?

—Pero hace décadas que nadie sabe nada de Cibeles, desde que se unió al bello Attis y desapareció en las cuevas de Leónidas. ¿Y por qué matar a su hija? —preguntó Armonía.

—¿Su hija? ¿Cibeles va a tener una hija? —insistió Mirina, desconcertada.

—Mis amadas reinas, los reinos de machos temen que nuestra forma de vida altere su orden natural... Las profecías anuncian el nacimiento de una gran reina, fecunda de dioses; divina ella, dirigirá una estirpe guerrera que se enfrentará a sus ambiciones y todo lo perderán en tierras de bravas mujeres —expuso Artemisa.

—Por ello fuimos a las tierras de la vieja Europa, por eso marchaste al templo de Apolo en busca de saber... ¿verdad? —le preguntó Armonía.

—Pitia vio muchas cosas, y de otras más me habló. Pero solo algunas serán ciertas. Discernir y actuar es lo que debemos hacer para evitar nuestra tragedia —respondió la gran cazadora.

—Hermana, quizás deberías partir en busca de esas arpías. Llévate a la Guardia Real de Temiscira. Mis valientes de Tribada sabrán castigar a ese general si asoma la nariz fuera de su fortaleza —dijo Mirina, convencida.

—Si descubren que separamos nuestras fuerzas, ¿avanzarán?
—se preguntó Armonía.

—Hoy el objetivo de su empresa no es Temiscira, sino la divina Cibeles. Quizás, muy pronto, lo serás tú, mi amada Armonía. Debes marchar —aseguró Artemisa y se volvió, con el rostro enjuto, preocupada.

—¿Qué te anunció Pitia? La crees a pesar de ser mujer civilizada, esclava de sus virtudes en ese templo, contraria a nuestras costumbres, ¿verdad? —preguntó Armonía.

—Muerte es lo que me anunció. La de todas nosotras, si no vencemos nuestros miedos. Pitia no busca una victoria, ni una derrota, sino paz. Eso es imposible ante sus visiones de guerra cruel, lo sabe. Por ello trató de cambiarlo todo y nos avisó de las ciertas intenciones del rey Cécrope.

—¿Por qué iba a ayudarnos esa hechicera aquea? —preguntó Mirina.

—Yo sé que en nada le importa nuestra suerte, no todo me contó. Pero el precio de nuestro fin es muy elevado para ella, su muy amado Ares morirá en esta fatal empresa —contestó la gran cazadora—. Ahora Cibeles se halla en peligro, esas arpías son muy peligrosas.

—¿Ares morirá? —pregunto Armonía.

—Eso vio —respondió Artemisa.

—Marcharé de inmediato a las cuevas de Leónidas —indicó Armonía, sin querer creer, observándola de soslayo.

—Podrías marchar con mi hermana. Las arpías te temen, nada son ante tu poder —comentó Mirina.

—En el campamento de Marcial se encuentra la verdadera amenaza: Ares, ese salvaje amante de reinas guerreras. Solo yo puedo parar al obtuso si desata su ira. Por ello permaneceré cerca de ti, Mirina; y cerca de él. Ahora, mi amada Armonía, hazles ver que su empresa no resultará fácil, aunque crean que en poder de la verdad se encuentran —aseguró Artemisa.

Armonía la observó sin comprender, ciertamente dolida.

—¡Pero marcha ya! —la apremió la gran cazadora—. Las arpías galopan veloces buscando las entradas de Leónidas, e indefensa

se halla Cibeles. Y ten cuidado con ellas, matadoras divinas son y debes tenerlo en cuenta.

—Lo tendré... Divinas o no, me temerán —aseguró Armonía, mientras se preparaba para emprender el camino.

Artemisa observó paciente cómo Armonía montaba en el corcel negro, para alejarse al trote con la Guardia Real de Temiscira.

—Y sin embargo, esas arpías se hallan tan lejos de la verdad... —murmuró Artemisa con una grata sonrisa que sorprendió a Mirina.

—Es mi hermana el objetivo de los aqueos... ¿verdad? —preguntó Mirina—. En toda Anatolia solo hay dos divinidades capaces de engendrar a la primogénita elegida por los dioses: Cibeles... y Armonía, la amada de Ares.

Artemisa anduvo hasta Mirina, que la miraba con curiosidad, y puso la mano en su vientre con delicadeza, levantando su cota de malla guerrera. Y la acarició con una sonrisa dichosa.

—¿Qué es lo que te hace feliz? —insistió Mirina, nerviosa.

—Tú también has concebido su semilla, ahora ese salvaje debe morir —contestó la gran cazadora—. Impide que destruya la voluntad de tu hermana; que no siembre el mal y la guerra en todas nuestras naciones, en la tierra de las hijas de la luna.

Mirina agachó la cabeza sobre su vientre, atónita, con enfado, y la alzó ante Artemisa.

—¿Estoy preñada? ¿Ese salvaje me ha preñado como a una vaca?

—Estás embarazada de un dios, su semilla arraigó en tu fértil vientre. Estoy feliz. Tu hija será reina divina y también mil quebraderos producirá a las ambiciones aqueas.

—Nooooo —gritó Mirina—. Tú lo sabías, por eso me enviaste allí con esa pócima que solo sirvió para que yo quedara malparada. Tenías por cierto que me preñaría si me acercaba a él como mujer. Me engañaste, me usaste...

—Deja de decir estupideces. Tú fuiste quien se metió en su tienda, quien se sentó en su lecho, quién cabalgó sobre él como yegua desbocada... Nada de eso necesitabas hacer, ni te lo pedí.

Solo una pócima debías darle a beber, y mil formas había de hacerse llegar. Debiste traerme su cabeza y viniste a mí escocida y con jadeante paso, ¿a quién quieres culpar de tu fracaso? ¡Mátale de una vez y deja de llorar!

Mirina rechinó los dientes de furia y corrió golpeándolo todo hasta su tienda, al momento salió con su espada y una larga lanza.

—¡Mi caballo! —gritó a Elaya, que la miraba temerosa.

—He dicho que le mates, no que sacrifiques tu vida —le dijo Artemisa, posando la mano en su hombro, frenando su locura.

* * *

Al calor de una hoguera, Hécate y Némesis danzaban encorvadas y posesas, con marcadas expresiones de locura en sus rostros y movimientos lentos, acompañados de estallidos violentos. Sus hermosos cuerpos de mujer se cubrían de negro tinte de carbón, con difusas y espesas líneas granates que descendían de sus labios rojizos, recorriendo el mentón, el cuello y los senos hasta alcanzar el vientre.

De pronto pararon en su macabra danza.

Tres hombres se mantenían en pie ante ellas, recién llegados: dos jóvenes y un anciano mercader que portaba una vieja mula sujeta de las manos, cargada de ánforas de barro. Miraban atónitos a las dos jóvenes, preguntándose si eran humanas o quizás demonios del inframundo, devotas de la horrible Ereskigal. Y dieron un paso atrás, pensando que se habían equivocado al acercarse a aquella hoguera en busca de compañía y calor en la fría noche.

Una sonrisa encharcada de sangre les hizo temblar el alma. La visión de un hombre desnudo que permanecía en tierra, con el pecho abierto y el cuello degollado, aceleró los pasos de ambos jóvenes y del anciano, hasta volverse para correr tirando de la mula.

Hécate dejó de sonreír y observó a su compañera, que asentía, con aceleradas risas, como una inquieta hiena. Némesis, en un instante, sacó su daga de afilado bronce para estrellarla contra la espalda del anciano, que apenas pudo gemir observando la punta de metal asomar a través de su esternón quebrado.

Los dos jóvenes corrieron como gamos a través del enmarañado bosque, dejando atrás el cadáver del anciano y la mula con sus ánforas. Cuando ya a salvo se creían, latiendo sus corazones desbocados, tras dos gruesos árboles surgieron ambas féminas con tremendas estacas que golpearon las frentes de los muchachos. Rodando, cayeron sin sentido ni dolor alguno.

A la mañana siguiente, sentados frente a la hoguera, los dos jóvenes permanecían como ausentes; con la boca abierta, brotando espesa saliva como hilarachos sin fin, y los ojos en blanco clavados en el altivo cielo.

Hécate, limpia y hermosa como una diosa, les observaba mientras removía al fuego un cazo colmado de burbujeante líquido, y vertió amplias tiras de muérdago y copos de amanita bien picados. Después, lo aliñó con abundante regaliz y hojas frescas de menta. Lo endulzó con moras y otros frutos del bosque. Y lo dejó reposar.

Némesis, acicalada como una inocente doncella, tomó de la alforja de su yegua un trapo hecho pañuelo. Se dirigió a los jóvenes y les limpió la baba, y les observó ingrata.

—¿No podemos controlar esas babazas?

—Déjalos que babeen —respondió Hécate.

—¿Funcionará?

—No te preocupes, mi amada Némesis. La pócima presos los tiene, y las babas secarán antes de llegar.

Némesis les observó por un momento y lanzó una rápida bofetada a cada uno de ellos, con fuerza desmedida tal que les volteó la cara a ambos. Como si nada hubiera sido, sin lamento alguno, los muchachos volvieron a su posición, posando la cabeza al frente, con la boca abierta y los ojos al cielo.

Y les dio otra, más fuerte, con el mismo resultado.

—Hum... —gruñó Némesis.

Hécate sonrió.

—¿Cuándo han fallado mis pócimas? —dijo, y tomó el cazo para verter su espeso contenido verde menta en unos pequeños copos de flores, rodeados de pétalos coloridos, y los colmó con una gota de dulce miel de romero y amarillo polen—. ¿Te apetece

uno de mis delicados dulces de sabrosa ambrosía, solo digna de diosas?

Némesis comenzó a reír encorvando su figura, negando con la cabeza sin dejar de mirar aquella especie de dulce mortal.

Durante dos días más, Hécate y Némesis, seguidas de ambos jóvenes, descendieron por estrechos senderos, dejando atrás la nieve. Recorrieron una zona boscosa de enormes cedros, rodeada por un robleal que todo lo abarcaba hacia el este. Y llegaron hasta los elevados cortados que formaban el cauce de un ancho río de aceleradas y transparentes aguas, el cual se erigía como frontera natural entre el mundo conocido de las civilizaciones occidentales, colmadas por los dioses del Olimpo, y el Oriente desconocido, las tierras salvajes que se encontraban más allá, hogar de innumrables clanes, de desconocidos demonios y de lobas impías, las hijas de la luna.

—Hemos llegado —expuso Hécate—. ¡El río Termodonte! Al sur se encuentran las sendas de Hattusa. Al norte, extensos valles y bosques de montaña acompañan el curso del río hasta las costas del mar Euxino y, en algún lugar, cercano a su ribera, se oculta Temiscira, hogar de lobas devotas de diosas insolentes, sacerdotisas adoradoras de la luna y de las tinieblas de la noche.

—Arpías que matar todas ellas —asintió Némesis.

Las dos féminas eran conscientes de dónde se hallaban: en el corazón palpitante de Anatolia, hogar de la divina Cibele, la Madre Tierra. Descendieron de sus monturas y se acercaron al cortado. Observaron pausadamente el río y, en su orilla opuesta, estudiaron la oscuridad de unas cavernas que bien conocían: las cuevas de Leónidas.

Un estrecho puente colgante unía ambos extremos del cañón que formaba el curso del río, y una discontinua columna de personas, de diferentes vestimentas y razas, lo cruzaba y descendía con presentes y regalos para colmar de gracias a la deidad que allí habitaba.

—No deberíamos acercarnos más, podría notar nuestra presencia —expuso Hécate—. Enviemos a los jóvenes mancebos con los presentes.

Némesis asintió y se acercó a la mula que portaba en su lomo a los dos jóvenes, los cuales seguían como ausentes, en silencio, sin babas ni muestra alguna de su estado. Les tendió la mano y bajaron como autómatas. Vestían un delicado chitón blanco cada uno, en sus pies unas alpargatas de esparto y en la cabeza una corona de laurel. En sus manos dejó una bandeja de barro cocido, adornado de hojas verdes y floreadas ramillas. En el interior posó los dulces de sabrosa ambrosía, colocándolos en orden.

—Marchad hasta el altar divino. La ofrenda deberéis realizar, y permaneced allí orando, cuanto sea necesario, hasta que Ella se digne en probarlos. Ambrosía digna de dioses, elaborada por las ninfas sagradas de los bosques del norte, es lo que portáis en vuestras limpias manos —aseguró Hécate.

Los jóvenes cruzaron sin temor ni alma el puente y descendieron, uniéndose a la cola de devotos. Llegaron hasta la boca de la cueva. Sin decir una palabra se internaron siguiendo la luz de las teas que alumbraban su camino y a las demás personas, hombres y mujeres, que se adentraban en las profundidades de la tierra.

En su camino, calaveras y otros restos humanos atemorizaban las mentes de los devotos, las llamas eran cada vez más dispersas y el paso más lento. Unos rugidos se dejaban oír, resonando en las cavernosas y húmedas paredes. Sin embargo, nada de esto amedrentaba a los jóvenes en su camino. Mientras otros palidecían sus rostros ante la oscuridad y la incertidumbre de sus pasos, ellos marchaban decididos con la mente en blanco.

Llegaron hasta una ancha sala, de paredes cubiertas con plantas rupícolas y de techo despejado, una enorme sima por la que la luz del sol se filtraba iluminando en parte la gruta. Un pequeño arroyo de aguas frías lo cruzaba, produciendo un pequeño rumor que rompía el silencio del lugar. En el centro, una gran losa de piedra sujeta por columnas talladas hacía de altar. Sobre ella eran depositadas las ofrendas de los devotos que, temerosos, rápidamente salían de la cueva. Otros, los que menos, permanecían orando con la intención de que la divina se dignara en obsequiarles con su

presencia. Entre ellos, permanecieron los dos jóvenes, susurrando rezos y palabras hermosas aprendidas de las arpías, que a la diosa dedicaban.

Al tercer día de espera, Hécate y Némesis abrieron los ojos de golpe, despertadas por una tremenda algarabía que llegaba desde el fondo del cañón. Salieron de la pequeña tienda de campaña donde dormitaban y acercaron sus ojos expectantes al barranco.

Los devotos feligreses salían de la gruta, gritando y abriéndose paso entre ellos a golpes, aterrorizados, huyendo por la ribera del río. La tierra tembló y una enorme grieta se abrió llevándose agua, árboles, rocas y a tantos de ellos como cayeron.

Un enorme rugido todo lo silenció.

Se miraron la una a la otra, escondiéndose, y sonrieron encorvando sus oscuras siluetas de arpías. Avivaron inquietas la hoguera que calentaba sus aromáticas infusiones y se sentaron al borde del precipicio, libando pausadamente sin dejar de observar la entrada de la cueva. Se alzaron de inmediato al ver a uno de los dos jóvenes, que salió corriendo, aterrado.

Un enorme león de esplendorosa melena negra y garras portentosas surgió tras él. De un salto lo cazó y le mordió en la cabeza, aplastándosela conforme ladeaba de lado a lado su cuerpo vencido, hasta que la desprendió del cuerpo. Acto seguido rugió tremendo, enfurecido, mientras algunos devotos trataban de huir de aquella furia desatada. Una leona apareció con el cuerpo desmembrado del otro joven y soltó los restos con un golpe de cabeza hacia la izquierda. Los dos felinos anduvieron en la entrada de la gruta rugiendo y espantando a todos.

La tierra tembló de nuevo, con fuerza, y las fieras penetraron al trote, como si fueran reclamadas.

—Era de esperar —murmuró Hécate.

—Sí, tendremos que viajar hasta allí —aseguró Némesis.

—Esperemos a que las bestias se alejen o que alguien se acerque, quizás un día o dos basten. No sé, no es seguro recorrer tierra divina sin saber cierto si probó la dulce ambrosía.

—Sí, mejor esperamos unas lunas para disipar las dudas.

Entonces, dos jóvenes muchachos de grandes cuerpos negros, atléticos, y cabezas rapadas, surgieron corriendo de la oscura caverna, con un pequeño bebé en las manos, y tras ellos la hermosa y portentosa pareja de leones, rugiendo a todos lados como eficaces guardianes.

—¿Es lo que parece? —preguntó Hécate.

—Lo es, debe serlo... No podemos esperar, podríamos perder su rastro.

—Pero si cruzamos el puente y vive, sentirá el palpar de nuestro hálito. Sería nuestro fin.

—Si ha probado la ambrosía, no puede sentirse bien, y menos tras dar a luz. Ahora su poder es efímero, si acaso dispone de él. Solo sus horribles leones me preocupan... ¿Y el bello Attis?

—Nada sabemos de él, quizás comiera también. Démonos prisa, no sea que esas bestias regresen antes de tiempo y en la cueva nos sorprendan.

Las arpías cruzaron el puente y bajaron al cortado por donde habían huido los fieles devotos. Llegaron con paso ligero hasta la boca de la gruta y penetraron con urgencia. Conforme avanzaban encontraban menos teas en llamas y se hicieron con unas, alumbrando su camino hasta la sala donde el altar divino se ofrecía.

No había rastro de la bandeja con la ambrosía y todo permanecía como si un ciclón hubiera arrasado el interior de la cueva; al menos veinte cuerpos yacían allí, descarnados por la furia de los leones de Cibeles.

—Aceptó el presente y se dignó a probarlo —aseguró Hécate.

—Nada se resiste al delicado aroma mis dulces de sabrosa ambrosía —apuntó Némesis—. Sigamos hasta el oráculo.

Las dos féminas avanzaron por la orilla del arroyo, por una galería que se estrechaba a cada paso. Alumbrando en plena oscuridad llegaron a dos salas continuas, una pequeña con decoros y presentes de todos los devotos; la otra grande, en cuyo fondo dos sacerdotisas y varios acólitos de largas túnicas moradas y afilados venablos lloraban alrededor de un cuerpo sin vida.

Hécate y Némesis estiraron el cuello para ver sin acercarse. Entonces, una mujer levantó la cabeza entre los acólitos y, seguidamente, todo su cuerpo. Y se tambaleó sin caer.

—¡Cibeles! —exclamó Hécate al observar sus ojos negros talar su mente, su larga melena blanca agitarse.

—No ha muerto, pero está muy débil. ¡Acabemos con ella! —exclamó Némesis.

Las sacerdotisas y los acólitos rodearon a la divina Madre Tierra, con los venablos prestos en sus manos y las picas al frente. El suelo tembló y los ojos de Cibeles parecieron brillar con intensidad conforme los corazones de Hécate y Némesis se estremecían. Un fuerte calor se apoderó de ellas y notaron cómo la tierra, hecha barro, se movía a su alrededor.

—Malvadas, vosotras, hijas de Anatolia, traidoras blasfemas que a vuestra tierra regresáis sembrando muerte. Atalanta e Hipómenes se encargarán de libar hasta la última gota de vuestra sangre. Justicia y venganza os enorgullecéis impartir, mas solo maldad y muerte ofrecéis en verdad... Ahora moriréis, vosotras, que habéis arrancado de mi lado la vida de mi bello Attis y envenenado mi sangre, buscando mi muerte y la de mi muy amada hija.

Hécate sacó su ondulada daga y alzó con fuerza el pie del lodazal que trataba de retenerla. Y avanzó hacia la divina. Los acólitos le cerraron el paso rápidamente con venablos de afilado bronce.

Cibeles gimió de dolor y dobló una rodilla.

Némesis extrajo un saquillo de su cinto y lo vació en una mano, un fino polvo amarillento cayó; y sopló violentamente. Aquel polvo voló hasta las sacerdotisas y los acólitos, impregnando sus caras y ojos rápidamente, cegándolos por completo. Tapados sus ojos y orificios nasales, cayeron sin poder ver ni respirar, dando grandes bocanadas que buscaban desesperadamente llenar de aire sus pulmones abrasados.

Las dos arpías trataron sin suerte de salir de la embarrada tierra que les impedía avanzar. Dando cuchilladas al aire, trataron de herir a aquella divinidad que se marchitaba ante ellas, tan cerca.

Un tremendo rugido se escuchó cercano y Cibeles dobló las rodillas para caer, y cerró los ojos con un lento suspiro.

—¡Vámonos! La amanita y el muérdago hacen su efecto, no sobrevivirá. ¡Y las bestias se acercan! —expuso Némesis, con voz tan tétrica como temerosa.

Las dos féminas retrocedieron del embarrado lodo, con gran esfuerzo, renunciando a su presa; ante la mirada descompuesta de Cibeles que, tan débil como estaba, nada podía hacer por impedir que huyeran. Y ambas corrieron con desespero, empujándose la una a la otra, por aquella estrecha galería, hasta llegar a la sala donde permanecía el altar divino.

Los horrorosos rugidos de los leones llegaron hasta ellas y se lanzaron al suelo, entre los muertos, tintando sus cuerpos de sangre, y cesando en su respiración como si muertas se hallaran. Atalanta e Hipómenes, la pareja de enormes leones que guardaban a Cibeles, pasaron veloces saltando entre los cadáveres y las rocas en dirección hacia las salas del oráculo, sin percatarse de su presencia.

—¡Vamos! —exclamó Hécate, y salió corriendo en busca de la salida.

Némesis se levantó veloz y surgió tras ella, adelantándola en la carrera.

Con la luz del exterior, se alzaron sobre el cortado del cañón y cruzaron el puente del río lo más veloces que pudieron. Sin recoger nada de sus enseres, saltaron sobre los caballos y galoparon alejándose del lugar.

Apenas pasados unos escasísimos momentos, la pareja de leones olfateaba aquel pequeño campamento donde habían estado las dos arpías. Lo destrozaron todo a zarpazos y dentelladas. Ventearon el aire posando sus almendrados ojos en el horizonte y lanzaron un potente rugido que, en la lejanía, en su galope, hizo temblar los oscuros corazones de Hécate y Némesis.

LA PROFECÍA DE PITIA

La Guardia Real de Temiscira llegó al cortado que guardaba el lecho del río Termodonte, con su reina Armonía al frente. De un salto descabalgó para asomarse al vacío. Y apretó los labios al ver la desolada orilla.

A nadie se veía portando presentes por las sendas que alcanzaban la gruta. Grandes bloques de piedra, árboles caídos y profundas brechas anunciaban los desprendimientos del terreno y aceleraban la angustia de que algo grave había ocurrido. Chacales, zorras y hienas merodeaban la zona, entre lo que parecían ser restos humanos. Bandadas de córvidos alzaron el vuelo con la llegada de los buitres, confirmando la terrible realidad.

Armonía miró a Sria, su fiel capitán, con la preocupación reflejada en su rostro.

—¡Vamos! —exclamó, montando de nuevo.

Cabalgó para cruzar el puente colgante, avanzó por el cortado y descendió con su guardia por las sendas que descendían hasta la oscura entrada de la cueva, espantando a las alimañas y carroñeros con su paso acelerado.

Ninguna tea alumbraba el camino y un fatídico olor a muerte permanecía en el ambiente, húmedo y tenebroso.

—Sria, prende una antorcha —ordenó Armonía.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Sria, temerosa, con el ojo derecho muy abierto.

—No, entraré yo. Vosotras permaneceréis aquí, esperándome.

—Te acompañaremos, sola no irá mi reina. No me gusta. No reconozco este lugar. Antes se mostraba lleno de vida y ahora solo a muerte huele.

—No. Si Atalanta e Hipómenes andan cerca, respetarán mis pasos, siempre lo hicieron, y quizás los de nadie más; menos, una guerrera armada. Es posible que enojadas se encuentren las bestias. Algo tenaz ha ocurrido, nada bueno parece. Solo espero que la divina Cibele se encuentre bien.

Sria asintió, no muy conforme, entendiendo la postura de su reina.

—Pues te acompañaré yo sola, sin arma alguna —expuso.

—Puede ser peligroso.

—Más peligroso sería regresar junto a tu hermana Mirina sin mi reina a mi lado.

Armonía sonrió.

—Sí, bien puede ser —asintió finalmente.

—Vamos pues —apremió Sria, a la vez que le ofrecía una tea en llamas.

—Marga, valiente capitán de mi guardia, que las nuestras acampen en la vertiente norte del río, en el valle del Ponto, y descansen de la fatiga del largo trote —ordenó Armonía—. Y envíe varias patrullas para que recorran la zona y todo lo estudien, quizás hallen a alguien con vida. Otras que recojan a los muertos, y dadles llama. Limpiad esta pena que tanto daña la vista y espantada a esas alimañas carroñeras.

—Dejaré una guardia de dos guerreras a la entrada de la cueva —contestó Marga, una mujer de larga melena azabache con mechadas azuladas, como sus párpados y las estrechas líneas que cruzaban su cara en horizontal.

—No. Mejor alejaos de la entrada de esta leonera. Aquí ninguna hostilidad hemos de mostrar, y nerviosas se hallarán las bestias, Atalanta e Hipómenes, ante guerreras —ordenó Armonía.

—Esperaremos en el campamento pues, como bien ordenas. Buscaremos vida entre los muertos y los cadáveres serán prendidos. Mas si no regresáis al amanecer, entraremos todas, con teas

y largas lanzas, dispuestas a buscaros —respondió Marga, mostrando su puño y determinación.

—Si no salgo, si no salimos... Galopa veloz tras el aliento de Artemisa. Obedéceme y no ciegues tus mientes, pues nada seréis ante los leones de Cibeles —ordenó Armonía, a la vez que le entregaba sus armas.

Armonía y Sria avanzaron por interior de la gruta, desplazando la oscuridad con las antorchas. Nada se veía salvo piedra húmeda, barro y un pequeño arroyo subterráneo que avanzaba paralelo a sus pasos.

—Allí... y ahí, son muchos los muertos —indicó Sria, alumbrando cada recodo.

Los restos de numerosas personas se dejaban ver, unos descuartizados y otros aplastados por las rocas entre presentes para la divina, flores marchitas y cirios sin llama.

—Esto es horrible —murmuró Armonía, con pesar.

Un tremendo rugido las alertó y se irguieron con las antorchas hacia delante, tratando de ver en la profunda oscuridad. Otro rugido más poderoso, cercano, encogió sus pasos.

—¡Cibeles! ¡Amada Cibeles! —gritó Armonía.

—¡Ah! —exclamó Sria, volviéndose de golpe—. ¡Algo me rozó!

Las dos mujeres alumbraron hacia todas partes sin ver nada.

El suave chapoteo del trote de unas garras en el agua del arroyo y una respiración ronca les anunció que no estaban solas.

—Sigamos —ordenó Armonía, tratando de olvidar aquella presencia.

—Son sus leones... Nos devorarán —aseguró Sria.

—Si quisieran devorarnos, ya se relamerían su trufa manchada con nuestra sangre. Sigamos —insistió Armonía.

Llegaron al altar divino, donde un estrecho haz de luz entraba por la abertura del alto techo, mostrando la tragedia. El templo se hallaba derrumbado, restos humanos quedaban dispersos entre presentes y ofrendas que no hallaron destino. El hedor a muerte era insoportable y miles de moscas y mosquitos llenaban el aire que respiraban.

Se posaron unas telas que les cubrían la boca y nariz y continuaron adentrándose más y más, evitando aquella pestilencia, regresando a la silenciosa oscuridad.

Un tremendo rugido, a dos escasos pies por delante, les encojió el alma y les hizo tragar saliva con un vuelco en el corazón. La llama alumbró al hermoso león de larga melena negra, con aquella gran cabeza algo girada y sus ojos almendrados, brillantes a la luz de la antorcha, estudiando cada detalle de las dos mujeres. Tras ellas, la presencia de la leona se hizo notar con un poderoso y continuo ronroneo.

—Atalanta, Hipómenes —murmuró Armonía.

El león abrió su enorme boca, mostrando la poderosa dentadura, aquellos largos colmillos, y avanzó ladeando la gran melena que le rondaba toda la cabeza y el pecho. Y rugió con gran fuerza a la par que sus retráctiles garras marcaban el suelo que pisaban, para alzarse poderoso sobre los cuartos traseros, apoyando las patas delanteras sobre los hombros de Armonía, que apenas podía mantenerse en pie, y mordisqueó su rubio cabello, olfateando y lamiéndole el cuello y la cara con su áspera lengua.

Sria cerró los ojos, temblando valiente, notando la cálida lengua de la leona acariciar su mano derecha, las nalgas y el muslo izquierdo; dominando su miedo por salir veloz, corriendo, de aquella galería de muerte.

—Armonía, hermosa ninfa de los bosques del norte, reina divina de Temiscira, ¿eres tú? —susurró una voz muy débil, como un eco lejano llegado hasta ellas a través de las paredes rocosas de la tenebrosa gruta.

—Divina Cibeles, amada Madre Tierra... ¿Dónde estás? ¡Contesta! Por ti todas sufrimos. ¡Muéstrame el camino! —respondió Armonía, con voz suave, apartándose de las fauces, con su cara cubierta por la abundante melena negra de la bestia.

La leona pasó ante ellas veloz hacia la oscuridad y el león se apartó de Armonía, posando las cuatro garras en tierra. Tras dar un corto rugido, el felino comenzó a trotar por el interior de una estrecha galería, entre gruñidos inquietos.

—Vamos, sigamos a Atalanta e Hipómenes —dijo Armonía.

—Sí —replicó Sria y cerró los ojos, tragando saliva con el alma en vilo, tratando de calmar su miedo.

Recorrieron las tinieblas de aquella profunda galería por mucho tiempo; solo los pasos y ronquidos de los leones les alertaban que iban por el buen camino. Húmedas y embarradas hasta los codos, llegaron a una caverna de enormes estalactitas. En el fondo, una pequeña apertura al exterior se mostraba sobre sus cabezas, a gran altura, que de aire puro llenaba la estancia y por donde escapaba el humo de una pequeña hoguera. En un lecho de piedra y paja, apenas presente y con los ojos cerrados, una mujer yacía con las manos colgando hacia el suelo y una piel de oso cubriendo parte de su cuerpo, blanco como la nieve. A su lado permanecía un cadáver mostrando los primeros síntomas de descomposición.

El enorme león se posó al lado y lamió de forma continua la cara de aquella mujer. La leona saltó encima del lecho, tumbándose junto a ella, ronroneando sobre su marchito cuerpo.

—¡Por todos los dioses! ¡Cibeles! —gritó Armonía, con un enorme dolor, llena de angustia, y corrió hasta ella.

Sria quedó impresionada: la gran Cibeles, la Madre Tierra, la más divina y poderosa entre todas las diosas, permanecía allí demacrada como si fuera una momia. Y a sus pies, el cadáver del que, sin duda, fuera el bello frigio Attis, el hombre de corazón tan puro que fue amado por la diosa.

—¡Ayúdame, por favor! —exclamó Armonía a Sria, llorando de pena, tratando de sentar a Cibeles en el lecho ante la mirada penetrante y curiosa de los leones.

Cibeles abrió de pronto los párpados, morados y penosos. Su pupila negra estaba contraída, apenas se veía; el iris parecía un tizón en brasa, y la esclerótica había perdido el blanco, mostrándose sanguinolenta. Espesas lágrimas azul celeste se deslizaban por su pálida mejilla y sus labios se mostraban de un horrible gris mortecino.

—¡Cibeles! ¡No te vayas! —le rogó Armonía.

—Mi amada ninfa del bosque... ¡Has venido! Escucha pues a esta que sufre y agoniza. Mi hija, Ainia: debes encontrarla antes que las mordaces arpías. Malvadas ellas, la buscan para matarla;

en su confusión, es su único fin —aseguró Cibeles, incorporándose levemente entre los brazos de la reina de Temiscira.

—¿Dónde se halla? ¿Qué ha pasado? ¿Estás mejor? —preguntó atropelladamente Armonía, temblando el mentón.

—Hécate y Némesis burlaron mi vigilia con sus artes oscuras y hasta mi altar sagrado llegaron con vil veneno. El poder que me proporciona esta, mi tierra, abandonó mi cuerpo, que ahora se halla sometido por la colorida amanita disfrazada de sabrosa ambrosía. Y el muérdago me mata. Mi amado Attis, carente de mi fuerza, no pudo resistir el mortal envite... Ahí yace, sin vida.

—¿Y las arpías? —preguntó Armonía, recorriendo la estancia precavida.

—Mi ira desató. Pero en mi ceguera a ellas no alcanzó, lograron huir. Solo inocentes devotos murieron... Presa de la amanita y el muérdago me encuentro. La tierra que habito y me nutre dirá qué será de mí en el futuro. Ahora, nada soy.

—Serás, te recuperarás. Avisaré a Artemisa, ella te socorrerá con su beso de vida —afirmó Armonía—. Tu hija, Ainia, ¿dónde está?

—Apenas unos días tiene de vida y, en vez de ser idolatrada y venerada, ya huye. ¡Qué pena! —sollozó Cibeles—. Cabalga hacia el templo de Artemisa, el que se halla en la pequeña Venus. Debes encontrarla, ponerla a salvo. Si fallezco, es todo lo que de mí quedará. Es hermosa, es fuerte, es valerosa... ¡Es tan pequeña! Es mi vida. Tú bien sabrás de qué hablo, pues veo que en ti late una nueva vida —aseguró Cibeles, cruzando la mirada con Armonía, acariciándole con su mano temblorosa el vientre.

Armonía elevó su cabeza, atónita por aquella revelación.

Sria la observó sin palabras.

—Mis eunucos negros corrieron prestos a guardar la vida de mi hija Ainia, ante la incerteza de lo ocurrido. ¡Y mis sacerdotisas y acólitos marcharon tras ellos! Cuando las arpías avanzaron buscando mi cuerpo, comprendí lo que ocurría. Trataron de matarme al verme con vida y, cobardes como son en verdad, huyeron cuando escucharon los rugidos de Atalanta e Hipómenes, que a por su sangre trotaban odiosos —dijo Cibeles.

—Debes reponerte, te traeré alimentos, agua...

—No te preocupes por mí, Atalanta e Hipómenes me guardan. ¡Corre! ¡Galopa veloz! ¡A mi hija Ainia debes proteger! Solo eso te pido. Si esas arpías dan con ella, la matarán sin compasión alguna —insistió Cibeles.

Armonía se alzó dispuesta a todo por combatir a Hécate y Némesis, para salvar a Ainia, la hija de Cibeles recién nacida; y se volvió para observar el cadáver de Attis.

—Te mandaré a doce de mis valerosas guerreras, todas ellas miembros de la Guardia Real de Temiscira. Han de limpiar tu morada y de alimentos proveerte, serán tu corte. Darán digna sepultura a tu amado Attis, pues debe descansar en paz; y te cubrirán de gloria y favores. Manda a Atalanta e Hipómenes que respeten sus vidas, pues ellas han de guardar la tuya mientras yo cabalgo en pos de esas arpías. Pero has de saber que no solo Hécate y Némesis nos amenazan, un ejército de aqueos descansa en el Ponto...

—Lo sé, mi bella flor del bosque. Pero nada has de temer. Artemisa, la gran cazadora, protege a las hijas de la luna... y Ares, azote de mortales, a todos por ti matará.

—Ares es un guerrero aqueo, marcha con ellos. ¿Cómo va a matar por mí?

—Bien lo sabes. Ese hombre no es un guerrero cualquiera, a todos mata y nada le importa. Así le temen amigos y enemigos. Y también dioses y divinas, a los cuales sus carnes mortales destroza con gusto, atemorizando sus almas inmortales. Por ello maldito es por su propio padre, el prepotente y soberbio Zeus; mas a él no le importa. Y aunque su alma es inmortal, su cuerpo es humano y su corazón, lleno de ira, solo a tu lado encuentra paz. Te ama. No permitirá jamás que nadie te haga daño, antes morirá.

Armonía calló, no sabía qué decir, tan solo reflejó un delicado gesto de pena en su rostro.

—Llevas en tu vientre a su hija, aquella que será divina y fuerte como ninguna —continuó Cibeles—. Cuando encuentres a mi pequeña Ainia, debes marchar lejos, poner a salvo tu vida y la de las pequeñas... A las mesetas de Oriente o a los desiertos de Tríbada. Pues los aqueos solo buscan muerte para evitar la profecía

de Pitia, que grandes males les anuncia del nacimiento de la divina reina... Tu hija.

—No estoy embarazada —expuso Armonía, comprendiendo su retraso.

—Sí, lo estás —afirmó rotunda Cibeles—. Ahora debes marchar, cuida de mi pequeña y de tu vida. Tus guerreras serán bienvenidas, nada han de temer de Atalanta e Hipómenes.

* * *

Los dos eunucos corrían con la pequeña Ainia en brazos. Ni una mirada atrás, tan solo el llanto quedaba en el aire, presa del viento. Cruzaron un extenso valle, levantando codornices y alondras a su paso, tratando de llegar al enorme bosque de abetos que se cerraba en torno a las grandes montañas del Ponto.

Buscando las sendas del sur, se dirigían hacia la aldea de Venus; una pequeña población de almas nobles y caritativas, donde se alzaba un pequeño templo dedicado a Artemisa, con sus sacerdotisas y guardianes.

Pero la maléfica sombra de Hécate y Némesis se alargaba poderosa, infame. Galopando sobre sus corceles, se acercaban con la mirada fija en aquellos dos hombres negros que corrían ante ellas.

Casi en paralelo, veloces, las dos sacerdotisas y los cuatro acólitos de Cibeles trataban de impedir el infanticidio.

Con un golpe de pecho, el caballo de Hécate tumbó a uno de aquellos fornidos eunucos negros, estampándolo contra un árbol a la entrada del bosque. Némesis saltó y, sin darle tiempo a respirar, le hundió su daga en forma de serpiente en el pecho, por tres veces, rápidamente; y miró con vista de águila rapaz al otro hombre que huía con la niña, el cual, internándose en el claroscuro, consiguió dejar atrás a las dos arpías y se ocultó entre la densa vegetación. Con sus grandes ojos observó la cara de la niña, sus mofletes sonrosados y esos ojos nublados a punto de romper en llanto.

Se escuchó el ruido del choque mortal del bronce, gritos de ira y muerte. Y la niña comenzó a llorar para desespero del eunuco,

quien tomó en su mano el largo machete que portaba en la cintura y lo colocó ante él, esperando enfrentarse con quien fuera antes que abandonar a la pequeña. Sudando, dejó de oír el metal y el relincho de las bestias. Y levantó un poco la cabeza tratando de ver en torno suyo.

Solo maleza y árboles observó.

De pronto, la vegetación que le ocultaba se apartó.

—Mamu, sal de ahí. Las arpías se retiraron —aseguró una de las sacerdotisas. Era una mujer madura, de rasgos curtidos, piel colmada de tatuajes étnicos y mirada penetrante; vestía con una larga túnica de pardos colores anudada a su cintura de avispa con un cinturón grueso.

—¡Oh, alabada Tamara! ¡Temí tanto por la vida de la pequeña!

—Está a salvo, de momento —aseguró Tamara, agitando su espada de doble filo—. Las arpías huyeron, mas sin duda regresarán. Debemos marchar y buscar la protección de la divina Artemisa. Solo ella puede pararlas en su ignominia.

Con su mirada, Tamara, la gran sacerdotisa de Cibeles, recorrió el bosque mientras enfundaba lentamente su espada en la vaina. Su larga melena negra ondulaba por su frente curtida, marcada de tatuajes en espiral.

—Mataron a Muma, mi hermano yace a la entrada del bosque —murmuró con tristeza aquel hombre negro de anchas espaldas, levantándose con la pequeña Ainia en sus brazos.

—Malditas arpías, son auténticas fieras. ¡Brujas ellas! También acabaron con nuestros hermanos —aseguró Tamara, mostrando con la mano los cuerpos sin vida de los acólitos—. Démosles digna sepultura y marchemos antes de que regresen. Me temen, pero sin duda nos vigilan y tratando agucias deben hallarse.

* * *

—¡Favor! —gritó Hécate en la plaza del pequeño poblado de Venus, de apenas un centenar de hogares hechos de ramajes, troncos y paja. Y se tumbó en la tierra embarrada, como presa de la locura, gritando con fuerza.

—¡Ayuda! ¡Vosotros, hijos de la divina Cibeles! ¡Madre Tierra! ¡Ayuda! —insistió Némesis, cayendo de rodillas, con los brazos al aire y la cabeza exclamando al cielo.

—Por todos los dioses, ¿qué ocurre, mujeres locas? —preguntaron sus moradores, acercándose curiosos y con precaución a las dos féminas, que desesperadas en llanto se hallaban.

—La pequeña hija de nuestra amada Madre Tierra, la divina Cibeles, se halla presa de las arpías del rey Cécrope. ¡Malditos aqueos que todo matan! —habló Hécate, entre lloros y lamentos descompuestos.

—¡Horrores han desatado sobre nuestra tierra! ¡Attis asesinado fue y nuestra amada sucumbe al horror de la eterna agonía! ¡Zeus se la llevó! —exclamó Némesis.

—¡Favor! —insistió Hécate.

—Pero, decid, ¿qué podemos hacer...? ¿Quiénes sois?

—Por el bosque huyen las dos arpías a lomos de oscuras bestias, asesinas ellas, y un horrible hombre negro surgido de los infiernos las acompaña... ¡Con la hija de la divina Cibeles en sus brazos! Somos las sagradas sacerdotisas de las cuevas de Leónidas y debíamos proteger a la pequeña. ¡A todas las nuestras mataron sin piedad! ¡La han raptado! ¡Pobre de ella! —expuso a voces Hécate, alzándose entre jadeos y penas.

Acto seguido, estiró los brazos y recorrió la plaza en círculos gritando bien fuerte para que todos escucharan.

—¡Entregarla quieren a los aqueos para ser sacrificada al prepotente Zeus!

—¡Sacrilégio! —apuntilló Némesis.

Una gran algarabía secundó aquellas palabras y, pronto, los valerosos hombres y las decididas mujeres de aquel pequeño poblado se armaron de hachas y venablos, formando un nutrido grupo de guerreros y guerreras prestas para actuar.

—¡Nosotros lo hemos de impedir! —gritaron.

—¡Vayamos a por ellas! ¡Si están en el bosque las alcanzaremos en el paso de las Marmotas! —expusieron otros.

—Sí, rápido, si atajamos a través de las sendas del bosque, aún podemos rescatar a la pequeña —ordenó una anciana, vieja como

el tiempo y cubierta de arrugas y verrugas hasta los ojos, vestida de polvorientas pieles de lobo y agitando una enorme porra.

—La divina Cibeles os recompensará, salvad a su hija y dichosos seréis por siempre. Mas no se os ocurra cruzar palabra alguna con las arpías, pues maestras en artes oscuras son y os absorberán las mientes. ¡Matadlas sin voz ni misericordia! —advirtió Hécate.

—Y a la bestia negra, ese hombre grande como una montaña que presa en sus garras porta a tan indefensa criatura, degolladle de inmediato antes de que mal alguno pueda provocar —apuntó Némesis, con ánimo encendido.

—Pero vayamos ya, antes de que logren escapar —ordenó la anciana.

Hombres y mujeres, incluso niños y niñas se armaron; ciento sesenta y tres personas indignadas, enfurecidas, agitadas sus almas y deseosas de matar corrieron entre las sendas del bosque agitando sus hachas, venablos, machetes, horcas, porras y estacas.

No tardaron en llegar al paso de las Marmotas. Tras ellos, como sombras inquietas, Hécate y Némesis enervaban sus instintos con arengas y deseos de justicia, de venganza. Se trataba de un lugar montañoso, de escasa vegetación y vientos helados, que hacía de corredor entre los destinos del norte que recorrían el Ponto y los valles del sur que alcanzaban la pequeña aldea de Venus y, más allá, la gran urbe de Beycesultán. Y se alzaron para ver llegar al trote a las dos mujeres y el hombre negro que portaba a la hija de la divina Cibeles.

—¡Están ahí, los impíos! —exclamó Hécate.

—¡Por todos los dioses, apenas llegamos a tiempo! —apuntó uno de aquellos hombres.

—¡Tended las cuerdas antes de que lleguen al estrecho y se percaten de nuestra presencia! —ordenó la anciana, agitando su porra.

—Parece que busquen las sendas de Venus, no las del campamento aqueo —aseguró uno de aquellos hombres.

—¡Rápido! —gritó Hécate.

Diez hombres corrieron por la estrecha senda, de lado a lado, anudando dos fuertes maromas en una roca y dejándola reposar

en tierra para cruzar rápido con el otro extremo en la mano. Apenas se ocultaron entre la vegetación y las rocas, aparecieron los caballos que veloces se echaron encima. Entonces, mientras unos tiraron con fuerza de las cuerdas, otros se irguieron azuzando sus venablos y hachas, gritando feroces.

Tamara apenas pudo ver las cuerdas tensarse ante ella, antes de recibir el fuerte golpe en el cuello. Cayó al suelo y, sin que pudiera respirar o alzarse, tres venablos atravesaron su pecho y un hacha estalló su cráneo. El caballo de la otra sacerdotisa que la acompañaba y el de Mamu rodaron presas de las gruesas cuerdas. La mujer se partió el cuello contra una roca y el eunuco mordió el polvo tragando sangre y tierra, perdiendo de su boca los dientes y de sus brazos a la pequeña, la cual rodó entre las hierbas envuelta en gruesas telas de lana y pieles.

—Pero... ¿Qué hacéis? ¡Malditos quedaréis! —exclamó Mamu, atónito, y se levantó, sin arma alguna, alzando sus manos, tratando de hablar y convencer.

Una daga voló veloz y selló su frente con un sonido hueco, sus ojos se perdieron hacia arriba y cayó ladeado como un tronco seco.

—¡La pequeña, traedla! —ordenó Hécate, mientras Némesis saltaba para recuperar su arma.

La anciana dueña de Venus anduvo orgullosa hacia la pequeña, que entre las pieles asomaba los tiernos bracitos y el llanto desconsolado.

Pero una mano grande, de poderoso brazo y torso, se hizo con ella. Y la alzó sobre su pecho. Aquel guerrero fuerte y hermoso, de pelo corto y ojos estrechos, surgido del bosque en aquel preciso momento, como llegado de la nada, la observó detenidamente ante la mirada perpleja de todos, y la pequeña sonrió abriendo mucho sus ojitos.

Hécate y Némesis, con una arcada, retrocedieron de inmediato y se ocultaron temerosas tras una roca.

—¿Cómo te atreves a poner la mano sobre la hija de la divina Cibele? —preguntó la anciana—. ¡Devuélvenos a la pequeña o la ira de la Madre Tierra caerá sobre ti!

Ares no contestó, simplemente alzó las cejas y estiró los labios con un gruñido ronco. Acomodó a la pequeña en brazos de Ganimedes, que apareció tras él, y templó su larga espada, hacia delante, dando un paso seguro, mientras era rodeado por todas aquellas personas.

Cuatro hombres y una mujer corrieron con sus venablos y hachas, a los cinco mató de un solo golpe que cortó cabezas, cuello, cara y pecho en su camino. Con un poderoso grito, saltó hacia delante y a dos más que se acercaban mató como si nada fueran.

—Apartaos de mi camino o ninguno de vosotros verá la luz del nuevo día —expuso con su voz grave y sacudiendo, con un ligero golpe, la sangre de su espada.

—Yo te conozco... ¡Ares! —exclamó la anciana, abriendo enormemente los ojos ante él.

—¡Es Ares, azote de mortales! —gritó otro, y se postró en el suelo para reverenciarlo.

—El hijo maldito de Zeus, dios de guerras y males —susurró la anciana.

Y todos se postraron, soltando sus armas entre lamentos y dichos. Solo la anciana quedó en pie frente al salvaje guerrero, sin apartar su vieja mirada de él, de la niña y de su espada.

—Dame a la niña, en tus manos solo horror conocerá —aseguró y estiró su mano temblorosa.

—¿Por qué queréis matarla? —preguntó Ares.

—¿Matarla? ¡Protegerla de las arpías que pretendían sacrificarla! —exclamó la anciana.

El guerrero alzó una ceja y se volvió ante el repentino golpeo de docenas de caballos que resonó por aquella senda.

—¡Son las hijas de la luna! ¡Es Armonía! —exclamó Ganimedes, mientras Ares mecía a la pequeña entre sus brazos.

—Ratón, ve y trae los caballos —ordenó.

El galope de aquella caballería que se acercaba veloz atrajo la atención de todos.

Armonía apareció pronto, seguida de sus guerreras. Angustiada, su cara resplandeció cuando vio a la pequeña en brazos de aquel hermoso guerrero, a salvo.

Al trote se acercó hasta él, observando todo, tratando de reconocer lo acontecido.

—Dadme a Ainia, la pequeña debe ser protegida —expuso con autoridad y confianza—. ¡Ares! ¿Eres tú? ¿Te has cortado el pelo? —preguntó atónita al reconocer al guerrero.

Ares no dijo nada, solo miró a Ganímedes de soslayo.

—Estás... diferente... —murmuró Armonía.

Ares la observó dando un pequeño gruñido. Luego, estudió de nuevo, con detenimiento, a la niña, los cadáveres de las sacerdotisas y a la anciana jefa de la aldea.

—El rey Cécrope ha ordenado su muerte —dijo finalmente, y la acurrucó en su regazo—. ¿No te gusta mi pelo, mujer?

—No te atrevas a hacerle daño —apuntó la anciana, con su voz temblorosa, segura ante la llegada de la reina de las hijas de la luna.

—¿Por qué he de hacer daño a semejante criatura, tan indefensa? No soy vasallo del rey Cécrope. Estas gentes que hablan de protegerla acabaron con las sacerdotisas de Cibeles y con ese eunuco negro que bien la guardaba —respondió Ares y se acercó a Armonía, alzando a la niña hasta su regazo.

Ella se hizo cargo de la pequeña, la miró con tremenda curiosidad y cariño.

—Sí, realmente ganas mucho con el pelo corto... Ya no pareces tan feo —sonrió Armonía.

Después, trotó altiva entre aquellos hombres y mujeres que permanecían arrodillados en el suelo, con el cuerpo extendido, sin apenas atreverse a levantar la cabeza ni entender nada.

—¡La pequeña Ainia, hija de la gran Cibeles, está a salvo! —exclamó Armonía a sus guerreras, y todas lanzaron gritos de júbilo—. Marchemos lejos de las arpías y de los aqueos que de males nos colman.

—¿Has oído? —preguntó Hécate, sin atreverse a menear un músculo, un pelo, por si era descubierta.

—Chisst, calla. Los oídos divinos todo lo oyen. Estamos demasiado cerca de Ares, debemos alejarnos, vamos —respondió Némesis, en voz muy baja.

Ambas féminas anduvieron alejándose en silencio, reptando entre las piedras y rocas como serpientes, perdiéndose en la espesura de la selva; dejaron atrás aquel lugar hasta alcanzar sus caballos en la pequeña población. Cabalgaron y huyeron rápidamente, sin alzar un ruido, ligeras como el viento.

Los habitantes del poblado comenzaron a levantar tímidamente sus cabezas, se sentían ignorados y no sabían de cierto qué había pasado. La reina Armonía tenía entre sus brazos a la pequeña, y las palabras de Ares solo podían significar una cosa: habían sido engañados por aquellas dos mujeres de talentoso llanto.

Ares anduvo hasta el cadáver de Mamu y tomó de su frente, sacándola de un tirón, la fina daga de Némesis en forma de serpiente. La observó y miró al horizonte lejano.

—Las arpías de Cécrope anduvieron por aquí —murmuró.

—El alma del bello Attis se llevaron, la divina Cibeles agoniza y ahora buscan asesinar a la pequeña —aseguró Armonía, apretando los labios—. Gracias, salvaje... Has salvado su inocente vida.

La vieja anciana, cabecilla tribal de aquellos hombres y mujeres, que mucho temía viéndose rodeado de guerreras, al lado del divino guerrero y sin saber dar una explicación, soltó la porra, bajando lentamente la cabeza.

—¡Piedad! ¡Fuimos engañados por viles arpías! ¡Nos hicieron creer que ellas eran las sacerdotisas de la divina Cibeles! ¡Piedad! ¡Solo queríamos rescatarla! ¡No hacerle ningún mal! —exclamó tirándose al suelo de rodillas.

Armonía la ignoró y se dirigió hacia el joven Ganimedes.

—Te veo muy bien, amigo. También te has cortado el pelo —dijo—. Portas grebas, faldón y peto... ¿Y esa espada? No te veo muchacho, sino hombre.

—Ares me enseña artes de guerra, orgulloso estoy. Es mi maestro. Yo le muestro modales de palacio. Le corté el pelo. Sabía que bien te gustaría.

Armonía observó a Ares, con agrado. Aquel pelo corto la turbaba. Ya no parecía un sucio salvaje, sino un hombre civilizado.

—¿También encontraste compañía femenina, un amor? —se dirigió a Ganímedes.

—Sí, bueno... Pero es sierva de Prometeo. Aunque la respeta, a él se debe —contestó Ganímedes, con cierta pena y un tanto sorprendido.

—Eso puede cambiar —aseguró Armonía.

Y repasó la cara de ángel de la pequeña Ainia, que retozaba en sus brazos.

—No te veía capaz de tener un discípulo —dijo Armonía, dirigiéndose a Ares.

—No soy maestro de nadie. Tan solo le prevengo en lo más básico, para que defenderse de salvajes pueda. ¿Hacia dónde nos dirigimos? —le preguntó Ares, montando en su caballo.

—Bésame —contestó ella.

* * *

Pasaron los días, y en el campamento del ejército aqueo las puertas de troncos se abrieron para que penetraran Hécate y Némesis, al galope. De un salto desmontaron y se dirigieron rápidamente hacia la tienda del general Marcial, que dotada de madera y gruesas pieles se mostraba reconfortante en aquel frío invierno de vientos helados y nieve continua.

—Mi señor, hemos cumplido —aseguró Hécate.

Marcial se hallaba sentado tras una mesa hecha de roble en aquellos mismos días. Y una opípara cena aguardaba su momento. A su lado, un joven efebo le servía vino y escondía su rostro humillado.

—¿Ha muerto? —preguntó Marcial. Y dio un sorbo.

—Toda su tierra y poder se halla desolado, mas parió una niña que perseguimos —respondió Hécate.

—¿La primogénita? —insistió Marcial.

—¡No! Ainia la llamó, no Hipólita —contestó Hécate.

—Así pues, nada tienes que temer de la Madre Tierra —apuntó Némesis.

—¿Entonces? Si el mal no procede de sus entrañas... —preguntó Marcial, levantándose ante ellas, sabiendo la temida respuesta.

—La sangre divina que fluye en estas tierras, portadora de la semilla, solo una puede ser; y nosotras nada podemos ante él.

—¡Ares! —exclamó Marcial, sentándose de nuevo, y se recostó hacia atrás con una mueca de contrariedad. Y bebió de nuevo, observando la pitanza.

—Tu amigo ronda con demasiada a la reina Armonía, se han amado y es posible que su semilla haya germinado. Tenéis que acabar con ella. Sin duda es la elegida de los dioses, la ninfa del bosque que temíamos, la divina que vio Pitia. Has de matarla, y también sabes qué ha de ser del guerrero divino.

—Lo haré, solo he de esperar el momento oportuno —aseguró Marcial.

—Nosotras marchamos a la Corte de Atenas, debemos rendir cuentas y tributo a nuestro muy amado rey Cécrope, hablar de tu glorioso avance por tierras hostiles, del fin de la divina Cibele y prevenirle de la suerte de Ares —expuso Hécate.

—Nuestro trabajo aquí terminó —aseguró Némesis.

—Podrías acabar con ella, por mí... De oro os colmaría —dijo Marcial.

—Todos alerta están ya ante nuestros pasos, pues retumban odiosos en los corazones de hombres y mujeres. No podríamos llegar hasta la reina sin ser descubiertas, ya nos conocen. La divina Artemisa nos buscará vengativa mientras nuestro hálito perdure en esta tierra. Mucho tiempo ha de pasar para que olviden estos días, en los que nos vieron pasar y actuar como arpías —contestó Hécate.

—Regresamos de inmediato, ahora mismo. Los leones de Cibele ventean nuestro paso, buscan nuestra sangre —apuntó Némesis.

—Habéis golpeado el corazón de una diosa y ahora teméis sus ira. Cobardes huiréis hasta hallaros a salvo en Atenas, bajo la protección del rey Cécrope. Al amparo de Zeus. Mas no olvidéis que Ares, azote de mortales, sabe bien quiénes sois y no es amante fiel de su padre.

—Nada hicimos contra él; nada haremos. Armonía es loba guerrera, cosa tuya es acabar con ella —expuso Hécate.

—Ya veo. No solo pretendéis escapar de la ira de Cibeles y de la vengativa Artemisa, sino de la responsabilidad de la muerte segura de la reina Armonía. Os recuerdo que lejos estáis de la protección del rey Cécrope y mi espada tiene buen corte.

Con un movimiento, Hécate lanzó sobre la cara de Marcial una polvareda amarillenta que penetró rápido en los ojos y la nariz del general, el cual, con un gemido, se abalanzó hacia atrás notando la abrasión que le cegaba y sin apenas poder respirar. Su cuerpo tembló y cayó de rodillas al suelo.

Némesis tomó la daga que asomaba del cinto del general y se la puso en el cuello, cortando levemente.

—¡Escucha, miserable! Artemisa batallará allá donde nos encontremos, ¿acaso eso quieres? ¿Y cómo te atreves a amenazarnos, a nosotras, que tanto dimos por tu causa, por toda Ática; a nosotras, amantes del rey Cécrope y del propio Zeus, sus fieles devotas? Besar nuestros pasos deberías —le susurró de manera inquisitiva, apretando con la daga y dejando un corte sangrante, no profundo, en toda su garganta.

Y le soltó para que cayera la suelo.

—¡Mata a esa loba! ¡Acaba con Ares! ¡Cúbrete de gloria! ¡Gánate el amor de tu rey y el Olimpo de los dioses! ¡Es tu empresa acabar con esa reina! —le espetó Némesis.

Hécate soltó la daga, que rebotó en el suelo junto a las manos de Marcial. Acto seguido, ambas féminas se volvieron sin más y salieron de la tienda, para dirigirse rápidamente hacia sus caballos. Montaron y observaron en torno a ellas y, con un gesto de resignación y de ira, iniciaron el trote conforme se cruzaban con Prometeo.

—¡General! ¿Qué ocurre? —exclamó Prometeo al entrar en la tienda.

—¡Malditas brujas! ¡Las mataré! —gritó Marcial, con los ojos henchidos de rojo y la mano en la herida del cuello—. ¡Aguá! ¿Dónde están?

El joven efebo le acercó un cántaro.

El general lo asió de un manotazo y se vació el agua sobre su rostro, lavándose bien los ojos y la cara sin dejar de bramar maldiciones e injurias.

—Se fueron, las he visto salir como si las persiguiera un demonio —apuntó Prometeo.

—Y así es... Saben lo que han hecho, contra quién han atentado y que, mientras la vengativa Artemisa viva, no tendrán un lugar seguro en esta tierra que las vio nacer, su Anatolia oscura. ¡Es hora de que marchemos! ¡Nuestro objetivo ya es claro como la luz del día! —exclamó Marcial.

—Dispuestos se hallan los hombres. ¡Arrasaremos Temiscira y atraparemos finalmente a la reina Armonía! —contestó Prometeo.

—Mi buen capitán, ella no se halla en Temiscira.

—¿Qué?

—No regresó al Termodonte como creímos, está oculta con la hija de la divina Cibeles en el templo de Artemisa, en la pequeña aldea de Venus. Está cerca —expuso Marcial, recuperando el resuello, cubriendo su herida.

—¿Qué más sabemos de nuestro fiel espía? —preguntó Prometeo, rondándole.

—No permanece con una gran guardia, apenas unas docenas de guerreras. Si la rodeamos, será su fin. No podrá escapar. Pero Ares está con ella.

—¿Ares?

—Mándale llamar. Que sepa que cientos de hombres salvajes de horrores colman a las guarniciones que atrás dejemos, que necesitamos de su divina áurea en el combate, que de cientos de muertos podrá sembrar la tierra que pise y glorias guerreras conquistar... Ruégale ayuda. ¡Pero ve ya y cumple mis órdenes! —le apremió Marcial, manteniendo su enojo.

Capítulo 23

EL TEMPLO DE ARTEMISA

—El ejército aqueo se mueve —informó rápidamente Elaya, entrando de golpe en la tienda de Mirina, la cual se hallaba recostada, aburrida y con una pasa en la boca, que se pasaba de lado a lado degustándola. Pensaba en su maternidad, acariciándose el vientre y con los ojos clavados en una gruesa araña peluda que recorría la lona de pieles.

—¿Alzan el campamento? —preguntó, y sacudió un fuerte hachazo con el labrys que partió el arácnido en dos y cortó la lona por tres palmos.

—Eso parece —dijo Elaya, alzando el entrecejo—. Han desarmado toda la plataforma sur y están desmantelando el resto. Las columnas forman en el centro del campamento, apenas quedan tiendas de campaña alzadas y los carros cargan víveres. ¡Se marchan!

—¿Se marchan? ¿Para avanzar o para retroceder?

Elaya silenció sus labios, no sabía más.

—Han decidido iniciar su estrategia —apuntó una desconfiada Mirina, y se levantó para tomar sus ropajes de guerrera y vestirse.

De pronto, se ladeó mareada, con un gemido seguido de un ligero vómito.

—Quizás, en tu estado, no deberías salir —apuntó Elaya, ayudándola.

—Elaya, si te vuelvo a oír semejante discurso, te mataré —aseguró Mirina y se alzó soberbia, para salir de la tienda con el labrys en la mano.

—¿Qué hacemos, mi reina? —la siguió Elaya.

—Es un buen momento para castigarles, seguro que no lo esperan —contestó Mirina.

—Sí... Eso está bien pensado y ya es hora de que nos hagamos notar.

—Si tienen desprotegido el lado sur, ahí les daremos. Que se preparen las arqueras y la caballería. Daremos un golpe tan rápido como contundente.

Aquella misma tarde, cientos de saetas cubrieron el cielo azul, silbando feroces contra el campamento aqueo en toda la zona sur. Seguidamente, la caballería de Mirina se dividió en dos escuadrones. El primero permaneció a cubierto en el bosque, para contener cualquier adversidad. El segundo golpeó con fuerza penetrando por la zona descubierta de muralla sin apenas hallar resistencia, tratando de llegar hasta los carros de víveres para prenderlos.

Conforme ahondaron en la plaza, una columna de broncíneos lanceros surgió de unos fosos, tras ellas, levantando el techado que los ocultaba y gritando furiosos.

Mirina observó aquel movimiento imprevisto que le cerraba la retaguardia y miró al frente. Los aqueos esperaban en formación, ocultos tras sus grandes escudos y con las puntas de las lanzas hacia ellas. Y comprendió su error. Habían desmantelado la zona sur y mostrado sus carros para que entrara por allí, donde la esperarían sagazmente.

—Rápido, hemos de salir de aquí antes de que formen una muralla impenetrable y nos acosen hasta el fin... Elaya, la retaguardia, debemos barrer esos carros, que mil saetas vuelen en llamas sobre ellos. Y embistamos de inmediato a los lanceros, o ninguna saldrá viva de este encierro.

Mientras las flechas caían veloces sobre los soldados aqueos, que trataban de evitarlas, la caballería les embistió en un terrible crujir de lanzas y vidas. Docenas de hombres y mujeres murieron en apenas unos momentos: el choque fue terrible. Amputación y muerte.

Entre gritos, maldiciones y relinchos, las guerreras de Mirina lograron abrir una brecha por donde huir del cerco al que se veían sometidas, antes de que pudieran ser atacadas por dos frentes, gracias a la intervención del primer escuadrón, que inmediatamente abandonó el bosque y actuó al constatar el movimiento de los aqueos. La pericia y tenacidad en combate de las guerreras impidió que se pudiera formar una barrera de picas ante ellas.

—¡Rápido, rápido! ¡Salid, mis valerosas guerreras! —gritó Mirina, agitando su labrys.

—¡Mi reina! —exclamó Elya.

Nuevas columnas de lanceros, en perfecta formación, aparecieron ante ellas desde los dos flancos, reforzando la muralla de picas y cerrando el paso en toda la plataforma sur antes de que todas las guerreras pudieran huir.

Falcaron sus escudos y lanzas, con las afiladas picas hacia delante, formando columnas de diez hombres en paralelo. Un muro inexpugnable de bronce separaba a Mirina de cualquier posible huida, tanto por delante como por detrás. Vio a sus guerreras, el primer escuadrón y las que habían logrado salir del cerco, retirarse al bosque sin posibilidad alguna de vencer en una lucha cuerpo a cuerpo, y volvió su vista para ver a un insultante Marcial postrado con soberbia en su carro de guerra.

Mirina apretó con fuerza los dientes y agitó su labrys al aire, golpeó con los pies las costillas de su cabalgadura y embistió contra él, llevándose hombros y escudos, todo cuanto se cruzaba en su camino. La afilada pica de una lanza rasgó su muslo y penetró en el pecho del caballo. La bestia se alzó relinchando sobre los cuartos traseros y cayó al suelo brutalmente.

La reina de Tribada rodó, golpeándose duro en la cabeza, y quedó inconsciente.

Elya saltó para socorrerla y tiró de su reina, tratando de alzarla entre sus brazos, protegiéndola con la espada en alto sin dejar de mirar a todos lados. La punta de varias lanzas las rodearon, a ellas y a las que no pudieron huir. Una tensa espera la mantenía expectante. Los aqueos, cada vez más cerca, apenas a unos pies de ellas, no atacaban. La capitán recordó el trato recibido

como prisioneras, y lanzó su espada al suelo. Sus guerreras hicieron lo mismo; todas se rindieron.

—¡Vaya! ¡De nuevo aquí! —le dijo Prometeo, nada más verla.

—Sí —aseguró Elaya, y miró todo su entorno, a sus compañeras y a los soldados que las rodeaban.

Buscó con su mirada a Ares, no le vio por ningún lado. Esperó que fueran tratadas como guerreras y pensó que quizás volverían a ser liberadas. Luego, asumió que esta vez no sería así.

—¿Es la reina Armonía de Temiscira? —preguntó Prometeo, sosteniendo el labrys.

—No, es Mirina, reina de Tribada —respondió Elaya.

—Me complace que no hayáis luchado hasta el final, muchos y muchas hubieran muerto para nada. Pero no esperes de nuevo ser liberada... Has vuelto a luchar a pesar de haberte perdonado la vida y de haberte respetado como guerrera y como mujer.

—Liberamos a tus soldados y aquí se hallan de nuevo también, preparados para la batalla, luchando. En paz estábamos, no había deuda ni tregua.

—Sí, eso es verdad —asintió Prometeo—. Marco, que la capitán y la reina sean bien atendidas. Y encadenadas entre ellas de pie a pie, de mano a mano. Al resto de las prisioneras llevadlas al fondo norte, con los carros de víveres, esclavos y efebos... ¡Atadlas bien de pies y manos, lobs son!

—¿Qué vas a hacer con nosotras?

—Marcial decidirá... Por ahora descansad, la guerra para vosotras ha terminado. Seréis bien tratadas, nada os pasará —le expuso Prometeo, con cierta expresión y una mirada interesada que la tranquilizó.

La sombra de Marcial se proyectó sobre ellas.

Prometeo se volvió y le sonrió satisfecho.

Elaya bajó la vista, esquivando la humillación de haber vuelto a ser capturada con vida.

* * *

Un pequeño templo de forma oval se alzaba cerca de la pequeña población de Venus, sobre el que destacaba una torre muy alta, redonda, con una enorme llama en su cima que iluminaba la noche, como un faro perdido en pleno bosque, que lo hacía visible en la lejanía. Docenas de mujeres y hombres provenientes de dispersos lugares ofrecían sus presentes en el altar de la divina Artemisa, bajo la atenta mirada de sacerdotisas y acólitos eunucos, en una gran sala rodeada de altas columnas talladas, ante una estatua de mármol donde aparecía hermosa, con su carcaj al costado, el arco en la mano y acompañada por una esbelta cierva. Cuatro enormes hombres rapados, de dos metros de alto y otros dos de ancho, dorados como puro oro sus cuerpos desnudos y con enormes hachas, custodiaban la llama del oráculo sagrado.

Por las escaleras que subían en forma de caracol hasta la cima de la torre, el joven Filisteo se apresuraba seguido de Sria. Sin mediar palabra entraron empujando las puertas de un golpe. La guardia les siguió, custodiando sus pasos hasta la estancia que se abría tras el sagrado oráculo. Allí permanecía Armonía, con la pequeña Ainia en brazos, acompañada por varias sacerdotisas.

—¡La han descubierto, vienen a por ella! —exclamó Sria.

—No, ¿cómo? —preguntó Armonía.

—¡Espías, seguro, nadie sabe! —aseguró el joven Filisteo.

—Lo cierto es que las columnas de Marcial se hallan tan solo a unas jornadas —apuntó Sria, recogiendo rápido los enseres de Armonía.

—¿Pero no decían que marchaban a Tracia? —preguntó Armonía, preocupada—. Ares partió a socorrer a sus guarniciones de retaguardia, un correo de Marcial le apremió solicitando su ayuda... Y decía que regresaban... ¿Cómo pues avanzan hacia nosotras?

—Quizás todo fue un engaño, para que Ares te abandonara —aseguró Sria.

—Debemos huir o a todos matarán —insistió Filisteo.

—¿Qué se sabe de Artemisa? —preguntó Armonía.

—¡Nada! —exclamó Sria—. Debe estar guardando a la divina Cibeles.

—Temo por la pequeña. Será duro, pero nos dirigiremos a Tríbada. Solo allí estará segura —dijo Armonía.

—Sí, es lo propicio. Nadie puede cruzar el Desolado sin saber ciertos sus pasos. Allí no hay invierno, no hay nieve, no hay agua, solo tierra quemada y sal. Morirán abrasados si lo intentan —indicó Sria.

Esa misma tarde un centenar de guerreras de la Guardia Real de Temiscira llegaba a la pequeña Venus, cruzando al galope hasta el templo, para custodiar a su reina Armonía. Las sacerdotisas del oráculo se despidieron, colmándola de besos y gracias.

Al cruzar la pequeña población, una sorpresa le guardaba en su plaza: una enorme escultura de madera simulaba a un gran guerrero, a su salvaje Ares, con una larga lanza y un yelmo con crines de león.

Armonía lo miró estupefacta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, sin salir de su asombro.

—Lo alzaron las mujeres y hombres de la pequeña Venus, veneran a ese salvaje que amas —asintió Sria—. Anoche mismo, dos jóvenes bueyes le ofrecieron en sacrificio. Aseguran que es un dios, ya sabes.

Armonía hizo una extraña mueca, apretó a la pequeña Ainia entre sus brazos y continuó su camino, bajo la mirada y las alabanzas de los habitantes de aquella humilde población, que de flores y ofrendas la colmaban a su paso.

—Sabén que eres reina de Temiscira, loba feroz. ¿Qué esperas de devotos que solo ansían paz y ofrecen sangre a Ares, dios de guerras y males? A todo aquel que teman, venerarán. El amor de Artemisa nada puede contra la ira de los dioses del Olimpo —aseguró Sria.

—Vamos, dejemos atrás esta locura —ordenó al iniciar su galope.

Desde lo alto del monte, entre los bosques de abetos, alcanzadas las sendas que descendían hacia los llanos de Anatolia y sus desiertos, Armonía paró y observó por detrás de ella. Se mostró reticente a

alejarse tanto del ejército aqueo... ¿O quizás de Ares?, se preguntó. Dudó por un momento cómo actuar ante sus claros sentimientos, qué hacer, y quiso hallar lo correcto. Solo pudo escuchar a su corazón.

Avanzó hacia Sria y Filisteo.

—Deberíamos dividirnos, que no tengan claro hacia dónde cabalgamos —expuso.

—No importa si saben cuál es nuestro destino, no se atreverán a cruzar el Desolado —contestó Sria.

—Sí lo harán —asintió Armonía—. Han llegado hasta aquí y se han atrevido a profanar el templo de la divina Cibeles, y ahora avanzan hacia la torre de Artemisa, no pararán hasta culminar su empresa. Debemos estar prevenidas y dividirles en su camino.

—Morirán todos, pues. Ningún ejército está preparado para cruzar ese desierto de sal y menos a pie —expuso Sria.

—Quizás encuentren quien les guíe —dijo Armonía.

—Sí, es posible. Aparte de ese salvaje, su Ratón y nosotras, solo una persona más sabía dónde nos hallábamos —aseguró Sria.

—Sria, que nuestra valiente Marga galope con la Guardia Real hasta Temiscira. Que se dejen ver, no mucho, lo suficiente. Que marchen con un carro de heno y varios eunucos del templo de Artemisa. Quien los vea supondrá que la hija de la divina Cibeles marcha con ellos —ordenó Armonía.

—Así será —contestó Sria, expectativa.

—Pero no marchará con toda la guardia. Tú conducirás a veinte guerreras hasta Tribada, con otro carro de heno, el resto de eunucos y dos comadronas.

—¿Con quién viajará mi amada reina? —preguntó Sria.

—Yo no viajaré, regresaré en busca de Mirina; se hallará impaciente y temo realice una imprudencia. Lucharemos juntas por detener su avance allá hacia donde se dirijan los aqueos con sus columnas de muerte.

—Pero... La niña... —murmuró Sria.

—La pequeña Ainia estará a salvo en tus brazos, para ello has de llegar a Tribada cuanto antes. Artemisa galopará en su búsqueda en cuanto Cibeles recupere su hálito, seguro se halla con ella; su

beso de vida la salvará. Mientras tanto hemos de poner todo nuestro esfuerzo en frenar a los aqueos. Que se prepare todo mi ejército en Temiscira y avance hacia Venus. Allí les esperaré, será la última batalla y nuestra suerte dependerá de ella.

—Sabes que solo una persona, aparte de nosotras, conocía el paradero donde escondías a la pequeña Ainia —le advirtió de nuevo Sria.

—Lo sé —contestó Armonía.

—¡Mirina! —apuntó Filisteo, tartamudeando y levantando el entrecejo.

—Ella jamás me traicionaría.

—¿Jamás? —preguntó Filisteo.

—Quizás pudo comentarlo con alguien que no debió. Sea como fuere, debo conocer y decidir. Yo he de decirle, a ella y a todos, que la pequeña ni a Temiscira ni a Tríbada irá; que oculta viaja a Hattusa, donde la protegerán de cualquier ejército —expuso Armonía.

—Busca a ese salvaje, no vayas sola. Creo que con él a salvo de todo estás —le sugirió Sria, tomándola de la muñeca, acariciando sus manos como despedida.

—Yo te acompañaré, bien conozco las tretas de Marcial y los pasos de sus columnas —se ofreció Filisteo.

Armonía asintió y espoleó a su caballo negro, para retomar las sendas de Venus sin dejar de pensar en Ares.

¿Dónde estás?, se preguntó.

Tras ella, Filisteo.

* * *

Cien muertos y sus entrañas adornaban aquel campo de batalla que los pies de Ares pisaban. Sacudiendo su larga espada, la limpió de sangre. Con un gesto de ira consumada y un gruñido, la envainó mientras estudiaba a Ganimedes, el cual, sofocado como nunca, respirando rápidamente, manchado su cuerpo de espeso rojo y con las piernas temblando, dejó caer su escudo y se limpió la frente con el puño, manteniendo la espada temblorosa en la mano; y cayó sentado, sobre el lomo de un cadáver.

—Has luchado como un verdadero guerrero, veo que progresas —dijo Ares.

—¿Sí? —preguntó Ganimedes, sin creerle mucho.

—Estás vivo —respondió Ares.

—Disfruto de un buen maestro, sus enseñanzas a salvo mantienen mi vida... Pero...

—¿Pero?

—La congoja y el temor me colman. Puedo aprender artes de guerra, matar y cosechar glorias. Mas no hallo placer en ello, tan solo pena. He visto batallas desde muy joven, allá en el lejano Occidente, arrastrado por mi amo Llanós, y ahora, las vivo aquí, en Oriente. Y he aprendido que la guerra es como el fuego, todo lo devora y, al final, quien no depone el bronce, tarde o temprano, perece por el bronce... Sea rey o vasallo.

Ares levantó su mirada con expectación.

—No eres un guerrero, nunca lo serás, Ratón. Pues eres un hombre sabio, un pensador. Quizás un día puedas liderar una nación con tus palabras y razón, seguro. Pero hoy, si quieres seguir a mi lado, tendrás que luchar por tu vida. Mi mundo es este y yo no te puedo proteger por siempre. Cualquier día, como bien dices, el bronce reclamará mi vida.

—Lo sé —aseguró Ganimedes.

—Ese día es mi deseo que marches con Armonía, que cuides bien de ella. Me temo que necesitará de gente noble y fiel a su lado. Ella es como tú, es sabia, pensadora, odia la guerra, ama la paz y desespera en la contienda.

—Espero que ese día tarde en llegar, aún tienes mucho que enseñarme para estar a tu altura, si eso es posible. Hoy por muerto me vi en numerosas ocasiones... ¿Y qué sería de Elena? Sola y sin consuelo quedaría por siempre en manos de Prometeo.

—Yo te conseguiré a tu amada Elena, para que los dos podáis marchar lejos de la guerra y de las cadenas de esclavos por siempre.

—¿Harías eso por mí?

—¿Por qué no? Esa joven hace buenas friegas en las espaldas, me iría bien una sirvienta. Vamos, bebamos buen vino. La batalla siempre me abre el apetito, aún más la sed.

—Entonces... ¿Progreso? —preguntó Gánimedes, animado.

—Hoy luchamos con hombres salvajes, apenas nociones tienen de las artes de guerra. Es lógico que sobrevivieras. Pero debes esforzarte, no siempre lucharás contra adversarios que se agitan furiosos con hachas de piedra, descuidando sus costados y vidas —aseguró Ares, dando una pequeña palmada en la espalda del muchacho, conforme avanzaba pisando los charcos de sangre y observando a los soldados aqueos requisar cuanto de valor encontraban entre los muertos.

—Dime, mi señor... Pienso y hay algo que no comprendo.

—Te escucho.

—¿Por qué Marcial solicita socorro ante estos salvajes? ¿Qué temor podían infundirle para que Ares interviniera? Apenas un bostezo duró la batalla, antes de que murieran o huyeran. Las guarniciones están a salvo. Pero es que ya lo estaban. Los salvajes no podrían haber acabado con los soldados aqueos de esta guarnición, ni de ninguna otra... Yo creo.

Ares le miró de soslayo, sin respuesta, y gruñó pensativo.

* * *

—Sentaos, mis invitadas sois —dijo altivo Marcial.

Mirina y Elaya, bajo las lonas de la carpa de armas del general, anduvieron hasta una mesa de madera gruesa, colmada de bebida y deliciosos manjares. Cuatro sillas hechas de mimbre y gruesa rama aguardaban a su alrededor. Una semana de marcha sin apenas comer ni beber se hacía notar en sus rostros.

—Desatadlas —ordenó Prometeo.

—Veo que te encuentras mejor, la brecha de la cabeza sana —insistió Marcial—. Pero por favor, acompañad a mi buen capitán Prometeo y a este humilde soldado que soy yo en la pitanza de la noche. Largo fue el día y más lo será mañana.

—Mis guerreras —murmuró Mirina, liberándose de las cadenas que la unían a su capitán Elaya de un pie y una mano, reticente a sentarse en aquella mesa llena de favores.

—Tus guerreras ya no lo son, ahora son mías. Confuso me hallo en esta contienda contra lobas y no lo deseo. Harto estoy de entablar batalla contra hermosas mujeres, doncellas muchas de ellas... No es honor ni gloria para un guerrero. ¿Por qué vuestros hombres no os defienden? ¿Quién guarda de vuestros hogares e hijos? Todo ello quiero saber, pues no entiendo por qué habéis de morir en atroz batalla. La guerra ya es horrorosa para el hombre, ¿por qué también para la mujer?

Mirina se sentó, sin apartar la vista de Marcial, analizando aquellas palabras. No parecía ese general odioso y maldito, sin piedad ni hombría, que ella había pensado. Le vio como un hombre culto, un guerrero sabio, como un enemigo cierto que quizás buscaba su amistad. Así se mostraba. Y miró de lado, buscando cualquier cosa con la que matarle.

—Pretendes ganar mi confianza. ¿Por qué me tratas así si loba me ves? —preguntó al no hallar nada lo suficientemente cerca de sus manos.

—Hoy no eres loba, quizás ayer, quizás mañana. Hoy me pareces reina y mujer. Hablar deseo, no batallar —continuó Marcial, y le colmó el vaso de vino.

Mirina le observó, temiendo que alguna droga llevara.

El general lo tomó y bebió lo suficiente, y lo posó ante ella de nuevo.

—Me gustaría batallar, bien sabes que yo no me hubiera rendido. Elaya me falló, morir debimos luchando.

—No temía rendirse, pues sabía que sus lobas serían respetadas —apreció Prometeo.

—No por mí entregué las armas, sino por mis valientes guerreras y por mi reina. Todas hubiéramos muerto y no era mi deseo. Artemisa proveerá —respondió Elaya.

—Reina Mirina, si deseas seguir batallando, te mandaré a Ilión o a las fratrías de Ática, donde serás vendida a un hombre que te violentará siempre que quiera. Quizás a un político de la Corte, a un mercader de ricos negocios o, tal vez, a un sucio patán que ahorre unas monedas. Hasta que tus carnes queden envejecidas, esclava servil serás —habló Marcial.

—Mataré a todo el que se me acerque, en el mismo momento que pueda... Loba soy ayer, hoy y mañana. No lo dudes —aseguró Mirina.

Acto seguido, tomó una pata de pollo, para llevársela a la boca con gana. Y comió y bebió, de todo y con ansia, observando a la guardia, las armas; buscando una salida que no hallaba.

Marcial se recostó hacia atrás y comenzó a comer con una sonrisa, sin quitar ojo de encima a las dos guerreras, considerándolas domadas.

—¡Come! —dijo Prometeo, dirigiéndose con cierta alegría a Elaya.

Elaya sonrió desconfiada.

Unas esclavas llenaron de dulce vino, de nuevo, sus cuencos, y después les sirvieron más alimentos; más carne en salsa de arándanos y pasas, y tortas y pan crujiente de trigo y delicioso arrope de miel. Y más vino.

—No podréis saquear Temiscira y mucho menos Tribada —aseguró Mirina, tomando la pata de un cordero asado que asomaba en una de las bandejas rebosantes de carnes.

—Tribada no es nuestro objetivo, sabemos que no hay riquezas que alcanzar ni glorias por las que batallar. Solo lobas que nos desafían y hostigan incesablemente, y un horrible desierto cubierto de huesos por el que te negarás a conducirnos.

—Veo que estás bien informado. Ningún ejército llega tan lejos para regresar sin saqueo. ¿Qué pretendes?

—Hablemos de futuro. Temiscira tampoco será saqueada, tú puedes impedirlo.

—¿Cómo?

—Todos saldremos ganando con una alianza —contestó Marcial.

—¿Una alianza? —se preguntó en voz alta Mirina, tan atónita como desconfiada.

—Vuestra guerra con aqueos terminó y es algo que debéis aceptar —expuso Prometeo, buscando la mirada confusa de Elaya.

Mirina observó a aquel capitán que era presa de los profundos ojos de Elaya y, despertada su curiosidad, volvió la vista ante

Marcial, dejándose deslumbrar por sus ricas vestimentas de militar venerado. Acto seguido, comió sin comentar nada más, escuchando todo lo que aquellos hombres de armas, venidos de una gran polis de gloria y poder, tenían que hablar y ofrecer.

TRAICIÓN

En el campamento de las hijas de la luna, a pie de una nutrida hoguera y al calor de sus llamas, Mirina observaba el suave crepitar del fuego; con una larga rama azuzaba los carbones mientras reflexionaba. Su mente no dejaba de rondar la misma idea. Iba a ser madre, le aterrizzaba pensar en ello.

—Si es varón acabaré con su vida, y si es niña la dejaré entre léleges, en las tierras de Abasa. Allí crecerá valiente, lejos de guerras... y de mi vista —dijo contrariada.

—No te atormentes con ello. Todas seremos madres algún día, si los dioses quieren. Ya llegará el momento —comentó su leal Elaya, que a su lado permanecía sentada sobre un tocón.

—Ese hombre salvaje... le odio —arremetió Mirina y lanzó la rama al fuego.

—¿Has tomado una decisión sobre lo que dijo ese general? —preguntó Elaya, con una postura seria.

—¡Mirina, hermana! —interrumpió una voz.

—Armonía, aquí nos vemos de nuevo —exclamó Mirina, sin alzarse ni inmutarse lo más mínimo, decaída en los pensamientos que tanto la atormentaban.

—Me hallaba preocupada, me dijeron que presa eras de aqueos —aseguró Armonía, acercándose hasta ella, acompañada por Filisteo—. Acabo de llegar y me dicen que como ausente te hallas. ¿Qué te ocurre, hermana?

—Nada.

—Os liberaron de nuevo, me cuesta creerlo...

—Quisimos darles un fuerte golpe, mas fuimos apresadas y muchas murieron. Como de costumbre, no te hice caso y acabé malparada. Sellemos una paz con ese general, el tal Marcial. La guerra terminó. A Tríbada me dirijo con mi valerosas guerreras, bastantes penas pasaron y mermadas están.

—¿Qué? ¿A Tríbada? Pues mis guerreras de Temiscira galopan bravas hacia aquí, para llegar a Venus y frenar las intenciones de ese general.

—¿Dónde se halla la pequeña Ainia? —preguntó Mirina.

—A Hattusa la envié, a salvo de cualquier ambición en tierras del Imperio Hitita. Los aqueos nunca la seguirán hasta allí.

—¿A Hattusa? Me mientes. Tú nunca enviarías a la hija de la divina Cibele a una polis de machos prepotentes. ¿Por qué ibas a hacer tal cosa? ¿Y tu fiel Sria? No te acompaña.

—A Tríbada la envié, y a otras a Temiscira para ocultar el destino de la pequeña.

—Con ella está esa cría, sin duda —aseguró Mirina—. ¿Por qué me mientes, hermana?

—Descubrieron mi escondite y enviaron a sus soldados. No te mentiré. Alguien debió decirle a ese general dónde me encontraba con la pequeña. Solo tú lo sabías.

—Aaaahh —exclamó Mirina, y cruzó su mirada estrechando los ojos ante Armonía, dolida y con cara escéptica.

—Lo siento, hermana. Alguien lo dijo. Quizás una espía; y ha de estar entre las tuyas.

—Las columnas de guerra de Marcial regresan a Tracia. Se dirigen hacia el sur para dar un rodeo que les aleje del Ponto, se abastecerán en Beycesultán, en nada les interesa esa pequeña niña... Nosotras aquí quedamos, lejos de la guerra. Nuestros reinos quedan a salvo. ¿Una espía? Si es como dices, entre las tuyas está sin duda. A nadie le comenté nada, ni tan siquiera a mi fiel Elaya —aseguró Mirina.

Armonía se sentó frente a ella, permaneció un tiempo en silencio reflexionando aquellas palabras y, de pronto, fijó la vista en Elaya, escrutando su interior. Esta perdió su mirada, de inmediato, en las llamas, esquivando sus profundos ojos.

—Déjala, un hombre, un capitán aqueo, el tal Prometeo, le dijo que la amaba y desconcertada se halla —dijo Mirina, arrugando los labios.

Armonía la observó con las cejas alzadas, sorprendida. La fiel Elaya era temida loba, a muchos y a muchas amaba. ¿Por qué iba a sentirse desconcertada ante los cantos de un solo hombre?, se preguntó. Y pensó en Ares.

—He escuchado tus palabras y de gozo me llenan si es verdad que a sus tierras regresan. Pero no lo creo y, si así es, saquearán sin duda Beycesultán, las fronteras y la misma Tracia, y eso condena a esas gentes y a las tierras de la reina Pentesilea. Se cernirán sobre ella y los clanes tracios, se harán con lo que quede Barbaria y con todo lo que quieran —dijo finalmente.

—En nada nos conciernen ni Beycesultán ni los clanes de machos salvajes que se colman de dioses aqueos y comercian con ellos. Ni tan siquiera la reina Pentesilea. Habita entre tracios, apenas tenemos contacto con ella y en nada se acuerda de nosotras, tan solo cuando es molestada.

Armonía calló, sin entender las palabras de su hermana.

—No puedo dar crédito a lo que oigo de tu boca. ¡Trataron de acabar con Cibeles!

—He pactado una paz con ese general.

—¿Una paz? ¿Qué paz? No parece importarte aquello que pueda acontecer en otras naciones de las hijas de la luna, ni de los clanes de hombres que los habitan.

—¿Debería importarme? ¿Por qué? En nada nos ayudan, tan solo nos persiguen cuando nadie les hostiga; y ahora les proporcionan de todo a buen precio. Marcho a Tribada.

—Yo me quedo. Está bien. Avisaré a las gentes de Beycesultán y vigilaré sus pasos hasta que salgan de Arzawa, hasta que se alejen de Ilión y crucen los estrechos del mar. No me fío de ese hombre. Mucho daño han hecho y sufrido para regresar de vacío. Deseaban la vida de la pequeña, ¿por qué renunciar a ella ahora que podrían alcanzarla? ¿Qué paz has concertado?

—¿En serio crees que movilizaron todo un ejército para acabar con una niña?

—No es una niña cualquiera, sino la hija de la divina Cibeles.

—Quizás reunirse con ese general te convencería. Buscaban oro y gloria. Batallando contra las hijas de la luna no obtendrán ninguna de las dos cosas, conscientes de ello son ya.

—¿Qué les has dicho?

—Yo cabalgaré hacia Tribada con el amanecer, nada he de hacer ya en estas tierras. Deberías marchar lejos, huir a las lejanas estepas, desaparecer de este mundo. Si hoy estás aquí no es por mí, ni por esas gentes, sino por Ares. Tus aventuras con ese salvaje es lo que muerte nos trajo y, ahora, solo tu presencia entre las nuestras es lo que desata el mal en nuestros reinos. Mucho me temo que, como bien sabes y me ocultas, ese general te busca solo a ti —dio por respuesta Mirina—. Armonía, ¿cuántas más de nuestras hermanas han de morir por tu capricho de amar a ese hombre? Elige tu camino, pero piensa en tu pueblo, en las que morirán por su reina y nunca tendrán la dicha que tú pretendes a costa de su sangre.

—Yo... —tartamudeó Armonía, apenada por lo que escuchaba, tratando de comprender, sintiéndose culpable.

Mirina no esperó respuesta alguna. Se levantó lentamente, abrazó a su hermana y la besó. Después cruzó su mirada con la de ella y asintió con una mueca cariñosa. Y se alejó, seguida de su fiel Elaya.

—Si las columnas de Marcial se dirigen hacia Beycesultán, sin duda solo buscan proveerse y, luego, te perseguirá a donde quiera que vayas... Arrasaré Temiscira si te diriges allí —expuso Filisteo.

—Ese general pronto se hallará en la pequeña Venus —apuntó Armonía, sin quitar la vista de su hermana hasta que desapareció con Elaya en su tienda—. Tú que mejor le conoces, ¿qué crees que hará?

—Marcial es imprevisible —asintió el joven efebo—. Pero es un hombre de palabra y honor guerrero. Si ha pactado una paz con tu hermana, la cumplirá. Quizás marche si piensa que el sacrificio de hallarte no merece la pena, si piensa que Cibeles ha muerto y la niña no está a su alcance. Pero no lo creo. No puede ser; el rey Cécrope le cortaría la cabeza si no le satisface.

—Yo opino igual. Cumplirá su empresa aunque la vida le cueste en el empeño.

—Quizás podrías adelantarte a él —apuntó Filisteo.

—¿Adelantarme a él? —preguntó Armonía.

—Podrías verte con él. Si ha parlamentado de paz con tu hermana, ¿por qué no ha de hacerlo contigo? Mirina en algo ha cedido, algo ha ganado... que no nos ha dicho. Y si ves que, en verdad, solo te busca a ti, pues le matas rápido.

—Sí, algo muy interesante le ha ofrecido sin duda. Conozco muy bien a mi hermana loba para creer que se aleje sin más de esta guerra —dijo Armonía.

—Si piensas reunirte con ese general, es algo que debes meditar. Podría ser muy peligroso —susurró Filisteo, insistiendo en su idea.

—Si se dirige a Venus es por que aún busca a esa pequeña, no a mí.

—Tu hermana asegura que ya no busca a esa niña.

—¡Mandó a sus arpías a por ella! ¿Cómo olvidarlo? Me gustaría hablar con él, saber por qué mi hermana abandona la contienda. Quizás es posible la paz. Sería hermoso. ¡Pero es una locura creer que es cierto! Y más pensar en reunirme con él...

—No si le sorprendemos; no tiene por qué saber que le visitaremos —apostó Filisteo, con un brillo mordaz en sus ojos y una sonrisa locuaz.

—Es peligroso, sí. Pero si logramos saber, podremos regresar a Temiscira con paz en nuestras manos; o prepararnos para la atroz contienda —expuso Armonía, cada vez más convencida—. Quizás Ares sepa algo cierto. Pero no sé cuándo le veré, va y viene como quiere. Nada me cuenta.

—El divino Ares solo busca batalla y muerte, es su vida. Es dios de guerras y males, quizás sería contraproducente decirle nada si buscamos paz —dijo Filisteo, con tacto, tratando de no herir los sentimientos de Armonía—. Además, en todo caso, si algo sale mal, podríamos acabar de una vez con ese general...

—¿Un dios? Ares solo es un hombre —interrumpió Armonía, con pena, y se levantó del calor del fuego—. Mañana galoparemos

hacia la torre de Artemisa. Filisteo, manda de entre los esclavos liberados a quien pueda llegar hasta ese general, y que nos diga dónde y cuándo podríamos sorprenderle. Pero tú no vendrás conmigo, ni te acerques a él. Amas a ese general tanto como le odias; estás cegado por la sed de venganza y los celos. Podría cegarte la ira y acabaríamos malparadas.

Filisteo la miró perplejo y contrariado, hizo un gesto despedido y se alejó.

—Te acompañaré, quieras o no. No irás sola, es muy peligroso. Sabré guardar mi odio —le gritó con palabras largas.

Armonía quedó contemplando las llamas. Miró a las estrellas, a la luna, y agachó de nuevo el rostro, apenada.

—¿Dónde estás, mi amado Ares? —se preguntó con el deseo de tenerle cerca, de sentir su calor, sus caricias.

Aquella mañana, la columna aquea se dirigía inmutable hacia el sur para alcanzar el pequeño poblado de Venus. Marcial permanecía con la avanzadilla a pocos estadios del templo de Artemisa. Allí ya no estaba Armonía, lo sabía; por muy poco había escapado a su cerco. Seguro que ella también tenía sus propios espías, pensó. Pero se sentía satisfecho, había conseguido dividir la presión que soportaban sus tropas. Mirina había regresado a Tribada, una tierra desierta e indeseada, una feroz enemiga que abandonaba la batalla. Y sonrió a Prometeo, que le observaba a su lado.

—¿Crees que todo saldrá como está previsto? —preguntó el capitán.

—No —respondió Marcial.

—¿Entonces? —preguntó Prometeo.

—Hemos ganado una gran batalla sin baja alguna y quizás conseguido una gran aliada para nuestra empresa en Occidente. Pero ignoramos los pasos de la reina Armonía. Ella es quien nos interesa ahora —respondió el general.

—Nada sabemos cierto.

—Pronto sabremos.

—¿Crees que la reina Mirina podrá levantar ese ejército?

—Sin duda. Necesitará tiempo, visitar Atenas y que crezca su ambición. En sus ojos brilló el deseo rapaz de ser reina de una polis poderosa en verdad, como Atenas o Ilión, y no de un clan lobuno perdido en un desierto de sal. Solo por ello la liberé a ella y a las suyas, serán nuestras feroces aliadas cuando emprendamos la empresa de Occidente.

—Creí que a Atenas la llevarías. Se la vio deseosa. Me hubiera gustado hacer mía a Elaya.

—No, es pronto. Aún queda mucho que hacer antes de iniciar la ofensiva contra los hijos de Poseidón. Tiempo tendrás. Los hielos ahora todo lo cubren en las tierras de la vieja Europa, los pasos de Occidente están cerrados. Dejemos que crezca la semilla de la ambición en el corazón de esa mujer. Con una idea fija en su mente, se hará fuerte; y nos conviene. El rey Cérocpe nunca armaría un ejército para saquear Atlanta; ella sí lo hará. Y más si su hermana cae en desgracia. Mi espada se encargará de ello.

—Mi general...

—¿Sí?

—En el camino.

Marcial fijó su mirada y vio a un guerrero de porte salvaje, de pelo corto, sentado a la sombra de un enorme roble, mascando un tallo largo de hierba.

Enseguida le reconoció.

—¡Ares! —maldijo.

Marcial y Prometeo llegaron a la altura de Ares. A su lado se hallaba Ganímedes, acostado entre las altas hierbas, con la cabeza apoyada en el tronco del árbol donde se asían las bridas de los caballos y la mula.

—¡Temimos por ti, amigo! ¡Mas insensatos fuimos, a salvo de todo te hallas! —exclamó el general.

—Tus tropas avanzan por las sendas de Beycesultán, de la pequeña Venus —apuntó Ares.

—No son mi destino otros caminos.

—La hija de Cibeles sobrevivió a las arpías.

—Sí, ya sé... No importa. No es la primogénita que buscaba, Ainia se llama.

—¡Ah! Tranquilo me dejas. ¿Y ahora pues?

—Expulsadas las lobas a sus desiertos y más allá del Termonte, no queda más que marchar hacia Beycesultán, donde de todo nos proveeremos. En las fronteras de Tracia hay mucho oro y glorias que cosechar, dulce vino que saborear y cientos de mujeres que disfrutar antes de llegar a casa. Nada ya nos retiene aquí.

—No marcharé a Tracia. He pensado permanecer por un tiempo en estas tierras.

—¿Has visto? Numerosas tallas realizan los hombres salvajes. ¡Para adorar al dios de la guerra! ¡Al hijo de Zeus! Sabes ganarte el favor del pueblo, eso nos conviene. Somete y doma sin batalla, es la mejor de las victorias.

—No soy el hijo de Zeus, ni los clanes de esos salvajes forman parte de mi pueblo... Yo no tengo pueblo —aseguró Ares, y caminó hasta posar sus manos en el borde de carro, atemorizando al auriga con una tensa mirada.

—Como quieras, amigo. Nosotros nos acercaremos a Venus, marcharemos sobre Beycesultán y pasaremos por Ilión. Veremos si queda algo de Barbaria y, si es así, volveremos a arrasarla. Los aqueos de Tracia no volverán a verse sometidos. Así pues, te esperamos en nuestro camino, donde decidas acompañarnos. Bien sabes que siempre es un honor combatir a tu lado —aseguró Marcial.

—Por cierto, ¿y mis amadas arpías?

—Regresaron a Atenas temerosas como ratas, buscando el amparo de Zeus. Creo que despertaron la ira de las diosas y de los mortales de toda Anatolia.

—Sí —murmuró Ares, estrechando los ojos—. Ten cuidado con esas diosas, enojadas están.

—Nada pueden contra el todopoderoso Zeus, y ¿qué he de temer cuando Ares, azote de mortales, nos protege?

—Yo no protejo a nadie, a todos mato.

—Pues una hecatombe ofreceré a Zeus, orgulloso se sentirá y Él nos protegerá —expuso Marcial.

—Me enviaste a un hombre que me habló de grupos armados que se cernían sobre los valientes guerreros de tus guarniciones de retaguardia... Solo salvajes había, con miserables hachas de piedra y angostos venablos que risa me producían. Me mandaste lejos; ahora me dices que me una a tus guerreros en Beycesultán o Tracia. La cabeza te cortaré si sigues con banales mentiras para alejarme de tus planes... Dime pues —aseguró Ares.

Marcial alzó el mentón y meditó por unos largos minutos, sin quitarle la vista de los ojos.

—Nuestro rey Cécrope me mandó a estas tierras, a defender las fronteras y...

—¿Y...? —insistió Ares.

—Pitia tuvo una visión, bien lo sabes. Deseaba que acabase con la amenaza que se cernía sobre las fratrias aqueas en sus anchas incursiones por tierras salvajes.

—No me has contestado, amigo... Querías acabar con una divinidad, ¿ese era tu fin?

—Pitia auguró el nacimiento de la elegida que de fracasos cubriría las fratrias aqueas. Pero ya no hay fin... La hija de la divina Cibeles no es la persona que vio en sus sueños. No puede ser, así lo aseguraron las arpías. Nuestra marcha cambió el destino caprichoso de los dioses.

—¡Pitia, amante de Apolo! ¿Cuántas estupideces has de soltar por esa boca que hace temblar reyes e imperios? ¡Una heredera que hace temblar las columnas de guerra de Ática entera! —espetó Ares—. ¡Un ejército para acabar con una niña! ¡Me deshonra luchar a tu lado!

Marcial miró al frente, mordido en su orgullo.

—No he de buscar más a esa niña, las arpías hicieron su trabajo. Ahora, mis valerosos soldados marcharán a las fronteras tracias, de donde no debimos salir... a deshonrar al hijo de Zeus.

—No me has deshonrado, amigo. No me representas en nada... Y no soy el hijo de Zeus —aseguró Ares y se volvió, para sentarse de nuevo a la sombra del roble, al lado de Ganímedes.

* * *

En la ciudad oculta de Tribada, en medio del terrible desierto de sales, en un pequeño oasis del Desolado, el pequeño palacete de la reina Mirina crujía al paso enardecido de Artemisa. La gran cazadora recorría de lado a lado la estancia real, abrumada, disgustada, maldiciendo entre altos cirios y cortinas de seda que se mecían suavemente con la brisa.

—Has dejado a tu hermana sola ante el invasor que todo arrasa, la matarán —aseguró Artemisa.

—Ella ha decidido su camino y destino, a salvo quedan Temiscira y Tribada —contestó Mirina.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Marcial nada pretende ya de Temiscira, ni de Tribada.

—Te has reunido con quien mata a las nuestras... Eres Mirina, reina de Tribada, hacedora de las guerreras de las hijas de la luna, hermana de parto de Armonía. ¿Cómo puedes dejarla sola?

—No está sola, ese salvaje la protege.

—Celosa estás, ¿cómo es posible, loba tú?

—¡Celosa yo!

—¡Calla!

Mirina alzó soberbia su cara y siguió con la vista los pasos enojados de Artemisa. Anduvo tras ella y llegaron a una habitación decorada con delicadas tallas, un pequeño lecho cubierto de velos de seda y numerosas linternas de grasilla que al aire desprendían el humo del incienso y la mirra que consumían. Por el ancho ventanal, desde el que se divisaba la inmensidad del desierto de sales que las rodeaba, entraba la luz de la luna iluminando su cara, sus pasos. Desde el piso inferior, el llanto de la hija de Cibeles llegaba como una melodía de vida hasta ellas.

—El hálito de la pequeña Ainia me trajo hasta aquí. Pero esperaba hallaros a las dos, no a ti sola. ¡Y esos machos siguen en mis tierras! —aseguró Artemisa, y tomó un arco de astas, de brillo argénteo, y una lanza de asta de roble y punta cobriza, destellante.

—La Madre Tierra... ¿Sobrevivirá? —preguntó Mirina.

—Sí, llegué a tiempo para sanar las heridas de Cibeles con mi beso de vida. Mas ahora se halla débil —contestó la gran cazadora.

Luego, pasó ante Mirina, para descender las escaleras que la separaban de la salida.

Y ella la siguió, enfurecida.

—¡No vayas, no te necesita! ¡Ya la perdiste, en brazos de ese salvaje está! Yo aquí estoy, con mi pueblo... Ella está con ese bruto aqueo, no más —gritó Mirina.

Artemisa se volvió y su rostro se tensó a la vez que las cejas alcanzaban lo alto de su frente.

—¿Qué insinúas? —preguntó la gran cazadora.

—Mi hermana Armonía ha perdido su rumbo, ese salvaje la tiene cautivada. Ya nunca gozarás de su amor.

—No la has abandonado por ello, sino porque ese dios solo tiene ojos para ella. Quizás nunca más me ame. Pero no he de dejarla sola ante tan terrible amenaza. Los aqueos solo buscan su muerte... Ares a todos rechazará en batalla. Así es su sed de sangre. Pero nada podrá ante la vil traición.

—No es un dios, solo un salvaje indeseable.

—Le amas, le deseas en silencio; mas él nunca te amará. Y abandonas a tu hermana a su atroz suerte, mujer desechada. Sin embargo tu hija gozará del poder que recorrerá su sangre, sangre de dioses.

—Te equivocas, tú que todo lo sabes. Le odio. Odio a ese hombre. Me robó a mi hermana, mis guerreras le veneran y ahora me separa de mi divina Artemisa... Dices que será niña, igual la mataré en cuanto nazca.

—Si en ello estás, yo cuidaré de ella y enterraré tus huesos en este desierto. ¿Qué has de recriminar a quien realiza ofrendas a Ares, cuando tú te unes a aqueos en sus ambiciones? Mata a ese salvaje, mata a ese general y todo volverá a ser tal como era... Y tu hija, una gran reina ha de ser. Alégrate por ello. No tendrás semilla más digna y poderosa. Ahora, ¿has de dejar a tu hermana bajo la voluntad aquea?

Mirina calló, seria.

—Solo deseas que mate a ese salvaje para recobrar la atención de Armonía, su amor, que prendido de él está. Y deseas que humille a ese general para destacar poderosa entre los dioses de

machos, esos que llegan del Olimpo y conquistan tus templos — le recriminó finalmente.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves? —preguntó Artemisa, dolida.

—Bien me has oído.

—Me marchó hastiada de tus palabras sin sentido. Armonía me necesita, su vida está en juego... Ese general sabe que el amor de Ares por ella es la fuente del mal que busca. La matará para impedir que la profecía de Pitia pueda ser verdad algún día. Es su único fin en esta empresa que hasta nosotras les trajo. Por ello no marchará sobre Tribada, ni sobre Temiscira, pues le basta con atraerla hacia él. Y contigo pacta para que te alejes de la batalla y la dejes sola, traidora.

—Te acompañaré. Nunca he traicionado a mi hermana... Antes moriría. No me llares de tal forma. Me duele. Y has de saber que, al contrario que tú, he dejado a mi hermana elegir su destino, incapaz de negarle el amor que siente por ese salvaje; y a mi pueblo he dado paz olvidando a los bravos aqueos, que regresan en busca de otras glorias que conquistar en Occidente. Ahora le impondremos a mi hermana tus deseos y llevaré a mis guerreras a la mortal batalla, de nuevo. Todo por tu querer —aseguró finalmente, y adelantó en su paso a Artemisa, llorando su pena con rabia contenida.

Artemisa quedó asombrada por tan bravo discurso, alzó sus cejas, seria, y viéndola bajar los escalones del templo, sonrió divina.

—Muerto Ares, todo habrá terminado —aseguró la gran cazadora, y posó sus manos sobre los hombros de Mirina.

La joven reina de Tribada, que a punto de montar en su caballo se hallaba, se volvió con los ojos colmados de lágrimas. Y Artemisa la besó dulcemente, recorriendo sus labios con una sensibilidad inusitada.

—Yo también te quiero, siempre te he querido... No dudes de ello, ni pienses que tu hermana es superior a ti en nada. Sois reinas y ambas debéis regir las naciones de las hijas de la luna. Ese es vuestro destino. No dejes que ese salvaje lo arruine todo y la aleje de nuestros corazones —aseguró la gran cazadora.

Acto seguido, montó sobre un hermoso caballo blanco, esgrimiendo su arco, para salir galopando a través de las embellecidas callejuelas de Tribada.

—¡Elaya! —gritó Mirina, a la par que se alzaba sobre su yegua—. ¡Mis guerreras, en pie, la Parca ansiosa nos espera!

* * *

Galopando veloz, ocultos por la oscura noche, Armonía y Filisteo llegaron a la torre de Artemisa. Las sacerdotisas la atendieron de inmediato y, en silencio, la trasladaron al oráculo.

—Debéis prepararos, la columna de soldados llegará antes del amanecer. Avisad a las gentes de Venus; les vi atravesar el llano a buen paso. Nada cambió a pesar de mi huída con la pequeña Ainia —les previno Armonía.

—Lo sé, mi reina. Mas no temas, los esperamos. Nada tememos, pues les abriremos las puertas del templo. La gente de la pequeña Venus ha engalanado la plaza, la escultura de Ares es grandiosa y todos le adoran. Preparan un gran pira y una hecatombe que fortalecerá las glorias aqueas y colmará sus barrigas y ambiciones de carne y vino.

—Pero... Las gentes de Venus...

—Adoran a Zeus, a todos los dioses del Olimpo. ¿Qué más pueden hacer ahora que Cibele no les protege?

—¿Y Artemisa? ¿Sabes algo de ella?

—Nadie sabe nada... ¿Qué fue de ella, tú que la amabas?

—Galopó veloz a atender a la divina Cibele... ¡Volverá!

—No, no volverá. Aquí pocos la veneran ya —murmuró el oráculo, y la acercó de la mano al altar sagrado.

Armonía levantó la cara, sobrecogida, apenada. Una hermosa escultura del prepotente Zeus se alzaba en lugar de la talla de Artemisa, que permanecía derruida en un pilar inferior.

—Los dioses de hombres desplazan a las deidades que durante milenios cuidaron de nuestras gentes, todo se perderá —aseguró Armonía, triste.

—Nadie quiere enfrentarse a Zeus, es poderoso como las hordas de soldados que le sirven. No solo aqueos, sino troyanos y

centenares de clanes salvajes. En la misma plaza de Venus han alzado una terrible imagen de Ares, azote de mortales... Pues tanto le temen, que le veneran para que se apiade de ellos. Son tiempos de dioses, de hombres que hablan en su nombre, que matan y mueren por ellos, siendo vulgares instrumentos de su propia ignorancia. Armonía, vete, huye... No te seguirán a las tierras indómitas, allá donde no hay dioses ni reyes insolentes que se hacen merecedores del mundo, de la vida de todos. Aquí no podrás hacerles frente.

Armonía asintió con pena y retrocedió.

Filisteo la siguió, sin dejar de mirar todas las tallas recientes que le recordaban los templos de Ática, pues reflejaban a los dioses y titanes del Olimpo, y se sorprendió al ver entre ellos a la gran cazadora y a la divina Cibeles.

—Vamos, Filisteo, salgamos de este teatro de dioses que no reconozco... Ultrajada ha sido la divina Artemisa en su propio templo —reprochó Armonía, volviendo la vista hacia atrás.

—Tú la ultrajaste primero, amando al hijo de Zeus —contestó con pena el oráculo.

Armonía fue a contestar, pero calló abrumada por aquellas palabras. Pensó si tal vez Artemisa así lo pensara, o si así fuera en verdad. Recordó las amargas palabras de su hermana y resopló. Y continuó su camino, descendiendo de la torre con prisa, tratando de dejar atrás el templo y aquellos pensamientos que la embargaban.

Montó en su caballo negro de largas crines y galopó veloz, seguida por Filisteo.

Llegó y cruzó al trote, sin apenas detenerse, por la pequeña Venus, viendo cómo el pueblo se engalanaba para recibir a los aqueos, los hijos de Atenea. A su paso, pocos la miraban ya con aprecio, ni le ofrecían respeto, ni tan solo una sonrisa. Solo miradas esquivas, temerosas. Todo había cambiado. Incluso aquella anciana llena de arrugas y verrugas la ignoró, ladeando la cabeza a su paso como si no la reconociera.

En la plaza, la enorme talla dedicada a Ares permanecía decorada con abundantes ofrendas. Armonía apretó los labios, encogido su corazón por lo que veía. Escuchó a lo lejos los cuernos

y flautas de las primeras compañías del ejército de Marcial, y golpeó los costados del animal, para acelerar su galope.

El ejército de Marcial fue recibido en la pequeña aldea con honores y glorias dignos de un rey. Armonía observaba atónita a lo lejos, oculta bajo dos grandes árboles y un pequeño resguardo al pie de un cortado, cerca de un arroyo de aguas cristalinas. Las llamas de las hogueras prendidas en Venus parecían querer alcanzar el cielo. Allí ardían las grasas y entrañas de las cien bestias sacrificadas en honor a Zeus: una hecatombe. Se oían tambores, cuernos y flautas, y los cantos de danzas y bailes, y las risas desbordadas de quien trata de agradar y de quien goza soberbio. Y allí estaba aquella vieja anciana, con sus arrugas y verrugas, sonriente y agradeciendo todo al general aqueo, el cual se mostraba como dueño de todo, altivo y poderoso como un dios.

—Me acercaré a los carros de esclavos, seguro que alguno de ellos puede decirnos verdades. Esta parece una noche propicia para encontrarnos con Marcial. Sus hombres se desahogarán de sus duras jornadas y se dejarán llevar por el dulce vino y los placeres de la lujuria —aseguró Filisteo.

—No sé, temo por los clanes del sur, por la gente de Beycesultán. Quizás deberíamos avisarles de lo que se cierne sobre ellos —respondió Armonía.

—No te preocupes, volveré pronto. Además, no creo que mañana marche este ejército de aquí, bien atendidos se sienten y parece que la noche les será larga. Y seguro que en Beycesultán ya saben de la marcha de Marcial. Es muy posible que también les estén preparando ofrendas en vez de afilar el bronce.

—Ve pues. Aquí te espero impaciente; mas no arriesgues. Si está complicado y no ves opción, en otra ocasión podrá ser.

Filisteo tomó una afilada daga y la guardó en su cinto, y salió corriendo, perdiéndose en la oscuridad.

Armonía volvió su vista decepcionada ante la pequeña Venus. Más allá se apreciaba la torre del templo de Artemisa, iluminada por las grandes hogueras que la rodeaban. En su cima ya no había llama, nadie ni nada alimentaba la devoción por Artemisa.

—¡Amada mía! ¿Dónde estás? —se preguntó en silencio.

Se alejó del cortado y se apoyó en un tronco, frente al pequeño fuego. Se posó de cuclillas y estiró las manos para calentar su cuerpo. Sus pensamientos volaron rápido, seguía intrigada por la marcha de su hermana, el destino de aquellos soldados, la tardanza de Artemisa y, especialmente, por la ausencia de Ares. Y también por su inesperada maternidad, ya no tenía duda alguna. Acarició su vientre y sonrió, tan dichosa como preocupada.

El campamento aqueo rodeaba insultante la pequeña Venus, alumbrado por enormes hogueras. La algarabía de aquel grato recibimiento se alzaba al viento y recorría todo el bosque. La mayoría de los lanceros regresaban a sus tiendas tras los abusos de la pítanza. Otros quedaban buscando placeres entre hombres y mujeres, buscando gozo y vino entre las estrechas calles embarradas de la aldea. La plaza estaba abarrotada, la escultura de Ares destacaba rodeada de soldados ebrios y valientes que hacían gala de su gallardía entre dichos, luchas y risas.

Sentado al aire libre, apoyado en la tosca pared de maderos de un hogar de placeres, Ares eructaba los abusos del vino. Sobre él, una bella mujer de enmarañada melena negra dormitaba con la cabeza apoyada en su hombro; en su costado, otra daba pequeños golpes con la cabeza, resoplando pequeños ronquidos. Enfrente, Ganimedes dormía rodeado de tres hermosas jóvenes, que resoplaban sus sueños ebrios sobre su pecho y vientre.

La sombra furtiva del joven Filisteo, que deambulaba entre los ardores desinhibidos de los soldados, desvió la atención del salvaje guerrero y, con el ceño fruncido, sin alzar la cabeza, la siguió con la vista. Alertados sus instintos, se levantó y ambas mujeres cayeron al suelo rebotando como troncos huecos. Con un quejido somnoliento, se lamentaron vagamente; y acto seguido, se ladearon para seguir dormidas.

Ares observó por un momento el dormir de Ganimedes, y luego se encaminó tras aquel joven que andaba ocultándose. Pronto le reconoció, tal y como había sospechado, y sintió curiosidad

por averiguar sus propósitos. Así, se cubrió con una manta vieja que arrebató de un carro de leña y le siguió sin dejarse ver.

Avanzada la noche, Armonía dormía sentada a la luz de la débil llama de la hoguera, con la cabeza apoyada en la pared rocosa de aquel resguardo, escuchando el fantasmagórico ulular de la lechuza y el continuo canto de la tetigonia. En su mente todo giraba en torno a su amado Ares, a las palabras de su hermana Mirina y a las posibles intenciones de Marcial.

De pronto, silencio.

Un silencio impropio en el bosque.

La joven reina abrió los ojos lentamente y observó su espada, a un pie de su mano. Apenas estiró el brazo a por su afilada arma, una docena de lanceros saltaron a por ella surgiendo del claroscuro.

De un lance cortó el cuello de dos de ellos y, ladeándose a la izquierda, salvó la vida conforme asía el mango de la lanza. Y la empujó hacia otro de sus atacantes. Saltó por encima de la hoguera, sobre una roca, y paró una certera estocada con su espada. Respondió, abriendo la cabeza del lancero y socavando la vida de dos más que se abalanzaron gritando. Una enorme red cayó sobre ella y rodó liándose entre cuerdas. Cuatro lanzas de afiladas picas se abatieron buscando su carne y suspiró hacia dentro, viéndose muerta.

La espada de Ares lo impidió. Cayó violenta, cortando astas y brazos, abriendo pechos y cráneos con una furia atroz. El salvaje guerrero surgió desde lo alto de una gran roca para abatirse sobre los aqueos, brutalmente, entre abrumadores gritos y aterradores golpes, salpicándolo todo de espesa sangre y de entrañas. Estiró fuerte de la red, ladeándola con un brazo mientras azuzaba el afilado acero en su mano.

Armonía le miró y saltó viéndose liberada, y se irguió junto a él.

—Corre, mujer. Yo cubriré tus pasos, te buscaré —ordenó Ares, con su voz ronca.

Armonía negó y blandió su espada viendo cómo llegaban numerosos soldados, cada vez más. Ares golpeaba duro, saltando por delante de ella, quebrando astas y vidas. Tomó con su gran mano

el brazo de Armonía y la empujó fuerte contra un roble, donde, al lado de la hoguera, su esbelto caballo negro relinchaba inquieto.

—¡Vete! —gritó Ares.

Armonía cabalgó de un salto, cruzó su mirada con los estrechos ojos de Ares y salió galopando veloz, llevándose por delante cuantos soldados se cruzaban ante ella.

—¡Huye! ¡No la dejéis escapar! —gritó Prometeo, dejándose ver.

—¡Prometeo! —gritó Ares, machacando a quien se le acercaba, batallando como si de un loco colmado de ira se tratara; matando sin piedad, defendiéndose de las picas que rozaban y manchaban de sangre sus musculosas carnes.

—¡Ares! —exclamó Prometeo al reconocerle.

En ese momento los soldados pararon en su empeño por herir, por matar, tan sorprendidos como acobardados. Solo uno, azuzado por su ardor guerrero y cierto despiste, insistió y lanzó con fuerza la pica. Ares la esquivó y, de un tremendo golpe, cortó al hombre en dos, de arriba abajo, crujiendo yelmo, coraza y cuerpo; y antes de que cayeran las dos mitades, le cortó de un golpe seco la cabeza.

Los lanceros rodearon al guerrero divino, temerosos, sin saber qué ocurría, por qué estaban luchando contra el más grande de los guerreros, el hijo de Zeus. Y tragaron saliva al verle avanzar hacia Prometeo, sacudiendo a golpes en el aire la sangre de su espada, y alzaron las picas al cielo dando rápidos pasos atrás.

Ares dio dos zancadas rápidas al frente, tomó con su mano el asta de una amenazante pica y estiró hacia su cuerpo, arrastrando al lancero que la empuñaba. Le abrió la cabeza con un fuerte golpe de frente y se irguió, templando su espada y la larga lanza.

—¡Alto! —ordenó Prometeo a sus soldados, corriendo hacia Ares—. ¿Qué locura es esta?

—Prometeo, buen capitán... ¿Por qué tus hombres alzan sus armas contra mí? ¿Enemigo soy? —preguntó Ares, y avanzó seguro hacia él, desplazando a todos los soldados con tan solo una mirada penetrante que hizo temblar sus almas.

—Pero... No entiendo... —contestó Prometeo, sin poder reaccionar.

—¡Te arrancaré la cabeza! —exclamó Ares.

Ningún soldado reaccionó. Tan solo Prometeo, que levantó su espada y, al verle acercarse decidido, la soltó.

—No sabía que estabas aquí, divino guerrero. Con el pelo corto, mis hombres apenas te reconocen. Nadie buscaba tu vida, sino capturar a una loba peligrosa que acechaba en la oscuridad.

Con un fuerte golpe, la espada de Ares sesgó el aire hasta llegar veloz al cuello de Prometeo, quedando frenada a una uña de su piel. El capitán abrió y cerró los ojos con un suspiro que delataba la congoja de su alma.

—Jamás perdoné vida alguna —esgrimió Ares—. Valientes soldados, hijos de Atenea, han muerto esta noche bajo el metal de mi espada. ¿Quién es el responsable de esta afrenta?

—Él —aseguró Prometeo, señalando a Marco.

Con la rapidez del rayo, Ares se volvió, su espada centelleó y la cabeza de Marco rodó por el suelo hasta los pies de sus soldados. Y volvió a posar la hoja de acero a un dedo del cuello de Prometeo.

—No suplicaré por mi vida —aseguró Prometeo.

—¿Algo tienes que yo desee para olvidar esta afrenta? —preguntó Ares.

—Lo que desees —respondió Prometeo, sin dudar.

—Me iría bien una esclava de confianza, hermosa ella.

—Elige entre mis favoritas.

—Mándame a mi tienda a la joven Elena.

—Es muy joven, nada sabe de placeres.

—No busco placeres, sino una sierva. Bien está, pues.

—Así será. Tuya es.

Como saciada su ira, el salvaje guerrero cruzó su mirada con la de Prometeo y enfundó su espada. Acto seguido, se volvió y lanzó la pica que portaba a su dueño, que aún mareado del golpe trataba de levantarse cuando la lanza le cayó encima.

Mientras, Armonía galopaba hacia ninguna parte, dudando de su camino, sin saber si regresar, seguir hacia Beycesultán o esperar allí mismo a sus guerreras de Temiscira. Estiró de las bridas del

caballo y le acarició el cuello y la quijada, volteó su mirada hacia la loma donde Ares había quedado valiente luchando por ella... y comenzó el regreso con paso lento, furtivo.

—¡Armonía! —escuchó.

—¡Filisteo! ¿Eres tú? —respondió con voz baja.

Entre la vegetación se acercó cauteloso el joven, mirando a todas partes.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te han hecho algo esos miserables? —preguntó temeroso, comido por los nervios.

—No, pude huir por poco... Tranquilízate, estoy bien.

—Anduve por el campamento y pude ver a mis conocidos, sirvientes ellos. Escucharon que Marcial habita en el templo de Artemisa. Se acomodó en la cima de la torre. Está alejado de los suyos, confiado en sus hombres y relajado por las atenciones prestadas por los habitantes de la pequeña Venus... Pero no sé si ya es posible, ni siquiera necesario, quizás deberíamos huir.

—¿Qué descubriste? Dime.

—Parece que parten hacia su tierra. Pero otros dicen que sus ambiciones no están colmadas, que espera la oportunidad para hacerse con todo y algo más. Que pactó con la loba de larga melena roja...

—¿El qué?

—No sé, mi reina... Nadie escuchó más.

—Iré a verle; no me espera. Seguro que piensa que galopo hacia tierras lejanas.

—Quizás pacte contigo también, más si tu bronce acompaña su cuello.

—Le veré. Pero tú me esperarás abajo, en la entrada del templo, y vigilarás. No quiero que te acerques a ese general, temo que le mates y muerto no me vale.

—Pero...

—Si me encuentro en peligro o así lo veo, le mataré. Pero no quiero que tu odio me deje a ciegas en mi camino. ¿Podrás reprimir tu sed de venganza?

Filisteo bajó la cabeza y, tras unos momentos de silencio, asintió por varias veces.

—Ahora he de marchar junto a la hoguera, he de ver qué fue de Ares. Temo por él, muchas picas acechaban su cuerpo. Todo lo dio por mí.

—Allí no queda nadie. Prometeo marcha hacia su campamento y ese salvaje del que prende tu corazón marcha orgulloso con ellos.

—¿Les has visto?

—Descienden la montaña por el sur...

—¿Podemos acercarnos al templo sin que nos divisen? —preguntó Armonía, tranquila al ver que su amado estaba a salvo.

—Sí, es posible. Pero, ¿estás segura?

—Sí.

LA MUERTE DE UN HÉROE

Con paso rápido, Marcial salió airado de la carpa de armas, dejando atrás a Prometeo, entre maldiciones continuas.

—¿Cómo es posible? ¿Estáis ciegos? ¿Qué habéis hecho? —preguntó a gritos, indignado, para que todos le escucharan.

Sin hallar respuesta se encontró ante Ares que, junto a Ganimedes, cruzaba el campamento cubierto de la sangre de sus oponentes, lanceros aqueos.

El salvaje guerrero pasó ante Marcial y sus miradas se cruzaron. No se detuvo.

—Sé que no puede haber excusa ni justificación alguna ante tal afrenta, mas te enviaré placeres y licores, para que calmen tu ira y sacien tu sed. Todos los responsables serán castigados, no lo dudes. Más no puedo hacer, amigo —habló Marcial, altivo, tomando el antebrazo de Ares, el cual paró y miró la mano del general que le atenazaba.

Marcial soltó y se retiró bajo su atenta mirada.

Nada más se dijeron.

Apenas había llegado a su tienda, alzada en un pequeño montecillo cercano a la torre de Artemisa, cuando seis sirvientes llegaron con paso apresurado, como si le hubieran estado esperando. Portaban un jabato asado con frutos del bosque, aves de caza, uva y un gran cuenco colmado de vino.

Les acompañaba la joven Elena, con sus largos cabellos al aire, vestida de seda fina y con una sonrisa divina. Se sentía libre, pues sabía que ya no tenía que volver con Prometeo. Ahora siempre andaría con Ares y su amado Ganimedes, y era una felicidad que no podía ocultar.

Ares se dejó lavar la sangre de sus brazos y pecho, de su cara, y se secó sin apartar la vista de cuantos favores llegaban. Arrancó una pata del jabato y degustó con tranquilidad la jugosa carne, mientras observaba a los sirvientes introducir el banquete y el vino en su tienda. Levantó su mirada y la dirigió al campamento de Marcial, y volvió la vista hacia el bosque.

—Ratón, disfruta de esta pitanza y licores con tu hermosa Elena, juntos podéis estar por siempre si así lo deseas. Mi tienda es tuya por esta noche, y este banquete es para ti y tu amada. Yo he de volver al bosque, quiero buscar a Armonía. Cerca se ha de encontrar, y está sola.

—Te acompaño...

—No, disfruta de esta noche... Merecida la tienes.

—Gracias, mi señor.

—Ratón, es mi firme deseo partir hacia el desconocido Oriente, con mi amada. Dejar atrás a los lanceros de Marcial y sus ambiciones que en nada me tranquilizan.

—¿Os marcháis? ¡Quedaré sin vuestra compañía! ¡Os seguiremos!

—Esa es tu decisión. Es posible que necesite de un mozo valiente, un hombre; alguien que me diga cuándo he de lavarme o al que abofetear, o bien que me corte el pelo... Ganimedes, al alba recoge todo y parte hacia el este, sin duda sabrás hallarnos si así lo deseas —dijo Ares, llamándole por primera vez por su nombre.

Ganimedes sonrió feliz y asintió, satisfecho por las palabras de Ares y los honores que le merecía al permitir que les acompañara a Oriente, al dejarle ocupar su tienda y disfrutar, como hombre, de aquellos placeres destinados a un dios.

* * *

En los alrededores del templo de la pequeña Venus, el silencio todo lo envolvía. Cuatro lanceros hacían la guardia y los demás soldados se veían lejos, confiados y acomodados en sus tiendas de campaña, en las carpas de armas y cerca de las grandes hogueras.

Armonía se acercó con pasos cautos, sin abandonar las sombras del bosque, seguida de Filisteo, el cual no paraba de mirar a todos lados con su daga en la mano tensa. La altiva torre se alzaba en tres mitades. Solo la primera era accesible a través de unos estrechos ventanales, por la parte opuesta a la vigilada entrada. Y ató una piedra al extremo de la cuerda y le solicitó la daga a Filisteo, que rápidamente negó.

—Dame —insistió Armonía—. Oculto no la necesitarás para nada; y si te descubren, mejor que andes desarmado.

El joven se la dio a regañadientes.

Ella ató la daga entre la piedra y la cuerda, con un doble nudo. Se alejó un poco de la base de la torre, buscando uno de los ventanales.

—¡Vigila! —le ordenó con voz baja.

La cuerda voló alto, cayendo el extremo a través del ventanal del primer piso. Por dos veces tiró con suavidad y la piedra volvió a caer al suelo, sin hallar donde quedar amarrada. Por tercera vez la lanzó, con más fuerza, y quedó enganchada por el bronce de la daga entre los recovecos del ventanal. Armonía comprobó con cuatro tirones que la subida era segura, que la cuerda se hallaba fija, y se alzó a pulso, escalando con los pies sobre la pared de la torre.

—¡Alguien viene! —exclamó Filisteo.

Armonía subió rápidamente mientras el joven saltaba entre la maleza para ocultarse. Una alargada sombra se acercó y la joven reina tiró de la cuerda que colgaba bajo ella hacia arriba, sujetándola al aire para que no se viera.

Dos lanceros pasaron por debajo. Sujeta con una mano, ella les observaba; mientras que con la otra mantenía firme su espada. Permanecieron por unos momentos riendo, hasta que uno de ellos se volvió y comenzó a orinar contra la roca de la torre. El otro le siguió bajo la atenta mirada de Armonía, que tan solo esperaba que no alzaran la vista al cielo cuando terminaran.

—Me van a ver —murmuró, y se preparó para saltar sobre ellos.

Entonces, un ruido en el bosque alarmó a los guardias que, de golpe, terminaron de orinar. Se volvieron rápidamente y dirigieron cautos sus pasos hacia el claroscuro, dando pequeñas punzadas con la lanza entre la vegetación.

—Habrà sido una liebre, nada se ve —apuntó uno de los lanceros.

—O un jabato, por aquí los hay grandes —comentó el otro, mientras se alejaban de vuelta a la puerta de la torre, pasando bajo los pies de Armonía que, desde el aire, sujeta a la cuerda, les seguía con la mirada.

Filisteo suspiró en silencio, bien oculto tras un grueso tronco.

Armonía continuó la escalada al amparo de la oscuridad y llegó sin más novedad al ventanal. Penetró en la torre y estudió en silencio aquella sala que bien conocía. Todo estaba en su sitio. No había nadie. Saltó y comenzó a andar con leves pasos.

Filisteo sonrió al verla dentro y se levantó con cautela para acercarse a la torre.

La joven reina subió al tercer piso sin hallar oposición en su camino. Se extrañó al no ver a las sacerdotisas del oráculo; esperaba que la ayudaran. Y cauta, se asomó a la escalera. Si Marcial habitaba en el último piso, pensó si quizás hallaría algún lancero de guardia ante la entrada. Así que extremó la prudencia en sus pasos en los últimos escalones.

Todo estaba despejado.

Entró en la sala, el oráculo parecía vacío.

Un lecho se dejaba ver cerca del ventanal, por donde entraba la luz blanca de la luna; lo demás permanecía en la más absoluta oscuridad. Y Armonía se acercó tratando de sorprender al general.

De pronto, la luz de una linterna de grasilla iluminó su espalda y dio fuego a una tea anclada en la roca de la pared.

—Te estaba esperando. Llegas tarde, creí que ya no vendrías —se expresó Marcial, tras ella, mientras seguía prendiendo cada tea que circundaba la sala, con tranquilidad.

Armonía abrió los ojos, sorprendida, y arrugó los labios, consciente de que no tenía salida. Aun así se acercó al ventanal buscando una huida. Con resignación, contempló desde la altura a numerosos lanceros que rodeaban toda la torre. Temió por Filisteo y se sintió mejor al no verle preso entre ellos; quizás había escapado.

—Mañana marcho a mi amada tierra y necesito dormir algo. Así pues, seremos breves —continuó el general, mirándola complacido y muy serio.

Armonía observó la salida repleta de soldados, con sus lanzas templadas hacia delante.

Marcial se sentó en el lecho y estudió despacio cada uno de sus rasgos; reina guerrera y loba audaz, hermosa mujer capaz de enamorar a un dios.

—Eres igual que tu hermana. Solo el pelo... eres rubia. Dicen que no hay pelirroja buena, ni rubia lista. Debe de ser verdad, pues aquí te hallas presa mientras tu hermana cabalga lejos, libre de todo mal. Deja tu arma y hablemos. A eso venías, ¿no? ¿O acaso pretendías mi vida? —preguntó Marcial.

Armonía no dijo nada, se limitó a insistir con su mirada tratando de hallar una salida que no veía. Dejó la espada en el suelo, lentamente, sin estar muy segura de ello.

—Hablemos pues —dijo finalmente, buscando parlamento. Y pensó en Ares, quizás estaba cerca. Deseó que se hallara cerca.

—No vendrá. Me he ocupado de ello. Esta vez no te salvará. Bien servido fue de abundante jabato, de dulce vino, de una esclava virgen y de amapola soporífera. Ya debe estar ocupando su lugar en el Olimpo... o en el Tártaro —aseguró Marcial, como escrutando los pensamientos de la joven.

Sin más, la golpeó duro con la palma de la mano abierta en la cara, haciéndola retroceder hasta chocar contra la pared del muro.

Armonía notó la sangre recorrer la comisura de sus labios y comprendió que Marcial no tenía nada de qué hablar. Trató de hacerse con la espada, lanzándose rápidamente sobre ella. Pero el pie izquierdo del general se puso sobre la afilada hoja, aprisionándola,

y con el derecho la golpeó con fuerza en las costillas, haciendo que su cuerpo girara rodando por la estancia. Sin parar en su acoso, rápido, aquel hombre se agachó, la tomó fuerte del pelo y tiró de ella hacia arriba a la vez que descargaba su puño en la cara. Con el pómulo reventado, la joven reina cayó de bruces golpeando la frente contra el suelo para quedar inconsciente.

Mientras, no muy lejos de allí, Ganimedes comía la carne asada del jabato y bebía el dulce vino destinado a Ares, con ganas, en el interior de la cómoda tienda de su señor, riendo con su amada Elena.

Ella se limpió la grasa de la pitanza y deslizó las manos por el cuerpo del joven, haciéndose querer, y le besó dulcemente en los labios.

—Qué fuerte y noble eres —dijo la muchacha, de forma tímida. Y se retiró el blusón, quedando desnuda y recogida sobre sí misma, a un lado del lecho.

—¡Tal cual como Ares! —exclamó Ganimedes.

Con un salto, el joven se levantó para colocarse el yelmo de león del guerrero divino, y rugió poderoso. Ella posó su mano en el calzón y se lo sacó de un tirón. Sus ojos brillaron, dejándose impresionar alegre por el miembro viril de su joven amante, un guerrero que al mismísimo dios de la guerra servía.

—Ámame —susurró ella, perdida su timidez en un instante.

Y se tumbó en el lecho, separando sus piernas, frotando sus senos con suavidad, ofreciéndose gozosa.

Una docena de hombres salvajes, armados con venablos y afiladas dagas, se acercaron taimados. La pequeña luz de la linterna delataba los placeres del interior de la tienda del salvaje guerrero, dos sombras se mecían sin parar entre gemidos de placer y susurros de amor.

El joven Ganimedes, preso de la pasión de su joven amante, y del embriagador vino y la succulenta pitanza, disfrutaba feliz como nunca. De pronto se vio consumido por un extraño sopor que no comprendía. El efecto de la amapola en el vino comenzó a hacer su efecto. Se dejó cabalgar por la hermosa Elena, que

montó sobre él con cara de bendita gloria. De besos y lengua lo colmaba, con lentos y pausados movimientos. Pero él apenas sentía nada. Sus dedos se entumecían tanto como su hombría y sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, con una sonrisa tímida, apenada por si algo hacía mal, al comprobar que el miembro de su amado había perdido aquella fuerza viril, la dureza y calor con la cual la hacía gozar.

Afilados venablos penetraron rasgando la tienda por todas partes, atravesando a la joven muchacha sin piedad e hiriendo las carnes de Ganimedes. El joven, alarmado y confuso, trató de levantarse. Su cabeza apenas le permitía pensar. Todo le daba vueltas. Pero pudo distinguir bien a Elena retorcerse en agonía, envuelta en un charco de sangre; y vio su cara de pena y cómo cerraba los ojos con una lenta expiración que todo decía. Anduvo a cuatro pies, lentamente, aterrado y consumido por la rabia, buscando un arma sin apenas poder balbucear palabra alguna.

Una decena más de picas se abalanzaron atroces sobre Ganimedes, haciendo de las lonas de la tienda y su vida una amalgama de sangre y muerte; y el joven cayó boca abajo, sobre el cuerpo de la muchacha, con el torso cubierto de venablos, como si un gran erizo fuera.

Una mano temblorosa alzó levemente la lona que cubría la matanza, y uno de aquellos asesinos observó la escena. Luego, volvió su vista hacia el yelmo de Ares, que permanecía al lado del joven. Se arrastró temeroso y hundió la daga en la cervical de Ganimedes, para girar bruscamente la hoja. Acto seguido, tomó de un tirón el yelmo y salió victorioso, mostrándolo a sus compañeros, y lo lanzó al aire.

Como si locos anduvieran, los demás se abalanzaron contra la tienda, hundiendo sus dagas una y otra vez, atravesando la lona, acuchillando los cadáveres de la joven Elena y de Ganimedes sin parar, entre los escasos huecos que mostraban los venablos, convirtiéndolo todo en un espanto mayor.

Y corrieron en la oscuridad de la noche.

La noche avanzó.

Marcial fijó sus ojos tranquilos en Armonía; la empresa tocaba a su fin. El yelmo de Ares manchado de espeso rojo permanecía en sus manos. No hacía nada que un mercenario hitita se lo había entregado. Se miró el puño, se limpió la sangre en la barbilla y se levantó. Se acercó al ventanal y observó el pequeño poblado, las hogueras, su campamento.

—¡Guardia! ¡Avisad a Prometeo! —exclamó.

El general rondó pensativo el oráculo de la torre, convertido en cómoda estancia; en su mente se veía triunfante en la corte del rey Cécrope, alcanzando una gloria tal que quizás le abriera las puertas del Olimpo.

—Sí, mi general —dijo Prometeo, abriéndose paso entre la guardia, y entró en aquella sala redonda.

—Aquí hemos terminado, que se levanten mis lanceros; nos marchamos de inmediato.

—¿Y ella?

—Aún no he acabado con ella —aseguró Marcial—. Cumple mis órdenes. Y que se larguen todos... ¡Dejadme solo!

Luego, se agachó, tomó el cuerpo de Armonía y lo dejó sobre el lecho para comenzar a desnudarla, cortando sus vestimentas con una afilada daga.

Los lanceros de la guardia descendieron de la estancia y cerraron las puertas.

—El divino guerrero a todos nos matará, es su protegida —susurró Prometeo, acercándose de lado al general.

—No temas por Ares, mi buen capitán. Los mercenarios hicieron su trabajo, pues nada temían de quien no conocían. Cebado con vino envenenado, fue presa fácil. Ahora, cuando termine con ella, quiero que entierres el cuerpo de esta loba y el de mi amigo donde nadie pueda encontrarlos jamás. Descuartízalos. Mata a esos salvajes hititas, que impacientes esperan su recompensa en el arroyo; y a los sepultureros y a todo aquel que sepa lo que hicimos en esta amarga noche que nos trajo la victoria o hable algo de ella. Es la orden que tu hermano me dio, es el único objetivo de esta empresa. Descartada la hija de Cibeles... era acabar con la reina loba... y con Ares.

Prometeo dio dos pasos atrás, negando con la cabeza.

—No puede ser.

—Maldito por el propio Zeus, el divino guerrero engendraría en el vientre de esta mujer la semilla del mal. Si no lo ha hecho ya. De su unión nacería la arpía que de tantos quebrantos colmaría las fratrias aqueas... No ha sido una empresa grata, pero era necesaria. Muerto Ares, muerta Armonía, hemos evitado el nacimiento de la primogénita y todos sus males —insistió Marcial.

—¿Qué hacemos con él, con tu esclavo Filisteo? Todo lo sabe, hasta nosotros atrajo a la reina Armonía —preguntó espontáneamente, mientras trataba de asimilar aquellas palabras.

Marcial sonrió.

—Que suba.

Filisteo entró despacio en el oráculo y vio a Armonía, tumbada de espaldas sobre aquel lecho. Y su corazón tembló cuando la vio abrir lentamente el ojo amoratado, cuando una lágrima descendió viva recorriendo su mejilla ensangrentada.

—Buen trabajo, mi buen Filisteo. Sin tus hábiles palabras, la reina loba nunca se hubiera arriesgado a llegar ante mí —dijo Marcial, y le recompensó con un apasionado beso en los labios.

Filisteo no argumentó nada; avergonzado, retiró su vista de la cara de Armonía mientras se entregaba a su amado general.

Ella cerró el ojo comprendiendo. Aquel joven efebo odiaba como nadie a su general. Pero más le amaba, con todo su corazón, con toda su alma, a pesar de todo. Él era el espía que de todo informaba a los aqueos. Por ello sabían dónde escondía a la pequeña Ainia, por eso la habían encontrado tan pronto en el bosque, por eso le ofreció verse con Marcial, donde sería hecha presa. Mirina no la había traicionado y, dentro de su pena, sonrió levemente.

—Mi señor, ahora podré volver a servirte fiel, siempre a tu lado, como antes... Ya demostré mi valía y que por tu confianza todo daré.

—Siempre te llevaré conmigo, nunca me olvidaré de ti —aseguró Marcial y le abrazó con fuerza, mientras la punta de su daga ahondaba en el vientre del joven hasta asomar atroz por la espalda.

Filisteo alzó la vista al techo con la boca abierta, dando una tremenda bocanada, con los ojos desencajados, y cayó al suelo doblado como una espiga, con las manos sujetando el mango de la afilada hoja que le atravesaba.

Marcial le observó en su agonía y volvió la vista hacia Armonía.

Al momento, anduvo unos pasos hasta ella y le acarició la mejilla sangrante.

—Ahora, vas a morir... Pero antes me aseguraré de que si algo divino germinó en tus entrañas, sea desterrado de la vida de los mortales para siempre —aseguró Marcial, sacando su afilada daga del cinto.

Prometeo bajó la vista y salió rápido de la habitación.

Descendió las escaleras, atormentado por lo que estaba ocurriendo. Corrió, incrédulo, hacia la tienda de Ares y la vio derruida sobre un gran charco de sangre. Al menos una docena de picas atravesaban sus telas y unos pies asomaban envueltos en un lodazal rojizo oscuro. Levantó levemente la lona y vio los dos cadáveres, irreconocibles en su espanto. El bronce de las picas y las dagas apenas habían dejado un ápice de piel blanca. A sus pies, un cuenco, quebrado por la caída, que colmaba el aire con el aroma del dulce vino, donde residía la amapola. Cerró los ojos y asintió, asimilando aquella traición. Sin distinguir si actuaba correctamente o no, confuso en sus ideas, se apresuró hacia la carpa de armas del general.

Una vez allí, comenzó a dar órdenes sin parar a sus oficiales. Un centenar de soldados preparados para la batalla partió de inmediato hacia el arroyo, donde esperaban los asesinos hititas cobrar su oro y solo bronce obtendrían.

El enorme campamento comenzó a desmantelarse.

De pronto, un resplandor sin igual, más allá del templo, llamó la atención de Prometeo. Sorprendido, volvió la vista sobre el cortado que rodeaba parte de la aldea.

Como un torbellino de luz cegadora, Artemisa se alzó con su arco tenso, apuntando al infinito. Abrió la mano que sujetaba la

cuerda y una saeta surgió de la nada hecha fuego, elevándose en el oscuro cielo de la noche. En su caída, fueron miles, no una, las saetas surgidas del bosque que cayeron sobre la pequeña Venus, matando e incendiándolo todo.

Con un grito atronador, la gran cazadora se volvió hacia el campamento aqueo y volvió a tensar su brazo. Miles de saetas ardientes se cernieron sobre soldados, bestias y carros. Las gentes del poblado gritaron y corrieron hacia el bosque, huyendo de la atroz batalla que se desataba ante ellos.

Prometeo corrió expectante, observando a todos lados.

—Vil torpeza realizar un sacrilegio en el mismísimo templo de la vengativa Artemisa... ¡Ahí está, odiosa! —exclamó.

Los cascos de cientos de caballos resonaron en la oscura noche, mientras incontables saetas seguían cerniéndose sobre el campamento aqueo, atravesando petos, carnes y vidas, prendiendo todo mientras los lanceros trataban de cubrirse bajo escudos, carros y maderos.

—¡Las hijas de la luna! —exclamó Prometeo—. ¡Que los hombres formen un frente de contención en la aldea! ¡Hundid los escudos, apalancar las astas, mostrad las picas al frente en cada una de estas callejuelas! —gritó a sus oficiales.

Mientras las guerreras de Mirina atacaban de frente, el bravo rugir de la caballería de la Guardia Real de Temiscira sacudió el bosque y surgió potente en la retaguardia aquea, buscando a su reina, sorprendiendo a Prometeo.

—¡Atrás, cubrid el flanco derecho! ¡Armad el bronce, que no encuentren debilidad alguna!

—Mi capitán, las lobas son miles... ¡Debemos huir! —exclamó uno de sus oficiales.

—¡No son nada ante nuestros gloriosos lanceros! ¡Si resistimos sus saetas, venceremos! ¡Cubrid vuestros flancos, sacudid las picas! ¡No pasarán! ¡Sin orden en la batalla, cuerpo a cuerpo, sin saetas en la distancia, son nuestras! ¡No se atreverán! —arengó el capitán a sus tropas.

Pero las guerreras embistieron con todo, feroces como nunca, con caballos protegidos con chapas y largas lanzas, llevándose

por delante defensas y hombres, irrumpiendo cuerpo a cuerpo como nunca hubieran esperado.

Sin apenas tener respiro alguno en la lucha, Prometeo deseó tener allí su ejército de diez mil lanceros. Pero apenas unos quinientos resistían ferozmente en aquel campamento; y sabía que no por victoria alguna, sino por salvar sus propias vidas.

—¡Oficial, los lanceros que abandonen la zona sur de este maldito poblado! ¡Que bordeen el arroyo! ¡Que formen un frente de picas y avancen hacia el bosque! —ordenó comprendiendo su derrota, y que tenían que huir de allí antes de que nada fueran.

—¿Y el general Marcial? —preguntó el oficial.

—El general debe librar su propia batalla —respondió Prometeo.

Marcial divisaba desde la cima de la torre, atónito, cuanto acontecía. Mirina había regresado de su desierto de sal y se sumaba a la batalla con más fuerzas, comandando a sus guerreras y a las llegadas de Temiscira. El rostro enjuto del general mascó la tragedia que se cernía sobre los suyos y vio a Prometeo incapaz de salvar a su ejército.

—Inútil. No abandones tu posición, es lo único que evita que te barran —murmuró en voz baja.

Armonía se apoyó en el lecho y trató de levantarse.

Sus guerreras habían llegado a tiempo, desviando la atención y las intenciones de Marcial. Y buscó en el suelo su espada. Se acercó lentamente, buscando sorprenderle. Pero un tremendo dolor en la cabeza y una pierna le hizo doblar la rodilla y caer; y cerró los ojos, notando la mano del general tirar de su cabello con fuerza.

Los pies de Ares pisaron la sangre que bañaba su tienda arruinada. Cansado de buscar a Armonía inútilmente y ante el resplandor de las llamas, había regresado. Desplazó de un tirón la lona desgarrada por los venablos y asomó su vista. Desplazó el cuerpo de la joven Elena y se agachó sobre el de Ganimedes. Aquel atroz

sentimiento de pena no era nuevo para él; pero sí muy inusual. Solo lo había sentido una vez en su vida, con la muerte de su amada madre Hera.

—Ratón —murmuró, serio e iracundo en su mirada y gesto. Sus ojos se nublaron.

Y gruñó lentamente, hinchando sus pulmones mientras apretaba con fuerza los dientes.

Observó a todos lados, viendo la batalla culminar en lo más alto, y dirigió su vista hacia la torre de Artemisa, hacia aquel ventanal y sus sombras. Asida del cuello, su amada Armonía balbuceaba vanas palabras balanceándose entre la vida y la muerte. Marcial apretaba con fuerza su cuello, manteniéndola al aire, a tres palmos del suelo, acercándola cada vez más al precipicio de la torre. El iris de los ojos de Ares se tornó rojizo por completo y la sangre pareció hervirle en las venas, quemando su cuerpo con una sensación interior que hacía tiempo que no sentía tan poderosa, tan odiosa y destructiva.

La ira consumía todo su ser.

Marcial, irreconocible en su ciega ira, apretaba con fuerza, pero sin prisa; disfrutando el momento, recreándose al ver culminada su empresa con la muerte de la reina loba.

—El Olimpo me espera, a los dioses ofrecí la vida del maldito Ares y, ahora, la tuya. La primogénita elegida no pisará la tierra de los vivos. Mi amado rey Cécrope me espera orgulloso. Muere, mujer —le dijo, con palabras lentas.

Ares subió rápidamente por las escaleras, matando a golpe de espada, brutal, salpicando pared y escalones de gemidos de horror y entrañas oscuras. Acabó veloz con cuantos lanceros encontró a su paso, sin entretenerse, sin mediar palabra ni discusión alguna, como si nada fueran. Irrumpió en la sala del oráculo con un fuerte golpe en la puerta que astillas la hizo, y quebró la vida de la guardia que allí se hallaba, inundándolo todo de sangre. Dos más se echaron sobre él y los lanzó, con un grito terrible, desde la altura al vacío.

Su mirada se cruzó de inmediato con la de Armonía y, después, con la de Marcial, el cual apenas salía de su asombro.

—¡Estás vivo! —exclamó el general.

—¡Suéltala! —exigió Ares.

—No impedirás la muerte de la reina divina, mi gloria en el Olimpo —contestó Marcial.

Y apretó con fuerza el cuello de la joven reina a la vez que alzó la daga, decidido.

El rostro amoratado de Armonía anunciaba el fin, y comenzó a desprender babas por la comisura de los labios entre quejidos agónicos.

La espada de Ares voló destellante como el rayo y atravesó el pecho del general.

Al instante, la mano del salvaje guerrero asió el mango de la espada. Y con la otra, la cintura de su amada Armonía.

Marcial, sin fuerzas, soltó la daga y el cuello de Armonía, para asir la hoja que le mataba.

—¡Cómo te atreviste a desafiar al hijo de Zeus! —le dijo Ares, brillando sus pupilas con destellos rojos de ira.

El guerrero divino le miró con desprecio y arrancó la espada de cuajo, ladeando la hoja hacia arriba, abriendo en canal el pecho, el cuello y el cráneo de Marcial. Y le golpeó con el pie, con fuerza, lanzándolo al exterior de la torre por el ventanal.

El cuerpo maltrecho del general cayó al vacío y se estrelló entre las rocas.

Artemisa entró en el oráculo de la torre en ese mismo momento, rápidamente, buscando a su amada Armonía. La vio pálida en brazos de Ares. Y tensó su arco.

—Solo desgracias nos has traído... ¡Déjala en paz, hijo de Zeus! —le espetó.

Sin una palabra por respuesta, Ares gruñó.

Y acarició las mejillas de Armonía.

—Ares —susurró ella, tratando de reponerse, sin fuerzas.

El guerrero divino limpió su espada con una sacudida y la envainó. Anduvo unos pasos, lentamente, con Armonía en sus

brazos, y recogió las lágrimas de la joven reina con sus dedos. Observó por unos momentos a la gran cazadora y levantó el mentón, ignorándola, y anduvo hacia la salida.

—Déjala ahora mismo o atravesaré tu orgulloso pecho. Dios de guerras y males, hijo de Zeus... al Olimpo enviaré tu alma de guerrero mientras tu cuerpo mortal se pudre en esta tierra que manchas con tus pisadas —aseguró Artemisa, apuntándole con su arco.

Armonía se abrazó a él con fuerza, cubriéndole todo el pecho con su cuerpo.

—No, Artemisa, no —susurró.

Artemisa apretó los labios, desafiante ante la mirada de Ares.

—No... —insistió Armonía.

La gran cazadora tragó su orgullo, sintiéndose derrotada ante la mirada piadosa de Armonía, y bajó el arco y la punta de la saeta hacia el suelo. Notó su alma deshacerse en mil pedazos, fundirse en la desesperación, ahogarse en agonía. Aquel hombre se había llevado para siempre lo que ella más quería: el corazón de su muy amada Armonía. Respiró profundo y cerró los ojos. Una única lágrima, ignorada, cayó estrellándose contra la piedra.

Ares le dio la espalda para bajar aquellas escaleras. Y salió de la torre con Armonía en sus brazos, sin que nadie le viera. La batalla se había desplazado hacia el arroyo. Así, se adentró en el bosque, buscando la oscuridad y la paz de la noche para alejarse de todo y de todos.

Artemisa descendió lentamente los escalones de la torre. Salió al exterior y quedó al lado del cadáver de Marcial. Después volvió la vista hacia el norte, donde la Parca gozaba cobrándose las vidas de la atroz batalla. Se armó con su espada y la alzó al aire.

El ejército de Mirina trotó a un lado del estrecho arroyo y a ella se unieron las guerreras de Temiscira. Al otro, Prometeo se defendía como bien podía, postulando con estrategia a sus lanceros, huyendo sin romper la formación. Y se reforzó con la compañía que había mandado para acabar con los asesinos hititas que se abatieron sobre la tienda de Ares.

De pronto, las llamas de la torre volvieron a iluminar el oscuro cielo, con fuerza. Las miradas de todos se dirigieron hacia su cima, donde permanecía la gran cazadora, altiva y divina, consumida por la pena de ver a su amada en brazos de Ares, y gozando del fuego que arrasaba la pequeña población de Venus. Y mostró la cabeza cercenada de Marcial, en alto, para que todos la vieran.

—¡Es Marcial!

—¡El general ha muerto! —comenzaron a exclamar los lanceros aqueos.

La batalla pareció haber terminado en ese mismo instante. Nadie acometía acción alguna, tan solo esperaban la reacción de sus adversarios.

Mirina recorrió las filas aqueas al trote. Nadie alzaba la cabeza, tan solo la vista. Hasta que llegó junto a Prometeo. Descendió de su yegua y se puso ante él.

—Tenemos un pacto —le dijo ella, sin más.

—Marcial es nuestro general —respondió Prometeo.

—Marcial ha muerto. Ahora tú eres el responsable.

—¿Y tu hermana Armonía?

—No acompaña a Artemisa. Parece que no sobrevivió.

—Tenemos un pacto —aseguró Prometeo.

—Recoged pues a vuestros muertos y heridos, preparad el largo camino y marchad. Libres sois con el nuevo día. Al anochecer regresaré y mataré a todo aquel que se encuentre aquí, a todos sin excepción —aseguró Mirina.

* * *

Aquella mañana, alejados ya los aqueos y los días de la brutal batalla, las hijas de la luna hicieron un alto en su camino hacia Tríbada, a las puertas del desierto de sales, para aprovisionarse bien de todo antes de entrar en aquellas terribles tierras abrasadas por el sol.

Sorprendidas, encontraron un pequeño resguardo de pieles, delatado por una pequeña hoguera. A la sombra se hallaba

Armonía, descansado. Dormía plácida en un lecho de hierbas secas y hojas, recuperándose de sus heridas.

Mirina corrió a abrazarse a ella, despertándola de golpe.

Artemisa estudió cada movimiento de su entorno, buscando. Y trotó, seria y muda, hacia su amada sin dejar de mostrar su interés y sorpresa. Lejos la creía, con el maldito Ares.

—Mi amada hermana... ¿Eres tú? —preguntó Armonía, alegre con su presencia.

—Sí, hermana, soy yo —aseguró Mirina.

—¿Y Ares? —preguntó Artemisa.

Y Armonía rebuscó rápidamente con su vista fija en los alrededores, mirando a un lado y a otro, escrutándolo todo.

—¡Ares! —gritó por tres veces.

Nadie respondió.

La joven reina de Temiscira bajó la cabeza, comprendiendo.

—Hablamos mucho en la noche. Me contó su tormento. La muerte cruel de su amada madre Hera. La sed de venganza y la ira que le consumía, que le consume por siempre. El terrible final de Ganimedes y de la joven Elena. Y cómo vio mi vida prendida de un hilo, y lo que temió y sufrió por mí. No tiene amigos, pues a su lado, todos mueren. La Parca siempre le acompaña y a todos atrapa. Eso me dijo mientras me arrojaba —dijo con palabras tristes.

Artemisa sonrió.

—Quizás Ares lo ha entendido finalmente. Un dios de guerras y males nunca podría darte paz, colmarte de felicidad. Lo siento por ti, mi amada Armonía. Pero ese salvaje ha hecho lo que tenía que hacer si en verdad te quería: abandonarte —dictó finalmente, sin poder ocultar su alegría.

Armonía no dijo nada, solo miró con pena al infinito, hacia Occidente.

—No sufras, mi querida hermana... Volverás a verle. Ese salvaje indecente, bruto y asqueroso mucho me temo que regresará. Sí. No lo dudes —le aseguró Mirina.

Armonía la miró esperanzada, incluso sonrió.

Artemisa observó el talante de Mirina, como pidiendo una explicación a la certeza que mostraba.

—Ha dejado su espada de reluciente brillo, con la que todo mata... La espada de Ares, su excusa. Y su cinturón. Volverá, ya lo creo. Querrá recuperarla y entonces, le mataré —expuso, tomando la espada del suelo, pues allí permanecía al lado del lecho. Y Armonía rió...

LA CORTE DEL REY CÉCROPE

Aquel gélido otoño, tal y como se esperaba con el avance de las inusuales nieves del norte, dio paso a un crudo y terrible invierno que sacudió con fuerza las tierras de la vieja Europa, de Ática y Tracia. Reyes, héroes y vasallos buscaron las costas, el calor del Mar entre Tierras y los vientos de Lybia; hallando resguardo y vida para sus familias, bestias y cultivos. La reina Pyrene había muerto y muchos años tendrían que pasar en las tierras norteñas de Ática para que las nieves se retiraran; así lo dictó Pitia, amante de Apolo.

Sin embargo, en la Anatolia profunda, tierra de diosas paganas, pronto llegaría la florida primavera, llenando el cielo de coloridas golondrinas, esbeltas cigüeñas y nuevas esperanzas. El pequeño poblado de Venus, derruido en la batalla, volvió a crecer al lado de la torre de Artemisa, que todo lo alumbraba con su llama. Sacerdotisas, léleges e hijas de la luna lo ocuparon, siendo recibidos con simpatía inusitada por aquella vieja llena de arrugas y verrugas.

Ares, dios de guerras y males, fue dado por muerto en la contienda; pronto corrió la voz de que había sido asesinado por salvajes hititas o tal vez por lobas traidoras. Las reinas guerreras y Artemisa desaparecieron en el desierto de tierra quemada, el Desolado, donde se ocultaba la ciudad de Tribada; sin que nada más se supiera de ellas durante aquel hostil invierno.

Por su parte, unos cientos de lanceros al mando de Prometeo lograron dejar atrás el Ponto y a sus lobas, y atravesar Arzawa,

buscando las costas del Egeo. Tras ser atendidos y colmados de placeres en Ilión, cruzaron el estrecho hacia Tracia y consiguieron regresar con vida a Atenas. La empresa había terminado, con éxito, a pesar de las bajas, y fueron recibidos como gloriosos héroes.

—El enemigo atlante, el rey Argan, huyó más allá de la Camarga; sus soldados lograron atravesar los altos picos de Occidente antes de que la nieve todo lo cubriera. Ícario y Eolo les siguieron. Nuestros capitanes volverán un día y podremos saber más, atravesar las montañas y hacernos con su reinado —expuso Prometeo, proponiendo a su hermano una nueva empresa; irreconocible, altivo y soberbio, vestido de rey como si lo fuera.

—Nadie puede atravesar esas extensas montañas, la nieve y el hielo todo lo cubren con su blanco y espeso manto —aseguró el rey Cécrope, deslizándose hasta su trono.

—Hoy no, quizás en un mañana.

—Mí querido hermano, antes de proponerlo al Parlamento, debatámoslo. Hacía tiempo que no te veía y sufrí por tu suerte. Apenas me ves y ya me hablas de batallar de nuevo. No vistes como capitán, más bien como soberano.

—Aquí me hallo, convertido en general. Mucho aprendí y sin duda grandes serán mis hazañas, un día cercano tendré mi propio reinado. Quizás en Oriente, quizás en Occidente.

—Sí, no lo dudo. Valor no te falta. Pero los dioses se muestran odiosos por las batallas entre hermanos. Zeus nos ordena cesar en la contienda.

—Poseidón no perdonará nunca que Atenea, la de ojos de lechuza, sea divina de Atenas. Nos envió la guerra, a saber qué más será ahora... No parará. Nuestro deber es acometer la empresa que destierre tal peligro, como bien hicimos en su día con las hijas de la luna.

—Sí, la ira de Poseidón sigue ahí. Pero, ¿qué me dices de mi bravo general, Marcial? Poco hablas de él, y a mí todo me tienes que contar.

—Su cuerpo fue arruinado por la vengativa Artemisa. Pero antes, acabó con la vida de la reina Armonía.

—¿Y la primogénita, la elegida?

—No hay elegida.

—¿No hay elegida? Los sueños de Pitia, amante de Apolo, siempre son verdad venidera.

—El tiempo lo dirá, mas no hay virtuosa divina en toda Anatolia que engendrarla pueda.

—¿Cibeles? Si no ha muerto, quizás...

—No. Ya tuvo una hija, a la que llamó Ainia. Virgo no es, no puede ser primogénita.

—Artemisa, ella podría.

—No; amante de mujeres es. Toda divinidad perdería si tan solo rozara a un hombre con destellos de lujuria.

—¿Entonces?

—El destino está decidido, hermano. Pero los dioses se sirven de nosotros, pobres mortales, para moldearlo a su capricho. Templos se alzan por toda la costa de Arzawa, en el Ponto y en tierras profundas de la salvaje Anatolia, que veneran al divino y sempiterno Zeus, y al terrible Ares, azote de mortales... Quizás ello sea la razón.

—¿Qué te contó Marcial?

—Todo. A muchas mató, a muchos mató para deshacer la profecía.

—Esas lobas, ¿son tal como cuentan? Me dicen que una de ellas te acompaña... ¡Como esposa!

—Lo son, bien bravas batallan y acecharon, golpeando duro hasta que mermado se halló nuestro ejército. Mas pude salvar a unos trescientos. Un pacto realicé con la reina Mirina, que algún día debemos acatar y que bien nos servirá para nuestros fines. Y sí, una de ellas me acompaña. Capitán de la Guardia Real de Tríbada es y todo desea conocer. Mas no es mi esposa, sino mi invitada. Bajo mi responsabilidad queda.

—¿Un pacto? ¿Qué pacto? Yo no pacto nada con nadie.

—Escucha, mi muy amado hermano: las nieves que todo lo cubren tardarán en derretirse. Pero un día dejarán de nuevo el paso libre a Occidente; los atlantes hijos de Poseidón podrían regresar a sembrarnos de mal. Mejor sería que fuéramos tras ellos y con

todos acabáramos, antes de que nos traigan de nuevo la guerra hasta nuestra patria.

—Ya oí tal intención antes en boca de Marcial y en nada me agradó. El rey Argan sufrió una derrota acorde con sus ambiciones desmesuradas, los dioses castigaron su soberbia y afrenta. No seré yo quien ahora desate la cólera divina cruzando el mundo para llevar guerra a los hijos de Poseidón.

—Lo sé, mi rey. Por ello el pacto. Todo lo pensé. Nuestro ejército no partirá en busca de guerras, sino aquellos generales que así lo desean; peligrosos hasta para nosotros son. Que marchen con los mercenarios de Tracia que solo quebraderos nos causan y que engrandezcan sus tropas con esas lobas guerreras, que un gran ejército pueden conseguir de gentes de Oriente.

—Interesante.

—Llevaremos la batalla muy lejos de nuestras fronteras; tras décadas de guerra el pueblo desea paz. Se matarán entre ellos y la gloria y el oro que conquisten, nuestro será. Además, nos aseguraremos de que nunca más los atlantes pisen esta nuestra tierra. Y los clanes salvajes de Oriente verán mermados en demasía sus ejércitos, dejarán de ser un peligro para nuestras fratías.

—Veo que es una empresa bien orquestada. ¿Idea tuya es, hermano? Me sorprende. En verdad, más que un buen general, quizás soberano deberías ser. Tal cual como dices.

—Me halagas, hermano. Viendo el potencial de las lobas en batalla, con su arcos y bestias, pensé en ellas para desatarlas contra los atlantes. En las luchas de Tirrena conocí a un viejo sabio que me habló del oro y las riquezas de Atlanta. Y pensé: tras décadas de guerra y una estrepitosa derrota... ¿Quién las protege ahora? Eolo e Ícaro de todo nos informarán a su regreso.

—Bien, me colmas de asombro... Pero, ¿y las lobas? ¿Por qué han de batallar a nuestro lado tras haberlas acosado?

—La reina Mirina es ambiciosa, quiere un reino comparable a Ilión, a Micenas, a Atenas... Ahora sabe que el oro que necesita se encuentra en Atlas. Por bien cierto tiene que nosotros no seremos enemigos, sino aliados de tal causa. Nada puede contra Ática, menos contra el Imperio Hitita; y las naciones de las

hijas de la luna se ven cada día más pequeñas, y bien nos vendrá una aliada en Anatolia. Por ello mi invitada... a la que tal vez haga mi esposa.

—No acaba de gustarme... No quiero aliados, sino vasallos. Pero he de reconocer que, bien estudiado, buena empresa es todo sin duda. Sí. Parece la idea de un soberano. De todas formas, mi ejército no participará. Que sean esos mercenarios y generales de los que hablas los que la lleven a cabo. Además, sigue preocupándome el hecho de la elegida... Dime, ¿Ares vive? Cuentan que fue masacrado traidoramente por hombres salvajes, en su propia tienda, mientras bebía y fornicaba con una joven esclava.

—El guerrero divino fue víctima de mercenarios hititas... Esclava mía era esa joven a la que poseía cuando fue asaltado. Una pena de muchacha; para mí la quería y él me la robó. Virgo era. La amapola hizo su efecto en el vino y fue fácil presa. No temas, hermano. El secreto de nuestra empresa está a salvo, solo yo sé la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—A todos cuantos sabían, a esos salvajes, acorralamos y matamos en el arroyo. Marcial no está. Nadie sabe, nadie nos culpa.

—Vaya... Lo celebro —respondió Cécrope, con verdadero interés.

—Nos haremos con Occidente y con Oriente. ¡Compartiremos la gloria del mayor de los imperios! —exclamó Prometeo, con cierta prepotencia.

—Sí, ya veo tus intenciones. Pero no me fío de las lobas. Yo cuidaré de nuestra invitada.

—Yo lo haré, hermano. No te molestes. Tengo gran interés en ello.

—Hermano... Veo que no solo has aprendido de Marcial, sino que pretendes ocupar su lugar. ¡Que ocupas su lugar y aspiras a más! ¡Incluso hablas de ser soberano! Triste, muy triste... También veo que algo te faltó aprender.

—¿El qué? —preguntó Prometeo, desconcertado.

Y, de pronto, notó la presencia de Hécate y Némesis a su lado, encorvadas como arpias, sonrientes como hienas.

—Un general es el ministro de la muerte de un rey, no un pensador —contestó Cécrope.

Entonces, Prometeo notó una tremenda puñalada en su costado y otra a la altura del corazón, por la espalda. Quedó fijo mirando a su hermano, con la cara descompuesta.

—Lo siento, mi querido Prometeo... Te agradezco tus nuevas, que de gracia me colman. Pero no puedo permitir que nadie viva sabiendo de la profecía de Pitia, de mi pacto con las lobas, de nuestras intenciones de invadir Atlanta, que yo todo lo gesté para acabar con la Madre Tierra... Sabiendo que ordené matar a Ares.

Nada más pudo escuchar Prometeo: cayó al suelo comprendiendo que Marcial no había ideado nada, que todo había sido urdido con anterioridad por su amado hermano, el rey Cécrope, y que ninguna gloria ni imperio quería compartir con él.

EPÍLOGO

Un grito resonó seguido de varios soplidos.

—¡Empuja! —exclamó Artemisa.

Armonía la observó, con la frente sudando, llorando sus poblados ojos, mientras apretaba la mano de la gran cazadora. Sintió el vientre deslizarse, con gran dolor, y gritó con fuerza.

La comadrona se alzó entre sus piernas con un bebé cubierto de sangre, de melena poblada; y que al viento ensanchaba sus pequeños pulmones, con un grito hecho llanto. Y cortó el cordón que la unía a su madre, pinzándolo en el extremo.

—¡Es una niña! ¡Bendita sea! —exclamó Artemisa.

—Déjame verla —sollozó Armonía, con gran dicha.

Artemisa la tomó en brazos y se la mostró.

—¡Oh! ¡Es tan pequeña, tan linda!

La recién nacida estiró la cabeza, abrió la boca y lloró alto, meneando los brazos y las piernas con fuerza, retorciendo su diminuto cuerpo, agitándose toda.

—Tiene melena negra como una potra de largas crines y se agita indómita. ¡Menudo genio guarda en su interior! —exclamó Artemisa.

—Sí, parece una pequeña yegua salvaje. Hipólita la llamaré —aseguró Armonía, rodeándola con sus brazos, colmada de una felicidad que la iluminaba toda.

—La primogénita, la elegida —murmuró tenuemente Artemisa, con una amplia sonrisa.

Lejos, muy lejos, una tremenda maza se estrellaba contra el pecho de un pirata libio, haciéndole vomitar las entrañas hechas pastosa sangre sobre la cubierta. Las voces airadas de la lucha todo lo colmaban en aquella embarcación que zozobraba embestida en las aguas del Mar entre Tierras, frente a las costas del Imperio de los Faraones. Un tremendo guerrero de larga melena, envuelto en una enorme capa gris, deshilachada y de largos penachos al viento, cubría su rostro ante el horror con el que a todos azotaba. Tan solo las pobladas cejas y unos ojos azules como el hielo marino, entrecerrados, quedaban al amparo de miradas indiscretas, miradas con poca vida en sus cuerpos.

Un brutal trueno resonó de pronto, y el deslumbrante rayo crujió la embarcación. El cielo comenzó a cerrarse y estalló en una violenta tormenta.

Ares alzó la vista hacia Oriente, como si hubiera escuchado un feroz rugido en su corazón que colmara toda su mente, mientras aplastaba el cuello de uno de sus adversarios apretando con una mano. Lo soltó y avanzó por la cubierta, pisando muertos, desplazando vivos, hasta la proa.

—Armonía —murmuró con una enorme sonrisa.

Y machacó salvajemente el cráneo de otro de sus oponentes...

F I N



Uma Soona es una trilogía
que consta de los siguientes títulos:

LAS HIJAS DE LA LUNA
EL ORO DE LOS FARAONES
EL CARNICERO DE LA CABAÑA
LA ESPADA DE ARES

www.umasoona.com
perfil facebook: Uma Soona

Esta primera edición de
Uma Soona. La espada de Ares, de Julio García Robles,
terminó de imprimirse el xxxx de xxxxxx de dos mil trece
en los talleres de xxxxxxxxxxxx
en xxxxxxxxxxxx.